

01062⁹
2^{er}

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

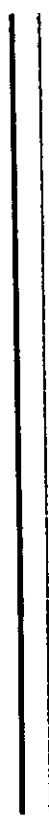
LA CONSTRUCCION DEL PARTIDO DE LA
REVOLUCION (1928 - 1946)

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN HISTORIA DE MEXICO

P R E S E N T A :

PEDRO AGUSTIN SALMERON SANGINES



CIUDAD UNIVERSITARIA, NOVIEM

1999

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

273976

2



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS.

Los estudios de maestría, y por lo tanto este trabajo en tanto tesis de grado, fueron hechos gracias a una beca de la Dirección General de Estudios de Posgrado de nuestra Universidad; pero la DGEPE es un ente demasiado abstracto y difuso, de modo que prefiero agradecerle la beca y todas las facilidades que en mi calidad de becario me dio el Instituto de Investigaciones Históricas, sus trabajadores académicos y administrativos, sus bibliotecarios y su Biblioteca; y en especial, mis compañeros del sindicato de becarios devenido en Seminario de Historia de México. El Instituto que me prestó estas facilidades y la Facultad de Filosofía y Letras, en la que cursé la maestría, son centros integrales de la Universidad, de esa Universidad nuestra tan injusta y despiadadamente golpeada en los últimos tiempos; sea esto un voto por su salud y salvación.

Ahora bien, este trabajo es una parte (la primera) de una investigación más ambiciosa y extensa sobre el Partido de la Revolución. Son los investigadores y asesores de ese proyecto los verdaderos responsables (indirectos) de este trabajo. Quiero agradecer particularmente a quien preside el comité asesor, que echó a andar el proyecto, el Lic. Miguel de la Madrid Hurtado; a los coordinadores del proyecto, Lic. Miguel González Compeán y mi querido amigo y compañero de armas, Lic. Leonardo Lomelí Vanegas; y a mi asistente, Isabel Sanginés Franco.

Mis maestros, Alvaro Matute Aguirre (asesor de esta tesis) y Arnaldo Córdova, que han seguido y guiado mis estudios sobre el Estado mexicano y su Revolución fundadora (más sobre ésta que sobre aquel), apoyaron la idea de dejar momentáneamente mis trabajos sobre el villismo y escribir esta tesis, y después me leyeron con crítica no por indulgente menos puntual. Es mucho lo que ambos han contribuido a mi formación, el doctor Matute desde la licenciatura y el doctor Córdova desde que me matriculé en su seminario, en el primer semestre de la maestría, pero prefiero no abundar aquí, lo que habría que decir ellos lo saben. También quiero hacer mención de quienes me alentaron originalmente para hacer de este trabajo mi tesis de maestría, la Mtra. Esther Sanginés (mi madre) y el Dr. Luis Manuel Sanginés.

Y aunque Umberto Eco y Luis González dicen en sus recetarios que es de mal gusto agradecer a los sinodales de una tesis, la lectura cuidadosa que hicieron los doctores Jean Meyer, Marta Loyo y Enrique Plasencia me fue tan útil y me evitó tantos errores, que no darles las gracias aquí sería bastante más desagradable. Lo mismo hay que decir de los asesores del proyecto de historia del PRI, Lic. Miguel González Avelar y doctores Soledad Loeza, Luis Medina y Rogelio Hernández. Naturalmente, los errores que persisten son de mi absoluta incumbencia.

Finalmente, es decir, para empezar, tengo una impagable deuda de gratitud con quien ha sido mi razón y mi impulso, mi crítica y aliento, la joven historiadora María José Garrido Asperó. Para ella es esta tesis.

“Mis andanzas en estas bolas van enseñándome que, después de todo, siempre hay algo de la nación, algo de los intereses del país, por debajo de los egoísmos personales a que parece reducirse la agitación política que nosotros hacemos y que nos hacen”.

General de división Hilario Jiménez, en
Martín Luis Guzmán, La Sombra del caudillo.

“Entonces, se nos presentó la solución del problema con gran claridad: si hay una aplanadora, más vale estar encima que debajo de ella”.

General de división José Guadalupe Arroyo, en
Jorge Ibarguengoitia, Los relámpagos de agosto.

INTRODUCCION.

1. La presente tesis es un resultado parcial de una inquisición colectiva sobre la historia y el significado del partido de la Revolución desde su fundación hasta la presidencia (del partido) de Luis Donaldo Colosio. La investigación se propone comprender cómo se construyó y desarrolló el partido como la institución encargada de solucionar los conflictos políticos en México y proporcionar al Estado surgido de la Revolución las armas ideológicas y los cuadros políticos que le permitieran enfrentar los retos de la transformación de México en un país capitalista moderno, y legitimarse socialmente mediante el control corporativo de las masas y la gestoría de sus demandas.

Hace casi treinta años, don Daniel Cosío Villegas dijo que las dos piezas centrales del sistema político mexicano eran el presidente de la República y el partido oficial; pero mientras la figura de los presidentes (más que la institución presidencial) ha sido muy estudiada, el partido no ha corrido con esa suerte, lo que no deja de ser contradictorio, porque ambas instituciones se forjaron y consolidaron simultáneamente, apuntalándose y fortaleciéndose una a la otra, de tal manera que mientras las vemos por separado, seguiremos sin comprender muchas de las características esenciales del sistema.¹

También hay que decir, aunque suene a perogrullada, que no es posible entender el siglo XX mexicano sin apreciar la función que el partido de la Revolución ha desempeñado. La ausencia de una historia rigurosa y verosímil de ese instituto político hace que la mayoría

¹ Don Daniel estudia al partido y al presidente como los pilares esenciales del sistema político en Cosío Villegas, *El sistema político mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1972. Hay que decir de una vez que los dos mejores textos académicos sobre el partido, multicitados a lo largo de la tesis, se detienen en 1934 el uno y en 1946 el otro, y responden a preguntas muy distintas a las que originan esta investigación. Sus autores son Alejandra Lajous y Luis Javier Garrido.

de los mexicanos (sobre todo los jóvenes) no veamos en él más que un apéndice del Poder Ejecutivo, un instrumento electoral del Estado o, en el peor de los casos, una agencia de colocaciones, lo que si bien es cierto, no es lo único ni lo más importante: un estudio crítico del partido nos permitiría comprender el papel que la institución jugó en la construcción y consolidación del Estado mexicano y en general, en la canalización del desarrollo de México, con todas sus limitaciones e inequidades; es decir, contribuiría a entender las características del Estado mexicano y las fortalezas y debilidades del desigual desarrollo económico de nuestro país.

Partimos del supuesto de que la fortaleza del Estado nacido de la Revolución fue tan incontestable, que durante mucho tiempo todos los desafíos reales que tuvo que enfrentar surgieron de sus propias filas, con la única excepción de la rebelión cristera. Sin embargo, el desorden político imperante entre la llamada "familia revolucionaria" y las efusiones de sangre con las que solían dirimir sus diferencias puso repetidas veces al naciente Estado mexicano en grave riesgo. El primer paso efectivo para resolver esa situación lo dio el presidente Plutarco Elías Calles, al aprovechar la crisis causada por la desaparición física del Caudillo (el general Alvaro Obregón, presidente electo de la República, asesinado en julio de 1928), para avanzar en la conversión de México "de un país de caudillos a un país de instituciones".

Bajo la dirección del general Calles, los diversos grupos de poder, nacionales y regionales, las cúpulas agrarias y obreras y los altos mandos del ejército, lograron unificar sus intereses, dando vida al Partido Nacional Revolucionario (PNR) en marzo de 1929. Esta organización aglutinó a la mayoría de los revolucionarios mexicanos bajo una sola bandera, aunque de momento no fuera otra cosa que una confederación de caciques.

Al lograrse esta unión, en una medida y de una manera que esta investigación se propone contribuir a aclarar, los conflictos políticos nacionales, que entre 1910 y 1929 se resolvieron a balazos, encontraron cauces pacíficos. Esta es la primera contribución del partido, la estabilidad política, lograda mediante el pacto fundador del PNR.

Esa organización, controlada por los miembros de la clase política, los altos jefes militares surgidos de la Revolución y los dirigentes de organizaciones obreras y campesinas generalmente muy fragmentadas; era marcadamente heterogénea y pragmática: por el momento, no había hecho más que reunir a los revolucionarios mexicanos. Sería durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y Manuel Avila Camacho (1940-1946) que avanzaría en la construcción de un cuerpo ideológico y programático coherente, y de una organización nacional y corporativa, entendiéndose por esto último, que el partido se convirtió en una organización de masas, agrupadas sectorialmente, de cuyas demandas era gestor el partido frente al gobierno.

Durante este periodo formativo, al que corresponde la presente tesis, nació la estructura sectorial del partido y las tres organizaciones que estarían llamadas a aglutinar mayoritariamente a los tres sectores principales: la Confederación de Trabajadores de México (1936), la Confederación Nacional Campesina (1938) y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (1943). También será muy importante esclarecer el origen, funciones y estructuras de estas tres centrales.

Los problemas que hay que responder y que serán el eje explicativo de esta tesis son: cómo y en qué condiciones los revolucionarios firmaron ese pacto y, por lo tanto, cómo y con qué características nació el partido; y cómo éste se fue dando a sí mismo un programa y

una organización que le permitiría mantener el poder durante más de medio siglo, enfrentando los retos de la modernización económica y política de México.

Es decir, se trata de comprender papel del partido en la solución de los conflictos políticos nacionales, del soporte político-ideológico que proporcionó al Estado mexicano, y de su mediación entre el Estado y los sectores organizados de la sociedad, y se tratarán de explicar dos problemas fundamentales:

a) cómo los revolucionarios mexicanos llegaron al acuerdo de fundar una organización política nacional, dentro de la cual dirimirían, pacíficamente, sus diferencias (en palabras del general Calles, cómo se dieron los primeros pasos “para pasar de la categoría de pueblo y gobierno de caudillos, a la más alta y más respetada y más productiva y más pacífica y más civilizada condición de pueblo de instituciones y de leyes”); y

b) cómo esa organización se fue dando, a lo largo de sus primeros quince años de vida, sobre la marcha y mientras combatía a sus primeros (y nada fáciles) enemigos, un corpus político-ideológico, un programa y una estructura que le dieron el monopolio del poder político en México, permitiéndole enfrentar los retos de la modernización económica y política del país.

2. Esta tesis se ocupa de la historia política y más aún, intenta ser una historia de grupos y personalidades políticas. Creo, con Alvaro Matute, que “conocer el pasado político propio es tarea inminente e imprescindible” en países como México, en que la relación entre el pasado y el presente y futuro políticos dista de haber sido dilucidada. En países en que la incertidumbre política es angustiosa, es necesario recurrir al pasado, interrogarlo, exprimirlo,

extraerle todo su jugo, no por el pasado mismo, sino para entender el presente y poder actuar en él.²

“Asumir lo anterior” implica considerar que la historia está determinada por el presente. Trataré de explicar esta premisa con base en Robin George Collingwood:

“El pasado que un historiador estudia no es un pasado muerto, sino un pasado que, en algún sentido, vive todavía en el presente”, dado que la historia no se ocupa con “sucesos” sino con “procesos”, “que no son cosas que empiezan y acaban, sino que se convierten en otras”, de modo que si somos capaces de estudiar y entender un periodo histórico dado, lo somos en tanto no sólo sus objetos materiales, sino sus maneras de pensar viven en nosotros o pueden ser revividas por nosotros. De ahí que la función del historiador sea señalar aquellas partes de la realidad que no pueden ser vistas por un ojo distraído, pero que están bien presentes y pueden ser fundamentales; la historia no ofrece reglas para actuar, sino penetración para percibir la realidad, diagnosticar nuestros problemas morales y políticos, y normar así nuestra conducta.

En ese sentido, “El conocimiento histórico es la re-actualización, en el espíritu del historiador, del pensamiento cuya historia estudia”, de lo que se desprende que el trabajo del historiador propiamente dicho empieza cuando es capaz de re-pensar lo que pensaron los personajes de que se ocupa. Y aunque al re-actualizar el pensamiento de Plutarco Elías

² Alvaro Matute, “Historia política”, en Horacio Crespo, *et. al.*, El historiador frente a la historia, México, UNAM, 1992, pp. 69-78. Véanse también Alvaro Matute, “la historia como ideología”, en Boletín de Enlaces y Difusión de la Coordinación de Humanidades, Año III, núm. 22 (México, junio de 1997), pp. 12-17; y Arnaldo Córdova, “La historia, maestra de la política”, en Carlos Pereyra, *et. al.*, Historia ¿para qué?, México, Siglo XXI, 1980, pp. 131-143. En esa conferencia, Córdova empezaba diciendo que “La historia es, ante todo, memoria del pasado en el presente” (subrayado mío), “que aparece siempre como discusión y reelaboración del pasado, por eso tiende siempre al futuro”; y terminaba con una enseñanza extraída de su propia práctica como historiador de la política. “La historia política de nuestro país nos enseña el modo particular en que en México fue construido el Estado moderno”. Naturalmente, suscribo ambas ideas.

Calles (pongo por caso) dentro de mí, lo hago presente, es en realidad un pensamiento pasado que vive (“encapsulado”) en el presente.

Entonces, los problemas históricos surgen de la vida (“de problemas prácticos”), y por lo tanto estudiamos historia “con el fin de ver más claramente la situación dentro de la cual debemos actuar” (con lo que recordamos que el pasado que estudia el historiador no es un pasado muerto.³

Es natural coincidir con Collingwood (como con Benedetto Croce), en la idea, tan controvertible a primera vista, de que “el pasado no existe”, y que por lo tanto, lo que quiere el historiador es un presente real, sucesor viviente del pasado, “Quiere reconstruir en su mente el proceso por el que su mundo, el mundo en aquellos de sus aspectos que en este momento le impresionan, ha llegado a ser lo que es”, y por fin, que “Todo pensamiento histórico es interpretación histórica del presente”.⁴

Si la historia que nos interesa es interpretación histórica del presente, de nuestro presente, y si al re-pensar el pensamiento pasado lo hacemos, evidentemente, dentro de nosotros mismos, no nos queda sino enunciar una última connotación que se desprende de eso: al re-crear el pensamiento de otro lo hacemos nuestro y

es sólo en cuanto nuestro como lo ejecutamos y tenemos conciencia de él en la ejecución; se ha convertido en subjetivo; pero por esa misma razón ha dejado de ser objetivo; se ha vuelto presente, y por lo mismo ha dejado de ser pasado. Esto es justamente (...) lo que Croce admite efectivamente cuando dice que “toda la historia es historia contemporánea”.⁵

3. Como ya se dijo, partimos de la premisa de que la fundación y consolidación del partido de la Revolución (1929-1946) fue un paso esencial en el tránsito del caudillismo a la institucionalización,

³ R. G. Collingwood, *Autobiografía*, México, FCE, 1953, pp. 92-120.

⁴ R. G. Collingwood, *Ensayos sobre la filosofía de la historia*, Barcelona, Barral Editores, 1970, pp. 147-149.

es decir, y siguiendo la tipología de Max Weber, el tránsito de la dominación carismática a la dominación legal. Weber distingue tres tipos de dominación legítimos, definidos de acuerdo al fundamento de su legitimidad, la dominación legal (racional), la dominación tradicional y la dominación carismática.⁶ Esta última se basa en el "carisma" del jefe, donde

Debe entenderse por "carisma" la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas -o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro-, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder.⁷

Sobre la validez del carisma descansa el reconocimiento por parte de los dominados. El carisma del jefe puede disiparse cuando falla la razón extraordinaria que lo sustenta, o cuando "su jefatura no aporta ningún bienestar a los subordinados".

Weber dice que a un jefe carismático se le agrega un "cuadro administrativo" que no es, precisamente, una burocracia, sino que sus miembros son elegidos también por sus cualidades carismáticas: ya discípulos, ya hombres de confianza, ya héroes, según el tipo de dominación carismática de que se trate. En nuestro caso es bien claro, si Obregón era el caudillo, su cuadro administrativo estaba formado, por un lado, por civiles de confianza, pero sobre todo, por los "héroes", los jefes revolucionarios que lo habían encumbrado. En fin, como veremos, los caudillos y los caciques.

³ R. G. Collingwood, Idea de la historia, México, FCE; 1965, p. 278.

⁶ Véase la definición de los "tipos ideales" como herramientas metodológicas en Max Weber, Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva, México, FCE, 1964, pp. 7 y ss.

⁷ Ibid., p. 193.

Ya introduje el término "caudillo", que para Weber es una de las formas que asume la dominación carismática, y tiene connotaciones claramente militares.⁸ Tomando como base la tipología weberiana de la dominación carismática, varios estudiosos han tipificado las dos formas más comunes que ésta asumió en México en los siglos XIX y XX, la del "caudillo" y la del "cacique".

Fernando Díaz Díaz expone las características comunes a ambos (búsqueda y preservación de la dominación a través de un grupo social determinado y por diferentes medios, entre los que destacan las relaciones clientelistas, los vínculos familiares y afectivos que los permiten rodearse de un séquito personal que suele considerarlos insustituibles), para después, retomando a Moisés González Navarro, explicar las diferencias entre unos y otros, que son las que en realidad los definen:

a) mentalidad urbana en el caudillo, rural en el cacique; b) proyección nacional del primero, regional en el segundo; c) lucha por el cambio social en el caudillo, defensa del statu quo en el cacique; d) tránsito de la dominación carismática a la legal en el primero y de la dominación carismática a la tradicional en el segundo; (y "un programa en el caudillo, una jacquerie en el cacique").⁹

Por cacique yo entiendo, además de las categorías de González Navarro -que suscribo plenamente para los caudillos, no así para los caciques-, a alguien que ya tiene construida una sólida red de clientelismos y un importante poder regional, y que basa su dominio en estos lazos y su característica de enlace entre su región y el poder central.

⁸ Lo cual está perfectamente de acuerdo con la definición del diccionario "El que como cabeza y superior, guía y manda a la gente de guerra", y con su etimología latina, caput.

⁹ Véase Fernando Díaz Díaz, Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez, México, El Colegio de México, 1972, pp. 3-4; Moisés González Navarro, La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana, México, Costa Amic, 1968, p. 86 (en la edición de 1977, que utilizo en el resto de la tesis, se dejó fuera esta tipología, por esta razón, sólo aquí uso la edición de 1968). Fundamental para entender este proceso es el artículo de Alvaro Matute, "La encrucijada de 1929: Caudillismo versus

Por su parte, la “dominación legítima” cuyo fundamento es “racional” (legal), que es la “específicamente moderna”, “descansa en la creencia en la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenanzas a ejercer la autoridad”.

La dominación legal descansa en la idea de que todo derecho lo mismo que todo dominio y mando, pueden ser racionalmente estatuidos, y que “el soberano legal típico (...) en tanto que ordena y manda, obedece por su parte al orden impersonal por el que orienta sus disposiciones”; y el que obedece, en tanto “miembro de la asociación”, sólo obedece al “derecho” (no a la persona).¹⁰

4. Fue mi intención hacer de este trabajo un ensayo de interpretación, por lo que preferí las llamadas “fuentes secundarias” sobre las “fuentes primarias”, privilegiando la interpretación y la discusión a la búsqueda de datos nuevos. Para defender esta decisión me apoyo, una vez más, en Collingwood.

Si el pasado no es un hecho que podamos aprehender empíricamente (mientras no seamos capaces de reproducir una Revolución, pongo por caso, en condiciones de laboratorio), y si no tenemos de él un conocimiento transmitido o testimonial (puesto que no “creemos”, sino “criticamos” a quienes nos cuentan los hechos), el historiador no tiene otra forma de conocer que “recrear el pasado en su propia mente”.¹¹

Para conocer el pasado hay que re-crearlo, no creerlo, Las fuentes, entonces, no son testimonios a los que hay que creerles más o menos, sino, por un lado, rescoldos de un

institucionalización”, en Jaime E. Rodríguez (ed.), *The Evolution of the Mexican Political System*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 1993, pp. 187-202.

¹⁰ Weber, *Economía y sociedad...*, (*Op. cit.*), pp. 172-174.

¹¹ Collingwood, *Idea de la historia*, (*Op. cit.*), pp. 271-272.

pasado muerto –piezas que podrían ayudarnos a revivirlo dentro de nosotros-, y sobre todo, “discusiones previas que (el historiador) puede tomar como punto de partida de la propia”.

Sin embargo, algunas fuentes primarias fueron muy útiles, sobre todo las recopilaciones documentales sobre el partido, la Confederación Nacional Campesina y la Confederación de Trabajadores de México, así como las memorias de protagonistas y observadores de los hechos que aquí se narran.

Vamos pues, a los orígenes de este ente político de cuyo fin (es decir, del fin de su monopolio político) parece depender nuestro presente, nuestro cansado tránsito a la democracia.

CAPITULO I.

LOS CIMIENTOS

(1928-1933)

1. LA POSIBILIDAD DEL PARTIDO O LA CRISIS POLITICA DE 1928.

a) La desaparición del caudillo.

El 17 de julio de 1928, el general de división Alvaro Obregón Salido, elegido presidente de la República por segunda vez apenas dos semanas antes, fue asesinado por José de León Toral en el transcurso de un banquete que le ofrecieron los diputados guanajuatenses, en el restaurante La Bombilla, en San Angel.¹

La desaparición del general Obregón no sólo cancelaba la posibilidad de que se repitiera el ciclo porfirista: también desaparecía con él, bruscamente, el único principio de unidad y estabilidad conocido en la tradición política mexicana, el único elemento de cohesión en una sociedad políticamente fragmentada y sin tradiciones institucionales ni democráticas. Si una crisis es un momento decisivo y peligroso, como dice el diccionario, no hay duda de que el magnicidio desató una crisis política de grandes magnitudes, cuya solución, nada fácil, significó un avance cualitativo en la construcción del Estado mexicano. No en vano, siempre que se ha querido estudiar y entender al Estado surgido de la Revolución, se pone especial cuidado en tratar de desentrañar esa crisis, que Arnaldo Córdova sintetiza en un párrafo:

La muerte del general Alvaro Obregón (...) puede considerarse, sin hipérbole, como el acontecimiento más decisivo del desarrollo político de nuestro país en la era postrevolucionaria. Con ella se abrió una etapa de profunda y prolongada crisis del Estado mexicano que no habría de resolverse sino hasta 1935, que marcaría la superación definitiva del caudillismo y del poder personal como forma de liderazgo político nacional y que encauzaría el orden social, económico y político instaurado por la Revolución Mexicana hacia

¹ León Toral, que ingresó al restaurante haciéndose pasar por reportero, le disparó al general Obregón, a quemarropa, los seis tiros de su pistola calibre 32. Flanqueaban al caudillo sonorenses su amigo Aarón Sáenz, gobernador de Nuevo León, y Arturo H. Orci, coordinador de la diputación guanajuatense. Sáenz y Orci eran obregonistas destacados, miembros del Centro Directivo Obregonista, cuyo papel en la solución de la crisis desatada por el magnicidio fue bastante importante. Véase una muy detallada descripción del banquete de La Bombilla en Juan Gualberto Amaya, Los gobiernos de Obregón, Calles, y regímenes peleles derivados del callismo, México, edición del autor, 1947, p. 200. Por otro lado ¿que decir de León Toral? Católico militante en esos años de guerra religiosa que tomándole la palabra al general Obregón, decidió sacrificar su vida a cambio de la del caudillo.

su total institucionalización al cabo de una década de eventos cruciales y de transformaciones decisivas.²

La crisis comprometió al gobierno de Plutarco Elías Calles y al mismo sistema político, estuvo a punto de causar una guerra civil de grandes proporciones en la que México retrocedería el trecho difícilmente recorrido, en la reconstrucción y la modernización del país; y puso al Estado en riesgo de colapsarse. Sin embargo, los actores políticos del momento sortearon esta crisis y la aprovecharon para iniciar la transformación de México de “un país de caudillos” a “un país de instituciones” (según las memorables palabras del general Calles en su informe presidencial del 1º de septiembre de ese año). La clave de ese proceso la dio la fundación y dotación de sentido del Partido Nacional Revolucionario (PNR), cuya creación, como dice Luis Medina,

se atribuye a la muerte de Obregón y a la difícil situación política que aquella creó. Sin embargo, la idea de un gran partido que incluyera a todos los revolucionarios no era nueva. Lo novedoso para fines de los años veinte fue la serie de circunstancias políticas que confluieron para hacerla viable (...) En todo caso, la muerte de Obregón fue el acontecimiento catalizador de un ambiente que apuntaba ya hacia la formación de un partido que unificara a la “familia revolucionaria”.³

De esa manera, y sin proponérselo, José de León Toral, al cancelar la posibilidad de que el caudillo deviniera en dictador y se prolongara con ello la dominación

² Con ese párrafo empieza, propiamente, el libro de Córdova sobre el maximato. Arnaldo Córdova, La Revolución en crisis; La aventura del maximato, México, Cal y Arena, 1995, p. 23-24. Otros análisis de este momento en Tzvi Medin, El minjmatto presidencial: Historia política del maximato 1928-1935, México, Ediciones Era, 1982, pp. 29 y ss.; Alejandra Lajous, Los orígenes del partido único en México, México, UNAM, 1979, pp. 21-23; Luis Javier Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, México, Siglo XXI, 1982, pp. 63 y ss.; y Lorenzo Meyer, El conflicto social y los gobiernos del maximato, (Historia de la Revolución Mexicana, 13), México, El Colegio de México, 1978, pp. 17 y ss.

³ Luis Medina Peña, Hacia el nuevo Estado, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 52.

carismática, abrió la posibilidad de que se transitara a la dominación legal o institucional.⁴

En esta parte del capítulo pasaremos revista a la "serie de circunstancias" que permitieron la creación del PNR, primer (y significativo) paso en este tránsito hacia la dominación legal, empezando por revisar la situación política de México entre 1917 y 1928.

b) Los actores políticos, 1917-1928.

Venustiano Carranza gobernó como presidente constitucional de mayo de 1917 a mayo de 1920, y la principal preocupación de su gobierno en materia de política interior fue el combate a las tendencias centrífugas desatadas por la Revolución. Había regiones enteras sustraídas total o parcialmente al poder del Estado, debido a la acción de rebeldes de todo tipo.⁵

Durante los tres años de gobierno carrancista, los triunfos obtenidos por el gobierno fueron significativos, y con la muerte del de Cuatro Ciénegas, los rebeldes, cada vez más aislados, perdieron el único pretexto que les impedía negociar, y uno a uno se fueron rindiendo y, cuando era posible, incorporando al nuevo Estado, de tal manera que Alvaro Obregón recibió de manos de Adolfo de la Huerta un país casi completamente pacificado.⁶

⁴ Alvaro Matute Aguirre, "La encrucijada de 1929. Caudillismo versus institucionalización", en Jaime E. Rodríguez (Edited by), The Evolution of the Mexican Political System, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 1993, pp. 187-202, p. 195.

⁵ Los había de origen revolucionario como Emiliano Zapata, Pancho Villa, Saturnino Cedillo y Alberto Carrera Torres, contrarrevolucionarios como Manuel Peláez, Félix Díaz, Tiburcio Fernández Ruiz, Alberto Pineda, Higinio Aguilar, Guillermo Mexuieiro y José Inés Dávila; y meros bandidos que tenían bajo su puño comarcas enteras, como Inés Chávez García, Jesús Cíntora y Pedro Zamora.

⁶ Dos excelentes trabajos recientes ilustran muy bien la lucha del nuevo Estado contra estos rebeldes y sus afanes centralizadores y modernizadores, analizando al mismo tiempo las peculiaridades y problemas de ese nuevo Estado. Javier Garcíadiego Dantán, "Revolución constitucionalista y contrarrevolución: Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920", México, El Colegio de México (Tesis de doctorado en historia), 1981; y Alvaro Matute, Las dificultades del nuevo Estado, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 7), 1995.

Por supuesto, la institución (aunque llamarla así en ese momento es, por lo menos, arriesgado) encargada de someter a los rebeldes era el Ejército Constitucionalista convertido en Ejército Nacional, cuyos jefes, de origen revolucionario, no contribuyeron, precisamente, a centralizar el poder. Si los generales más importantes ya eran, de por sí, caudillos revolucionarios con importantes bases locales y autónomas de poder, la fuerza que por necesidad hubo que darles les permitió echar anclas en determinadas regiones y convertirse en poderosos caciques. No está de más mencionar a Salvador Alvarado, quien extendió su poder de Yucatán a todo el Sureste; Jesús Agustín Castro, que paseó su escasa capacidad militar por Chiapas y Oaxaca; Francisco J. Múgica, que sentó las bases del cacicazgo garridista en Tabasco; Esteban Cantú, amo y señor del territorio de Baja California; Manuel M. Diéguez, que ausente o presente, dominaba Jalisco; Francisco Murguía, que se hizo de un enorme poder durante su estancia como jefe de las operaciones contra el villismo; y así por el estilo Enrique Estrada en Zacatecas, Pablo González y Jacinto B. Treviño en todo el centro, Cándido Aguilar en Veracruz, Benjamín Hill en Sonora, y otros de menor envergadura.

Durante los primeros años del gobierno de Obregón, el poder de estos caciques militares (y otros que fueron surgiendo) fue un importante quebradero de cabeza para el gobierno. Los movimientos de jefes de zonas militares, el fortalecimiento de caciques civiles (es en este periodo cuando surgen los cacicazgos de Garrido, Tejeda, Carrillo Puerto, Portes Gil y otros que iremos viendo), y todos los intentos de centralización del poder fueron minando poco a poco el poder de los señores de la guerra; sin embargo, la única medida realmente efectiva fue la despiadada purga de 1923-1924.⁷

⁷ Un elevado número de jefes militares secundó el llamado a la revuelta que hizo don Adolfo de la Huerta. Los cálculos sobre el número de efectivos rebeldes nunca los hacen bajar del 40% del ejército. La derrota de la revuelta y la muerte de sus principales jefes militares redujo considerablemente el poder de los caciques-militares. El enrarecido ambiente político que precedió a la revuelta delahuertista fue

Estos caciques militares, poderosos y soberbios, celosos de su autonomía y las fuentes de su poder que, sin excepción, se creían con derechos a la silla presidencial, y siempre proclives al cuartelazo, tuvieron que ser eliminados en masa para que el Estado pudiera construirse. Ya antes de la rebelión delahuertista algunos de los más peligrosos desaparecieron de la escena política, a veces por la vía del asesinato;⁸ y durante la rebelión, la purga alcanzó una proporción nunca vista antes: más de medio centenar de jefes de prestigio fueron eliminados.⁹

Y si bien es cierto que los militares que se mantuvieron leales y fueron claves para eliminar a los rebeldes tendieron a ocupar su puesto, nunca tuvieron el poder de aquellos, ni su prestigio revolucionario, ni su carisma, ni sus capacidades militares. Y aunque la rebelión cristera fortaleció sus posiciones y les permitió revivir los cacicazgos militares, ya no tenían la envergadura de los anteriores.¹⁰

Los jefes militares que ocuparon las primeras filas en el periodo 1924-1928 eran, casi todos, de origen revolucionario, pero a diferencia de los purgados en 1923-24, no habían sido –salvo alguna excepción– caudillos prestigiados en el periodo 1910-1920. A pesar de la importancia política del Ejército, los generales que, en este periodo, se convirtieron en figuras políticas de primera magnitud fueron los que pudieron construir

magistralmente retratado por Martín Luis Guzmán, quien fungía como secretario particular de De la Huerta: Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, México, Editorial Porrúa, 1984. No había una buena historia de este movimiento hasta que hace unos meses se publicó la tesis doctoral de Enrique Plasencia, *Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista 1923-1924*, México, IIH UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1998. Plasencia analiza los intereses personales y de grupo que confluyeron en la rebelión, los conflictos regionales que la alimentaron, y las razones del triunfo gobiernista con gran claridad, aunque pecando a veces de una crítica extrema a los actores políticos del momento; por otro lado, nota que los efectos de la revuelta han sido simplificados al ser vistos como si no hubieran tenido otro resultado que fortalecer el poder central y permitir el nacimiento del partido de la Revolución.

⁸ Durante el gobierno de Obregón y antes de la revuelta, fueron muertos Lucio Blanco, Francisco Murguía, Benjamín Hill y, sobre todo, Pancho Villa; y hombres como Pablo González y Jacinto B. Treviño fueron neutralizados.

⁹ Entre los que encontraron la muerte o el destierro figuran Salvador Alvarado, Manuel M. Diéguez, Guadalupe Sánchez, Enrique Estrada, Jesús Agustín Castro, Cándido Aguilar, Manuel Chao, Fortunato Maycotte, Manuel García Vigil, Marcial Cavazos, Cesáreo Castro y Rafael Buelna.

¹⁰ El general Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango y una de las cabezas de la rebelión escobarista, nos deja ver en sus memorias la casi nula capacidad militar y el escaso calibre moral de los rebeldes de 1929, que no pueden ser comparados con los de 1923-1924, a pesar de todos los errores y

bases regionales del poder; aquellos cuya fuerza dependía únicamente de su grado y mando militar, eran removidos constantemente para evitar que se convirtieran en caciques; sin embargo, había algunos inamovibles y otros que, sin serlo, también eran piezas fundamentales del rompecabezas político.

Hagamos una rápida lista: Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, Juan Andrew Almazán en Nuevo León, Lázaro Cárdenas en la Huasteca y, a partir de 1928, en Michoacán; Jesús M. Ferreira en Jalisco, Juan Espinosa y Córdova en Michoacán, Abelardo L. Rodríguez en Baja California, Abundio Gómez (y los Riva Palacio) en el Estado de México, Pedro Gabay en Hidalgo, Manuel Pérez Treviño en Coahuila; pero, sobre todo, el grupo que dominaba las zonas militares del norte, José Gonzalo Escobar, Francisco R. Manzo, Juan Gualberto Amaya, Fausto Topete y Francisco Urbalejo.

Para controlarlos, el presidente confía la secretaría de Guerra al general Joaquín Amaro, cuya imagen de modernizador del Ejército ha sido exagerada: una cosa era proponérselo e intentarlo, y otra lidiar con estos poderosos señores y con los cristeros, obstáculo eterno que impedía tanto profesionalizar definitivamente al Ejército como domesticar a sus jefes.¹¹ Al mismo tiempo, el presidente contaba, o creía contar, con algunos militares leales, sin aparentes ambiciones políticas, que usaba para contrapesar a aquellos. Los más importantes eran Roberto Cruz, Claudio Fox, Eulogio Ortiz, Juan José Ríos, Pedro J. Almada, Matías Ramos y Donato Bravo Izquierdo.¹²

Si los señores de la guerra necesitaban tener fuerza política para convertirse en caciques (ya no bastaba solamente ser general de prestigio), algunos caciques no

torpezas de estos, que Plasencia ha revelado. Más adelante volveremos a hablar de estas memorias: Amaya, Los gobiernos de Obregón, Calles..., (Op. cit.), pp. 245-312.

¹¹ La rebelión cristera, (1926-1929) fue el más serio desafío militar que, desde fuera de sus propias filas, tuvo que enfrentar el Estado mexicano desde 1920. Véase el estudio clásico de Jean Meyer, La cristiada, México, Siglo XXI Editores, 1976, 3 v. Por otro lado, Martha Loyo ha puesto en tela de juicio la supuesta falta de efectividad de la reforma militar instrumentada por Amaro, véase "Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército 1917-1931", México, FFyL UNAM (tesis de doctorado en historia), 1998, pp. 306-307.

militares procuraron construir grupos armados de choque (agraristas, generalmente). Así lo hicieron Tomás Garrido Canabal en Tabasco, Bartolomé García Correa en Yucatán y Adalberto Tejeda Pizarro en Veracruz (a quien hay que contar como civil, a pesar de su grado); no así otros caciques civiles muy importantes, como Emilio Portes Gil, de Tamaulipas; Margarito Ramírez, de Jalisco; y el triunvirato guanajuatense Agustín Arroyo Ch., Melchor Ortega y Enrique Colunga.

Al lado de estos caciques, conviviendo y compitiendo con ellos, empezaron a surgir partidos y grupos políticos, y organizaciones obreras y campesinas, que si bien la mayoría de las veces no eran sino los instrumentos políticos de los caudillos y los caciques, también significaban un adelanto en la vida política, pues las características del sistema permitían –salvo en las épocas de elecciones presidenciales– el libre juego de los partidos y el libre y enconado debate cameral.

Entre 1917 y 1928 destacaron en la escena política cuatro “partidos nacionales”: el Liberal Constitucionalista (PLC), el Nacional Cooperatista (PNC), el Laborista Mexicano (PLM) y el Nacional Agrario (PNA). El primero fue el instrumento político de Álvaro Obregón, y desapareció cuando sus líderes se separaron del caudillo; el segundo fue fundado bajo la égida del secretario de Gobernación de Carranza, Manuel Aguirre Berlanga, y era dirigido por un grupo de jóvenes y hábiles políticos, el más importante de los cuales era Jorge Prieto Láurens, que condenaron a su partido al aliarse con el movimiento delahuertista; el tercero era el brazo político de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), dirigida por Luis N. Morones y su “Grupo Acción”, y en 1924-1928 fue el grupo político más cercano al presidente Calles; y el último fue fundado en 1920 por Antonio Díaz Soto y Gama, Aurelio Manrique, Rodrigo Gómez y Lauro Caloca, veteranos zapatistas, y además de impulsar la reforma agraria

¹² Un excelente análisis del Ejército y sus jefes en este periodo en Jean Meyer, Estado y sociedad con Calles, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana, 11), 1977, pp. 60-77.

moderada, fue el partido más cercano al general Obregón desde 1922-1923 hasta el asesinato del caudillo. Quizá habría que agregar a un partido minoritario y generalmente alejado de los círculos de decisión, a pesar de que algunos políticos importantes, como Adalberto Tejeda y Pedro Rodríguez Triana, llegaron a coquetear con él: el Partido Comunista Mexicano (PCM), fundado en 1919.¹³

Al lado de estos partidos nacionales, aparecían y desaparecían infinidad de partidos estatales e incluso municipales, casi todos coyunturales (aparecían para apoyar a alguien en algún proceso electoral), con poca o ninguna fuerza real, pero que mostraban a las claras la fragmentación política nacional. Estos partidos eran, casi sin excepción, instrumento de los caciques regionales o de pequeños caciquillos de pueblo. Los más importantes eran los agrupados en torno a los grandes caciques: el Partido Socialista del Sureste, el Partido Tejedista Veracruzano, el Partido Socialista de la Frontera, el Partido Radical Socialista de Tabasco, el Gran Partido Revolucionario Jalisciense, la Confederación de Partidos Guanajuatenses, etcétera. Como veremos más adelante, estos partidos regionales de peso no eran sólo instrumentos políticos de los caciques o los grupos regionales de poder, también asumían posiciones políticas de vanguardia, y junto con los cinco partidos nacionales atrás vistos, eran el embrión de una nueva manera, partidista e institucional, de hacer política: no en vano algunos de estos partidos fueron modelos parciales del PNR. (Me refiero sobre todo a dos, el

¹³ No conozco ninguna monografía sobre el Partido Liberal Constitucionalista. El Partido Nacional Cooperatista puede estudiarse en las memorias de su líder, Jorge Prieto Láurens, Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas, México, Editorial Mexicana de Periódicos, Libros y Revistas, 1968. El Partido Comunista, dada su larga vida al margen del Estado, ha recibido, de parte de sus militantes, mayor atención. Véanse Arnoldo Martínez Verdugo (ed.), Historia del comunismo en México, México, Editorial Grijalbo, 1985; y Paco Ignacio Taibo II, Bolsheviquis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925), México, Joaquín Mortiz, 1986. En cuanto a los partidos Laborista y Nacional Agrario, lo mismo que los principales partidos regionales, los trataré más adelante con detalle. En fin, una breve cronología de cada uno de ellos en Alejandra Lajous, Los partidos políticos en México, Puebla, Premia, 1985. Para el juego de los partidos en las Cámaras, y sus alianzas entre ellos y con los hombres del poder, véanse Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 45-59; Moisés González Navarro, La Confederación Nacional Campesina. un grupo de presión en la reforma agraria mexicana, México, UNAM, 1977, pp. 45-50; y Jean Meyer, Estado y sociedad con Calles (Op. cit.), pp. 97-103 y 113-123.

Partido Socialista del Sureste, de Felipe Carrillo Puerto y Bartolomé García Correa; y el Partido Socialista de la Frontera, de Emilio Portes Gil).

Luego, estaban las organizaciones campesinas y obreras. Aunque las campesinas estaban sumamente dispersas, había algunas confederaciones con mucho peso político, sobre todo el Partido Nacional Agrario y la Liga Nacional Campesina (LNC), organizada en torno a las organizaciones veracruzanas controladas por el radical lugarteniente del coronel Tejeda, Ursulo Galván. El PNR, para nacer con fuerza organizada entre los campesinos, tuvo que combatir a estos dos grupos, uno demasiado caudillista (el PNA) y el otro sumamente radical (la LNC) para caber en el Partido. Ya lo veremos adelante. Sin embargo, hay que señalar que buena parte de la fuerza de los agraristas estribaba en el hecho de que muchas de estas organizaciones estuvieran armadas (para 1926 habría unos 40,000 agraristas armados) y que hubieran sido un apoyo fundamental para el gobierno durante la rebelión delahuertista y la rebelión cristera (y lo volverían a ser durante la rebelión escobarista). Quizá la mitad de estos campesinos armados estaban controlados por dos caciques agraristas: Saturnino Cedillo y Adalberto Tejeda.

En el campo sindical cuatro grupos luchaban por la supremacía: los “amarillos”, los “rojos”, los “blancos” y los “verdes”. De los “blancos” o “patronales” baste decir que eran sindicatos fantasmas, al servicio de los empresarios, que nunca llegaron a tener mucha fuerza, y que Luis N. Morones, durante su gestión como secretario de Industria, Comercio y Trabajo (1924-1928), se encargó de destruir.

Los “rojos” eran mucho más importantes. Los había de dos tipos, los anarquistas de la Confederación General de Trabajadores (CGT), con gran fuerza en Tampico, la Ciudad de México, Veracruz y la zona textil de Puebla (se calculaba que para 1926 tendría unos 50,000 afiliados), que propugnaban por la acción directa, se oponían al

Estado y recogían la rica herencia anarco sindicalista mexicana; y los comunistas, que seguían las indecisas políticas del PCM. El gobierno de Obregón había sido tolerante con los “rojos” en la medida de lo posible (dada la tendencia a la acción directa de muchos anarquistas, nunca faltaron los enfrentamientos con las fuerzas del orden, sobre todo a partir de 1922); pero durante el gobierno de Calles, Morones hizo lo posible por destruir a la CGT, labor en la que contó con la “desinteresada” ayuda de muchos caciques locales y jefes militares.

Los sindicatos “verdes” o “confesionales” tenían una fuerza similar a la CGT, y su principal bastión estaba en Guadalajara, desde donde extendían su influencia a Jalisco, Michoacán y Guanajuato, principalmente. Inspirados en la encíclica Rerum Novarum, y contando con el apoyo de sectores influyentes de la jerarquía católica. Cuando estalló la guerra cristera este importante movimiento fue condenado a desaparecer.

Por último, los “amarillos” de la CROM constituían el grupo más fuerte y numeroso. Desde su fundación, en 1918, la central había ido ganando fuerza, y aliada con Obregón y Calles, tuvo acceso a recursos de que los otros grupos carecieron. Según sus cuentas, en 1926 había unos dos millones de afiliados a la Confederación (200,000 es un número mucho más cercano a la realidad, lo que no deja de ser impresionante, en un país de 17 millones de habitantes). A pesar del desprestigio de sus jefes, sobre todo desde 1928, era una organización sólida, dura y que defendía tanto los intereses de sus agremiados como los del naciente Estado. La CROM alcanzó el pináculo de su poder durante el gobierno de Calles, cuando Morones fue secretario de Industria, Comercio y Trabajo, quizá el hombre más poderoso del gabinete, único rival de significación en la carrera del caudillo hacia la reelección. La CROM, primera central obrera con gran fuerza, se hizo de demasiados enemigos durante ese periodo: combatió frontalmente a

los sindicatos "rojos", "patronales" y "confesionales"; patrocinó el cisma del patriarca Pérez y proporcionó hombres para reprimir a los cristeros; fue rival de caciques como Garrido, García Correa, Tejeda, Zuno y Portes Gil; y sobre todo, se enemistó con Obregón y los suyos; en fin, hizo tanto, que para 1928 se condenó a desaparecer: lo sorprendente es que tardara tanto en cederle el puesto de honor, en el movimiento obrero, a la Confederación General Obrera y Campesina Mexicana (CGOCM), antecedente directo de la Confederación de Trabajadores de México (CTM).

Vista la fuerza del Ejército, los caciques, los partidos y las organizaciones, ante tal fragmentación del poder y una sociedad tan politizada, frente a los retos de la política exterior y los enemigos internos (los cristeros) ¿qué margen de acción tenía el Estado mexicano? ¿Cuál era su poder real?

A lo largo de la década de los veinte, los más agudos observadores políticos mexicanos solían exagerar el ya de por sí pesado personalismo de la política nacional. Parecía que el poder del Estado dependía del poder del caudillo en turno y, consternados, creían que era una característica peculiar del sistema político mexicano (cuando, en realidad, a nivel mundial empezaba una era dominada por el personalismo de líderes como Mussolini, Stalin, Franco, Hitler, etcétera). Sin embargo Obregón, caudillo por antonomasia es, paradójicamente, el ángel exterminador de los caudillos: cuando muere ha hecho las cosas tan bien, que no queda ningún personaje con el carisma o el prestigio que se necesitaba para ocupar el lugar del difunto.

Para fines de la década de los veinte, prácticamente no había dudas de la consolidación del régimen emanado de la Revolución, pero la fuerza del Estado era más aparente que real. Es cierto que el apoyo de las masas trabajadoras (sobre todo campesinas) había llevado al poder al grupo gobernante, que Obregón había conjurado – mediante la purga ya explicada- la recaída del país en el caudillismo y el militarismo,

que Calles había dotado al régimen con el aparato institucional mínimo indispensable,¹⁴ y que durante los gobiernos de Obregón y Calles los revolucionarios habían aprendido a gobernar a sociedad conflictiva y relativamente politizada. Los revolucionarios eran la fuerza hegemónica de la sociedad,

Pero su poder había demostrado también ser ineficaz para llevar a término el programa de la Revolución. Hasta los últimos años veinte no habían hecho otra cosa, en la práctica, que pugnar por mantenerse en pie, pero estaban muy lejos de convertirse en el poder rector, soberano y aceptado por la sociedad que la revolución había postulado.¹⁵

La Revolución había sido una gran movilización de masas, y el programa de reformas sociales de la Revolución, recogido en la Constitución de 1917, había permitido a los revolucionarios llegar al poder y mantenerse en él, con el apoyo de las masas, así estuvieran estas organizadas en tantos y tan diversos grupos, y fueran controladas por caciques y caudillos distintos, pero en los hechos, tanto la reforma agraria como la resolución de las demandas obreras habían avanzado poco, lo que en parte se debía a la escasa fuerza del Estado.

Ya hemos visto que Obregón y Calles (como de otra manera, también Juárez, Lerdo, Díaz y Carranza) se impusieron como tarea primordial centralizar el poder y construir un Estado fuerte, y dieron pasos importantes en ese sentido. Obregón, cuya fuente de poder era carismática, fue construyendo un "centralismo personalista carente de instituciones" (en un contexto en que los caciques y los caudillos eran notables manipuladores de las masas, organizadas a su vera, Obregón el primero). Calles, impuesto en el poder por el grupo obregonista, aunque se había hecho de fuerzas propias importantes, gracias a su temprana alianza con la CROM-PLM y con los

¹⁴ Aunque en muchos sentidos el gobierno de Calles no hizo sino continuar el camino de reconstrucción e institucionalización iniciado por el de Obregón, los logros tangibles fueron muy notables durante su cuatrienio. Sobre los avances del gobierno de Obregón en ese sentido, esperamos que no tarde en aparecer el libro del doctor Alvaro Matute; por ahora, basten las comunicaciones personales del autor y de quien fue su ayudante, el maestro Leonardo Lomelí). Véase las características del gobierno de Calles como constructor de instituciones en Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, La reconstrucción económica, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana, 10), 1978.

caciques radicales, no era un caudillo; su poder descansaba en su habilidad político-administrativa y no en el carisma, y en el apoyo tanto de los militares obregonistas como del grupo político callista. De alguna manera, gobernó “a la sombra del caudillo”, sobre todo, a partir de 1926, cuando la rebelión cristera hizo tan necesarios a los militares.¹⁶

Cuando Obregón decidió volver al poder, la fuerza de los militares adictos suyos, la alianza de un sector importante de los caciques, y el obligado apoyo de Calles a sus aspiraciones, le allanaron el camino. La oposición de Morones y de algunos militares minoritarios (Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, ejecutados en octubre de 1927) era demasiado débil para detener el carro obregonista. Sin embargo, el regreso de Obregón amenazaba dar al traste con el camino andado hacia la institucionalización de la vida política. El magnicidio de julio de 1928 cerró la vía hacia la construcción de un Estado cuya legitimidad fuera tradicional, y dejó abierto, solamente, el difícil camino hacia la institucionalización: sólo capitalizando lo hasta entonces avanzado en ese sentido podría evitarse el naufragio del Estado revolucionario.¹⁷

C) La solución de la crisis.

Es cierto que el general Calles gobernó “a la sombra del caudillo”, pero también es cierto, como hemos visto, que se había hecho de bases de poder propias, y que su carrera política y su habilidad reconstructora lo hacían, en el momento de la desaparición del caudillo (17 de julio de 1928), si no un posible caudillo emergente, sí

¹⁵ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Ediciones Era, 1974, p. 13.

¹⁶ Lajous, *Los orígenes del partido único en México*, (Op. cit.), pp. 14-19.

¹⁷ Véase el incontestable camino de Obregón hacia la reelección en Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 55-59; y Meyer, *Estado y sociedad con Calles*, (Op. cit.), pp. 123-151. Y sin embargo, Héctor Aguilar Camín, quien conoce como pocos los orígenes del grupo sonoreño, sugirió en un ensayo de título harto significativo (“Macbeth de Huatabampo...”), que en 1928 el general Obregón era casi un emplazado, casi un condenado a muerte, a pesar de ser “el héroe de la hora, el hombre providencial que las facciones políticas y militares habían ungido para reanudar los fastos del destino

la figura más destacada en la escena política nacional. La crisis desatada por el magnicidio fue la mayor prueba que Calles tuvo que enfrentar como presidente de la República. En los tres años anteriores, el antiguo maestro de escuela había resuelto graves problemas económicos, conjurado la amenaza de intervención norteamericana, equilibrado el "radicalismo" de Morones con el "conservadurismo" de Obregón; y enfrentado al desafío de la cristada y al intento golpista de Serrano y Gómez. Todo eso había sido posible porque el presidente, con el apoyo del caudillo, había mantenido cohesionados a los revolucionarios; pero la precaria unidad se vio severamente comprometida con el magnicidio: la CROM-PLM se había debilitado por su oposición a la reelección del caudillo, y por su tardía e indecisa incorporación al carro obregonista. Morones, cuya enemistad con Obregón era conocida, agravó la situación el 30 de abril, cuando pronunció en Orizaba, bastión de su poder, un encendido discurso antiobregonista que fue causa de su definitivo rompimiento con el caudillo, y que en opinión de muchos analistas, echó levadura al caldo de cultivo en el que se gestaba el magnicidio.

Como resultado, en los días inmediatamente posteriores al banquete en la Bombilla, los obregonistas más exaltados acusaron a Morones y a la CROM de la responsabilidad del asesinato de Obregón y, de paso, conocidas las ligas entre el presidente y el líder obrero, acusaron a Calles de complicidad con los asesinos. Los jefes militares más cercanos al caudillo estuvieron apunto de levantarse en armas de inmediato, creyendo, asustados, que si Calles había tenido la audacia de eliminar a Obregón ¡qué no haría con ellos! Ya se veían frente al pelotón de fusilamiento.

El presidente actuó con gran serenidad: su objetivo fundamental fue evitar que se rompiera la unidad revolucionaria en esos primeros días, y empezó a negociar

revolucionario de México" Héctor Aguilar Camín, Saldo de la Revolución, México, Editorial Océano, 1984, pp. 181-182.

hábilmente con los principales grupos, buscando una transición institucional y, sobre todo, tratando de evitar la guerra.

Muchos de los caciques "radicales", aliados de Calles, le hicieron saber que estaban con él (notoriamente, Bartolomé García Correa, Tomás Garrido Canabal, Adalberto Tejeda, Donato Bravo Izquierdo y Lázaro Cárdenas, de Yucatán, Tabasco, Veracruz, Puebla y Michoacán. Los tres últimos, incluso, le pidieron que, ante la crisis, prolongara su mandato). Cuando cuatro de los jefes militares de mayor prestigio y poder lo apoyaron irrestrictamente (Joaquín Amaro, Juan Andrew Almazán, Saturnino Cedillo y, otra vez, Cárdenas), Calles se dio cuenta de que tenía una base sólida tanto para evitar la guerra civil como para negociar con los obregonistas.

La muerte del caudillo tuvo otro efecto: revelar la debilidad del obregonismo. Sin el factor que los unificaba, es decir, la lealtad al caudillo (debida, entre otras cosas, a la habilidad de aquel para conciliar intereses y amarrar acuerdos políticos), los obregonistas se dividieron y actuaron con indecisión, y Calles aprovechó tanto su división como el tiempo que le dieron, para formar un nuevo grupo gobernante y reconstruir su poder.

Los obregonistas exaltados seguían pensando en levantarse en armas. Este grupo lo formaron los generales que como gobernadores o jefes de operaciones militares dominaban el norte: Fausto Topete y Francisco R. Manzo, gobernador y jefe de operaciones militares de Sonora, respectivamente; Marcelo Caraveo y Jesús Ferreira, señores de Chihuahua; José Gonzalo Escobar, jefe militar de Coahuila; Juan Gualberto Amaya y Francisco Urbalejo, gobernador y jefe de operaciones de Durango, respectivamente; y algunos otros, como Jesús M. Aguirre, hombre al que Obregón había puesto en Veracruz para contrarrestar, en la medida de lo posible, la fuerza del tejedismo. Sin embargo, este bloque tuvo, muy pronto rupturas importantes: Manuel

Pérez Treviño y Abelardo Rodríguez, gobernadores de Coahuila y de Baja California, que en un principio estuvieron con ellos, pronto se pasaron al callismo.

A este grupo de caciques militares, verdadera fuerza del obregonismo, se unía un bloque importante del Congreso, dirigido por Ricardo Topete (hermano del gobernador de Sonora y líder de la Cámara de Diputados), y los jefes del Partido Nacional Agrario, enemigos de Calles y que veían en la desaparición de Obregón el fin de su poder: Antonio Díaz Soto y Gama y Aurelio Manrique, líderes fogosos y brillantes oradores, se opusieron violentamente a todos los intentos de Calles por restablecer la unidad.

Sin embargo, un importante grupo de políticos obregonistas que habían coordinado la campaña electoral del caudillo agrupados en el Centro Directivo Obregonista, se acercaron a negociar con Calles desde los primeros días. Estos políticos desconfiaban de los caciques militares y preferían que el poder se reestructurara en torno al presidente, a que el país recayera en el caudillismo a que los militares obregonistas lo hubieran llevado. Sus nombres: Aarón Sáenz, gobernador de Nuevo León y lugarteniente visible del general Obregón durante su campaña; Emilio Portes Gil, gobernador de Tamaulipas y dirigente de uno de los más fuertes y consistentes partidos regionales, el Socialista de la Frontera; Arturo H. Orcí, uno de los cuatro dirigentes de la poderosa Confederación de Partidos Revolucionarios Guanajuatenses, y uno de los diputados más influyentes; Marte R. Gómez, experimentado líder agrarista y político de alto nivel; y el hábil Luis L. León, secretario de Agricultura y Fomento.

Los prohombres del Centro Directivo Obregonista se acercaron al presidente y le pidieron la jefatura de la policía (es decir, la investigación del asesinato de Obregón) para uno de los suyos, y la salida de Morones y los laboristas del gobierno. Calles, que ya se sentía fuerte con el apoyo de sus caciques "radicallistas", decidió sacrificar a su aliado y lugarteniente, y el 21 de julio Luis N. Morones dejó la secretaría de Industria,

Comercio y Trabajo, y al mismo tiempo. Celestino Gasca y Eduardo Moneda, destacados moronistas, fueron excluidos de sus cargos en la administración pública. Para coronar la maniobra, Calles nombró al obregonista Antonio Ríos Zertuche jefe de la policía, en lugar de su incondicional Roberto Cruz, y nombró a Emilio Portes Gil secretario de Gobernación.

En respuesta, un mes después del asesinato los directivos del Centro Obregonista disolvieron esa instancia y aparecieron como firmes aliados del presidente Calles: no en vano el secretario de Gobernación declaraba que desaparecido el caudillo Calles era “el jefe máximo”, y el diputado Marte R. Gómez afirmaba en las cámaras que Calles era “el único jefe de la Revolución”.

Sintetizando: a Calles le tomó un mes evitar la guerra civil y dividir a los obregonistas, aun a costa del sacrificio de alfil que significó la exclusión de Morones. Entonces pasó a la segunda parte de su maniobra: reconstituir su poder y al grupo gobernante.¹⁸

d) La reconstitución del poder.

El mensaje preliminar del IV Informe Presidencial del general Calles ha pasado a la historia, con justicia, como el banderazo de salida al tránsito definitivo de la dominación carismática a la dominación legal (es decir, del caudillismo a la institucionalización).

Para esas fechas (1° de septiembre), Calles ya había capoteado la crisis, y encargó, unos días antes, a su secretario de Educación, doctor José Manuel Puig Casauranc, que redactara el mensaje en torno a las ideas que él le dictó.

Hasta entonces Calles era el único actor político de importancia que se había dado cuenta que se podía aprovechar la muerte del caudillo para transformar

cuantitativamente la vida política de México, en vez de convertirla en sólo un episodio más de las luchas personalistas por el poder. Así, mientras todos se empezaban a alinear detrás de éste o aquel caudillo (estaba en su apogeo el juego de las candidaturas para la presidencia provisional y para la presidencia constitucional para el periodo 1930-1934), el presidente preparaba el primer gran paso, anunciado en su mensaje, para abandonar el personalismo que hasta entonces había caracterizado la vida política nacional.

En esas condiciones, Calles sorprendió a tirios y troyanos al delinear su proyecto de canalizar “definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional”, convirtiendo el doloroso hecho que significaba “la pérdida irreparable” del único hombre que podía aspirar por derecho propio al rango de caudillo (aquí metió un necesario elogio al caudillismo, sistema vital hasta entonces), que había creado un peligroso vacío político (por la ausencia de “personalidades de indiscutible relieve”), en

la oportunidad quizá única en muchos años (de hacer) un decidido y firme y definitivo intento por pasar de la categoría de pueblo y gobierno de caudillos a la más alta y más respetada y más productiva y más pacífica y más civilizada condición de pueblo de instituciones y de leyes.¹⁹

Sin embargo (y ya veremos más adelante esto con cuidado), los grupos políticos ni entendieron ni creyeron el mensaje: era una transformación demasiado radical e importante para ser comprendida de golpe; así que el presidente tuvo que hacerla creíble, y para eso, necesitaba primero consolidar al nuevo grupo gobernante, el grupo encargado de impulsar la tarea que sería definitiva en el proceso: la creación de un partido político moderno que unificara a los revolucionarios y diera un cuerpo organizativo y programático a su gobierno.

¹⁸ Esta crisis ha sido analizada por muchos historiadores y politólogos. Yo me quedo con las versiones de Medin, El mínimo presidencial..., (Op. cit.), pp. 29-38; Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 63-68, y Córdova, La Revolución en crisis..., (Op. cit.), pp. 23-33.

¹⁹ Véase el mensaje de Calles en El Universal, 2 de septiembre de 1928; y en Historia documental del Partido de la Revolución, México, PRI-ICAP, 1986, 3 v., v. 1, pp. 27-36; y su glosa en Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 66-68; y Córdova, La Revolución en crisis..., (Op. cit.), pp. 34-39.

Como primer paso, había que quitarle el control del Congreso de la Unión a los obregonistas exaltados (los diputados Ricardo Topete y Aurelio Manrique, que contestaron agresivamente el mensaje del 1º de septiembre, controlaban la mayoría de las cámaras). Los diputados Melchor Ortega (Guanajuato), Gonzalo N. Santos (San Luis Potosí) y Marte R. Gómez (Tamaulipas), fueron los encargados de instrumentar la ofensiva contra el líder Ricardo Topete y lograron la destitución del sonoreense como presidente del Congreso y la recomposición del poder legislativo, con una nueva mayoría leal al presidente.

Una vez controlado el Congreso, Calles tenía que encontrar el candidato ideal para la presidencia provisional de la República. El 5 de septiembre Calles se reunió con los principales jefes del Ejército y recabó de ellos el compromiso de que ninguno lanzaría su candidatura, pues la candidatura de un jefe militar con arrestos de caudillo atraería de inmediato las de otros que se creyeran con iguales derechos; por lo tanto, decía Calles, el presidente provisional debía ser un civil con fuerza propia y antecedentes revolucionarios.²⁰

El presidente Calles había ido dando forma a un nuevo grupo político, uniendo a sus antiguos partidarios (con excepción de Morones y los laboristas), es decir, los caciques radicales (García Correa, Garrido, Tejeda, Cárdenas) y los operadores políticos a los que él había dado fuerza durante su gobierno (Puig Casauranc, Ezequiel Padilla, Bartolomé Vargas Lugo y otros); con los políticos obregonistas que le habían permitido sortear la crisis (Sáenz, Portes Gil, Luis León, Marte Gómez, Melchor Ortega). Y para consolidar la unidad, comprendió que antes que a uno de los suyos, tendría que impulsar la candidatura de un obregonista con fuerza propia. En un principio pensó en Manuel Pérez Treviño, pero como el gobernador de Coahuila tardó demasiado tiempo en optar

²⁰ Véase la descripción de esta reunión en Froylán C. Manjarrez, La jornada institucional, México, Diario Oficial, 1930, pp. 42-69.

entre el presidente y el grupo obregonista exaltado,²¹ la candidatura de Portes Gil, quien había sido el más importante enlace del presidente con los obregonistas moderados, se fue abriendo paso.²²

Para mediados de septiembre la prensa y los grupos políticos manejaban los nombres de Manuel Pérez Treviño, José Gonzalo Escobar, Juan Andrew Almazán, Emilio Portes Gil y José Manuel Puig Casauranc. Calles logró que se descartara a los tres primeros por su carácter de caudillos militares, y fingiendo sacrificar a Puig, que era demasiado callista para consolidar la unidad, hizo que las Cámaras eligieran a Portes Gil el 25 de septiembre, gracias tanto a sus reconocidos antecedentes obregonistas y a su capacidad política, como, sobre todo, al decidido apoyo del presidente.

Ahora, con un grupo político consolidado y fuerte, y un presidente provisional capaz de entenderlo, el general Calles se dedicó de lleno a darle vida a la idea del partido.²³

e) La idea del partido.

Ya dijimos que la idea de construir un partido político nacional que aglutinara a los revolucionarios no era nueva, lo nuevo era la posibilidad efectiva de llevarla a la práctica.

²¹ Los miembros de este grupo se reunían en secreto (eso creían ellos: Abelardo L. Rodríguez, que concurría a las reuniones, mantenía puntualmente informado al presidente de lo que en ellas pasaba) en el Hotel Régis, durante los primeros días de septiembre, procurando madrugar a Calles imponiendo como presidente provisional a uno de los suyos, preferentemente el general José Gonzalo Escobar, pero en caso de que esto no fuera posible, al más moderado Manuel Pérez Treviño, quien al concurrir a estas reuniones y aceptar esas maniobras perdió, sin darse cuenta, la posibilidad de ser presidente de la República. No obstante, en octubre ya tendría tomada su decisión y sería decididamente callista.

²² Véase cómo se abrió paso la candidatura de Portes Gil en Arturo Alvarado Mendoza, El portesgilismo en Tamaulipas..., México, El Colegio de México, 1992.

²³ La solución de la crisis y la designación de Portes Gil, que es una de las maniobras políticas mejor planeadas y ejecutadas en la historia de México, y también una de las más fructíferas —Portes Gil dista mucho de ser el pelele de Calles que la propaganda anticallista creó—, puede verse en los textos citados anteriormente, pero con mayor colorido, en las memorias de la época, por ejemplo, Emilio Portes Gil, Quince años de política mexicana, México, Ediciones Botas, 1941, pp. 29-45; Amaya, Los gobiernos de Obregón, Calles..., (Op. cit.), pp. 219-222; y José Manuel Puig Casauranc, Galatea rebelde a varios pignalones. De Obregón a Cárdenas, México, Impresores Unidos, 1938, passim.

Hay una idea muy difundida según la cual Calles, conciente de que no podía ocupar el lugar dejado por Obregón, planeó la construcción de un partido que fuera su instrumento personal para imponer su poder sobre el presidente o los sucesivos presidentes, única posibilidad de perpetuar su poder aunque fuera dándole una máscara institucional.²⁴

Sin embargo, y como iremos viendo, la actuación política de Calles en esos meses no concuerda con esa idea. Calles, en público y en privado, recalcó una y otra vez, desde principios de agosto de 1928, la necesidad de la "imperiosa y urgente unificación de todos los grupos revolucionarios bajo un solo mando y en una única formación política".²⁵

Calles encargó desde entonces, y en secreto, a José Manuel Puig Casauranc, Luis L. León, Basilio Vadillo y Ezequiel Padilla que,²⁶ al frente de sendos equipos de trabajo, estudiaran los orígenes, estructura y funcionamiento (anatomía y fisiología) de los partidos socialdemócratas europeos y de los partidos Demócrata y Republicano de los Estados Unidos. Al mismo tiempo empezó a revisar, con ayuda de Emilio Portes Gil y Bartolomé García Correa, las características de los principales partidos regionales.

²⁴ Por ejemplo, Medin, El minimato presidencial..., (Op. cit.), pp. 49-52; Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), *passim*; y Lajous, El nacimiento del partido único en México, (Op. cit.), *passim*.

²⁵ Portes Gil, Quince años de política mexicana, (Op. cit.), pp. 213-214.

²⁶ Los historiadores del partido coinciden en señalar a estos hombres como políticos callistas y decididos colaboradores del presidente en la tarea de creación del partido, *vgl.*, Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), p. 72. Si Puig y Padilla si eran callistas, ya hemos visto que León era obregonista, en cuanto a Vadillo, había tenido fuertes altercados con el general Calles cuando aquel era gobernador de Jalisco y éste secretario de Gobernación, y durante el gobierno de Calles, había estado en el exilio diplomático como embajador de México en la URSS. Calles lo incorporó al grupo creador del PNR hasta noviembre de 1928, por petición de Aarón Sáenz y Luis L. León, que estimaban su capacidad política y su lealtad al obregonismo. Véase la biografía del político jalisciense, Pablo Serrano Álvarez, "Basilio Vadillo: Revolucionario, político, intelectual y diplomático del occidente mexicano, 1885-1935", México, UNAM (tesis de doctorado en historia), 1996; así como los relatos autobiográficos de Puig Casauranc, Galatea rebelde a varios pigmaliones. De Obregón a Cárdenas, (Op. cit.); y Luis L. León, Crónica del poder en los recuerdos de un político en el México revolucionario, México, FCE, 1987.

Tan importante como eso fue que el grupo callista condensara su experiencia política propia, contrastándola con esos estudios.²⁷

Ya madura la idea, el 28 de noviembre de 1928, una semana antes de que Calles entregara el poder, hubo una reunión en casa del secretario de Agricultura, ingeniero Luis L. León, a la que asistieron el presidente Calles, Portes Gil, Bartolomé Vargas Lugo, Marte R. Gómez, Manuel Pérez Treviño, Adalberto Tejeda, Manlio Fabio Altamirano, José Manuel Puig Casauranc, Agustín Arroyo Ch., Aarón Sáenz, Bartolomé García Correa, Melchor Ortega, Gonzalo N. Santos, Ezequiel Padilla y David Orozco: los hombres del presidente, los que habían estado trabajando en la solución de la crisis y en la preparación del partido. En esa reunión cuajó la idea, se constituyó el Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario y se consensaron las líneas generales sobre las que se redactarían los documentos básicos de la fundación del partido.

Portes Gil, Pérez Treviño, Sáenz, Tejeda y García Correa controlaban políticamente Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León, Veracruz y Yucatán, respectivamente; Arroyo Ch. y Melchor Ortega (con Arturo Orci y Enrique Colunga) controlaban la Confederación de Partidos Revolucionarios Guanajuatenses, y el primero era gobernador en funciones de Guanajuato; Puig Casauranc y León eran secretarios de Estado, el primero de Educación y el segundo de Agricultura, y dos de los más hábiles colaboradores del presidente; en fin, Altamirano, Gómez, Padilla y Orozco eran hombres con gran experiencia política, sobre todo en el ámbito en que más habían brillado: las maniobras en el Poder Legislativo. Calles, a esas alturas, ya era "el jefe máximo".

Calles presidió durante dos semanas al Comité Organizador, cuya existencia se hizo pública el 1º de diciembre, es decir, el mismo día que entregó la banda presidencial a Portes Gil (hay que resaltar que ese fue el primer tránsito presidencial pacífico de la

²⁷ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 71-74.

era revolucionaria). Pero el 8 de diciembre dejó la presidencia del Comité, tanto para evitar que se viera a este como criatura suya, como para terminar de tomar distancia con el laborismo, cuyo imprudente líder, Luis Napoleón Morones, empezó a atacar frontalmente a su viejo enemigo, el presidente Portes Gil. Ese mismo día Aarón Sáenz, el más destacado de los obregonistas que se habían pasado al callismo en los meses de la crisis, renunció a su cargo en el Comité Organizador para dedicarse de lleno a preparar su precandidatura a la presidencia de la República.

Así, el 8 de diciembre de 1928, el Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario quedó constituido de la siguiente manera: presidente, general Manuel Pérez Treviño; secretario general, ingeniero Luis L. León; secretario del interior, profesor Basilio Vadillo; secretarios de organización, senador Bartolomé García Correa y diputado David Orozco; y secretario de propaganda, senador Manlio Fabio Altamirano.

El 5 de enero de 1929 el Comité Organizador publicó en los periódicos la "Convocatoria a la Convención Constitutiva del Partido Nacional Revolucionario", dirigida "a las agrupaciones revolucionarias de la República". El documento insistía en dos puntos esenciales: la superación del régimen caudillista y la construcción de una organización política sólida y poderosa que unificara a todos los revolucionarios y les permitiera llevar a buen puerto el programa político, económico y social de la Revolución. Desde el principio, el Partido se identificaba con la Revolución y su programa, y manifestaba una vocación democrática que parecía casi incompatible con las costumbres políticas mexicanas.

Las funciones de la Convención, a efectuarse en la ciudad de Querétaro, de grata memoria constitucionalista, del 1º al 5 de marzo próximos, serían la discusión y aprobación de los estatutos, declaración de principios, programa y plan de acción del

partido; la firma del “pacto de solidaridad constitutivo del Partido Nacional Revolucionario” entre todos los grupos (concurrentes) revolucionarios; y la designación de la dirección nacional del Partido y del candidato para el cargo de presidente constitucional de la República para el periodo del 5 de febrero de 1930 al 30 de noviembre de 1934.²⁸

Desde la constitución del Comité Organizador, pero con mayor urgencia y decisión a partir de la publicación de la Convocatoria, los miembros del Comité Organizador, lo mismo que el ex-presidente Calles, el presidente Portes Gil y los hombres que entendieron su idea, se dieron a la difícil tarea (para la que se habían puesto como fecha límite –ver la Convocatoria- el 10 de febrero) de convencer a todos los caciques, caudillos y grupos políticos, de entrar a la nueva organización y aceptar el compromiso que significaba el Pacto que en la Convención se firmaría. ¿A quiénes convocaba, quiénes aceptaron el pacto, quienes no lo aceptaron, y cómo se firmó este? Esas son las preguntas que intentaremos responder en el próximo apartado.

²⁸ El texto de la Convocatoria puede verse en los diarios de ese día y en Historia documental del Partido de la Revolución, (Op. cit.), v. 1, pp. 49-56. Véase su glosa en Córdova, La Revolución en crisis..., (Op. cit.), pp. 54-55; Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), p. 77; y Lajous, Los orígenes del partido único en México, (Op. cit.), pp. 195-203.

2. EL NACIMIENTO DEL PARTIDO. (O DE QUIENES Y COMO FIRMARON EL PACTO CONSTITUTIVO).

El nuevo partido no sólo debía unir a los revolucionarios, sino encauzar las ambiciones de los políticos mexicanos sometiéndolos a una disciplina y un programa partidario, con lo que se pondría fin al personalismo, a la dispersión del poder y a las sangrías que cada vez que había elecciones presidenciales se causaba a sí misma la familia revolucionaria. De esta manera, lo más importante, para empezar, era convencer a los revolucionarios que se unieran al nuevo partido y firmaran su pacto constitutivo. Aquí veremos cuales grupos fueron convocados, y cómo concurrieron a la fundación del PNR, antes de revisar cómo se firmó el pacto.

a) Laboristas y agraristas.

Cuando se publicó la Convocatoria a constituir el PNR, había tres partidos políticos que se pretendían nacionales (el PLM-CROM, el PNA, y el PCM, que debía su fuerza a la alianza que acababa de firmar con la Liga Nacional Campesina), que trataron de oponerse al nacimiento del nuevo partido. El PNR, para construirse, tuvo que pasar por encima de ellos.²⁹

El Partido Laborista Mexicano era el brazo político de la CROM y las bases de su poder provenían de la fuerza de la central obrera. La CROM nació en mayo de 1918, en el Congreso Nacional Obrero efectuado en Saltillo, bajo los auspicios del gobernador de Coahuila, Gustavo Espinosa Mireles. La CROM fue la primera organización obrera de importancia que no comulgaba con el anarco-sindicalismo, y desde el principio, Luis N. Morones fue maniobrando para convertirse en el líder casi omnimodo de la central.

El PLM fue fundado en diciembre de 1919, al calor de la sucesión presidencial, y sus dirigentes apoyaron secretamente la candidatura del general Obregón. En abril de 1920, los dirigentes del partido llamaron a secundar la rebelión de Agua Prieta. Durante el gobierno de Obregón, el PLM-CROM se fue acercando cada vez más al general Calles, secretario de Gobernación, al que el partido proclamó candidato en 1923. Cuando empezó a sonar el nombre de Adolfo de la Huerta como candidato de oposición, el PLM, el PNA y el Partido Socialista del Sureste (PSS) rompieron la mayoría cooperatista (delahuertista) del Congreso. En diciembre de 1923, batallones rojos de obreros afiliados a la CROM contribuyeron a la derrota de los rebeldes delahuertistas.

La época dorada del PLM-CROM empezó en diciembre de 1924, cuando Morones fue nombrado secretario de Industria, Comercio y Trabajo, y se convirtió en uno de los más efectivos colaboradores del presidente Calles en el proceso de institucionalización del Estado, a pesar de los problemas que al gobierno le creaban su radicalismo antirreligioso y sus pugnas con el capital extranjero, sobre todo con las compañías petroleras.

La CROM estaba formada por un millar de organizaciones obreras y otras tantas campesinas, agrupadas en 45 federaciones urbanas y 27 federaciones estatales, que integraban a su vez cinco federaciones nacionales (mineros, campesinos, textiles, transportes y artes gráficas). A pesar de la leyenda negra que se tejió en contra de la organización, sus demandas eran reflejo de su fuerza real, sus alianzas tácticas bien conducidas, y su defensa de los derechos de los trabajadores no era fingida, al contrario, era desarrollada tomando en cuenta las condiciones reales del país, y generalmente obteniendo éxitos más significativos que las organizaciones obreras de oposición. Los

²⁹ Había un grupo más, la Alianza de Partidos Socialistas de la República, nacida en mayo de 1926, sin embargo, esta asociación, que trató de unir a los diversos grupos regionales, nunca pasó de ser un mero

gremios más fuertes de la CROM eran los de los tranviarios, tipógrafos y obreros textiles, en una época en que la industria de la transformación prácticamente no existía.

La estructura de la Confederación era altamente centralizada y vertical: nominalmente, la regía un Comité Central integrado por un secretario general, seis secretarios (interior, exterior, agricultura, minas, cooperativas y el tesorero), y los cinco dirigentes de las federaciones nacionales. Este Comité era elegido en convenciones anuales, pero el control que la cúpula ejercía sobre la base hacía que las designaciones siempre recayeran en los miembros de la dirigencia efectiva de la Confederación y del Partido: los miembros del "Grupo Acción", veinte individuos reclutados por cooptación, cuya existencia era pública y notoria (contribuían abiertamente con la mitad de las entradas de la CROM).

A la cabeza del Grupo Acción estaba, por supuesto, Morones, y para 1924-1929 los miembros más influyentes del grupo eran Ricardo Treviño, Celestino Gasca, Samuel Yúdico, Ezequiel Salcedo, Eduardo Moneda, Reynaldo Cervantes, Pedro Rivera, Salvador Alvarez, Salustio Hernández y Fernando Rodarte: un grupo sólido, unido en torno al secretario de Industria. Otros tres dirigentes significativos, aunque no miembros del Grupo Acción, eran Vicente Lombardo Toledano, Fidel Velázquez y Fernando Amilpa.

Durante el gobierno de Calles, Morones combatió abiertamente a los sindicatos rojos y confesionales. La CROM postulaba la defensa de los derechos de los trabajadores en aras de equilibrar "el capital y el trabajo", pero sin pretensiones de control obrero de la producción: en síntesis, fueron los pioneros de las tesis de la conciliación de clases.

El grupo de Morones se enfrentó con demasiada gente durante ese periodo. La lucha contra los otros sindicatos podía llegar a la sangre, su radicalismo antirreligioso

membrete. Véase Lajous, Los partidos políticos en México, (Op. cit.), pp. 149-150.

contribuyó al estallido de la cristiada, sus afanes por controlar también a los campesinos lo llevaron a romper violentamente con el PNA, a enemistarse con el secretario de Agricultura, Luis L. León, y de paso, con Obregón; y, en fin, hubo muchos caciques que nunca permitieron la extensión de la influencia de la CROM a sus regiones, y algunos, como Portes Gil –enemigo jurado de Morones-, García Correa, Tejeda, Zuno y Garrido Canabal, lo consiguieron.

A partir de 1926 empezó el lento declive de la CROM: los diputados laboristas intentaron oponerse a la reforma constitucional que permitiría la reelección del caudillo, tratando de conseguir el respaldo del presidente para la candidatura de Morones. El líder cromista, aunque corrupto, era un trabajador infatigable y de gran capacidad e inteligencia, y sus discrepancias con Obregón fueron subiendo de tono a lo largo del periodo callista, y aunque en septiembre de 1927 el PLM se vio obligado a apoyar la candidatura del caudillo, la ruptura política era evidente. Cuando un mes después los divisionarios Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez fueron eliminados, los enemigos de Obregón vieron en Morones su único jefe posible, y el líder alentó las manifestaciones de la oposición, sobre todo con el celebre discurso pronunciado en Orizaba el 30 de abril de 1928, caso extremo pero no único, ni contrario a la beligerante política de la CROM, que ya había empezado a perder posiciones en algunos estados, en su desesperada lucha contra el obregonismo.³⁰

Así las cosas, no es nada raro que los obregonistas que fueron concentrándose en la casa del caudillo en el transcurso de la tarde del 17 de julio de 1928, empezaran a culpar a la CROM de la autoría intelectual del magnicidio. Para los obregonistas exaltados, enemigos jurados de Morones, no había duda de que el líder había dirigido la mano asesina. Para los prudentes como Aarón Sáenz y Emilio Portes Gil, seguramente

no había sido así, pero era seguro que si Morones y su grupo no eran responsables del crimen, sí lo eran a los ojos de la opinión pública, y sí habían preparado moralmente el terreno para el magnicidio. De cualquier modo, unos y otros exigían la renuncia del líder, y la condición sine qua non para cualquier acuerdo con el presidente era el sacrificio de Morones.³¹

La situación era insostenible y, mal de su grado, el general Calles sacrificó a su leal colaborador y amigo, y el 27 de julio se hicieron públicas las renunciaciones de Morones, Moneda, Gasca y López Cortés. Y si bien la investigación, conducida por el obregonista Ríos Zertuche, no dejó duda de que los únicos cómplices de León Toral fueron algunos elementos fanáticos (que además desconocían la relación de fuerzas dentro de los grupos de poder, pues Obregón se inclinaba por la conciliación con los católicos mientras Morones era el abanderado del radicalismo), ahí empezó el largo “desmoronamiento” de Morones.

En el transcurso de pocos meses, Morones perdió el enorme poder que había acumulado como secretario de Estado; se consolidó un grupo de poder, en torno a Calles, en el que los enemigos de la CROM reforzaron sus posiciones; fue electo presidente provisional un hombre cuya enemistad con el líder laborista era pública y notoria y que había impedido eficazmente la entrada de la CROM a Tamaulipas; menudearon los ataques contra Morones y el laborismo en las Cámaras, la prensa y las calles; y lo más importante, para que fuera posible el PNR como órgano unificador de los revolucionarios, Morones y su grupo tenían que ser excluidos.

³⁰ Véase la anatomía y fisiología de la CROM en el periodo presidencial de Calles, en Meyer, Estado y sociedad con Calles, (Op. cit.), pp. 77-84; y Marjorie Ruth Clark, La organización obrera en México, México, Ediciones Era, 1979, pp. 89-109.

³¹ Los días 17 y 18 de julio, Ricardo Topete exigió, destempladamente, las cabezas de Morones, Gasca y Moneda; mientras que Portes Gil, Sáenz, León y su grupo, con mayor comedimiento pero no menor decisión, pedían lo mismo. Véanse la actitud de los exaltados en Amaya, Los gobiernos de Obregón, Calles..., (Op. cit.), pp. 202-206; y la de los prudentes en Portes Gil, Quince años de política mexicana, (Op. cit.), pp. 14-24.

Pero al mismo tiempo, no se podía construir un Partido con las pretensiones del Nacional Revolucionario, sin bases obreras o, por lo menos, sin la posibilidad de hacerse con ellas; y mientras la campaña contra el laborismo se recrudecía, los fundadores del partido trataban de atraerse a los sindicatos cromistas. La pugna fue durísima, sobre todo en los tres meses que mediaron entre la aparición pública del Comité Organizador y la celebración de la Convención Constitutiva del PNR (es decir, diciembre de 1928 y enero y febrero de 1929), y aunque pasada la fundación del PNR la CROM-PLM siguió existiendo, su fuerza fue duramente minada: en casi todos los estados hubo escisiones de la CROM, filiales estatales enteras del PLM se segregaron del moronismo para integrarse al nuevo partido: los sindicatos y grupos laboristas controlados por algunos caciques que hasta entonces habían sido aliados de la CROM, se fueron con gran prisa: los grupos de Manuel Pérez Treviño (Coahuila), Agustín Arroyo Ch. (Guanajuato), Saturnino Cedillo (S.L.P.), Donato Bravo Izquierdo (Puebla) y Margarito Ramírez (Jalisco).

En esos meses Portes Gil se dedicó alegremente a favorecer todo acto que debilitara a la CROM, y el propio Calles (que nunca quiso romper su amistad personal con Morones) se tuvo que deslindar de sus antiguos aliados, al desautorizar enérgicamente los intentos de Morones por utilizarlo como escudo en su lucha con el presidente, en unas declaraciones publicadas por la prensa el 8 de diciembre de 1928.

El 16 de diciembre muchos de los grupos disidentes dieron vida al Partido Laborista Independiente, en una maniobra en la que por primera vez se advirtió la habilidad política de cinco hombres que saltaban en ese momento a la escena nacional: los jóvenes líderes Fidel Velázquez, Fernando Amilpa, Jesús Yurén, Alfonso Sánchez Madariaga y Luis Quintero, conocidos como "los cinco lobitos".³²

³² Este mote, uno de los que más carrera hicieron en la política nacional, se debe a Aquiles Elorduy: cuando los sindicatos dirigidos por estos hombres rompieron con la CROM, Morones tronó en la prensa

El resultado de todo este fue que el PNR nació con el apoyo de varios grupos sindicales, desunidos y sin proyectos ni organización clara, y que la única federación obrera con fuerza real se debilitó enormemente. Tanto el PNR como el movimiento obrero tendrían que fortalecerse y reconstruirse sobre nuevas bases para hacer de ambos lo que el proyecto de creación del partido quería.

Así pues, la CROM de Morones, muy debilitada pero aún fuerte, quedó fuera del partido. Dentro, quedaron algunos grupos político-sindicales controlados por los caciques regionales, por Manuel Pérez Treviño y por "los cinco lobitos", grupos importantes, sí, pero desunidos y sin programa.³³

Por su parte, el Partido Nacional Agrario tiene sus raíces en el movimiento zapatista: tras la incorporación de lo que del movimiento suriano quedaba al grupo hegemónico, durante la rebelión de Agua Prieta, un grupo de veteranos e intelectuales zapatistas reunieron a las emergentes y desarticuladas organizaciones campesinas del centro del país, y en octubre de 1920 fundaron el PNA, cuyos dirigentes eran Antonio Díaz Soto y Gama, Aurelio Manrique, Lauro G. Caloca, Rodrigo Gómez y otros.

El PNA canalizó el apoyo de numerosos grupos agraristas al gobierno del general Obregón y fue de gran utilidad para éste: le presta el apoyo necesario para empezar, con moderación, es cierto, la reforma agraria, y defendió el ejido y la pequeña propiedad como solución al problema mexicano cuando el modelo de la Unión Soviética empezaba atraer a los radicales.

El eje de su programa era el impulso de la restitución y el reparto agrario, y consideraba a los campesinos como una clase explotada, que había hecho la Revolución,

llamándolos "cinco traidores gusanos", a lo que el brillante periodista contestó: "No, señor Morones, no son cinco gusanos, son cinco lobitos de aguzados dientes". Véase la prensa de diciembre de 1928.

³³ Esta fase inicial del "desmoronamiento" de Morones (frase acuñada por Roberto Soto, notable y popular cómico de carpa, en diciembre de 1928), en Clark, La organización obrera en México, (Op. cit.), pp. 109-117; L. Meyer, El conflicto social y los gobiernos del maximato, (Op. cit.), pp. 101-122; y Arnaldo Córdova, La clase obrera en la historia de México. En una época de crisis. 1928-1934, México, Siglo XXI Editores, 1980, pp. 7 y ss.

y seguía luchando contra su opresión. Nunca consideran la posibilidad de la alianza obrero-campesina, de ahí que se opongan frontalmente a la extensión de la influencia de la CROM y los sindicatos rojos al campo.³⁴

Desde 1921, el PNA se convierte en un partido eminentemente caudillista: su fuerza depende del apoyo del general Obregón, y sus planteamientos no van más allá de los del presidente y cómo este, Soto y Gama y Manrique se convierten en líderes personalistas de corte –aunque no de estatura– caudillil. Conforme aumenta el compromiso del partido con una política caudillista, va perdiendo su fuerza real.

Durante los dos primeros años de gobierno de Calles, el PNA se fue distanciando del presidente. La fuerza del partido se redujo: aunque desde siempre su influencia había sido combatida por muchos de los caciques agraristas que controlaban y favorecían a las Ligas Campesinas estatales, Calles impulsó esta tendencia que por un lado, fortalecía a sus aliados regionales y por otro, debilitaba al movimiento campesino nacional. Debido a esto, en los estados donde el reparto agrario fue más importante, el PNA casi no tenía presencia, pues los gobernadores más proclives a la reforma agraria la hacían apoyados en organizaciones locales controladas por ellos.

Cuando la posibilidad de la reelección de Obregón comenzó a ganar terreno, el PNA fue recuperando su fuerza. Sus diputados fueron de los más decididos impulsores de la reforma constitucional que permitía la reelección presidencial diferida, y los brillantes tribunos Soto y Gama y Manrique eran dos piezas de pesado calibre tanto en la Cámara como en las giras proselitistas del caudillo. Los jefes del partido ya veían el

³⁴ González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina...*, (Op. cit.), pp. 76-82; y Francisco A. Gómez-Jara, *El movimiento campesino en México*, México, Secretaría de la Reforma Agraria, 1980, pp. 29-38. Si se me permite la figura, del zapatismo revolucionario, el PNA retomaba el Plan de Ayala y no el mucho más completo proyecto trabajosamente consensado con los villistas, plasmado en el "Programa de Reformas Económico-Sociales de la Convención". Véase su glosa en Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Ediciones Era, 1973, pp. 155-173.

regreso de su época dorada y del apoyo declarado del gobierno, cuando el 17 de julio de 1928 José de León Toral hizo naufragar sus aspiraciones.

En los días de la crisis desatada por el magnicidio, los dirigentes del PNA fueron de los más notables portavoces de los obregonistas exaltados, y se aliaron con el bloque de generales norteños; en la Cámara, sus diputados apoyaron la postura de Ricardo Topete (y Manrique llegó a gritarle “farsante” al presidente Calles el día del informe de gobierno), y Soto y Gama y Manrique participaron en las reuniones del Hotel Regis.

El presidente Calles respondió a esta ofensiva en su contra a través de sus nuevos aliados obregonistas, sobre todo Aarón Sáenz, que todavía era visto por muchos como heredero del caudillo, y de Luis L. León, que habiendo sido secretario de Agricultura durante los cuatro años de gobierno callista, era visto por muchos como el hombre de Obregón en el gabinete. Con su apoyo, Calles fue presionando a los cuadros del PNA hasta lograr que Manrique y Soto y Gama, junto con sus partidarios más recalcitrantes, fueran expulsados del PNA el 7 de enero de 1929, y que su lugar fuera ocupado por Leopoldo Reynosa Díaz, hombre cercano a Aarón Sáenz. Soto y Gama se retiró de la política, muchas organizaciones se disolvieron y las restantes se dividieron en dos: un grupo, con Reynosa Díaz a la cabeza, se incorporó al PNR, y otro, que seguía llamándose PNA, dirigido por Manrique, lanzó la candidatura de Gilberto Valenzuela y apoyó la rebelión escobarista, con lo que se condenó a desaparecer.

Ya mencionamos que paralelamente al PNA, se desarrollaron las Ligas Campesinas, sobre todo en los estados controlados por caciques con tendencia agrarista. Las más importantes eran las Ligas de Resistencia del Partido Socialista del Sureste; las Ligas Campesinas de Resistencia, del Partido Socialista Radical de Tabasco (PSRT); la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz, base del poder del coronel

Adalberto Tejeda, gobernador del estado de 1920 a 1924 y de 1928 a 1932; y la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de San Luis Potosí, controlada por Cedillo.

La que tenía mayor fuerza y claridad política era la de Veracruz, dirigida por Ursulo Galván, radical cercano a los comunistas y firme aliado del coronel Tejeda. La Liga de Veracruz proponía la solución socialista del problema de la tierra, y en 1925, con el apoyo del coronel Tejeda, secretario de Gobernación, y del general Heriberto Jara, gobernador de Veracruz y futuro presidente del PRM, convocó a un Congreso Campesino Nacional, en el que se reflejó la fuerza de la Liga de Veracruz, que construyó en torno suyo a la Liga Nacional Campesina, con el apoyo de las ligas de Morelos, Oaxaca, México, el Distrito Federal, Michoacán, Puebla y Durango.

El programa de la LNC exigía la reforma agraria colectivista, la irrigación, la rotación de cultivos, la creación de sociedades de crédito agrícola y de cooperativas de transporte y consumo, la educación campesina, la lucha contra el fanatismo religioso y el alcoholismo y, a la larga, el advenimiento del socialismo.³⁵

Cuando apareció la convocatoria a la fundación del PNR, el coronel Tejeda que acaba de asumir por segunda vez la gubernatura de Veracruz, y no obstante que había participado en los trabajos previos a la formación del Comité Organizador, declaró que la simple reunión de diversos grupos regionales no garantizaba la realización de las reformas sociales de la Revolución, y exigió que los dirigentes obreros y campesinos fueran incorporados a la dirección del nuevo partido. Como Pérez Treviño y León no le hicieron caso, Tejeda renunció al cargo que se la había ofrecido en el Comité Ejecutivo Nacional del nuevo partido, y rompió con el grupo que lo organizaba.³⁶

El 23 de enero de 1929 los periódicos anunciaron la alianza de la Liga Nacional Campesina y el Partido Comunista, creando la Confederación Sindical Unitaria de

³⁵ González Navarro, La Confederación Nacional Campesina..., (Op. cit.), pp. 80-82.

México (CSUM), que postuló la candidatura presidencial del general Pedro Rodríguez Triana, que había sido magonista y zapatista.

El programa de la CSUM era el de los comunistas: creación de consejos (soviets) obreros y campesinos, supresión de las secretarías de Estado creando en su lugar consejos ejecutivos, dotación de armas a los campesinos de la Liga, suspensión de pagos de la deuda externa e interna, extinción del latifundio, etcétera. Sin embargo, ni la candidatura de Rodríguez Triana ni la CSUM prosperaron porque el PCM vio en la crisis de 1929 la agonía del capitalismo y, de acuerdo con las directivas de la Internacional Comunista, pensó llegada la hora de hacer la revolución proletaria. Esto los enfrentó radicalmente con el Estado y los llevó a perder el apoyo de las masas y de la LNC, cuyas principales organizaciones se mantuvieron adictas a Tejeda y a Galván. Sólo una fracción minoritaria aunque importante, dirigida por Graciano Sánchez y los diputados Wenceslao Labra y Jesús Vidales, se incorporó al PNR.

Solo nos queda mencionar a una organización que entre 1923 y 1926 propuso una reforma agraria que impulsara la pequeña propiedad: la Confederación Nacional Agraria, dirigida por Gildardo Magaña, Andrés Molina Enríquez y Miguel Mendoza López S., que como los líderes del PNA, eran viejos zapatistas (y Molina es un caso aparte). El estallido de la guerra cristera dejó a este grupo sin sus bases sociales más importantes, los pequeños propietarios de Michoacán, Jalisco y Guanajuato, que se unieron a los rebeldes. Los que permanecieron leales al gobierno, los agraristas armados que combatieron a los cristeros, se incorporaron a la LNC.³⁷

³⁶ Heather Fowler Salamini, Movilización campesina en Veracruz (1920- 1938), México, Siglo XXI Editores, 1979, pp. 95-96.

³⁷ Véanse las trayectorias de la LNC y la Confederación Nacional Agraria en González Navarro, La Confederación Nacional Campesina..., (Op. cit.), pp. 81-82; Gómez-Jara, El movimiento campesino en México, (Op. cit.), pp. 61-66 y Meyer, Estado y sociedad con Calles, (Op. cit.), pp. 93-97. Por otro lado, ya se ha visto que un ingrediente importante de la rebelión cristera eran esas demandas agrarias - parvifundistas- de los hombres del campo del Bajío y el Occidente, véase Meyer, La cristada, (Op. cit.)

Es decir que, de la misma manera que con las organizaciones obreras, el PNR destruyó o debilitó a las organizaciones campesinas existentes, y aunque logró que algunos grupos (Reynosa Díaz y Graciano Sánchez) se incorporaran, eran organizaciones débiles, desunidas y sin programa, mientras las que quedaron fuera se vieron severamente debilitadas.

b) Los caciques y los partidos regionales.

Luis Javier Garrido y Alejandra Lajous ven al PNR de los años del maximato como una confederación de caciques. Creo que lo fue en su nacimiento, pero si una de las principales tareas del partido en esos años fue debilitar a los caciques, es difícil entenderlo así. Sin embargo, los fundadores del PNR pusieron particular empeño en que los hombres fuertes de los estados, y los partidos u organizaciones locales que estos controlaran, ingresaran al PNR, y en realidad, el alcance nacional y la fuerza del naciente partido se debió a la inclusión de estos grupos, a los que habría que domesticar y disciplinar.

Entender cómo y por qué estos grupos entraron al PNR es un problema interesante, complejo y muy poco estudiado: el auge de la historiografía regional de los últimos veinte o veinticinco años ha descuidado mucho los vínculos entre los caciques y el poder central, y las formas en que, en los años veinte y treinta, los caciques fueron gradualmente sometidos al poder del Estado.

Hay que añadir que mientras los procesos de Yucatán, Tabasco, Veracruz y San Luis Potosí han sido los consentidos de los historiadores, otros estados han sido poco o nada estudiados. Sin embargo, veamos algunos de estos grupos y su proceso de unificación al PNR.

Antes, hagamos notar que la época inmediatamente anterior al nacimiento del PNR se caracterizó, en los estados, por las pugnas, que a veces terminaban en sangre, entre los distintos grupos de poder locales, que aprovechaban los avatares políticos nacionales y sus alianzas con grupos nacionales o de otros estados para conseguir sus fines. La situación política en todos lados era inestable e imprevisible, pero siempre, detrás de uno u otro contendiente, mezclándose o cambiando de caretas, estaban las fuerzas revolucionarias, basadas en las organizaciones de masas, y las fuerzas del antiguo régimen, que combatían a aquellas. El ejército, factor crucial a veces neutralizado por los agraristas armados o por las guardias blancas de los latifundistas, solía participar activamente en estas pugnas, ya de un lado, ya de otro, ya dividido, ya equilibrando a ambos. A continuación pasamos revista a los principales grupos regionales de poder y a las formas en que se incorporaron al PNR o las razones por las que no lo hicieron.

En 1919 el coronel Adalberto Tejeda, senador de la República, fue el primer político de peso en el estado de Veracruz que se pasó decididamente al campo obregonista. Tras él, abandonaron a Carranza el general Heriberto Jara, radical, y a última hora, el general Guadalupe Sánchez, conservador.

Tejeda, apareciendo como hombre de Obregón y como conciliador entre los radicales de Jara y los conservadores de Sánchez, fue elegido gobernador constitucional del estado en 1920, y dedicó los primeros meses de su mandato a tejer una intrincada y segura red de relaciones políticas en el estado (aliándose a nivel nacional con el general Calles, secretario de Gobernación). Una vez que se sintió seguro en el cargo, se reveló como un político revolucionario de primera fuerza, impulsando decididamente la reforma agraria, haciendo que el Congreso aprobara leyes laborales e inquilinarias

revolucionarias, y fortaleciendo a las organizaciones campesinas, obreras y populares, que pronto fueron la base principal de su gobierno.

En 1923 nació formalmente la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz, dirigida por Ursulo Galván y José Cardel, mientras otros líderes radicales cercanos al gobernador empezaron a brillar a nivel nacional, como Manuel Díaz Ramírez, líder obrero, uno de los fundadores del Partido Comunista, y Herón Proal, líder de la legendaria huelga inquilinaria del puerto de Veracruz.

La política del gobernador fue impugnada por los latifundistas y los grandes comerciantes, que pronto encontraron su abanderado en el jefe de operaciones militares del estado, general de división José Guadalupe Sánchez, a quien Obregón mantenía en Veracruz para evitar que Tejeda adquiriera demasiado poder.

La lucha del gobierno del estado, las organizaciones sociales y los agraristas armados de la Liga contra el gobierno del centro, los militares y la oligarquía estatal parecía perdida, cuando el general Sánchez se comprometió con los delahuertistas, haciendo del puerto de Veracruz bastión de la rebelión y refugio de Adolfo de la Huerta. Entonces las milicias tejedistas prestaron al gobierno un invaluable servicio al reaccionar rápidamente contra los rebeldes.

De esa manera, la sucesión presidencial de 1924, que llevó al poder a Calles, viejo aliado de Tejeda, encontró al coronel con su poder firmemente asentado. Tejeda fue designado secretario de Gobernación, cargo que desempeñó con lealtad y eficiencia durante más de tres años, y quedó a la cabeza del gobierno de Veracruz el general Heriberto Jara, que continuaría el programa tejedista, apoyado en las fuerzas sociales organizadas por el coronel.

La reforma constitucional que permitió la reelección de Obregón, fue aprovechada por Tejeda para regresar al palacio de gobierno de Xalapa, a pesar de la

oposición del caudillo, nada conforme con tener en Veracruz a un gobernador tan radical y poderoso.

Tejeda, considerado como uno de los hombres fuertes estatales más cercanos a Calles, participó en las juntas previas a la formación del Comité Organizador, pero pronto se desligó de los promotores del partido por razones que aún no quedan claras, oponiéndose a la formación del PNR. Tejeda y las organizaciones que lo apoyaban mantuvieron una precaria independencia política hasta 1935; durante todo ese periodo, como veremos, tanto el Estado como el PNR se dedicaron a debilitar su posición, y para fines del maximato el otrora poderoso cacique había dejado de pesar en la política nacional.³⁸

A principios de 1915 el general Salvador Alvarado, uno de los caudillos revolucionarios más radicales y de mayor firmeza política, fue enviado a Yucatán para reprimir a los enemigos del constitucionalismo y hacerse cargo del gobierno del estado. Como gobernador revolucionario de Yucatán, el general Alvarado desarrolló una política en beneficio de los campesinos sin tierra y los peones de las haciendas, que golpeó los intereses de la oligarquía henequenera (llamada "la casta divina" durante el porfiriato) y de la compañía norteamericana (la International Harvester Company) que monopolizaba la exportación del principal producto de la península, el henequén.

En junio de 1916 Alvarado patrocinó la fundación del Partido Socialista Obrero, pronto rebautizado como Partido Socialista del Sureste (PSS), poniendo a su cabeza a políticos radicales nacidos en Yucatán como Rafael Gamboa y Felipe Carrillo Puerto, que había sido coronel zapatista. La popularidad de la política revolucionaria de

³⁸ Heather Fowler Salamini, Movilización campesina en Veracruz, (Op. cit.); Romana Falcón, El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935), México, El Colegio de México, 1977; y Romana Falcón y Soledad García, La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz. 1883-1960, México, El Colegio de México, 1986.

Alvarado, el hecho innegable de que las masas campesinas de Yucatán eran de las más explotadas del país, y la capacidad organizativa y el carisma de Carrillo Puerto, hicieron del PSS una potencia regional capaz de enfrentar a la oligarquía y a la hostilidad creciente del presidente Carranza: para fines de 1918 en casi todos los pueblos del estado funcionaban las Ligas de Resistencia y el partido tenía una membresía de 200,000 afiliados.

En noviembre de 1918 Alvarado entregó el gobierno a Carlos Castro Morales, candidato del PSS, quien a su vez lo entregó a Carrillo Puerto en 1921. Carrillo aceleró los programas radicales ya instrumentados por Alvarado, hasta que en diciembre de 1923 los hacendados y sus aliados aprovecharon la coyuntura política nacional para, declarándose delahuertistas, eliminar al gobernador. (Es de hacer notar que los jefes de la revuelta, entre los que se contaba Salvador Alvarado, reprobaron el asesinato de Carrillo).

Derrotada la rebelión delahuertista, el gobierno de Yucatán regresó a manos del PSS. Los antiguos lugartenientes de Carrillo desarrollaron una política tendiente a consolidar las reformas sociales efectuadas durante los gobiernos de Alvarado, Castro y Carrillo, pero el carácter personalista del partido quedó reflejado en el hecho de que ante la ausencia del líder, los dirigentes del partido se dedicaran más a luchar entre ellos que a gobernar el estado. Ya para 1929 Bartolomé García Correa, una de los más leales, discretos y sensatos lugartenientes de Carrillo Puerto, había asumido la dirección del PSS y restablecido su unidad.

A pesar de sus problemas internos, el PSS había seguido impulsando la política revolucionaria, y contribuyendo al proceso de institucionalización que desarrollaba el gobierno nacional. En esas condiciones no extrañó a nadie que el general Calles ofreciera al profesor García Correa, entonces senador de la República, uno de los

papeles más significativos en la creación del PNR. García Correa no sólo aportó al nuevo partido toda la fuerza del PSS, con lo que en Yucatán el nuevo partido se instauró sin problemas, sino que además aportó toda la experiencia que los revolucionarios yucatecos tenían en la organización de las masas y la gestión de sus demandas.³⁹

Los hermanos Magdaleno, Saturnino y Cleofas Cedillo se levantaron en armas desde 1910 en la región de Ciudad del Maíz, S.L.P., al frente de un grupo de campesinos. La revuelta cedillista, como la que encabezaron en Tula de Tamaulipas los hermanos Carrera Torres (aliados de los Cedillo), era una rebelión de campesinos que exigían tierra pero carecían de programa. En 1915 los Cedillo fueron inseguros aliados del villismo, y hasta 1920 se mantuvieron en rebeldía contra el gobierno.

Cuando triunfó la rebelión de Agua Prieta, Saturnino Cedillo, que a la muerte de su hermano Magdaleno había heredado la jefatura del grupo rebelde, se rindió al gobierno con la condición de que se le entregaran tierras a sus soldados en la región de Ciudad del Maíz, y que se les permitiera conservar las armas. Desde entonces, los colonos militares (que llegaron a ser unos 15,000) fueron la base social y la fuerza armada del cacicazgo cedillista.

Con base en sus soldados-colonos, el general Cedillo fue aumentando su poder en el estado, aliándose a nivel nacional con el grupo callista. En 1923 fue pieza clave para la derrota política y militar de los delahuertistas al neutralizar las bases de poder que tenían en el estado Jorge Prieto Láurens y Marcial Cavazos, y contribuir

³⁹ Las historias del proceso revolucionario yucateco suelen detenerse en el momento mismo de la muerte de Carrillo, sin decir palabra de lo que siguió, o cuando la tirada es más larga, ven los años que van del "redentor" Carrillo al "redentor" Cárdenas como un periodo de confusiones y claudicaciones. La verdad es que falta hacer una historia de esos años y estudiar un proceso que es mucho más rico y complejo que esos clichés. Véanse Fernando Benítez, *Ki: El drama de un pueblo y una planta*, México, FCE, 1973; Gilbert M. Joseph, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, FCE, 1992; y Francisco J. Paoli y Enrique Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI Editores, 1977. Para una versión contemporánea de los inicios del proceso, Salvador Alvarado, *Mi actuación revolucionaria en Yucatán*, México, INEHRM, 1985.

decididamente a la derrota del líder cooperatista en las elecciones para gobernador. Entre 1924 y 1928 impidió que Aurelio Manrique, gobernador de San Luis Potosí y enemigo de Calles, construyera en el estado un cacicazgo hostil al presidente. Con esto, la posición de Cedillo se consolidó, y para 1924 era el hombre fuerte del estado, en franca oposición al gobernador Manrique, hombre de Obregón.

Más que en la Liga de Comunidades Agrarias de San Luis Potosí, organización controlada por Cedillo, la fuerza del general se basaba en las relaciones clientelares tradicionales. Una nueva coyuntura nacional, la guerra cristera, le permitió triunfar sobre la facción rival de Manrique y convertirse en el amo del estado, lo que se explica por la importancia de sus hombres en la lucha contra los cristeros en el Bajío.

Cuando se convocó a crear el PNR, el viejo zorro pragmático no dudó ni un momento: desde el inicio, la estructura del nuevo partido en el estado sería la calca de la vieja estructura del cacicazgo cedillista.⁴⁰

En Tabasco, el general Francisco J. Múgica jugó un papel muy parecido al que Salvador Alvarado desempeñó en Yucatán. A su salida del estado, dejó en él al Partido Radical Tabasqueño, cuyo programa radical acusaba una fuerte influencia del PSS. Pero a diferencia de lo ocurrido en Yucatán, la salida del hombre que exportó la Revolución a Tabasco (Múgica) debilitó a los radicales, a pesar de que el candidato del partido, Tomás Garrido Canabal, ganó las elecciones para gobernador en 1922. Sólo hasta que en 1923 los enemigos de los radicales apoyaron a los delahuertistas, el gobernador pudo convertirse en el hombre fuerte indiscutible del estado.

⁴⁰ El carácter agrarista de Saturnino Cedillo es puesto en duda por Romana Falcón, Revolución y caciquismo en San Luis Potosí, 1910-1938, México, El Colegio de México, 1984, quien ve en el cacique un ambicioso político pragmático que siempre defendió, en la medida de lo posible, los intereses de los terratenientes; Carlos Martínez Assad, Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el Estado cardenista, México, FCE, 1988, matiza esta visión: Cedillo no era un agrarista radical, pero no dejaba de ser un importante cacique agrarista, defensor de la pequeña propiedad, pero, a fin de cuentas, enemigo del

Firmemente establecido en el poder, Garrido Canabal logró que las dos organizaciones revolucionarias más fuertes del estado, el Partido Radical Tabasqueño y el Partido Socialista Agrario del Istmo, se fusionaran dando vida al Partido Socialista Radical (1924); al mismo tiempo, y siguiendo el modelo de las Ligas de Resistencia del PSS, creó la Liga Campesina de Resistencia, que llegó a tener presencia en todo el estado, y una fuerte influencia política ejercida a través del periódico Redención.

La Liga Central de Resistencia controlaba los grupos campesinos y los sindicatos, y con su apoyo (parcialmente armado), Garrido instauró una legislación obrera de fuerte contenido revolucionario, y le dio un fuerte impulso al reparto agrario, aunque las condiciones sociales de Tabasco hacían este mucho menos importante que la reglamentación obrera (los trabajadores del campo funcionaban más como obreros al servicio de las compañías bananeras y madereras que como peones). Además, Garrido se propuso renovar por completo a Tabasco. La supresión de los servicios religiosos y la persecución de la Iglesia (tareas en las que su radicalismo excedió toda medida), las campañas antialcohólicas, el impulso al feminismo y a la alfabetización, y otras de sus obras a lo largo de los más de diez años que controló Tabasco, hicieron de su mandato (oficial o de hecho) una época tan fructífera en materia económica como nefasta por su despotismo.⁴¹

Tomás Garrido Canabal recibió con desconfianza la convocatoria a fundar el PNR: celoso de sus prerrogativas y de su poder, insistió en que se definiera bien la modalidad del vínculo federativo del partido (que en el papel, permitía que los partidos estatales, o las secciones estatales del nuevo partido, mantuvieran un alto grado de autonomía). Aunque los garridistas decían estar de acuerdo en la necesidad de lograr la

latifundismo. De cualquier modo, lo más destacable de Cedillo como Cacique es su pragmatismo y la falta de principios firmes.

⁴¹ Graham Greene retrató el ambiente antirreligioso y opresivo del Tabasco garridista en la que quizá sea su mejor novela, El poder y la gloria, México, Alianza Editorial, 1991.

unidad nacional, decían que ésta se alcanzaría mediante el federalismo y el equilibrio de poderes, y no mediante el centralismo. En la práctica, esto se tradujo en la creciente oposición del garridismo a las intromisiones del gobierno federal en su estado, y a las del CEN del PNR en la organización y estructura del partido en Tabasco.⁴²

El primer gobernador posrevolucionario de Tamaulipas, el general César López de Lara (1920-1924), se caracterizó por su conservadurismo social: bajo su régimen, prácticamente no se hizo nada por aplicar el programa de la Revolución, al contrario, el gobernador defendió a los terratenientes de las demandas de los muy politizados grupos agraristas (como el que en Tula controlaba el general Alberto Carrera Torres). Esta política generó un creciente malestar social que encontró eco en los diputados tamaulipecos Emilo Portes Gil y Candelario Garza, quienes combatieron frontalmente, al gobernador, con el apoyo de políticos agraristas nacionales.

López de Lara se levantó en armas en diciembre de 1923 con la bandera delahuertista, y a su rápida derrota siguió el interinato de Catarino Garza, con el que empezó la reforma agraria en Tamaulipas. En febrero de 1925, con el apoyo de Calles y postulado por el recién fundado Partido Socialista Fronterizo (PSF), Emilio Portes Gil llegó a la gubernatura.

Portes Gil era un hábil político que había alcanzado la presidencia del Partido Nacional Cooperatista en la época en que este tenía mayoría en el Congreso (1922-1923), y que renunció al cargo y al partido cuando Jorge Prieto Láurens y la mayoría cooperatista decidió apoyar la candidatura de Adolfo de la Huerta.

Como gobernador, Portes Gil desarrolló una política agrarista y social que lo colocó al lado de Carrillo Puerto y Tejeda como uno de los gobernadores radicales que

⁴² Carlos Martínez Assad, El laboratorio de la Revolución: El Tabasco garridista, México, Siglo XXI, 1985.

experimentaron en sus estados, gracias a la considerable autonomía que su fuerza política les daba, reformas revolucionarias: aunque en Tamaulipas, la reforma agraria fue más matizada y selectiva que en Veracruz, Tabasco, Chihuahua y Morelos, estados en los que más tierra se repartió; y la reforma iba más de acuerdo con las tradiciones norteañas, favorables a la pequeña propiedad.

La fuerza de Portes Gil se debía más a su habilidad y sus relaciones políticas que al peso del Partido Socialista Fronterizo, que era una organización con influencia entre las clases medias urbanas. El PSF y la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Agrícolas del Estado de Tamaulipas controlaron a la mayoría de las organizaciones del estado, fueron los apoyos que permitieron la política revolucionaria del gobernador y cerraron las puertas del estado a la influencia de la CROM, el PNA y la LNC.

Cuando en 1927 Obregón empezó su campaña electoral, llamó a Portes Gil, cuya habilidad política había observado, y le dio importante cargo en el Centro Directivo Obregonista, que seguía ocupando cuando el caudillo fue asesinado. En cuanto a su papel en la resolución de la crisis desatada por el magnicidio, sólo inferior al del general Calles, no hay nada que agregar a lo ya dicho. Por supuesto, tanto el PSF como la Liga tamaulipeca fueron de las organizaciones fundadoras del PNR, y Tamaulipas fue uno de los pocos estados en los que la implantación del nuevo partido no encontró ninguna oposición organizada: no en balde, el peculiar cacique del estado había comprendido la idea transformadora del general Calles.⁴³

En Guerrero, Oaxaca y Chiapas no llegaron a consolidarse cacicazgos como los que hemos descrito debido, por un lado, a la debilidad de los revolucionarios frente a las

⁴³ Véanse Alvarado Mendoza, *El portesgilismo en Tamaulipas...*, (Op. cit.); el artículo de Salamini en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (Coordinadores), *Historia regional de la Revolución mexicana. La provincia entre 1910-1929*, México, CONACULTA (Regiones), 1996, pp. 255-299; y Emilio Portes Gil, *Rajgambre de la Revolución en Tamaulipas*, México, Ediciones Lito, 1972.

fuerzas del antiguo régimen, y por otro, a la excesiva fragmentación del poder político, resultado de la ausencia de grupos revolucionarios capaces de unificar a las masas y convertirse en gestores de sus demandas.

En Guerrero, los hermanos Figueroa, rancheros revolucionarios del norte del estado que habían sido rivales de Zapata y tenían importantes bases de poder propio, luchaban contra los antiguos aliados del caudillo suriano, encabezados en el estado por Roberto Neri y Adrián Castrejón; eventualmente, los figueroístas se aliaban con militares jóvenes, defensores de los terratenientes y la oligarquía comercial, como Héctor F. López; mientras el grupo de Neri contaba con el apoyo de los radicales de la Costa Grande, organizados en torno al Partido Obrero de Acapulco, cuyo líder, Juan Ranulfo Escudero, era una versión acapulqueña de Felipe Carrillo Puerto y, como el yucateco, fue asesinado en enero de 1924 por los militares aliados con la oligarquía del puerto, alzados con el pretexto de la rebelión delahuertista.

Las distintas facciones ocuparon alternadamente el gobierno del estado, sin que ninguna pudiera imponerse sobre otra; el reflejo de esta dispersión fue que tanto a la convención de la Alianza de Partidos Socialistas de la república (1926) como a la del PNR, se presentaron más de medio centenar de partidos guerrerenses, cuyas alianzas y fuerza real eran un verdadero galimatías. Esta fragmentación política permitía al gobierno federal tener la última palabra en los conflictos políticos de Guerrero.

Cuando empezaron los trabajos para construir el PNR, acababa de tomar posesión como gobernador el general Adrián Castrejón, quien rápidamente organizó el Partido Socialista de Guerrero y la Liga de Comunidades y Sindicatos Campesinos del Estado de Guerrero, filiales estatales del PNR. Además de hacer ganar al PNR en las elecciones de 1929, estas organizaciones se propusieron canalizar el apoyo de las masas al nuevo partido, cosa que nunca lograron, a pesar de que Castrejón fue el gobernador

más populista que hasta entonces había tenido Guerrero. Su escasa fuerza real y la de sus organizaciones se reveló cuando en 1932 fracasaron en el intento de imponer como gobernador a Ezequiel Padilla contra el candidato del centro, el general Gabriel R. Guevara, hacendado antiagrarista que preparó el triunfo definitivo de los Figueroa.⁴⁴

En el estado de Oaxaca, el grupo con mayor arraigo durante los años revolucionarios fue el movimiento soberanista, dirigido por Guillermo Mexueiro y José Inés Dávila. Este grupo fue enemigo del constitucionalismo hasta 1920 y ha sido identificado como contrarrevolucionario por sus nexos con Félix Díaz y sus nostalgias porfirianas (no olvidemos que don Porfirio, oaxaqueño como era, siempre consintió a la élite de su entidad); sin embargo, los soberanistas tenían fuerte arraigo popular, sobre todo en la sierra mixteca, y proponía un programa reformista.

Los soberanistas se rindieron en 1920 o, mejor dicho, se incorporaron al nuevo Estado mediante un pacto con el grupo sonorense parecido al que firmaron los zapatistas, los rebeldes chiapanecos, los pelaecistas y tantos otros. El general Manuel García Vigil, gobernador constitucional del estado de 1920 a 1924, garantizaba la alianza entre el obregonismo y los soberanistas, y gobernó equilibrando a ambos grupos hasta que cometió el error (fatal, en su caso) de involucrarse con los delahuertistas.

En 1924 el general Calles cerró la posibilidad de que el licenciado José Vasconcelos, ex-secretario de Educación y su acérrimo rival en el gabinete de Obregón, llegara a la gubernatura de Oaxaca, llevando al cargo al general Onofre Jiménez, quien a pesar de haber alcanzado el cargo con el apoyo del PLM y el PNA, gobernó con elementos y proyectos soberanistas y felicistas, lo que le costó el cargo en 1925. Lo sustituyó el callista Genaro V. Vázquez, quien logró que una veintena de organizaciones

⁴⁴ Véase Ian Jacobs, La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros, México, Ediciones Era, 1982, pp. 140-162; un acercamiento al Partido Obrero de Acapulco y su líder, Juan Ranulfo Escudero, en Paco Ignacio Taibo II, Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX, México, Planeta, 1998, pp. 15-62.

revolucionarias se fusionaran en 1926, dando vida a la Confederación de Partidos Socialistas de Oaxaca, organización que a pesar de su rigidez y verticalismo empezó a impulsar la aplicación del programa de la Revolución. Sin embargo, la fuerza de los ex-soberanistas, los ex-felicistas, los laboristas de Morones y otros grupos, impidió que se consolidara un cacicazgo regional a través de la Confederación, de manera que cuando se incorporó al PNR, había otra veintena de organizaciones políticas de desigual fuerza que rivalizaban efectivamente, sobre todo a nivel municipal, con la Confederación. Esta dispersión del poder hizo posible que el CEN del PNR controlara rápidamente la política oaxaqueña a través de su filial local.⁴⁵

Es un lugar común decir que la Revolución no pasó por Chiapas, lo que es cierto sólo hasta 1920. Durante la lucha armada, los revolucionarios fueron rápidamente sometidos por la oligarquía estatal y cuando los constitucionalistas se impusieron a nivel nacional, diversos grupos armados, al servicio de los finqueros, mantuvieron el control del estado pese a los sucesivos esfuerzos del centro por incorporar la entidad al nuevo orden de cosas: el general Jesús Agustín Castro fracasó en el intento de convertirse en el Salvador Alvarado chiapaneco.

El general Tiburcio Fernández Ruíz, contrarrevolucionario ("mapache") de 1915 a 1920, fue el primer gobernador posrevolucionario del estado, y su política estuvo encaminada a evitar la instrumentación de reformas políticas y sociales que mejoraran la triste condición de los campesinos, mayoritariamente indígenas, del estado. Ante esto, los jornaleros de las fincas cafetaleras del Soconusco dieron vida al Partido Socialista Chiapaneco (PSCCh), que pronto se volvió el principal vocero de las masas trabajadores y feroz enemigo del inmovilismo social del gobierno local.

⁴⁵ La mayoría de los trabajos sobre la Revolución en Oaxaca ponen el énfasis principal en el movimiento soberanista. Para la época inmediatamente posterior véase Víctor Raúl Martínez Vázquez, (coord), La Revolución en Oaxaca, 1900-1930, México, CONACULTA (Regiones), 1993, pp. 382-501.

Si en la correlación de fuerzas interna los revolucionarios eran superados por los finqueros, su alianza con los partidos radicales de Yucatán, Tabasco y Campeche,⁴⁶ les permitía equilibrar fuerzas; y en 1923, aunque el gobernador se mantuvo leal al gobierno, los socialistas, que fueron vitales para eliminar a los delahuertistas (cuyo último reducto estuvo en Chiapas), aprovecharon las armas obtenidas, la fuerza de su alianza con los radicales de los estados vecinos y el ascenso de Calles al poder, para llevar al poder al general revolucionario Carlos Vidal.

Aunque el gobierno de Vidal, apoyado en el Partido Socialista Chiapaneco, intentó impulsar la reforma agraria y otras reformas sociales del programa de la Revolución, la fuerza de los finqueros y la labor de zapa que realizaban los laboristas contra el PSCh, se tradujo en la imposibilidad del gobierno estatal para llevar a cabo las reformas en la medida en que se necesitaban. La debilidad del PSCh ante esta situación lo fue separando del gobernador, cada vez más ambicioso y personalista, hasta que éste terminó comprometiéndose en los planes golpistas de Francisco Serrano, de manera que el 3 de octubre de 1927, el mismo día que Serrano y sus acompañantes fueron asesinados en Huitzilac, el gobernador interino Luis Vidal (hermano de Carlos, quien fue asesinado en Huitzilac), y Ricardo Alfonso Paniagua, líder del PSCh, fueron aprehendidos y fusilados en Chiapas.

Descabezado el PSCh, los finqueros retomaron el control de la entidad, y cuando nació el PNR, a su convención constitutiva se presentaron una veintena de partidos chiapanecos que en la mayor parte de los casos no pasaban de ser membretes. El CEN

⁴⁶ El Partido Socialista de Campeche había crecido, de alguna manera, a la sombra del Partido Socialista del Sureste, y hacia suyo el programa de los socialistas yucatecos, en la década de los veinte, aliado con los partidos Socialista del Sureste y Radical Tabasqueño, controló Campeche. En 1929 se convirtió suavemente en la sección campechana del PNR. Los socialistas campechanos prácticamente no han sido estudiados, actualmente Teresa González Curi está escribiendo una tesis sobre ellos.

del PNR pudo imponerse rápidamente en Chiapas, no sin verse obligado a aliarse con el grupo de poder más importante, el que representaba a los finqueros.⁴⁷

En resumen, en estos estados del sur, la división y la debilidad de los revolucionarios dificultó la aplicación de las reformas sociales exigidas por las masas, hizo que la fuerza del antiguo régimen se prolongara demasiado tiempo, y permitió la rápida implantación del PNR, lo que significó más la intromisión del centro que la organización de las masas.

Desde 1916 el gobierno de Jalisco fue controlado por hombres fuertes de indudable vocación revolucionaria, entre los que destacaron Manuel M. Diéguez, Enrique Estrada, Jesús Ferreira, Basilio Vadillo, José Guadalupe Zuno y Margarito Ramírez; sin embargo, la fuerza de la rebelión delahuertista en el estado (los generales Estrada, Diéguez, Alvarado y Buelna formaron en el Occidente el núcleo rebelde más importante) y, por supuesto, de la rebelión cristera (que azotó a Jalisco quizá como a ningún otro estado), aunadas al hecho de que eran demasiados gallos en el gallinero, debilitó a los revolucionarios y retrasó las reformas sociales en el estado. Sin embargo, para 1929, Margarito Ramírez, acérrimo obregonista, controlaba el gobierno y las organizaciones revolucionarias del estado a través del Gran Partido Revolucionario Jalisciense (GPRJ), de corte personalista si los hubo. El GPRJ se incorporó de no muy buen grado al PNR, y fue uno de los dos últimos grupos (el otro fue el guanajuatense) que se mantuvo fiel a la candidatura de Aarón Sáenz y hostil a la de Ortiz Rubio hasta el final. Sin embargo, sus veleidades federalistas (añeja costumbre jalisciense) fueron rápidamente sometidas por el centro: no en vano, la persistencia de la cristiada reducía

⁴⁷ Thomas Luis Benjamin, El camino a Leviatán. Chiapas y el Estado mexicano, 1891-1947, México, CONACULTA (Regiones), 1990; Antonio García de León, Resistencia y utopía, México, Ediciones Era, 1985, 2 v; y Daniela Spencer, El Partido Socialista Chiapaneco, México, Ediciones de la Casa Chata, 1988.

la fuerza del gobierno local, no obstante que el grupo del "camarada Margarito" controlara a los agraristas armados que eran la punta de lanza de los federales en los Altos de Jalisco.

Si en Jalisco los hombres con arrestos caudillescos sobraban, en Guanajuato prácticamente no había ninguno, pero un grupo de hábiles políticos suplió esta carencia con la unidad, y la Confederación de Partidos Revolucionarios Guanajuatenses (CPRG) doblegó a los terratenientes dentro del estado, y presentó un frente unido hacia fuera, de tal fuerza, que logró hacer fracasar en 1927 la candidatura del general Celestino Gasca, que tenía todo el apoyo de su compadre Luis N. Morones y del presidente Calles. Los jefes de este grupo, Agustín Arroyo CH., gobernador electo en 1927, Arturo H. Orcí, Enrique Colunga y Melchor Ortega, eran de los políticos más hábiles de la época, y su participación en la eliminación de los obregonistas exaltados en la Cámara; y en la formación del PNR fue muy destacada: no en balde Melchor Ortega fue incorporado al Comité Organizador. El grupo de Guanajuato, gracias a su unidad y a su disciplina, permaneció en la cúpula del partido sin perder el control político de su estados

Otros estados del centro eran dominados por caciques militares con escasa fuerza, aliados del callismo. Su incorporación al PNR se dio sin mayores dificultades. Hay que mencionar a Carlos y Manuel Riva Palacio y Abundio Gómez, del Estado de México; a Bartolomé Vargas Lugo, de Hidalgo; a Saturnino Osorio, de Querétaro; a Donato Bravo Izquierdo, de Puebla; y a Lázaro Cárdenas, que apenas empezaba a construir en Michoacán las bases de su poder.

Los hombres que para 1929 controlaban los estados del centro, ya sea por su poca fuerza, ya porque comprendieron bien la nueva época, transitaron sin oponer dificultades significativas, de la dispersión del poder a la unidad revolucionaria, y algunos de ellos, como Melchor Ortega, Bartolomé Vargas Lugo, Carlos Riva Palacio y,

por supuesto, Lázaro Cárdenas, estarían llamados a jugar roles importantes en el tránsito del caudillismo a la institucionalización y en la construcción del partido de la Revolución.

La mayoría de los jefes revolucionarios destacados en la década de 1920, sobre todo los caudillos militares, eran norteros. No en vano, de Sonora-Sinaloa, Chihuahua-Durango y del Noreste habían surgido tres de los cuatro grupos revolucionarios más importantes de 1910-1920; y si al final se habían impuesto los sonorenses, no lo habían hecho sin aliarse con los caudillos afines de los otros grupos, sobre todo del noreste.

Así pues, no es nada raro que para 1929, los caudillos militares siguieran controlando la política local del norte del país y que además tuvieran bajo su mando a un elevado número de soldados. Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Sinaloa, Durango y Zacatecas eran dominados por los caudillos militares, el más sólido grupo obregonista, los últimos militares que debían su fuerza, fundamentalmente, a ser eso precisamente: militares.

Estos hombres mantenían bajo su control el gobierno, las organizaciones sociales y el ejército en sus entidades; se oponían a la política de Calles y habían sido un muy importante apoyo político-militar de Obregón desde 1920 o antes. La muerte del caudillo los llevó a enfrentarse cada vez más abiertamente con Calles, y se convirtieron en el grupo más peligroso —quizá el único de verdadera importancia— de cuantos se oponían al liderazgo nacional de Calles y a la constitución del PNR.

Afortunadamente, el obregonismo sin Obregón no tenía razón de ser, y la alianza de Aarón Sáenz, Luis León y Portes Gil con Calles, debilitó notablemente a este grupo, y más aún, la defección de tres hombres que creían suyos: los generales Juan Andrew

Almazán, jefe de operaciones militares de Nuevo León; y los gobernadores de Coahuila y Baja California, Manuel Pérez Treviño y Abelardo L. Rodríguez.

En fin, si estos hombres no colaboraron en nada a la creación del PNR, sus enemigos locales si lo hicieron, lo que de alguna manera, debilitó su posición aún más, y cuando al fin José Gonzalo Escobar, Francisco R. Manzo, Marcelo Caraveo, Fausto Topete y Juan Gualberto Amaya se levantaron en armas contra el gobierno (en marzo de 1929), ya no tenían la fuerza ni la posibilidad de triunfo que hubieran tenido en julio de 1928: los revolucionarios del resto del país, aunque no hubieran comprendido del todo la necesidad del nuevo partido y de la institucionalización, ya no estaban dispuestos a regresar al anárquico caudillismo militarista del que el país tan trabajosamente iba saliendo, y la rebelión de los últimos señores de la guerra estuvo condenada al fracaso desde antes de nacer.

C) El pacto fundador.

He dedicado la parte medular de este apartado a la revista de los grupos fundadores del PNR, pues los trabajos sobre la época han puesto el acento en la fundación del partido más que en las condiciones de los grupos fundadores.

Más que la definición del programa y la estructura del nuevo partido, dos fueron las preocupaciones fundamentales de los fundadores: convencer a los grupos revolucionarios de la necesidad de constituir el partido, y seleccionar como candidato presidencial a un hombre que no diera marcha atrás en el camino andado, es decir, a un candidato que una vez instalado en la silla presidencial no tuviera la posibilidad de convertirse en caudillo, y tuviera que apoyarse en el PNR para gobernar.

Por supuesto, no todos lo entendieron así, y para fines de 1928, cuando los principales grupos ya se habían comprometido a unirse, los distintos caudillos y

caciques empezaron a alinearse detrás de los candidatos que más posibilidades parecieran tener; y acostumbrados al régimen personalista, no veían otra cosa que la necesidad de aliarse con quien pudiera convertirse en el nuevo hombre fuerte.

Y en ese camino, el general y licenciado Aarón Sáenz, gobernador de Nuevo León, al que muchos miembros de la clase política señalaban como heredero del caudillo, llevaba notable ventaja. Sáenz, tras contribuir a amarrar la alianza entre los obregonistas moderados y Calles, y participar en las primeras reuniones que condujeron a la formación del partido, renunció a su cargo en el Comité Organizador el 8 de diciembre de 1928, para buscar abiertamente que el nuevo instituto político lanzara su candidatura.

Pero si Sáenz era lo más parecido que había a heredero del caudillo, eso mismo contribuía a encrespar los ánimos: hombres como Adalberto Tejeda, Bartolomé García Correa y Tomás Garrido Canabal, no estaban dispuestos a aceptar el encumbramiento de un hombre de tal relieve, y empezaron a trabajar en su contra, acusándolo de ser demasiado conservador, lo que a fin de cuentas era cierto: como gobernador de Nuevo León, había estado demasiado cerca de los empresarios y de los terratenientes, y demasiado lejos de los trabajadores, para que los radicales pudieran aceptarlo; y por supuesto, con un hombre semejante, nadie garantizaba que no se regresaría al personalismo, por lo que se empezó a pedir un candidato que tuviese “una personalidad menos prominente”.⁴⁸

Contra la candidatura de Aarón Sáenz, pronto fue creciendo la de un hombre que parecía mandado hacer para los propósitos del general Calles: el general e ingeniero Pascual Ortiz Rubio, que si bien había tenido una importante trayectoria revolucionaria en su natal Michoacán, llevaba demasiado tiempo fuera de México, en misiones

diplomáticas, para conservar poder propio; sería un hombre sin ligas con ninguno de los grupos importantes, por lo que tendría que apoyarse en el partido.

Cuando se instaló la Convención, la oposición contra Sáenz había crecido demasiado, y los hombres decisivos, empezando por Calles, habían optado por apoyar a Ortiz Rubio. Garrido, Cedillo, García Correa, Pérez Treviño, Vargas Lugo, León, Portes Gil y Gonzalo N. Santos, manejaron las cosas de tal manera que Sáenz, que llegó a la Convención con la certeza de ser elegido, vio cómo sus partidarios se pasaban, uno a uno, al bando contrario. Los caciques actuaron así por dos razones: unos porque habían entendido la posición de Calles y no deseaban el retorno del caudillismo; y otros, porque preferían a un hombre débil a un caudillo, para seguir haciendo y deshaciendo a placer en sus regiones.

Aarón Sáenz, que cuando vio que la elección de Ortiz Rubio era inevitable, denunció a la Convención como una farsa, rectificó lo dicho y se puso a las órdenes del partido cuando los escobaristas se levantaron en armas; de manera que con el partido nació la disciplina partidaria: el primer candidato derrotado estuvo a punto de romper la unidad, pero terminó disciplinándose.⁴⁹

Paralelamente a las maniobras políticas que culminaron, en la Convención, con la elección de Ortiz Rubio, el Comité Organizador dio a la luz sus proyectos de documentos básicos. El 20 de enero de 1929 la prensa publicó el "Proyecto de Programa

⁴⁸ Véase esta posición de Sáenz y el inicio de la oposición de los radicales a su candidatura en González Navarro, La Confederación Nacional Campesina..., (Op. cit.), pp. 53-55; y Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 85-88.

⁴⁹ Los críticos de Calles ven en el impulso de la candidatura de Ortiz Rubio un paso más en su camino hacia la "máxima jefatura". A mi me parece claro que con un hombre como Sáenz se desandaría lo andado, sin contar con que Calles no podía prever los acontecimientos siguientes, que se pueden resumir en dos frases: la fragilidad del pacto y la incapacidad y debilidad política de Ortiz Rubio. Véase la versión de la candidatura de Ortiz Rubio como maniobra de Calles para conservar el poder en Lajous, Los orígenes del partido único..., (Op. cit.), pp. 48-50. Puig Casauranc, Galatea rebelde..., (Op. cit.), pp. 310-314, nos presenta una versión mucho más compleja, en la que los principales políticos radicales, así como los hombres que habían entendido la necesidad del partido, fueron los que cancelaron las ambiciones presidenciales del ex-gobernador de Nuevo León.

del Partido Nacional Revolucionario”, y el 26 del mismo mes, el “Proyecto de Estatutos del Partido Nacional Revolucionario”.⁵⁰

Los documentos no causaron mayor revuelo, ni la opinión pública ni los grupos revolucionarios los discutieron ampliamente: eran lo suficientemente generales y pragmáticos, para que los muy distintos grupos convocados pudieran aceptarlos sin mayor problema: lo que de verdad estaban discutiendo, lo que les importaba, eran sus condiciones de incorporación y el nombre del candidato.⁵¹

El Programa estaba dividido en cinco capítulos, Educación, Industria, Agricultura, Comunicaciones y Hacienda, y era tanto una declaración de principios como un proyecto de gobierno; sus características más importantes eran la búsqueda de la estabilidad política y el desarrollo económico, al mismo tiempo que recogía los postulados de reforma agraria y justicia social de la Revolución. Este proyecto fue aprobado en la Convención casi sin modificación alguna, y no generó mayores discusiones: no en vano reflejaba el pensamiento de la mayoría de los revolucionarios.

Según el proyecto de estatutos, el PNR sería más una federación de organizaciones que un partido de ciudadanos; y aunque se reglamentaba el carácter federativo del partido, es decir, la autonomía (relativa) de las organizaciones estatales que lo constituían (y ese fue el punto más debatido, el único que generó verdadera polémica en la Convención: no en vano los caciques defendían su poder), la estructura

⁵⁰ Véanse en la prensa de esos días o, mejor, en Historia documental del Partido de la Revolución, (Op. cit.), v. 1.

⁵¹ Miguel Osorio Marbán, El Partido de la Revolución Mexicana. Ensayo, México, Impresora del Centro, 1970, p. 66, sostiene lo contrario. Cito a Arnaldo Córdova “Sólo a Miguel Osorio Marbán se le pudo haber ocurrido que hubo una ‘prolongada y candente discusión’ de los temas contenidos” en los documentos fundadores, Córdova, La Revolución en crisis..., (Op. cit.), p. 64. El ensayo de Osorio Marbán fue el primer intento importante que se hizo para escribir la historia del partido de la Revolución, y la información documental que contiene es muy rica, pero es un libro excesivamente parcial, que tiende demasiado a idealizar al partido y a olvidarse de la política real, además, es un libro que pertenece por completo a una tradición historiográfica mexicana superada desde hace tiempo, que Alvaro Matute llama “la historia pragmático-política”

del partido era vertical y centralista. Por lo pronto, con eso bastaba: ya se iría avanzando en la reducción del feroz localismo de los caciques.⁵²

La Convención se reunió en Querétaro del 1º al 4 de marzo de 1929, y tras superar los tropiezos iniciales, causados por la rebeldía de algunos partidarios de Sáenz, se avanzó rápidamente: se aprobaron los documentos fundadores, se eligió a Ortiz Rubio como candidato presidencial, y en un acto solemne, los delegados juraron el pacto constitutivo del nuevo partido.⁵³ Como último acto, se eligió al primer Comité Ejecutivo Nacional, organismo decisivo en el papel y en la práctica. Sus miembros eran Manuel Pérez Treviño, presidente; Luis L. León, secretario general; Bartolomé García Correa, secretario de actas; Melchor Ortega, secretario de prensa; David Orozco, tesorero; Gonzalo N. Santos, secretario del Distrito Federal; y Filiberto Gómez, secretario del exterior.

De esa manera, el 4 de marzo de 1929 se clausuraron los trabajos de la Convención: el PNR, instrumento básico en la transición hacia la vida política institucional, había nacido. Pero el pacto unificador que sus fundadores habían soñado sólo había tenido éxito parcial: ni los campesinos ni los obreros, salvo algunas organizaciones minoritarias, estaban en el partido; muchos caciques no habían asistido o lo habían hecho con demasiadas reservas y tratarían de conservar su fuerza y su independencia el mayor tiempo posible; la mayoría de los políticos mexicanos (y la sociedad misma) aún no estaba lista para el tránsito del caudillismo a la dominación legal; y por si fuera poco, se estaba gestando un fuerte movimiento de oposición a la

⁵² Véase la glosa de ambos documentos en Córdova, *La Revolución en crisis...*, (Op. cit.), pp. 56-64; y Lajoux, *Los orígenes del partido único...*, (Op. cit.), pp. 42-48.

⁵³ "Acto segundo -dicen las actas de la Convención- se declaró por la Presidencia de la Convención, constituida con esta fecha, una Agrupación Nacional Política y de principios sociales, bajo la denominación de Partido Nacional Revolucionario", acto saludado con aclamación por los delegados, que a continuación juraron lealtad al pacto, constitutivo. Véase *Partido Nacional Revolucionario, Partido de la Revolución Mexicana, Partido Revolucionario Institucional. Actas constitutivas. Documentos básicos*, México, PR: 1991, p. 4.

candidatura del partido y el 3 de marzo, mientras sesionaba la Convención, el bloque de generales norteños, se había levantado en armas contra el gobierno.

Es decir, en el papel, el partido existía y, mal que bien, el pacto se había firmado; pero en la práctica, el nuevo partido era una estructura a la que había que dotar de sentido, un cuerpo inerte al que había que insuflar vida. En el siguiente apartado, último del capítulo, veremos cómo los fundadores del partido perdieron su optimismo inicial, detectaron estos problemas, y se abocaron a resolverlos.

3. LA DOTACIÓN DE SENTIDO.

a) El nuevo partido.

El naciente PNR proclamó ser el partido de los revolucionarios y sucesor político de los caudillos.⁵⁴ En efecto, como antes los caudillos, el PNR sería el factor de cohesión y disciplina políticas; incluso, en ambos sentidos, pronto se revelaría superior a los caudillos.

El naciente PNR se impuso dos tareas fundamentales: alcanzar la centralización política, pero ya no una centralización personalista, como la porfiriana o la que Obregón había buscado, sino la "centralización burocrática y disciplinada de una institución",⁵⁵ y convertirse en el gestor de las demandas de las masas organizadas y árbitro de los conflictos sociales.

El naciente PNR apareció como partido único: rápidamente dominó la escena política, y tendrían que pasar muchos años para que otros partidos empezaran a tener fuerza real; pero como señala correctamente Alejandra Lajous, no fue un partido único de tendencia totalitaria, como el falangismo español, el nazismo alemán, el fascismo italiano o el comunismo soviético; es más, el partido de la Revolución era un partido único que se sentía incómodo con esa situación, y nunca dio carácter doctrinario ni oficial a su monopolio político: el ideal de sus jefes, al menos en el papel —y no sólo en él—, era alcanzar una sociedad plural y democrática, el partido nunca impuso a sus miembros una ética o filosofía de cruzados, tan característica de los totalitarismos.⁵⁶

Hay una aparente contradicción entre la política institucionalizadora del general Calles como presidente y su actitud política en 1928-29, y sus afanes por controlar el poder durante el maximato. Esta contradicción se agudiza si revisamos dos textos que

⁵⁴ Córdova, *La Revolución en crisis...*, (Op. cit.), pp. 65-70.

⁵⁵ Lajous, *Los orígenes del partido único...*, (Op. cit.), p. 48.

me parecen vitales: sus declaraciones del 8 de diciembre de 1928 y del 22 de mayo de 1929, que veremos con cuidado más adelante.

Hasta hoy se ha sugerido que la creación del PNR fue una maquiavélica maniobra del general Calles para seguir controlando el poder y ser el factótum del Estado mexicano; sin embargo, la forma que quiso darle al PNR y las declaraciones mencionadas, así como su autoexilio europeo durante más de seis meses vitales para la construcción del nuevo partido (debido también a su poca salud y a la muerte de su primera esposa), hablan en contra de esta idea; permítaseme poner a discusión esta otra:

Me parece evidente que el PNR no fue lo que Calles había pensado que fuera: aunque a la Convención de Querétaro llegaron delegados de muchas organizaciones, el partido nació como una gran estructura hueca, vacía de sentido, sin apoyo popular, con algunos grupos obreros y campesinos desarticulados y sin programa propio y, sobre todo, dadas las circunstancias nacionales, más como una confederación de caciques que como el partido moderno que él y el puñado de políticos que lo entendieron, planearon en la segunda mitad de 1928.

Cuando Calles, desde su autoexilio percibió eso, gracias a las cartas que sus amigos (Luis L. León, sobre todo) le enviaban; cuando se dio cuenta de que la vida política de México no había sufrido el cambio cualitativo que él planeaba con la firma del pacto fundador del PNR, regresó a retomar las riendas del poder (nunca sin la rivalidad de los sucesivos presidentes llamados, con dolo y ligereza, "peleles"), dispuesto a dotar de sentido a esa estructura que, ahora se daba cuenta, había nacido vacía: el principal trabajo político del maximato fue, pues, permítaseme repetirlo, dotar de sentido a la organización que debía permitir el tránsito definitivo a la institucionalización: el PNR.

⁵⁶ Lajoux, *Los orígenes del partido único...* (Op. cit.), pp. 88-89.

Para ello, había que cumplir dos tareas: legitimarse socialmente y destruir de plano el ya minado poder de los caciques y caudillos. Ya veremos que para 1935 se había avanzado en ambas líneas, pero en el transcurso de esos años el impulsor del partido, el hombre que con clarividencia notó su necesidad y luego notó que hacía falta dotarlo de sentido para que los objetivos trazados pudieran cumplirse, se había vuelto el mayor obstáculo para su consolidación, al irse viendo a sí mismo como el hombre necesario.

b) “La encrucijada de 1929”.⁵⁷

El 3 de marzo de 1929, los delegados a la Convención del PNR se enteraron de que el bloque de generales norteños, se habían levantado contra el gobierno. Escobar en Torreón, Caraveo en Chihuahua, Amaya y Urbalejo en Durango, Topete y Manzo en Sonora, Aguirre en Veracruz, y otros jefes del Ejército, amparados en el “Plan de Hermosillo”, que denunciaba la constitución del PNR como una maniobra de Calles para perpetuarse en el poder, llamaba a derribar al gobierno y convocaba a los cristeros, a los campesinos obregonistas y a los candidatos opositores (José Vasconcelos y Pedro Rodríguez Triana) a unírseles.

Esta fue la última rebelión militar de importancia, pero no tuvo otro efecto que permitir al general Calles acabar con el poder de los caciques-militares obregonistas, que controlaban el norte del país, y reducir la oposición de muchos diputados a la construcción del PNR.

En realidad, los generales rebeldes habían sido meros segundones en los años revolucionarios, su capacidad política y militar estaba muy lejos de la de los delahuertistas (que sí pusieron en grave riesgo al gobierno), y en una rápida campaña

⁵⁷ Título de Matute, (*Op. cit.*), del que tomo la interpretación del enfrentamiento Vasconcelos-Ortiz Rubio como una disyuntiva entre caudillismo e institucionalización.

militar conducida por los generales Calles, Cárdenas y Almazán, fueron fácilmente derrotados.⁵⁸

Casi ninguno de los jefes rebeldes encontró la muerte (otra vez, a diferencia de los delahuertistas): cuando se vieron vencidos, se pusieron a buen recaudo allende la frontera, y su derrota y desprestigio permitió al gobierno eliminar definitivamente de la escena política a más de 40 generales (nueve de ellos de división); al PNA, que los había apoyado; y a 51 diputados federales y 4 senadores que se habían opuesto al PNR y que fueron desaforados. De los 227 diputados que quedaron, 221 ya eran penerristas o se declararon rápida y oportunamente por el partido. Además, el senado desconoció a los poderes de Sonora, Chihuahua, Durango y Zacatecas, lo que con la eliminación de los generales, puso fin al último grupo fuerte de caciques militares.⁵⁹

Derrotada la revuelta de los señores de la guerra, el PNR tuvo que hacer frente a un enemigo que pareció, en principio, más peligroso, pues usaba armas distintas a las que los revolucionarios estaban acostumbrados: la candidatura presidencial de José Vasconcelos. Era este un candidato brillante e imaginativo, popular y prestigiado, maderista de la primera hora, revolucionario siempre,⁶⁰ y justamente aclamado por su

⁵⁸ El general Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango y uno de los jefes rebeldes, escribió unas memorias cuyo humor involuntario fue magníficamente aprovechado por Jorge Ibarguengoitia para dar vida al general de división José Guadalupe Arroyo (nótese la coincidencia de las iniciales): el mejor producto de la rebelión escobarista es, sin duda, el libro de Ibarguengoitia, donde Escobar se convierte en Trenza, Manzo en el Gordo Artajo, Urbalejo en Canalejo, Caraveo en el Camaleón, Valenzuela en Valdivia, etcétera. Quien quiera calibrar la estatura moral y la capacidad militar de los últimos militares rebeldes, puede ahorrarse a Amaya, Los gobiernos de Obregón, Calles..., (Op. cit.), pp. 219-313, y leer a Jorge Ibarguengoitia, Los relámpagos de agosto, México, Joaquín Mortiz, 1994.

⁵⁹ Otro resultado de la revuelta fue el fortalecimiento político de Calles, que analizaremos más adelante. Cuando estalló la rebelión, el general Joaquín Amaro estaba hospitalizado en Estados Unidos, por lo que el presidente Portes Gil tuvo que ofrecer la cartera de Guerra y la dirección de la campaña al único militar que en ausencia de Amaro podía unificar a los leales y dirigirlos sin suscitar discusiones y recelos: el expresidente Calles.

⁶⁰ Es decir, hasta entonces: la derrota electoral lo amargaría terriblemente, llegaría a considerar que México no tenía remedio, que los gobernantes eran meros títeres del imperialismo yanqui, e iría transitando a posiciones cada vez más derechistas, hasta coquetear con el nazismo. Sería en esa última etapa de su vida creativa cuando escribiría los cinco títulos de su autobiografía; es el cuarto, "El Proconsulado", el que narra la historia de su campaña electoral de 1929: José Vasconcelos, Obras completas, México, Libreros Mexicanos, 1947-1961, IV t. La bibliografía sobre el personaje es demasiado extensa, baste citar a Claude Fell, José Vasconcelos. Los años del águila, México, UNAM, 1989; José Joaquín Blanco, Se llamaba Vasconcelos: Una evocación crítica, México, FCE, 1987; y para

gestión al frente de la Universidad y de la Secretaría de Educación Pública durante el gobierno de Obregón. Crítico feroz y eficaz del gobierno de Calles. Vasco empezó su campaña con el apoyo de grupos de estudiantes e intelectuales y ya lanzado, el Partido Nacional Antirreeleccionista (PNAr), fundado en 1927 por Vito Alessio Robles para oponerse a la reelección de Obregón, lo proclamó su candidato.

No sólo se enfrentaban dos candidatos de muy distintos tipos: Vasconcelos, un hombre popular y brillante, con tamaño de caudillo, contra Ortiz Rubio, una personalidad gris de la que apenas se conocían su eficiencia administrativa y su lealtad al grupo revolucionario; también, sobre todo, se enfrentaban dos maneras de hacer política, la de Vasconcelos, que combinaba el personalismo caudillista con un idealismo que casi podríamos calificar de ingenuo, contra la del PNR, pragmática y efectiva, que pronto puso en la balanza todo el peso de las organizaciones reunidas en torno suyo y aún más, el del Estado, que apoyó sin tapujos la campaña electoral del PNR.

Ortiz Rubio fue declarado triunfador en las elecciones del 17 de noviembre de 1929. Muchos hablaron, siguen hablando, de fraude, pero la fuerza de Vasconcelos se restringía a las ciudades, y toda la maquinaria clientelista de los caciques se puso al servicio del candidato del partido. Yo creo que más que de fraude se debe hablar de desproporción entre los contendientes. Hay que hacer notar, además, que independientemente de la honorabilidad de Vasconcelos y la simpatía que por él podemos sentir, detrás de la disyuntiva Vasconcelos-Ortiz Rubio estaba, mucho más importante, la disyuntiva caudillismo-institucionalización (con esto no quiero decir que el fin justifica los medios —entendiendo por tales todas las trampas puestas en juego por el naciente PNR—, sólo señalar lo que ocurrió).

entender su campaña electoral, a otros protagonistas, Vito Alessio Robles, Mis andanzas con nuestro Ulises, México, Editorial Botas, 1938; y Portes Gil, Quince años de política mexicana, (Op. cit.)

Lo importante para el partido fue la solidez adquirida durante la campaña: el grado de cohesión alcanzado por los caciques y grupos fundadores pudo medirse en estos meses. El candidato visitó más de 200 localidades de 17 estados de la República, y en todas ellas fue recibido por multitudes engalanadas, muestra de la participación activa de los grupos locales, que no sólo prepararon el ambiente de la gira, sino que también lo financiaron. Para cuando terminó la campaña el PNR tenía células en los 5000 municipios del país, subordinadas a los 31 partidos estatales que aceptaban las directivas del CEN del PNR.⁶¹

Además, el 27 de mayo de 1929 nació el periódico del partido, El Nacional Revolucionario, cuyo director fue Basilio Vadillo, con Manlio Fabio Altamirano como gerente. El periódico apoyó incondicionalmente la campaña de Ortiz Rubio (y Vadillo llegaría a ser uno de los hombres más cercanos al candidato), y publicaba los discursos de campaña del candidato y del presidente del partido, Manuel Pérez Treviño, a través de los cuales, así como de los editoriales escritos por Vadillo, podemos seguir el camino de consolidación estructural del partido.⁶²

Para finales de 1929 el PNR había ganado sus primeras elecciones y consolidado su estructura. Esto no había sido fácil: aunque a fin de cuentas la rebelión escobarista y las campañas opositoras de José Vasconcelos y Pedro Rodríguez Triana le permitieron consolidarse rápidamente, también hay que señalar que su presencia y actividad, así como la de los cristeros, y la acción de algunos caciques todavía no muy convencidos de que no les quedaba otra que fortalecer al PNR, seguían siendo obstáculos para su definitiva afirmación en todo el país.

⁶¹ Lajous, Los orígenes del partido único..., (Op. cit.), pp. 65-70.

⁶² Los ejemplares del diario se conservan en la Hemeroteca Nacional. El análisis de la labor del periódico en 1929, en Serrano Alvarez, "Basilio Vadillo...", (Op. cit.), pp. 258-261; Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 107-109; y Carlos Molina Posadas, "Imagen de un fraude. Caricatura y propaganda política hacia las elecciones presidenciales del 17 de noviembre de 1929...", México, UNAM (tesis de licenciatura en historia), 1998, passim

Los editoriales y discursos publicados en El Nacional reflejan la línea del partido: conciliación de clases, necesidad de implantar la justicia social, y unidad entre los revolucionarios; pero todavía se tenía buen cuidado en definir a esta unidad como la federalización de los 31 partidos autónomos que constituían el PNR. Poco a poco se iba introduciendo el valor de la disciplina como virtud partidista, disciplina entendida como la aceptación local de la línea política del centro, lo que permitiría por primera vez la coordinación de las políticas regionales, indispensable en todo estado moderno.

De esta manera, hacia finales de 1929, el partido había consolidado su estructura formal, derrotado a sus enemigos y destruido el poder del más importante grupo de barones de la guerra. Ahora empezaba la domesticación de los caciques, es decir la centralización de la vida política de México, estrategia de unidad frente a la dispersión y paso fundamental en el tránsito hacia la institucionalización.

c) La organización de las masas.

Era natural que la sociedad surgida de la Revolución estuviera altamente politizada. La Revolución había sido una gran movilización de masas y el programa revolucionario, la palanca que había impulsado esa movilización, gracias a la cual los revolucionarios habían llegado al poder, convirtiéndose, para 1920, en la fuerza política hegemónica de la sociedad; pero habrían de pasar todavía unos quince años para que el naciente Estado revolucionario pudiera hacer otra cosa que pugnar por mantenerse en pie.⁶³

El programa de la Revolución sólo había sido aplicado tibia y parcialmente; con mayor énfasis en las regiones en que la organización de las masas era más fuerte y más sólido su vínculo con la clase política, pero esta característica, al mismo tiempo, había impedido la centralización del poder, condición indispensable para que el Estado, con el

⁶³ Un excelente análisis del proceso de reencuentro del Estado con las masas, en Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), pp. 11-36 para este momento.

apoyo de las masas organizadas, pudiera llevar a cabo efectivamente el programa de la Revolución y para que el partido fuera el intermediario entre la sociedad y el Estado.

La dispersión del poder, la debilidad del Estado y la falta de aplicación de las reformas sociales, hacían que el Estado revolucionario, a pesar de su aparente fortaleza, se moviera en el vacío. La creación del PNR tenía como uno de sus objetivos principales, allanar el abismo que separaba a la clase gobernante de las masas que la habían llevado al poder, convirtiéndose en organizador de las masas y gestor de sus demandas. Sin embargo, como ya vimos, el partido había nacido sin el apoyo de los grupos obreros y campesinos que más fuerza tenían. Si el PNR quería estar a la altura de la tarea que se había fijado, estaba obligado a convertirse en una verdadera organización de masas, y sus dirigentes, sin tener aún claros los mecanismos y los cambios estructurales que esto tendría que acarrear, empezaron a buscar la alianza con los sindicatos y las organizaciones campesinas.

Esta tarea no fue nada fácil por dos razones: la primera es que ya en 1930 se sentían en México los efectos de la crisis de 1929, que hizo aumentar el descontento, y la segunda, porque dentro del grupo revolucionario se habían creado demasiados intereses que tratarían de obstaculizar la aplicación del programa revolucionario.

El proceso que le fue permitiendo al PNR implantarse entre las masas obreras y campesinas fue lento y zigzagueante, pero efectivo: veamos cómo fue vinculándose con las organizaciones agraristas y los sindicatos obreros.

Los agraristas. Al nacer el PNR, como ya vimos, debilitó a las organizaciones campesinas que mayor fuerza tenían. Los grupos que se incorporaron al nuevo partido no pudieron ocupar el vacío dejado por el PNA y la debilitada LNC, que habría de subsistir, con fuerza en Veracruz, hasta que la salida del gobernador Tejeda (1932)

permitiría al PNR acabar con ella e incorporar a sus miembros a la Confederación Campesina Mexicana (CCM), nacida en 1933.⁶⁴

Los conflictos internos más importantes del partido entre 1930 y 1933 tenían como telón de fondo el problema agrario. La crisis de 1929 y el conservadurismo político de los presidentes Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez, redujeron casi al mínimo el ritmo del reparto, y los sectores del partido que los apoyaban empezaron a proclamar la necesidad de dar por concluida la reforma agraria para dar seguridad al campo y hacerlo producir. A pesar de las directivas presidenciales en ese sentido, gobernadores como Lázaro Cárdenas, Adalberto Tejeda y Agustín Arroyo Ch. (Michoacán, Veracruz y Guanajuato) continuaron con su política agraria y polemizaron ardientemente al interior del partido con los pretendidos sepultureros de la reforma agraria; y aunque a veces los conservadores parecían imponerse (en los periodos en que Manuel Pérez Treviño ocupó por segunda y tercera vez la presidencia del CEN, y cuando más fuerte sonaba su candidatura presidencial), los reformistas triunfaron al final, no sin antes haber avanzado notablemente en la organización de los agraristas. De cualquier modo, quedó en el haber de los conservadores (o moderados), el logro que en la lucha contra la dispersión del poder significó desarmar a los agraristas, proceso iniciado cuando al finalizar la guerra cristera, el Estado pudo prescindir de los contingentes agraristas. No fue tarea fácil, pero la salida de Tejeda del palacio de Gobierno de Jalapa permitió acabar con las milicias tejedistas, y para 1933, el único grupo agrarista armado eran los soldados-colonos de Saturnino Cedillo.

En realidad, el movimiento campesino, a nivel nacional, vegetó sin objetivos claros ni organizaciones fuertes entre 1929 y 1933, año de creación de la CCM. La

⁶⁴ Aunque la Liga Nacional Campesina siguió siendo la abanderada de los agraristas más radicales, su fuerza fue decreciendo aceleradamente entre 1930 y 1935, sobre todo, a partir de que Tejeda dejó el poder y fue sacado de la política nacional. Además, en 1929 y 1930 habían muerto los dos líderes extremistas de mayor arraigo popular, José Guadalupe Rodríguez, fusilado en 1929, y Ursulo Galván, muerto en 1930.

Confederación Nacional Campesina (CNC), fundada en 1938, recogió la experiencia de las organizaciones anteriores, y se construyó sobre la CCM. Durante el maximato, sin embargo, las cosas no iban tan mal en el nivel regional. La LNC dejó de ser efectivamente nacional, pero su fuerza en Veracruz no decreció, al contrario; y en otros estados, los grupos agraristas empezaron a tomar consistencia, apoyándose en los sectores radicales del PNR. Michoacán se convirtió en ejemplo y paradigma de ese proceso, y los logros de su gobernador, el general Cárdenas, lo colocarían pronto como cabeza visible y candidato deseable de todos los grupos agraristas del partido. Este camino de Cárdenas, este aprendizaje en Michoacán (1928-1932), lo convirtieron en el candidato natural de los radicales, y lo hicieron el presidente de la República que tendría la capacidad y la fuerza necesarias para aplicar el programa de la Revolución, gracias al instrumento forjado en los difíciles años de la crisis, el PNR y sus organizaciones obreras y campesinas.⁶⁵

En el siguiente apartado revisaremos el camino de Cárdenas y cómo, en las luchas internas del partido, se fueron imponiendo los reformistas. Baste decir que fruto de las ricas experiencias locales y del triunfo de los radicales, fue el nacimiento, en mayo de 1933, de la Confederación Campesina Mexicana, impulsado por las organizaciones campesinas unificadas de Michoacán, San Luis Potosí, Chihuahua y Tamaulipas, y fue reuniendo a las de Aguascalientes, Durango, Campeche, Coahuila, Querétaro y Zacatecas.

La CCM proponía la aceleración y simplificación en la dotación de ejidos, y la colectivización del ejido como solución del problema agrario. El Comité Central Ejecutivo de la nueva organización quedó con Graciano Sánchez como secretario general; José O. Martínez, secretario de acción administrativa; Trinidad García, agitación y propaganda; Martín V. González, educación; Angel Posada, cooperativas y

⁶⁵ Véase Gómez-Jara, El movimiento campesino en México, (Op. cit.), pp. 68-70.

crédito; Nabor Ojeda, conflictos; Cesar Martino, acción sindical; Tomás Tapia, tesorero; y León García, oficial mayor. Los impulsores de la nueva organización, Graciano Sánchez, León García y Enrique Flores Magón, habían militado en la LNC hasta el nacimiento del PNR, al que se habían incorporado, y la nueva central nacía con el apoyo de Cárdenas, Portes Gil, Cedillo, Gonzalo N. Santos y Marte R. Gómez, jefes visibles del sector reformista del partido. Está de más decir que la CCM fue una de las palancas impulsoras de la reforma agraria y de la candidatura presidencial de Cárdenas.⁶⁶

El movimiento obrero. Ya vimos que entre 1924 y 1928 la CROM atacó frontalmente a los sindicatos católicos y a los rojos de la CGT y el PCM, y que cuando Obregón fue asesinado, se había convertido en la única central obrera de consideración. También vimos cómo a partir del magnicidio y, sobre todo, del ascenso al poder de Portes Gil, enemigo jurado de Morones, la CROM fue perdiendo rápidamente su poder e influencia. Pascual Ortiz Rubio atacó aún con mayor encono a la CROM y a las demás organizaciones obreras.

Sin embargo, la CROM resistió esto y para 1932, si bien debilitada y sin los recursos económicos y los apoyos políticos de antaño, seguía siendo la organización obrera más fuerte de la República: a pesar del desprestigio de sus líderes, era la organización que con mayor decisión y eficacia protegía los intereses de los trabajadores, y la habilidad de Morones y su grupo les permitió mantenerse, durante cinco años, a la cabeza del movimiento obrero, a pesar de todas las agresiones.

Esta situación no beneficiaba al partido: por un lado, los dirigentes radicales criticaban lo que llamaban la política antiobrero de los tres presidentes del periodo, y se daban cuenta de la necesidad de que el partido tuviera bases obreras, pero por otro,

⁶⁶ Véase la fundación de la CCM en González Navarro, La Confederación Nacional Campesina... (Op. cit.), pp. 83-85.

notaban que la inclusión de los cromistas hubiera dado al traste con el pacto. Por supuesto, la situación tampoco beneficiaba al movimiento obrero, aunque los sindicatos que se formaban en el periodo se daban cuenta de que necesitaban integrarse a la CROM si querían tener fuerza real.

El panorama, de todos modos, no era tan sombrío: el hecho de que la CROM perdiera el monopolio extraoficial que había ejercido, reactivó a la anarcosindicalista CGT, a los sindicatos filocomunistas, que empezaron a agruparse alrededor de los ferrocarrileros (en este periodo empezaron a sonar los nombres de prestigiados dirigentes sindicales comunistas como Hernán Laborde, Margarito Martínez, Miguel Angel Velasco y Valentín Campa Salazar, que contribuirían a fortalecer a la CTM). Un primer intento de control obrero hecho por el PNR condujo a la creación de la Cámara de Trabajo, dirigida por Luis Pérez Medina, un líder muy desprestigiado. Además, en 1931 se aprobó la Ley Federal del Trabajo, reglamentaria del artículo 123 constitucional, y en esa tarea el abogado de la CROM, el joven Vicente Lombardo Toledano, jugó un rol muy importante.

El impasse en que se encontraban las relaciones entre los sindicatos y el partido fue roto por Vicente Lombardo Toledano, quien a pesar de ser miembro del Comité Central de la CROM desde tiempos de Calles, y de haberse ganado la confianza de Morones merced a su capacidad de trabajo y de organización, había sabido preservar su nombre del desprestigio que perseguía a los líderes cromistas.

Desde 1928, Lombardo había propugnado por la disolución del PLM y por la separación de la actividad sindical de la política, lo que en aquellos años significaba deslindar a la CROM de las maniobras politiqueras a que la ambición de Morones y los suyos la metían una y otra vez, y que convertían al movimiento obrero en botín de luchas políticas e instrumentos de otros grupos e intereses. Según Lombardo, poner los

sindicatos al servicio de intereses políticos, implicaba sacrificar su independencia como organizaciones defensoras de los derechos de los trabajadores. A esta idea, que cada vez arraigaba más firmemente en el joven abogado poblano, pronto se agregó el marxismo, es decir, la idea de que el fin último del movimiento obrero debía ser la transformación revolucionaria de la sociedad y el tránsito al socialismo.

En julio de 1932 se dio el inevitable rompimiento entre Lombardo y Morones. Atacado por el líder, Lombardo renunció a su cargo en la dirección de la CROM y a la central misma, y publicó un manifiesto en el que exponía sus ideas sobre el movimiento obrero, al que una CROM en ruinas ya no le servía. Para septiembre de ese año, buena parte de las organizaciones más importantes de la CROM seguían a Lombardo y con ellas, se fundó el 13 de marzo de 1933 la "CROM depurada", que excluía a Morones, a su Grupo Acción y a las pocas organizaciones que perseveraron en su lealtad al viejo líder. La nueva CROM no pretendía subvertir el orden, pero sí asumir con honradez y decisión la defensa de los trabajadores y deslindarse de las politiquerías que hasta entonces habían sido pan cotidiano.

En ese momento Luis N. Morones, mal de su grado, cedió la estafeta de máximo líder obrero del país a Vicente Lombardo Toledano. La nueva CROM no contaba con las antipatías que tenía la anterior entre la clase política, y pronto empezaron los acercamientos con los políticos radicales del régimen. Al mismo tiempo, Lombardo empezó a trabajar en aras de unificar definitivamente al movimiento obrero mexicano.

De esta manera, la CROM de Morones y la Cámara del Trabajo del Distrito Federal, se fueron desintegrando. Líderes de la capacidad y experiencia de Celestino Gasca y Fidel Velázquez fueron incorporándose al grupo dirigido por Lombardo; y en junio de 1933 quedó constituido el Comité Organizador del Congreso Obrero y Campesino, que incluía a los cromistas escindidos, a algunos grupos anarcosindicalistas

y comunistas y a importantes sindicatos nacionales que se habían mantenido al margen de las centrales, como los de ferroviarios y electricistas.

En octubre de 1933 tuvo lugar el Congreso Obrero y Campesino, con la asistencia de delegados de una cantidad de organizaciones nunca antes reunidas. Del Congreso nació la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCCM), organización que sentó las bases sobre las que se crearía la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la más fuerte e importante central obrera de la historia de México.

La CGOCCM declaró que el estado mexicano era fascista, y reprobó como tal al Plan Sexenal. Cárdenas, que ya estaba en campaña, hizo continuos llamamientos a los obreros y los campesinos a que se incorporaran al partido, pero la CGOCCM se mantuvo en una actitud hostil frente al gobierno y el partido, que sólo abandonaría cuando el presidente Cárdenas expulsara del país al general Calles (y con él a Luis N. Morones). Pero, de momento, el PNR no contaba más que con el apoyo de la Confederación Nacional de Trabajadores, de Pérez Medina. Sin embargo, la organización que estaría llamada a construir el sector obrero del Partido de la Revolución, ya estaba, muy fuerte, en pie de lucha.⁶⁷

Visto desde hoy, bien podemos decir que en vísperas del ascenso del general Cárdenas al poder, había nacido la organización obrera más fuerte de la historia de México, que si bien era hostil al Estado de la Revolución y a su partido, en el transcurso de pocos meses se iría identificando con éste y haría suyo el programa del PNR.

⁶⁷ Véanse las luchas y las demandas del nuevo movimiento obrero, y la fuerza de la naciente CGOCCM, en Córdova, La Revolución en crisis..., (Op. cit.), pp. 369-419; en el que reelabora y contextualiza lo que había dicho sobre el movimiento obrero en el periodo 1928-1934, en Córdova, La clase obrera..., (Op. cit.). Para fuentes más cercanas en el tiempo, véanse las obras de Luis Araiza, Historia del movimiento obrero mexicano, México, Editorial Cuauhtémoc, 1964, v. 1; Rosendo Salazar, Historia de las luchas proletarias de México (1923-1936), México, Editorial Avante, 1938; y Clark, El movimiento obrero en México, (Op. cit.).

Es decir que en 1933, año en el que hemos trazado la frontera temporal de éste capítulo, si bien todavía no estaba clara la manera en que el PNR debía vincularse con las organizaciones obreras y campesinas, ya sabía que tenía que hacerlo, y ya existían las dos centrales en torno a las cuales se terminarían de unificar el movimiento obrero y el movimiento campesino del país: la CGOCM y la CCM, que a la vuelta de poco tiempo darían vida a la CTM y la CNC.

d) La centralización del poder y la lucha política.

Si la organización de las masas y la gestión de sus demandas era una de las dos tareas clave que el PNR se había puesto para ser capaz de cumplir con sus propósitos, la otra era la centralización del poder. En este último apartado de este capítulo veremos cómo se coronó esta tarea en la que se venía trabajando desde 1917 por lo menos; al mismo tiempo el partido fue cumpliendo sus primeras tareas a costa de importantes fisuras y de una dura lucha interna, que le permitió terminar de definir su identidad y convertirse, por fin, en el instrumento que haría posible el abandono de la era de los caudillos.

Para 1930, la mayoría de los grupos regionales de poder, es decir, los caciques que pesaban, habían sido eliminados o, al menos, muy debilitados. Muchos de ellos habían decidido aceptar el nuevo orden de cosas, y aprendieron a hacer política de manera distinta; ahora se trataba, para los que así lo entendieron, de fortalecer al Estado nacional y al Partido de la Revolución; si estaban dentro, podían participar en la lucha interna aportando a los diversos grupos nacionales de poder (véase en las páginas siguientes cómo se fueron formando estos), el peso político que seguían teniendo como hombres fuertes estatales. Así lo entendieron los guanajuatenses Melchor Ortega y Agustín Arroyo Ch., el yucateco Bartolomé García Correa, el hidalguense Bartolomé

Vargas Lugo, el mexiquense Carlos Riva Palacio, el potosino Gonzalo N. Santos y algunos otros.

Quedaban un puñado de caciques que trataron de seguir jugando según las viejas reglas, que trataron de controlar totalmente, como antes, la política de sus estados, y presionar al Estado con toda su fuerza, apoyada en milicias armadas (como los campesinos tejedistas) o grupos paramilitares (como los Camisas Rojas de Garrido Canabal, dirigidos por Carlos A. Madrazo). Entre 1930 y 1932 el Estado desmontó meticulosamente el aparato tejedista, incluidas la LNC y las guardias armadas, aunque la política radical del gobernador veracruzano vivió sus años de gloria justamente mientras se desmontaba su fuerza real; Garrido Canabal vio reducirse su poder paulatinamente hasta que Cárdenas lo excluyó de la vida nacional en 1935; para ese año, en todo el país sólo quedaba un cacique a la vieja usanza, Saturnino Cedillo, que sería eliminado en 1938.

La fragmentación del poder seguía siendo un problema mayor, pero lo era de otro modo: se había suprimido el caudillismo, sobre todo por que no había nadie que pudiera llenar las botas del difunto general Obregón, pero aún no se inventaba el nuevo mecanismo centralizador del poder. La época conocida como el maximato no fue otra cosa que la búsqueda de ese mecanismo que, podemos adelantar, se resolvió con la conversión del partido de la Revolución en un partido de masas, y con la creación del presidencialismo.

Se habla de "maximato", porque se supone que el general Plutarco Elías Calles, llamado por sus partidarios "jefe máximo de la Revolución", controlaba la vida política de México a través del partido, y gobernaba al país mediante presidentes peleles. Esta visión es demasiado simplista, sin embargo, es cierto que el general Calles llegó a entrometerse demasiado en la vida política nacional. Sin embargo, el poder del "jefe

máximo” no nació automáticamente, ni el partido era su instrumento, ni los tres presidentes de la época pueden ser considerados llanamente “peleles”.

Calles, al renunciar al Comité Organizador, a una semana de haber entregado el poder a Emilio Portes Gil, no sólo desautorizaba el intento de Luis N. Morones de convertirlo en su escudo en su lucha contra el nuevo presidente, sino que se retiraba de la construcción del partido, al menos formalmente, para evitar ser visto, demasiado, como el nuevo hombre fuerte, el factótum al que habría que consultar para todo, y al mismo tiempo, daba un voto de confianza explícito al presidente Portes Gil y al Comité Organizador dirigido por Manuel Pérez Treviño y Luis L. León.⁶⁸

Los trabajos de construcción del PNR fueron bien desempeñados por los hombres del Comité Organizador, y aunque muchos comentaristas ven la mano del ex-presidente permanentemente detrás del Comité, sobre todo en lo relativo a la decisión de postular a Ortiz Rubio en lugar de Sáenz, también hemos visto que este fue vetado por los caciques radicales, que temían tanto su conservadurismo como su excesivo poder, y por los hombres del Comité, que no deseaban la vuelta del caudillismo.⁶⁹

Una circunstancia fortuita, el accidente que llevó al general Amaro a perder un ojo, permitió que el 3 de marzo de 1929 el general Calles asumiera la secretaría de Guerra y la conducción de la campaña contra los infidentes escobaristas. Terminada la campaña renunció a la cartera de Guerra y, por segunda vez, el 22 de mayo declaró que se retiraba de la vida política.

En las declaraciones que hizo a la prensa ese día, Calles criticó duramente al naciente partido de la Revolución y llegó a decir que la Revolución había fracasado

⁶⁸ Véanse las declaraciones de Calles, por las que anunciaba su retiro de la vida política, en los diarios del 8 de diciembre de 1928, y su comentario y génesis en Puig Casauranc, *Galatea rebelde...*, (*Op. cit.*), pp. 299-305.

⁶⁹ Políticos de la época, como Puig Casauranc, *Galatea rebelde...*, (*Op. cit.*), pp. 307-314; y Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, (*Op. cit.*), pp. 138-149, quitan a Calles la responsabilidad de la postulación de Ortiz Rubio.

políticamente, pues no había quien no repudiara las formas, profundamente antidemocráticas, con las que ejercía el poder. No es que estuviera haciendo profesión de fe democrática, sino que estaba criticando con rudeza el desorden y la anarquía que, como secretario de Guerra, había visto que seguían privando entre los grupos constitutivos del PNR, más dedicados a golpearse unos a otros que a presentar un frente común contra la rebelión escobarista y el vasconcelismo. (Sin embargo, ya vimos que en el transcurso de los meses siguientes estos problemas se irían resolviendo, a lo que no contribuyó poco, precisamente, la necesidad de presentar ese frente común que Calles no veía en mayo).

El general se daba cuenta de que el PNR todavía no era un partido político moderno y que había que convertirlo en eso cuanto antes. Detectó cuales eran los problemas, pero todavía confiaba que estos podrían resolverse rápidamente, y que los hombres que estaban a la cabeza del gobierno y del partido, podían y debían hacerlo, reiteró su retiro político.⁷⁰

Poco después el general Calles emprendió un largo viaje a Europa, del que volvió hasta entrado 1930. Para entonces la situación política se había enrarecido tanto que, poca o mucha, la fuerza de Calles resolvería una situación aparentemente sin salida. Es en ese momento, en todo caso, que empezó realmente el maximato, es decir, el dominio de Calles. Para algunos, todas las maniobras previas, incluido su viaje, respondían a su ruta hábilmente trazada en pos del control del gobierno, y que no dejó de dirigir la política nacional a través de sus socios.⁷¹

⁷⁰ Las declaraciones aparecieron el 22 de mayo de 1929 en los periódicos, y fueron reproducidas íntegramente y ampliamente glosadas por Puig Casauranc, *Galatea rebelde...*, (Op. cit.), pp. 321-33. También las comenta con agudeza Córdova, *La Revolución en crisis...*, (Op. cit.), pp. 275-285.

⁷¹ Quienes argumentan esto sostienen que la correspondencia que Calles mantenía desde Europa con Luis L. León, secretario general del CEN del PNR, era el mecanismo mediante el cual el expresidente dictaba sus condiciones. No estoy de acuerdo, creo que esas cartas eran informativas de parte de León, pero no implicaban órdenes del lado de Calles: tan es así, que una de las primeras cosas que hizo Calles al volver a México fue desautorizar las maniobras de León al frente de los legisladores "rojos". Véanse en Carlos Macías, (ed.), *Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal. 1919-1945*, México, FCE, 1991-1993.

A lo largo del segundo semestre de 1929 Portes Gil se fue afirmando en el poder, merced, sobre todo, a la popularidad que cosechó al firmar los acuerdos que pusieron fin, formalmente al menos, a la guerra cristera. Fue entonces, con Calles fuera del país, disminuida la fuerza de los caciques, el partido trabajando a todo gas en la campaña electoral, y con la tranquilidad que la derrota del escobarismo había dado al gobierno, que en los medios políticos mexicanos, tan personalistas de suyo, la figura de Portes Gil empezó a tomar proporciones, si no de caudillo, sí de hombre del momento. Al mismo tiempo, y también de acuerdo con las viejas costumbres personalistas, numerosos políticos se fueron agrupando en torno al candidato Ortiz Rubio. Naturalmente, ambos grupos terminaron por venir a las manos, y el campo de batalla fue el Congreso de la Unión.

Apenas pasadas las elecciones, los "rojos", o partidarios de Portes Gil, dirigidos por Pérez Treviño, Luis León y los legisladores Gonzalo N. Santos, Melchor Ortega, Carlos Riva Palacio, Rafael Melgar y otros, iniciaron la lucha contra los "blancos", partidarios de Ortiz Rubio, entre los que el político más destacado era Basilio Vadillo, y figuraban los legisladores Federico Medrano, Ignacio de la Mora, Rodolfo Izquierdo, Arturo Campillo Seyde, Isaac Díaz de León y Federico Rocha. Los blancos obtuvieron el control de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, y desde ahí pretendieron dominar al partido, cuya unidad estuvo a punto de romperse hasta que Calles, requerido por unos y otros, regresó del extranjero y sometió a ambos grupos a la disciplina partidista: al final permaneció la mayoría blanca, pero bajo las reglas de los rojos, que sometían al bloque penerrista en el Congreso a la disciplina partidista, y sometían a los legisladores a la dirección del partido.

El 5 de febrero de 1930 Ortiz Rubio tomó posesión de la presidencia de la República. Su gabinete, diseñado para equilibrar a los cuatro grupos personalistas (el

obregonista, el callista, el portesgilista y el ortizrubista), tuvo un severo inconveniente: había personalidades demasiado relevantes en el gabinete de un presidente aún demasiado gris: Portes Gil en Gobernación, Montes de Oca en Hacienda, Genaro Estrada en Relaciones, Amaro en Guerra y Marina, Almazán en Comunicaciones, Pérez Treviño en Agricultura, Luis L. León en Industria, Aarón Sáenz en Educación, Puig Casauranc en el Departamento del Distrito, José Aguilar y Maya Procurador General, Juan de Dios Bojórquez en Estadística y Hernández Cházaro en la secretaría de la Presidencia.

Las cuentas no le salieron al presidente: Portes Gil, Luis León y Pérez Treviño eran políticos con demasiado poder propio, aunque se les consideraba callistas. Montes de Oca y Puig Casauranc eran hombres de Calles desde mucho tiempo atrás. Amaro y Almazán estaban ahí para darle su lugar al Ejército: el primero parecía callista y el segundo optó decididamente por apoyar a Ortiz Rubio. Sólo Hernández Cházaro había sido cercano a Ortiz Rubio desde tiempo atrás

Si creyéramos que Portes Gil, Aarón Sáenz, Luis León, Pérez Treviño, y Puig Casauranc se movían por instrucciones de Calles, no habría duda de la existencia del maximato y del nulo poder real del presidente; si, por el contrario, pensamos que cada uno actuaba por su cuenta (a nadie se ocultaban las ambiciones presidenciales de todos ellos), vemos que el personalismo y la dispersión del poder estaban lejos de haber terminado, y que la disciplina partidista era una virtud que los políticos mexicanos aún no eran capaces de ejercer.

Desde el principio, el presidente había perdido el control del Congreso y tenía un gabinete en el que pesaban más otras figuras que él mismo, así que intentó poner a su gente en la dirección del partido, aprovechando que las designaciones ministeriales de

Pérez Treviño y León dejaban acéfalo al instituto político que lo había llevado a la silla presidencial.

El 11 de febrero se dio a conocer la nueva conformación del CEN del PNR, y si bien Ortiz Rubio había logrado para los suyos la presidencia y la secretaría general (Basilio Vadillo y Matías Rodríguez, respectivamente), los callistas controlaron el resto de las carteras, de hecho, salvo la incorporación de Jorge Mexueiro, eran los mismos fundadores: García Correa, Melchor Ortega, Carlos Riva Palacio, David Orozco y Gonzalo N. Santos.

Con tantas cabezas intentando gobernar y dándose golpes bajos, la precaria centralización y la incipiente disciplina partidista amenazaban seriamente con naufragar, así que en abril el general Calles, que hasta entonces había sido mero espectador de los acontecimientos, se entrometió de lleno: obligó a Portes Gil, que actuaba como si él fuera el presidente, a renunciar a la secretaría de Gobernación, y en su lugar entró el coronel Carlos Riva Palacio, callista incondicional. Los dos ortizrubistas que dirigían nominalmente al PNR fueron hechos a un lado y en su lugar entraron Emilio Portes Gil y el exgobernador (callista) de Oaxaca, Genaro V. Vázquez, que encabezaban un CEN completamente renovado: García Correa, Gonzalo N. Santos y Melchor Ortega regresaron a la Cámara, que controlarían para Calles.

De esa manera, los seis meses que van de abril a octubre de 1930 pueden ser considerados el climax del maximato, es decir, del poder del jefe máximo, quien controlaba el gabinete, el Congreso y el partido. El grupo de políticos demasiado ambiciosos que detentaban las carteras ministeriales, que no habían estado dispuestos a someterse al presidente, se disciplinaron ante la fuerza del jefe máximo, y por fin se trató de gobernar.

Ortiz Rubio había exigido la salida de Portes Gil y había aceptado a Riva Palacio, que era un viejo amigo suyo, aunque callista; pero si con el enroque se había pretendido eliminar la influencia de Portes Gil, la maniobra había fallado: el tamaulipeco empezó a extender sus tentáculos desde la presidencia del partido, y cuando a mediados de año se instaló la XXXIV Legislatura, los portesgilistas la dominaron y pronto Portes empezó a hablar de que el gobierno se convertiría en apéndice del partido.

Esta situación condujo a la tercera crisis del gobierno de Ortiz Rubio, en octubre de 1930, a sólo nueve meses de su instalación: las crecientes intromisiones de Portes obligaron a Calles a hacer frente común con el presidente, y el tamaulipeco se vio obligado a irse del país, pero como complemento, el jefe máximo obligó a Ortiz Rubio a deshacerse de su más leal colaborador, Hernández Cházaro. Se excluyó también a Luis León del gabinete, y la presidencia del partido fue ocupada por el gobernador de Michoacán, Lázaro Cárdenas. Desde entonces y por varios meses, con la anuencia del jefe máximo y su discreta vigilancia, Ortiz Rubio pudo gobernar con la colaboración leal de varios hombres de alto nivel político y gran fuerza propia que habían decidido apoyarlo: Amaro, Almazán, Sáenz y Cárdenas.

Aunque en materia política el nuevo presidente del partido había decidido ser leal tanto al presidente como al jefe máximo (lo que sonaba difícil, pero no era imposible mientras durara la frágil alianza entre aquellos), su llegada al puesto inició el primer gran debate ideológico que el partido conoció. En los dos años que llevaba como gobernador de Michoacán, Cárdenas había impulsado notablemente la reforma agraria, la educación y otras de las reformas sociales revolucionarias, apoyado en la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CMRT), poderosa central que había agrupado a todas las organizaciones de masas del estado y que era reconocida

como la sección michoacana del PNR; y naturalmente, cuando llegó a la presidencia del partido, empezó a oponerse a la política agraria de Ortiz Rubio.

Cárdenas encontró el apoyo de los agraristas del régimen, como Saturnino Cedillo, Graciano Sánchez y el todavía poderoso Adalberto Tejeda, que asumieron la defensa del reparto agrario y del modelo ejidal como solución del problema del campo. Por su parte, el presidente, en este debate, contó con el apoyo de Pérez Treviño, Aarón Sáenz, Luis Montes de Oca y otros secretarios de Estado, quienes argumentaban que había que dar por terminado el reparto agrario y dar garantías a los inversionistas privados, tanto en el campo como en la industria. El debate de 1930 terminó en diciembre con la aprobación de las reformas impulsadas por el presidente y que, de hecho, dieron fin al reparto agrario salvo en los estados en los que los gobernadores desobedecieron de plano las instrucciones presidenciales. Con todo, la actitud del general Cárdenas lo puso desde entonces a la cabeza de los elementos reformistas del partido cuya fuerza crecía de manera inversamente proporcional a la pérdida de prestigio de la política conservadora del gobierno.

La luna de miel entre Calles y Ortiz Rubio duró poco: vista la debilidad del presidente y las sucesivas crisis políticas, para mediados de 1931 Calles ya se veía a sí mismo como el hombre indispensable, el único capaz de conducir a México hacia la vida institucional. Esta nueva actitud del jefe máximo, que los callistas más ambiciosos alentaban (el más importante de ellos, Luis León, pero también hombres como Melchor Ortega y Gonzalo N. Santos), se reveló plenamente en la nueva crisis política: de pronto, al jefe máximo le pareció demasiado amenazante la presencia en el gabinete de hombres con tanto poder como Cárdenas, Sáenz, Amaro y Almazán (quien había pasado de la secretaría de Comunicaciones a la de Industria, Comercio y Trabajo a la salida de León): salvo Sáenz, los otros tres eran, con Saturnino Cedillo, los cuatro jefes más

prestigiados de un ejército ya harto de aventuras. La crisis se desató cuando en junio de 1931, el presidente, confiando en la fuerza que estos hombres le daban, le pidió su renuncia a Riva Palacio y designó a Cárdenas secretario de Gobernación.

La reacción de Calles fue una maniobra política impecable en el corto plazo, que quitó al presidente todos su apoyos y le devolvió a él los principales hilos de poder, pero a la larga, esa misma maniobra cavó su tumba política, pues hizo del todo evidentes los inconvenientes de una figura presidencial débil, manejada desde atrás por un hombre sin ninguna investidura ni derecho para hacer cosa semejante.

Apoyándose en Gonzalo N. Santos y Melchor Ortega, que dirigían el Congreso, y en Manuel Pérez Treviño, que había regresado a la presidencia del PNR, Calles fue acorralando al presidente y hostilizando a los secretarios de Estado, hasta causar una decisiva crisis ministerial: Cárdenas, Amaro, Almazán, Sáenz, Genaro Estrada (Canciller) y Montes de Oca (Hacienda), fueron obligados a renunciar a sus carteras (los tres primeros en octubre de 1931 y los otros tres en enero de 1932), que fueron ocupadas por callistas incondicionales. El propio jefe máximo asumió la cartera de Guerra y Marina.⁷²

Desde entonces, y por el resto de su mandato, Ortiz Rubio se convirtió e una figura meramente decorativa, y Calles gobernó de hecho. Pero hay una circunstancia más que importa resaltar: si Calles triunfó en esta lid fue por el irrestricto apoyo de dos hombres que también hacían su propio juego en búsqueda de la presidencia, el coronel Carlos Riva Palacio y el general Manuel Pérez Treviño: la dispersión del poder era tan grande que el mismo jefe máximo no era tal. Todavía en julio de 1932 Ortiz Rubio

⁷² Un rumor que durante mucho tiempo tuvo aceptación general dice que en esa coyuntura, el general Amaro ofreció parar en seco las ambiciones callistas con la fuerza de las armas, pero Ortiz Rubio no quiso aceptar por el temor a una guerra civil de la que Amaro hubiera surgido como nuevo caudillo. Martha Loyo ha puesto en tela de juicio esa versión, presentando a Amaro y a Cárdenas como leales al presidente, (no así al camaleónico Almazán), aunque nunca dispuestos a dar un virtual golpe de Estado, véase Loyo, "Joaquín Amaro...", (*Op. cit.*), pp. 288-297.

intentó reunir la escasa fuerza que tenía para enfrentar a Calles, pero esta vez, la situación límite terminó: el 2 de septiembre de 1932, arrinconado por el jefe máximo y un gabinete y un congreso que le eran hostiles, el presidente renunció y salió del país.

El 3 de septiembre de 1932 tomó posesión como presidente interino de la República el general Abelardo L. Rodríguez, a quien se consideraba un incondicional de Calles, y un hábil administrador. Esta vez parecía que el general Calles podría gobernar efectivamente a través de un pelele, pero el disgusto generalizado ante la farsa en que se había convertido la política nacional, y el descontento creciente ante el conservadurismo agrario y social de un régimen cada vez más separado de las masas, le dieron fuerza a los grupos revolucionarios que pugnaban por retomar el programa de la Revolución. El cauce de estos hombres sería la lucha interna del partido, y la fecha elegida para imponerse, septiembre de 1933, cuando el PNR tendría que elegir su candidato presidencial para el periodo 1934-1940. Además, el callismo llegaría debilitado porque lo mismo que Ortiz Rubio, el presidente Rodríguez no pareció muy dispuesto a ser un mero pelele, con el agravante de que era un hombre con mayor fuerza y mucha más capacidad que el michoacano: a diferencia de Ortiz Rubio, que llegó en 1928 después de largos años de exilio diplomático, Abelardo Rodríguez había ganado cierto reconocimiento como administrador durante el periodo en que gobernó el territorio de Baja California, y en 1928-1929 había sido pieza clave en la liquidación de los generales obregonistas.

El principal problema político durante el primer año de gobierno de Rodríguez fue la selección del candidato presidencial del PNR. La lucha interna que se desató revistió matices ideológicos hasta entonces desconocidos en la vida del partido, cuyo pragmatismo había sido una característica señalada.

Dentro del régimen pero fuera del partido, Adalberto Tejeda, con el apoyo de lo que quedaba de la LNC y de la CROM, declaró abiertamente que buscaba la presidencia. Tejeda, por sí solo, habiendo sido desarmadas sus guardias en 1931, y sin el poder que el cargo de gobernador le daba, no tenía posibilidades de llegar a la presidencia, por lo que se dedicó a buscar el apoyo de los elementos radicales del PNR y de los gobernadores agraristas.

En diciembre de 1932 el general Cárdenas ocupó la Secretaría de Guerra, justo al terminar su periodo como gobernador de Michoacán. Fue Cárdenas el encargado de dar el golpe final al tejedismo, pues sólo otro agrarista reconocido podía despolitizar la eliminación de los últimos restos de poder del coronel. De paso, el de Jiquilpan demostró una vez más, su lealtad a la institución presidencial: estaba poniendo un ejemplo importantísimo. Con su actuación en los gabinetes de Ortiz Rubio y Rodríguez, Cárdenas estaba demostrando la necesidad de guardarle lealtad, por encima de todo, a la institución presidencial (que no al individuo que detentara la investidura).

Esta actitud le dio a Cárdenas el triunfo sobre su principal rival interno, el general Manuel Pérez Treviño, que era el candidato de Calles. Si su desempeño como gobernador de Michoacán, es decir, la aplicación de la reforma agraria y el impulso a la organización de las masas, le había dado el apoyo de los radicales, de los grupos descontentos con la política conservadora de Ortiz Rubio y Rodríguez; su lealtad a la institución presidencial le granjeó, desde principios de 1933, el apoyo declarado de un grupo de políticos de alto nivel que estaban hartos de las politiquerías inherentes al vacío de poder que generaba el maximato. Aarón Sáenz y Juan Andrew Almazán, cuya lealtad a Ortiz Rubio los había excluido del gabinete; Portes Gil, que había sufrido en carne propia las intromisiones del jefe máximo (aunque nunca como los otros dos

presidentes del periodo); y los mismos hijos de Calles, Rodolfo Elías Calles, gobernador de Sonora, y Plutarco Elías Calles jr., se opusieron a la candidatura de Pérez Treviño.

La postulación de Pérez Treviño, quien durante el maximato había sido uno de los principales instrumentos de Calles para controlar a los presidentes, y cuyo conservadurismo era demasiado conocido, hubiera prolongado la política antiagrarista y antiobrera de Ortiz Rubio y Rodríguez (que era también la de Calles), y la supeditación del presidente de la República al jefe máximo, y ni el país ni el partido estaban para eso.

La selección de Cárdenas, a mediados de 1933, fue resultado de la suma del descontento social contra un gobierno que había olvidado los postulados de la Revolución, y el hartazgo político frente a una situación en la que el gobierno de la República ya no dependía del carisma de los caudillos, pero aún no se regía por la legalidad y la institucionalidad: la debilidad del presidente, la incapacidad del jefe máximo para devenir en caudillo, las ambiciones desatadas de tantos políticos, creaban una situación demasiado peligrosa.

Pero la misma selección de Cárdenas demuestra la vida interna que el partido alcanzó durante esos meses. El general había realizado una precampaña en la que las propuestas agrarias y obreras habían generado un amplio debate nacional, y la alianza del candidato con la CCM y sus acercamientos con la CGOCM, así como su posición como jefe de la CMRT, indicaban a las claras que la aplicación del programa revolucionario y la organización de las masas serían ejes centrales de su política.⁷³

⁷³ La política durante el maximato es un tema apasionante que ha recibido la atención privilegiada de muchos estudiosos. Los trabajos que sobre el periodo se han producido son múltiples y muchos, bastante buenos. Baste recordar las obras ya citadas de Medin, El maximato presidencial...; Córdova, La Revolución en crisis...; y L. Meyer, El conflicto social y los gobiernos del maximato. Entre las memorias de la época destacan las de Portes Gil, Quince años de política mexicana, (Op. cit.); Puig Casauranc, Galatea rebelde..., (Op. cit.); Amaya, Los gobiernos de Obregón, Calles..., (Op. cit.); y Gonzalo N. Santos, Memorias, México, Grijalbo, 1984.

CAPITULO II

LA OBRA NEGRA

(1933-1938)

1. EL PRESIDENCIALISMO.

a) El camino de Cárdenas.

Hasta mediados de 1935, la mayoría de los observadores contemporáneos y la llamada opinión pública nacional, le atribuían al general Calles un poder absoluto. La imagen que de él se tenía, y que muchos historiadores comparten, era la del supremo factor de la política mexicana, hacedor y deshacedor de presidentes y gabinetes, jefe real del Partido, jefe de Estado de facto, comandante general de los caciques militares, en fin, el Jefe Máximo.

Sin embargo, como hemos visto, más que el señor absoluto era un árbitro entre los grupos, la voz que unificaba hacia fuera a los revolucionarios, la de mayor autoridad y prestigio. No era otra cosa que el político más hábil del país, que más que al puño de hierro que sus enemigos le atribuyen, recurría a la sagacidad, al buen criterio político y a las alianzas y el equilibrio entre los grupos para preservar la frágil unidad alcanzada por los revolucionarios, gracias a la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR).

La jefatura de Calles fue necesaria para mantener unidos a los revolucionarios y mientras estos adquirían, en la escuela del Partido, el indispensable sentido de la disciplina, pero se convirtió en un lastre cuando uno de los grupos revolucionarios empezó a volverse mayoritario y la personalidad del Jefe Máximo fue usada como escudo por la facción minoritaria; cuando el precario equilibrio entre los grupos fue roto no por las fuerzas centrífugas que la jefatura de Calles y la fundación del Partido habían controlado y debilitado, sino porque uno de los grupos revolucionarios fue volviéndose hegemónico a lo largo de 1933: para junio de 1935, cuando ese grupo, reunido en torno al general Cárdenas, entabló la lucha contra el general Calles, éste ya no era el árbitro de

los grupos revolucionarios, ya no era el jefe Máximo, sino la cabeza visible de una facción minoritaria, debilitada y desprestigiada.¹

Para quienes ven como absoluto el poder del general Calles, resulta muy difícil explicar el ascenso de Lázaro Cárdenas; suelen ver al general michoacano como una especie de caballo de Troya infiltrado en las filas de los incondicionales del Jefe Máximo; como un auténtico revolucionario que mantuvo su juego escondido hasta que tuvo el poder suficiente (la investidura presidencial) para echar al Jefe Máximo y retomar el hilo de la praxis revolucionaria, interrumpida por el largo e injustificable mandato de Calles durante el maximato (porque quienes se adscriben a esta explicación, argumentan que conforme avanzaba la década de 1930, Calles transitaba más y más a la derecha, hasta abandonar de plano las filas revolucionarias y convertirse, de hecho, en un contrarrevolucionario).

Esta explicación, por donde se le mire, es insostenible: desde mucho tiempo antes de ganar incontestablemente la candidatura a la presidencia de la República por el PNR, el general Cárdenas había mostrado claramente su vocación revolucionaria, su firme decisión de cumplir con el programa de la Revolución, y su clara idea de que esas transformaciones debían llevarse a cabo a través de la acción de las masas conducidas por el Estado: es decir, ya había mostrado sus dos ases (los jugaba a vistas, no los guardaba en la manga), la política de masas y el respeto disciplinado a las instituciones, sobre todo, a la institución presidencial (y, con todo, había sido un callista leal).

Lázaro Cárdenas tomó posesión como gobernador constitucional de Michoacán, en septiembre de 1928. Como gobernador, tejió una de esas importantes alianzas regionales que llamamos cacicazgos agraristas: apoyándose en la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMT), fundada bajo sus auspicios en enero

¹ Un excelente análisis de esta transformación de la jefatura callista y de su enfrentamiento con el cardenismo emergente en Córdova, *La política de masas del cardenismo*, (Op. cit.), pp. 41-46.

de 1929, hizo de Michoacán un "laboratorio de la Revolución", impulsando la reforma agraria y asumiendo la conducción de las organizaciones de masas, agrupadas en la CRMT, sección michoacana del PNR.²

En el fondo, lo importante no era únicamente que aceptara la necesidad de llevar a cabo la reforma agraria con determinación y celeridad (...); sino además el instrumento que de inmediato se avocó a poner en pie para asegurar el éxito de la propia reforma: la organización de las masas.³

La fundación de la CMRT dio inicio a un amplio proceso de organización y unificación de masas en torno a las demandas agrarias y a las campañas contra el alcoholismo y el fanatismo religioso. El gobernador promovió estos trabajos convirtiendo al Estado, así fuera a nivel local, en líder y organizador de masas, aprovechando su impulso como motor del programa del gobierno revolucionario.

Los resultados fueron palpables: durante los cuatro años de gobierno de Cárdenas, se repartió más tierra en Michoacán que en todo el período anterior (1917-1928); se restituyeron a los pueblos los bosques y aguas de que habían sido despojados antes de la Revolución; y se triplicó el número de escuelas, profesores y alumnos del estado. Para llevar a cabo esta labor, "Cárdenas no había hecho otra cosa que convertirlas en principios de la política de masas y encargar a las propias masas su realización".⁴

Si el Estado (o el gobierno local) conducía a las organizaciones de masas por esta vía, era a través de la institucionalización, de la íntima alianza entre el Estado y las organizaciones de masas conforme a una visión "cuyo centro de gravedad estaba en la construcción de un Estado nacional".⁵

² Los más connotados dirigentes de la CMRT fueron Luis Mora Tovar y dos políticos radicales que tendrían puestos y trabajos de alta responsabilidad durante el sexenio cardenista: Ernesto Soto Reyes y Gabino Vázquez.

³ Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), p. 28.

⁴ Córdova, Idem, p. 33.

⁵ Adolfo Gilly, El cardenismo, una utopía mexicana, México, Cal y Arena, 1994, p. 193.

Esta política por sí sola no lo hubiera hecho distinto de los gobernadores radicales de entonces, como Tejeda, Garrido y el malogrado Carrillo Puerto y, por supuesto, no lo habría llevado a la presidencia de la República. Pero a diferencia de los otros gobernadores radicales, Cárdenas era uno de los jefes militares de mayor prestigio y popularidad dentro de las filas del Ejército: si bien es cierto que sus hechos de armas no eran muchos ni muy brillantes, y que su hoja de servicios no se podía comparar con la de los capitanes del periodo 1910-1924, hay que tomar en consideración que para los albores de la cuarta década del siglo, la enorme mayoría de los generales de primera fila estaban muertos o marginados de la política (y/o el país), y los que permanecían en el candelero habían sido meros segundones durante la etapa "heroica" de la Revolución. De ellos, los más populares y poderosos eran Joaquín Amaro, Juan Andrew Almazán, Saturnino Cedillo y Lázaro Cárdenas.

Tan importante como eso fue que llevó adelante su política revolucionaria sin enemistarse con el poder central (personificado por el Jefe Máximo y los sucesivos presidentes del maximato) y, sobre todo, sin antagonizar con él. No sólo lo hacía por habilidad política o por lealtad a Calles, a quien consideraba su jefe y maestro desde que en 1915, con el grado de teniente coronel, se le unió al frente de sus hombres, sino principalmente, por respeto a las instituciones.

Sin desvincularse por completo de la conducción de los asuntos de Michoacán, Cárdenas pidió permiso varias veces para dejar temporalmente el gobierno del estado. La primera, en marzo y abril de 1929, fue para conducir una de las columnas militares que enfrentaron a los escobaristas. La segunda, de octubre de 1930 a mayo de 1931, para asumir la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del PNR. Y la tercera, de agosto a octubre de 1931, para hacerse cargo de la Secretaría de Gobernación. Su desempeño en esas tres tareas no sólo realzó su prestigio dentro del Ejército y le

permitió tejer alianzas con diversos grupos políticos nacionales: sobre todo, como vimos en el primer capítulo, el general michoacano fue mostrando, con la práctica, su decisión de ser leal, por encima de todo, a la institución presidencial. Mediante ese mecanismo de disciplina y centralismo político, el michoacano buscaba fortalecer al Estado de la Revolución, convirtiéndolo en una potencia capaz de conducir las transformaciones económicas, políticas y sociales que el país necesitaba.⁶

No es extraño, pues, que ya en 1932 se le consideraba uno de los más viables candidatos para el sexenio 1934-1940, al lado del coronel Tejeda, candidato de las izquierdas del régimen, y del general Pérez Treviño, hombre del grupo callista. Sólo los no enterados de los entretelones de la política nacional, se sorprendieron cuando Abelardo Rodríguez colocó a Cárdenas en la antesala de la presidencia, al designarlo secretario de Guerra y Marina en diciembre de 1932, a sólo dos meses de haber entregado el gobierno de Michoacán.⁷

Al iniciar el nuevo año (1933), en el que la tarea política más importante era la designación del candidato a la presidencia, el Partido estaba dividido en cuatro tendencias: a la derecha, el grupo político más cercano al general Calles, se proponía seguir por la ruta trazada durante los gobiernos de Ortiz Rubio y Rodríguez, es decir, liquidar la "política radical", dar por concluido el reparto agrario y crear un clima de confianza para los inversionistas nacionales y extranjeros. Su prioridad era el desarrollo económico del país, y el camino elegido, el fomento de la inversión privada. El candidato de este grupo era el general Manuel Pérez Treviño, quien ocupaba por segunda vez la presidencia del CEN del PNR desde agosto de 1931. El coronel Carlos

⁶ Las notas en ese sentido abundan en los escritos del general, véase, por ejemplo, Lázaro Cárdenas, Apuntes, México, UNAM, 1972, v. 1, pp 334 y ss.

⁷ Véase la labor de Cárdenas como presidente del Partido y como secretario de Estado, en Luis González, Los artífices del cardenismo, (Historia de la Revolución Mexicana, 14), México, El Colegio de México, 1979; L. Meyer El conflicto social y los gobiernos del maximato, (*Op. cit.*); y Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada..., (*Op. cit.*).

Riva Palacio, ex-secretario de Gobernación, miembro del grupo fundador del PNR, aparecía como candidato alternativo. Los prohombres de este grupo eran, después de Calles y Pérez Treviño, los gobernadores Melchor Ortega, de Guanajuato; Bartolomé Vargas Lugo, de Hidalgo; Sebastián Allende, de Jalisco; Nazario Ortiz Garza, de Coahuila; Benigno Serrato, de Michoacán; y el ya mencionado Carlos Riva Palacio, del Estado de México.

Al centro estaba el grupo encabezado por Emilio Portes Gil, formado por importantes políticos que desde 1930 habían venido manifestando su disgusto por la manera en que el general Calles manejaba la política nacional, tanto en materia social – Portes censuró acremente que se hubiera detenido la reforma agraria- como política –el tamaulipeco, que había sufrido las intromisiones de Calles durante su mandato, conocía los males que acarrea un gobierno de dos cabezas. Este grupo no tenía candidato propio, pues las reformas constitucionales de 1932 inhabilitaban a cualquier ex-presidente para reelegirse, de manera que se mantuvo a la expectativa, aunque como veremos adelante, inició importantes acercamientos con los círculos de la burguesía nacionalista del norte.

Los grupos de la izquierda moderada del régimen fueron inclinándose por la candidatura del general Cárdenas. La mayoría de los gobernadores agraristas; los dirigentes campesinos nacionales que estaban construyendo la Confederación Campesina Mexicana (CCM); y en general, cuantos dentro del régimen buscaban impulsar el programa de la Revolución, pero no compartían el radicalismo de Tejeda, fueron agrupándose en torno al michoacano.

A la izquierda, Adalberto Tejeda formó con los restos de su poder el Partido Socialista de las Izquierdas (PSI), tratando de atraerse a los comunistas y a las organizaciones obreras y campesinas, sin embargo enfrentado como estaba con el

gobierno y el PNR, fuera de Veracruz no consiguió más apoyo que el de los últimos grupos que permanecían leales a la Liga Nacional Campesina "Ursulo Galván" (LNCUG) y, paradójicamente, el de Morones y los debilitados restos de la Confederación Regional de Obreros de México (CROM), que vieron en el tejedismo su última oportunidad de volver al candelero.

En los últimos meses de 1932 naufragaron las candidaturas de Riva Palacio y Tejeda (aunque éste la mantuvo, sin conseguir más que un ínfimo porcentaje de votos en las elecciones), y ya se había hecho evidente que otros que se mencionaban -Cedillo, Garrido Canabal, Almazán- no rebasaban sus respectivos ámbitos locales, de manera que al iniciar 1933, los revolucionarios no tenían más opciones que Pérez Treviño y Cárdenas.

La fuerza de Pérez Treviño era la del callismo, la del aparato del PNR, la de la autoridad moral del Jefe Máximo. Pero esa era también su debilidad: se le identificaba demasiado con ese grupo y, por lo tanto, con la continuación de la política económica y social del maximato y con el tutelaje del PNR sobre el gobierno.

Cuando Tejeda y sus partidarios fueron expulsados del PNR y sus guardias campesinas desarmadas, tras la salida del coronel del Palacio de Gobierno de Jalapa (a fines de 1932), los agraristas y los políticos radicales, que hasta entonces habían vacilado, dieron su apoyo irrestricto a Cárdenas, cuya vocación revolucionaria estaba tan fuera de duda como la de Tejeda; y a diferencia del veracruzano, el de Jiquilpan tenía un gran tacto político y una enorme ascendencia en el Ejército.

Sin embargo, los grupos radicales que apoyaron a Cárdenas no eran mayoritarios. La balanza se volteó a su favor cuando la facción moderada encabezada por Portes Gil, decidió sumarse a su candidatura, y Cárdenas y Portes Gil diseñaron una campaña destinada a atraerse a un amplio espectro político que incluía a los caciques

radicales que conservaban su poder; a los grupos agraristas radicales y moderados, para los que la candidatura natural era la de Cárdenas; a las personalidades políticas y militares desplazadas por el grupo callista, pero que conservaban fuertes influencias locales, como Cándido Aguilar en Veracruz, Guadalupe Zuno y Margarito Ramírez en Jalisco, Adrián Castrejón en Guerrero y, sobre todo, Almazán y Cedillo, en Nuevo León y San Luis Potosí; a los círculos de la burguesía nacionalista del norte del país, que buscaban el avance y la profundización de la intervención estatal en la economía, y que tenían por capitanes al presidente Rodríguez, a Aarón Sáenz y a Rodolfo y Plutarco Elías Calles jr., hijos del Jefe Máximo; a los grupos progresistas de las clases medias, socialistas o afines a las tesis del Estado benefactor; y a las organizaciones obreras susceptibles de ser atraídas por el programa revolucionario del general Cárdenas.⁸

La estrategia de los cardenistas consistió en impulsar la movilización de los grupos agraristas en torno a sus propias demandas y a la candidatura del general, de manera que se atrajera la atención de los potenciales aliados atrás enlistados hacia las alternativas sociales y políticas que ofrecían las corrientes aliadas de Cárdenas y Portes Gil; que se demostrara que había una brecha entre los sectores sociales mayoritarios y el aparato del partido y el grupo callista; y que el grueso del PNR comprendiera que la suerte del partido y del Estado de la Revolución dependían de la ampliación del consenso social y la legitimación del Estado por esa vía.

El clímax de esa campaña se alcanzó el 10 de mayo de 1933, cuando se reunieron en San Luis Potosí los representantes de las ligas agrarias de Tamaulipas, San Luis Potosí, el Estado de México, Chihuahua y Tlaxcala, y un numeroso grupo disidente de la LNCUG, y llamaron a constituir la CCM, que al nacer tenía 80,000 afiliados. Detrás de los dirigentes visibles de la nueva central campesina, Graciano Sánchez, León

⁸ La composición de estos grupos y la estrategia de Cárdenas-Portes Gil para atraérselos, en Carmen Nava Nava, Ideología del Partido de la Revolución Mexicana, México, Centro de Estudios de la Revolución

García y Enrique Flores Magón, estaban Cárdenas, Portes Gil, Cedillo, Marte R. Gómez y Agustín Arroyo Ch.

Las tres semanas siguientes fueron decisivas: el 15 de mayo Cárdenas renunció a la cartera de Guerra y Pérez Treviño a la presidencia del PNR, aceptando públicamente sus candidaturas. El nuevo CEN, presidido por Melchor Ortega,⁹ callista probado y declarado partidario de Pérez Treviño, no pudo evitar el crecimiento de la fuerza de Cárdenas, que para entonces había llegado a un acuerdo definitivo con Aarón Sáenz y los hijos de Calles. El 23, el CEN anunció que el partido redactaría “un plan de acción o plataforma de gobierno” para el sexenio venidero. El 29 apareció la convocatoria para la II Convención Nacional Ordinaria, que se efectuaría en Querétaro el mes de diciembre. El 31 se constituyó formalmente la CCM. El 5 de junio Cárdenas fue ungido como precandidato de los grupos agraristas y nacionalistas. El 7 de junio, Pérez Treviño renunció a su candidatura, declarando que Cárdenas “tenía una mayoría de opinión en todo el país”. Por supuesto, aunque Calles impulsaba la candidatura del coahuilense, actuó como el árbitro que todavía era, y en los primeros días de junio le había dado a su ahijado político michoacano el último voto que le faltaba, el suyo.¹⁰

b) La Convención y el Plan Sexenal.

El 9 de junio de 1933 Pérez Treviño reasumió la presidencia del CEN del PNR, con el también callista Vargas Lugo como secretario general.¹¹ Los cardenistas, que ya veían

Mexicana “Lázaro Cárdenas”, 1984, pp. 130-136.

⁹ Completaban el CEN Fernando Moctezuma en la Secretaría General, Gilberto Flores Muñoz en la tesorería, Carlos Riva Palacio en Prensa y Publicidad, Matías Rodríguez en Actas y Acción Agraria, Julio Bustillos en Exterior y Acción Obrera, y José Morales Hese en la Secretaría del Distrito Federal.

¹⁰ La incontenible candidatura de Cárdenas y el fracaso de las de Tejeda y Pérez Treviño, es decir, los primeros cinco meses de 1933, han sido contados por muchos historiadores, destacando Nava Nava, *Idem*, pp. 112-136; González, *Los artífices del cardenismo*, (*Op. cit.*), pp. 227-236; Garrido, *El partido de la Revolución...*, (*Op. cit.*), pp. 143-150; y Córdova, *La Revolución en crisis...*, (*Op. cit.*), pp. 421-492.

¹¹ Flores Muñoz continuó en la tesorería, Alejandro Lacy quedó en Prensa y Publicidad, Matías Rodríguez en Actas y Acción Agraria, Julián Garza Tijerina en Exterior y Acción Obrera, Lamberto Ortega como oficial mayor y Luis L. León siguió en la dirección de *El Nacional*.

su triunfo seguro, se intranquilizaron bastante, pues no les parecía imposible que Calles quisiera dar marcha atrás, y exigieron el control del comité de campaña, formándose el Centro Director Cardenista.

Habiendo perdido la candidatura, los callistas pensaron que el Plan Sexenal - anunciado por Melchor Ortega el 23 de mayo después de tener una larga entrevista con Calles-, sería el mecanismo ideal para imponerle su programa al futuro presidente. El 16 de junio apareció en la prensa una entrevista que Ezequiel Padilla le hizo a Calles, en la que el Jefe Máximo trazó las líneas generales que a su entender debía contener el Plan: respeto a la pequeña propiedad, limitación de la reforma agraria y fomento a la inversión privada en lugar de la dirección estatal de la economía que postulaban los grupos de Cárdenas y Portes Gil (el de Guaymas dijo que en México el Estado aún no podía ser rector de la economía por falta de capacidad, "Por ahora -agregó- tenemos que depender de la iniciativa privada"). La entrevista terminaba con una clara advertencia a los grupos radicales, exigiéndoles que se abstuvieran de hacer "experimentos sociales a costa del hambre de las multitudes". Por su parte, el senador Padilla, que se había convertido en una de las cabezas del grupo portesgilista, mostraba que éste proponía una economía dirigida y defendía el papel del Estado como empresario sin quebranto de los intereses privados.¹²

A principios de julio empezó la lucha por el control de las comisiones encargadas de la redacción del Plan. El Centro Director Cardenista, los dirigentes de la CCM y los bloques cardenistas de las cámaras perdieron la batalla contra el CEN del partido, que el 4 de julio declaró constituida la Comisión de Programa de Gobierno,

¹² "México necesita una organización social más justa y más práctica, a juicio del Sr. General Plutarco Elias Calles", en *Excelsior*, 16 de junio de 1938. Que Padilla pertenecía para entonces a la facción de Portes Gil dentro del PNR es una tesis que sostienen los observadores contemporáneos que, curiosamente, no ha sido tomada en cuenta por la mayoría de los historiadores, que ven en el futuro "Canciller de América" un callista confeso. Entre los observadores contemporáneos que ubican a Padilla como decidido portesgilista están Eduardo Suárez y Josephus Daniels

presidida por Pérez Treviño e integrada por Juan de Dios Bátiz, Enrique Romero Courtade, Gabino Vázquez, José Santos Alonso y Juan de Dios Robledo, más Gonzalo Bautista como representante de la Cámara de Diputados y Genaro V. Vázquez de la de Senadores. El 18 de julio un decreto presidencial dio vida a la Comisión de Colaboración Técnica, presidida por el secretario de Hacienda, Alberto J. Pani, e integrada por Primo Villa Michel, secretario de la Economía Nacional; Miguel M. Acosta, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas; Narciso Bassols, secretario de Educación Pública; y Juan de Dios Bojórquez, jefe del Departamento de Trabajo.¹³

La lucha entre el CEN y los cardenistas empezó a volverse preocupante, y conforme avanzaba agosto crecían las posibilidades de que el PNR se dividiese, de manera que a finales del mes, Calles pidió a Cárdenas la disolución del Centro Director Cardenista, ofreciéndole a cambio la sustitución de Pérez Treviño por el más conciliador Carlos Riva Palacio en la presidencia del CEN.

Riva Palacio transigió con los cardenistas, y por un lado se dedicó a fortalecer la candidatura de Cárdenas y a disciplinar a los grupos del partido en torno a ella, pero por otro, entregó a Calles la responsabilidad de la redacción del proyecto del Plan Sexenal (al sustituir Calles a Pani en Hacienda, en septiembre, quedó automáticamente como presidente de la Comisión de Colaboración Técnica): el Jefe Máximo se encerró con Abelardo Rodríguez, Narciso Bassols, Primo Villa Michel y Francisco Javier Gaxiola a redactar el proyecto, que fue enviado por el presidente de la República al CEN el 4 de noviembre. Ese anteproyecto era la clara expresión de los callistas, pero Riva Palacio, al frente de la Comisión de Programa, decidió incorporar algunas de las demandas exigidas por los cardenistas de esa comisión (sobre todo Gabino Vázquez, a quien los cardenistas habían hecho nombrar secretario general del CEN y, por lo tanto, de la

¹³ Garrido, El partido de la Revolución..., (Op. cit.), pp. 150-158.

Comisión). Ese fue el proyecto que se presentó para su discusión y aprobación a la II Convención Nacional del PNR.¹⁴

La Convención, además de elegir candidato y discutir y aprobar el Plan Sexenal, tendría la misión de reformar los estatutos del PNR. En ese sentido, los principales grupos nacionales estaban de acuerdo en que debía eliminarse la estructura federativa del partido, que hacía de los órganos de dirección nacional meras instancias de coordinación de las actividades de las organizaciones políticas estatales. Avanzar en ese sentido era culminar la labor de Obregón y Calles, es decir, la destrucción de los cacicazgos y de la dispersión regional del poder, y se presentó un proyecto de Estatutos en el que las agrupaciones estatales constitutivas del PNR debían disolverse en el cuerpo del partido, de manera que "la célula del partido" iba a serlo "el individuo y no el club o la organización política". Prácticamente, el único grupo que trató de impedir la reforma fue el de Garrido Canabal.¹⁵

No habiendo dudas sobre el candidato, ni oposiciones serias a la reforma de los estatutos, el verdadero debate en la II Convención Nacional se dio en torno al Plan Sexenal. La altura del debate y los acuerdos alcanzados, la manera en que se discutieron los grandes problemas nacionales, demuestra a las claras la madurez que el partido había alcanzado, si lo comparamos con la I Convención, en 1929, cuando lo que les importaba a los delegados, aún demasiado acostumbrados a la política personalista, era la selección del candidato y no la discusión de los principios y el programa.

¹⁴ "Proyecto de Plan Sexenal para normar las actividades económicas y sociales del País", en Historia Documental, (Op. cit.), v. 2, pp. 254-290.

¹⁵ Véase el "Proyecto de Reformas a los Estatutos", aprobada sin modificaciones, en Historia Documental, (Op. cit.), v. 2, pp. 295-324. La Comisión que redactó el proyecto de reformas a los estatutos, designada por el CEN del Partido, estuvo integrada por Gilberto Fabila, José María Dávila, Ramón V. Santoyo, Alejandro Cerisola y Francisco Arlanzón.

En el fondo del problema estaba la polémica sobre el papel del Estado en la economía, que no era, ni mucho menos, un problema privativo de México, al contrario, era uno de los grandes debates de política económica a nivel mundial.

No sólo estaban enfrente el ejemplo de la Unión Soviética y el de la economía controlada y disciplinada del corporativismo fascista, también en las “democracias” se ensayaban diversas formas y grados de intervencionismo estatal como respuesta pragmática a la crisis y al crecimiento del comunismo: desde Franklin D. Rossevelt, que en su campaña electoral de 1932 proponía la regulación de los monopolios, hasta los ensayos del “estado social” en Gran Bretaña, Francia, Alemania (la República de Weimar), en los que el control estatal se limitaba a la correcta utilización de los recursos del Estado para la recuperación y fortalecimiento del aparato productivo.

Permeables a todas estas influencias, los revolucionarios mexicanos proponían una intervención directa del Estado en la economía, capaz de construir un sistema financiero que fomentara el crecimiento industrial y fortaleciera a una iniciativa privada que fuera copartícipe del Estado en el desarrollo económico. Las distintas respuestas que frente a la crisis se ensayaron tanto en las potencias totalitarias como en las democracias tenían como denominadores comunes la búsqueda de la expansión de los beneficios sociales, la creación de una seguridad social eficaz, una mejor distribución de la riqueza y la ampliación del mercado interno. Los revolucionarios mexicanos, además, tenían por delante una tarea más ardua: había que empezar por fomentar y construir la planta productiva (industrial) base del sistema.

El 3 de diciembre de 1933 iniciaron los trabajos de la II Convención Nacional Ordinaria del PNR, en la misma ciudad en la que el partido había sido fundado: Querétaro. La Convención se abrió en medio de un ambiente áspero y tenso, dividida entre callistas y cardenistas, y aunque los primeros coparon la dirección de la asamblea

y la de casi todas las comisiones,¹⁶ las reformas exigidas por los cardenistas se abrieron paso y en lugar de dividir al PNR, la Convención selló la unión entre los revolucionarios. Las discusiones sobre el Plan Sexenal ocuparon la mayoría de las sesiones y mostraron tanto los puntos de acuerdo como las diferencias entre los grupos revolucionarios y la madurez ideológica alcanzada por el partido.

En la "Introducción", aprobada prácticamente por consenso, se decía que de la opinión de los miembros de las distintas comisiones, de las numerosas propuestas que a estas se le hicieron llegar y de las consultas que se hicieron,

se desprende que la tesis en que debe fundarse el plan de gobierno (...), es, unánimemente, la de que el Estado mexicano habrá de asumir y mantener una posición reguladora de las actividades económicas de la vida nacional; es decir: franca y decididamente se declara que en el concepto mexicano revolucionario, el Estado es un agente activo de gestión y ordenación de los fenómenos vitales del país; no un mero custodio de la integridad nacional, de la paz y el orden públicos.¹⁷

Más claro no se podía ser. Subrayemos el explícito enunciado "la tesis en que debe fundarse el plan de gobierno". Para la Comisión, este criterio devenía naturalmente del programa de la Revolución, y de las "tres realidades concordantes" en que descansaban las instituciones y el Estado: la Revolución (es decir, el fenómeno mediante el cual el pueblo tomaba en sus propias manos "la empresa de realizar una nueva concepción de la vida en sociedad, transformando las instituciones públicas y el régimen de producción"), el Partido ("órgano mediante el cual la Revolución se manifiesta en acción política y social", asume el poder público y lo mantiene), y el Gobierno (que mientras esté en manos del PNR "es el órgano de gestión pública a través del cual la Revolución realiza sus finalidades").¹⁸

¹⁶ En las juntas previas se aprobaron las credenciales de 1772 delegados de todo el país. El general Sebastián Allende fue nombrado presidente de la mesa directiva, Luis L. León quedó en la Comisión Dictaminadora del Plan Sexenal, Plutarco Elías Calles jr. en la de Proposiciones y Estudios, y Gilberto Fabila en la de Reformas a los Estatutos.

¹⁷ *Historia Documental*, (Op. cit.), v. 2, pp. 338. El texto íntegro del Plan Sexenal aprobado por la Convención en las pp. 337-373.

¹⁸ *Historia Documental*, (Op. cit.), v. 2, p. 339

Tras esta introducción doctrinaria, el Plan se dividía en apartados correspondientes a las principales dependencias del ejecutivo, lo que vale decir, a otras tantas áreas de acción del Estado: Agricultura, Trabajo, Economía Nacional, Comunicaciones y Obras Públicas, Salubridad Pública, Educación, Gobernación, Ejército Nacional, Relaciones Exteriores, Hacienda y Crédito Público, y un apartado final dedicado a las obras constructivas de las comunidades. Los puntos más importantes y polémicos fueron los relativos al fomento industrial (Economía Nacional), al problema sindical (Trabajo), al educativo, al hacendario y, sobre todo, al agrario.

En materia agraria, habían prevalecido en el proyecto las ideas del general Calles de respeto a la pequeña propiedad, limitación de la reforma agraria y privilegio de la dotación individual sobre la colectiva. Tras su lectura, en la sesión del 5 de diciembre, se anotaron seis delegados cardenistas para hablar en contra del proyecto. Abrió el fuego Graciano Sánchez, líder de la CCM, quien a nombre de las delegaciones de Tamaulipas y San Luis Potosí, exigió que se hicieran importantes modificaciones y adiciones, las más importantes de las cuales eran la creación de un Departamento Agrario Autónomo que dependiera directamente del poder ejecutivo, que contara con las facultades legales y el presupuesto suficiente “de manera que quede en condiciones de atender no sólo el problema de la distribución de la tierra, sino también el de la Organización Ejidal en todos sus aspectos”; la reforma de la legislación agraria con el objeto de facilitar al máximo los requisitos y trámites para restitución y dotación de tierras; la inclusión de los peones acasillados entre los beneficiarios de la reforma agraria; la coordinación nacional de la reforma agraria mediante la substitución de las comisiones locales agrarias por comisiones mixtas integradas por un representante del

Departamento Agrario, uno del gobierno del estado y uno de "la organización social campesina"; y la creación de mecanismos que impidieran el latifundismo disfrazado.

Tras la intervención del dirigente campesino, Luis L. León tomó la palabra a nombre de la Comisión, y aprobando los conceptos vertidos por aquel, pidió permiso a la asamblea "para retirar la ponencia que se refiere a la agricultura, para presentarla reformada (...) tomando en consideración las razones expuestas por el compañero Graciano Sánchez". Con eso se levantó la discusión y, finalmente, se presentó al pleno un programa agrario más acorde con las aspiraciones de los agraristas.¹⁹

Las tesis proteccionistas que eran la base del Plan se traducían, en materia industrial, en la propuesta de la creación y desarrollo de empresas nacionales a través de un mecanismo semioficial de apoyo y regulación. Se haría más riguroso el régimen de concesiones y se establecerían mecanismos que permitieran el desarrollo de la industria nacional y la protegieran frente a la gran industria transnacional.

Complementos indispensables eran el compromiso del Estado de aumentar la generación de energía eléctrica y la construcción de vías de comunicación que impulsaran este desarrollo. Para obtener el dinero que estas políticas exigían, se harían reformas fiscales y financieras cuyos puntos más importantes eran la eliminación de barreras arancelarias internas y la elevación de las externas, la distribución proporcional de las cargas fiscales, la simplificación de la recaudación fiscal y la canalización del crédito a las actividades productivas. Otro complemento era que, en el camino de la institucionalización definitiva del Ejército Nacional, se reduciría gradualmente el gasto militar.

El apartado referente al trabajo indicaba que el Estado debía "contribuir al robustecimiento de las organizaciones sindicales de las clases trabajadoras", siendo árbitro de las diferencias intergremiales y vigilando, al mismo tiempo, que los

sindicatos “desempeñen lo más eficazmente posible la función social que les está encomendada, sin que puedan salirse de sus propios límites y convertirse en instrumentos de opresión , dentro de las clases que representan”.²⁰ Es decir, se trataba de impulsar un sindicalismo tutorado por el Estado, aunque comprometido con sus representados. Otros postulados de esta sección eran la defensa del salario mínimo, la contratación colectiva y el irrestricto derecho al trabajo.

En materia educativa, se definía la “misión social” de la educación elemental como la necesidad de “proporcionar una respuesta verdadera, científica y racional a todas y cada una de las cuestiones que deben ser resueltas en el espíritu de los educandos, para formarles un concepto exacto y positivo del mundo que los rodea y de la sociedad en que viven” (!). El socialismo de la “escuela socialista”, que hicieron introducir Manlio Fabio Altamirano y Luis Enrique Erro no era otro que “las orientaciones y postulados de la doctrina socialista de la Revolución Mexicana”, es decir, no otro, que el “socialismo” desglosado en este Plan. El resto del proyecto en materia educativa se refería a los ambiciosos esfuerzos que realizaría el gobierno para extender notablemente la cobertura educativa, aumentar el presupuesto destinado a la educación y fortalecer la educación técnica, la educación agrícola, la escuela rural y la escuela indígena.²¹

De esta manera, los diversos grupos políticos reunidos en torno a la candidatura de Cárdenas tenían un programa de gobierno y una plataforma política acorde con sus demandas e intereses. Para la opinión pública nacional, la incógnita por despejar, tras de que el Plan fuera aprobado por aclamación y la Convención clausurara sus trabajos, era Cárdenas: “¿Un nuevo pelele más que contribuiría con su sumisión al lento pero seguro fenecer revolucionario, o un hombre que se atrevería a decir no al maximato y acabar

¹⁹ Los discursos de Graciano Sánchez y Luis L. León en *Historia Documental*, (Op. cit.), v. 2, p. 99-107.

²⁰ *Historia Documental*, (Op. cit.), v. 2, p. 351-352

con su funesto predominio en todos los ámbitos del acontecer nacional?"²² Aunque la respuesta definitiva se daría hasta junio de 1935, ésta comenzó a vislumbrarse a lo largo de la campaña electoral que siguió, inmediatamente, a la clausura de la Convención, el 6 de diciembre de 1933.

c) El fin del maximato.

A fin de cuentas, y tal como quedó la versión final, el Plan Sexenal, lejos de sujetar a Cárdenas, sujetó a los callistas y a Abelardo Rodríguez, y así lo mostraron sus primeros resultados: el 11 de diciembre, el presidente presentó al Congreso de la Unión el proyecto para dar vida al Departamento Agrario, acorde con las demandas que, en nombre de la CCM, hizo Graciano Sánchez en la Convención. Durante las siguientes semanas, se debatió ampliamente en el Congreso el artículo 27 y cuestiones como la necesidad o no de indemnizar a los terratenientes afectados por la reforma agraria, los bonos de la deuda agraria y la extensión de la pequeña propiedad.

En enero de 1934 empezó a funcionar el Departamento Agrario, y en marzo se aprobó un Código Agrario cuyas principales características eran la simplificación de los procedimientos, la generalización del derecho agrario y la clara definición de las partes, así como la delimitación exacta de la extensión de la pequeña propiedad. Por primera vez se les concedió a los peones acasillados el derecho de ser beneficiados por las dotaciones de tierras. También se distinguió en los ejidos las tierras de uso común (bosques, pastos) de las de labor.²³

Mientras tanto, el general Cárdenas había empezado su campaña con el respaldo absoluto de un partido que ya no era, como durante la campaña de 1929, una

²¹ Historia Documental, (Op. cit.), v. 2, p. 362.

²² Tzvi Medin, Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas, México, Siglo XXI, 1972, pp. 52-53.

²³ González Navarro, La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana, (Op. cit.), pp., 62-68.

“confederación de caciques”, sino un organismo político bien estructurado, engrasado, disciplinado y, sobre todo, unido. El cardenista Gabino Vázquez fue incorporado al CEN como secretario general, y la dirección nacional empezó a disolver a los partidos regionales, anunciando, para mayo, que 865,000 personas se habían afiliado individualmente, de acuerdo a las normas de los nuevos estatutos.²⁴

El principal objetivo de Cárdenas durante su campaña (que arrancó oficialmente el 8 de diciembre) era labrarse una posición propia, sacudiéndose ante la opinión pública la tutela del Jefe Máximo. Baste mencionar que en casi ninguno de sus discursos mencionó a Calles y que por alusión, llegó a criticar el maximato. Fue una campaña nunca antes vista: a pesar de no tener enemigo al frente,²⁵ Cárdenas recorrió todos los rincones del país, en todos los medios de comunicación imaginables, a lo largo de más de 27,000 kilómetros.

Los temas recurrentes en la gira fueron el problema agrario, la unificación obrera y el fortalecimiento de las instituciones. Dondequiera que llegaba, ofrecía satisfacer las demandas de tierras, agua y crédito para los campesinos, en el plazo más corto posible, y expuso la tesis de que el ejido no sólo debía sustentar al ejidatario, sino que debía aumentar la producción agrícola. Para fortalecer al Estado y legitimarlo, Cárdenas expresó una y otra vez la necesidad de que las masas organizadas le dieran su apoyo, a

²⁴ Luis Cabrera, convertido en uno de los críticos más agudos del sistema, caracterizó así al PNR en tiempos de la campaña de Cárdenas, en una carta a Antonio Díaz Soto y Gama, que también se había pasado al bando opositor (desde 1928): “Rico con la riqueza del erario, fuerte con la fuerza del ejército, y disciplinado con la disciplina obligatoria pero efectiva de la amenaza del cese”, citado por Medin, Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas, (Op. cit.), p. 39.

²⁵ Enemigo efectivo, quiero decir: Adalberto Tejeda persistió en su candidatura, que no levantó mayor revuelo fuera de Veracruz, con el apoyo del Partido Socialista de las Izquierdas; el Partido Pro-Patria pidió la reelección del general Abelardo L. Rodríguez; el Partido Social-Democrático apoyó a Gilberto Valenzuela, que no había escarmentado con los sucesos de 1929 (había sido el candidato de los escobaristas); algunos grupúsculos de menos peso y más fantasmales postularon a Enrique R. Colunga y a Román Badillo; un par más de membretes postularon al cada vez más desprestigiado Antonio I. (¿indeciso?) Villarreal; por fin, el Partido Comunista se resistió a sumarse a la candidatura de Tejeda y postuló a su secretario general, Hernán Laborde. De todos ellos, no se hacía un candidato opositor serio, nada parecido a su precedente Vasconcelos ni a su sucesor Almazán. Véase González, Los artífices del cardenismo, (Op. cit.), p. 236.

través del partido, al Estado de la Revolución, y llamó en todos los tonos a la unidad de las fuerzas sindicales.

Dio también la definición más clara de su concepción del “socialismo mexicano”: frente al liberalismo, con sus “frases huecas” de libertad que se traducían en la dictadura de la burguesía, y al comunismo soviético, que priva al pueblo del disfrute de su esfuerzo y sustituye al patrón individuo por el Estado patrón, presentó al socialismo mexicano como un mecanismo de gradual eliminación de “el régimen de explotación individual, pero no para caer en la inadecuada situación de una explotación del Estado, sino para ir entregando a las colectividades proletarias organizadas las fuentes de la riqueza y los instrumentos de producción”, pero sin eliminar el interés privado.²⁶

En síntesis, el general no se apartó, durante su campaña, de los postulados del Plan Sexenal, pero su largo y arduo peregrinar por todo el país le permitieron lograr su objetivo central: forjarse una imagen propia y sacudirse, frente a amplios sectores del pueblo, de la sombra de Calles. Al mismo tiempo, entró en contacto personal con el pueblo llano, escuchó y anotó sus demandas, y estableció sólidas alianzas con los dirigentes nacionales y regionales de las organizaciones obreras y campesinas. Por supuesto, en las elecciones del 1º de julio de 1934 obtuvo una muy amplia mayoría, aunque en unos comicios muy viciados, que si no pasaron a la historia como los de 1929 y los de 1940 fue sólo porque no había al frente un enemigo importante.²⁷

Los meses siguientes fueron de relativa calma, fuera de que los legisladores cardenistas, dirigidos por Ernesto Soto Reyes, presentaron una propuesta de reforma al

²⁶ Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, (Op. cit.), pp. 56-57.

²⁷ Véase la campaña de Cárdenas en Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, (Op. cit.), pp. 53-62; Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 164-172; González, *Los artífices del cardenismo*, (Op. cit.), pp. 234-243; y Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana*, México, FCE (Biblioteca Joven), 1977, v. 2, pp. 239-246. Para las principales ideas del general, véase Lázaro Cárdenas, *Ideario político*, México, Ediciones Era, 1972; sus principales discursos de campaña pueden consultarse en *Historia documental*, (Op. cit.), v. 3, pp. 35-74.

artículo 3º que recogía el espíritu del Plan Sexenal. La clase política y los observadores permanecían a la espera de la toma de posesión de un presidente que ya anunciaba lo que quería. La incógnita por despejar seguía siendo su capacidad y decisión real a la hora del inevitable enfrentamiento con el grupo callista: sólo podría fortalecer al Estado y cumplir las promesas hechas durante su campaña afianzando el poder del presidente y la institución presidencial, porque su proyecto, el del Plan Sexenal, implicaba que el gobierno sería el promotor del desarrollo económico y el organizador político de las masas.

El 30 de noviembre de 1934, ante 30,000 espectadores que abarrotaban el Estadio Nacional, el general de división Lázaro Cárdenas del Río tomó posesión de la presidencia de la República, en chaqueta de calle, y no con el tradicional frac usado por sus predecesores. Con voz “pausada y solemne” leyó un discurso dirigido “al pueblo mexicano”.²⁸

Como a lo largo de la campaña, los principales puntos que tocó estaban basados en el Plan Sexenal, poniendo énfasis en la rectoría económica del Estado, en la reforma agraria, en la necesidad de la unificación obrera y de que las masas organizadas apoyaran al Estado para que éste pudiera llevar a cabo el programa de gobierno, que no era otro que el de la Revolución. No mencionó ni una vez al general Calles, y al final soltó la única frase efectista: “He sido electo Presidente y habré de ser Presidente”.²⁹

Quienes ven en el gabinete una imposición de Calles se equivocan: indudablemente cardenistas eran el secretario de Economía Nacional, Francisco J. Múgica; el de Educación, Ignacio García Téllez; y los jefes de los departamentos

²⁸ La glosa del discurso en Luis González, Los días del presidente Cárdenas, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución mexicana, 15) 1982, pp. 9-15; su texto, en El Nacional, 1º de diciembre de 1934.

²⁹ Esta frase, epígrafe de González, Los días del presidente Cárdenas, (Op. cit.); en Benítez, Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, (Op. cit.), t. II p. 249.

Agrario y de Trabajo, Gabino Vázquez y Silvano Barba; cuatro hombres que tenían años de amistad y trabajo compartido con el general.

Dos hombres que habían brillado durante el maximato, en quienes Cárdenas confiaba por su honradez y radicalismo, Juan de Dios Bojórquez (Djed Bórquez) y Narciso Bassols, quedaron en las vitales carteras de Gobernación y Hacienda. Cuatro de los aliados que le habían permitido derrotar a Pérez Treviño también fueron designados ministros: Emilio Portes Gil de Relaciones Exteriores, Rodolfo Elías Calles de Comunicación y Obras Públicas, Tomás Garrido Canabal de Agricultura y Aarón Sáenz jefe del Departamento Central. El callista Pablo Quiroga quedó en Guerra y Marina. Los restantes eran recién llegados: Abraham Ayala González en Salubridad, Silvestre Guerrero en la Procuraduría, Raúl Castellanos en el Distrito Federal, Miguel Angel de Quevedo en el Departamento Forestal y Luis I. Rodríguez en la secretaría particular.

Los primeros meses del gobierno fueron muy tirantes. Mientras el presidente callaba y estudiaba al país y a sus dirigentes, los callistas trataban de tomarle la medida; Garrido Canabal, abusando de su cargo ministerial, llevó sus excesos anticlericales de Villahermosa a la capital del país, lo que no tardó en costarle el puesto, cuando sus "camisas rojas" asesinaron a un grupo de feligreses que salían de misa en Coyoacán; el CEN del PNR, presidido por el callista Matías Ramos (quien sustituyó a Riva Palacio el 14 de diciembre de 1934), trataba de seguir dirigiendo al gobierno; obispos y embajadores alzaban la voz como no lo habían hecho durante los férreos mandatos de Obregón y Calles; los agraristas, que sentían que habían llevado a Cárdenas al poder, tomaban tierras y se enfrentaban con los guardias armados de los latifundistas, sin confiar del todo en las promesas que, para calmarlos, hacían Cárdenas y Gabino Vázquez; y los trabajadores, agrupados en la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM) de Lombardo Toledano y la Confederación Sindical

Unitaria de México (CSUM) de los comunistas que, como veremos en su momento, seguían desconfiando de Cárdenas y estaban lejos de sellar con él la alianza que sería vital para el régimen, sacudieron al país con una ola de huelgas y manifestaciones de grandes proporciones.

Parecería que el primer semestre del cardenismo fue un caos, pero no se trataba de la anarquía que los enemigos del régimen o los posteriores historiadores de derecha han pregonado, tampoco se trataba de mano suave en un sexenio que se caracterizó por el férreo control político ejercido por el presidente: era que Cárdenas le estaba tomando el pulso a las cosas y a los hombres, y como escribió en sus apuntes, permitiendo el desarrollo de una “lucha social” que antes había sido ilegalmente contenida, que se mezclaba con las agitaciones promovidas por la camarilla callista, que deseaba seguir gobernando e impedir el cumplimiento del programa del presidente, quien buscaba canalizar lo primero y eliminar lo segundo.³⁰

La tirante e inestable situación terminó en junio de 1935. Las hostilidades se rompieron cuando un grupo de senadores, a cuyo frente iba Ezequiel Padilla (quien en los meses anteriores se había enfrentado con el líder de los senadores cardenistas, Ernesto Soto Reyes, en torno a la agitación sindical, que el primero condenaba y el segundo defendía), fue a Cuernavaca a pedirle línea a quien todavía consideraban el Jefe Máximo. Calles criticó con aspereza la ola de huelgas y la agitación laboral de los últimos meses, cuyos perniciosos efectos eran paralizar la industria nacional y auyentar las inversiones. Los sujetos directos de sus críticas fueron, faltaba más, Vicente Lombardo Toledano y el líder de los ferrocarrileros, Alfredo Navarrete.

Padilla pidió a Calles permiso para publicar sus opiniones, que aparecieron bajo el título de “Patrióticas declaraciones del general Plutarco Elías Calles”, con dos

³⁰ Cárdenas, *Apuntes*, (Op. cit.), t. I, pp. 316-317.

mensajes claros, un llamado a la reunificación revolucionaria, es decir, a terminar con la división entre callistas y cardenistas, y una condena a los sindicatos y las huelgas.³¹

La prensa (excepto El Nacional, dirigido por el cardenista Froylán C. Manjarrez, quien de acuerdo con Cárdenas impidió la publicación de las declaraciones en el diario del partido), la mayoría de los legisladores, la CROM y numerosos políticos y empresarios saludaron con júbilo las declaraciones y saturaron las líneas telegráficas con mensajes de felicitación al general Calles. La gente común pensó que el vaticinio de que Cárdenas terminaría como Ortiz Rubio estaba cumpliéndose,³² y las dirigentes de las organizaciones obreras y campesinas temblaron ante la amenaza de que Calles recobrarla toda su preponderancia y, con ello, volvieran las políticas agrarias y sociales del maximato.

Sin embargo, la respuesta del presidente, que estaba al acecho de la oportunidad, fue fulminante: en la misma noche del 11 de junio, al enterarse, por boca de Manjarrez, que el presidente del partido había ordenado la publicación de las declaraciones, lo mandó llamar y le exigió su renuncia. Por su parte, la CCM y la LNCUG por un lado, y de la CGOCM y la CSUM por el otro, empezaron a movilizarse en defensa del jefe del ejecutivo.³³

El 14 de junio Cárdenas pidió la renuncia a todos los miembros del gabinete, diciéndoles que Calles no tenía ninguna razón para meterse con su gobierno como lo hizo. Ese mismo día apareció en la prensa su respuesta a las declaraciones de Calles, en la que acusaba a los partidarios del Jefe Máximo de no haber dejado de conspirar en

³¹ Las declaraciones aparecieron el 12 de junio en El Universal y Excelsior. Cárdenas, avisado del contenido de las mismas por Froylán C. Manjarrez, director de El Nacional, ordenó que el diario del partido no las publicara. Pueden verse en Historia documental, v. 3, pp. 291-295.

³² El pueblo llano repetía en las calles un adagio que sintetizaba tanto la historia política precedente como sus augurios sobre Cárdenas, al calificar a los presidentes diciendo "Oaxaca dio dos caudillos, Coahuila dos caudillejos, Sonora nos dio dos pillos y Michoacán dos pendejos", en referencia a los oaxaqueños Juárez y Díaz, los coahuilenses Madero y Carranza, los sonorenses Obregón y Calles y los michoacanos Ortiz Rubio y Cárdenas. En cambio, pasada la crisis se decía "¡Lázaro, levántate y anda!"

contra del gobierno, y ratificaba su confianza en las organizaciones obreras y campesinas y en sus justas demandas.³⁴

El 15 de junio, convocado por el presidente, se reunió el Comité Directivo Nacional del PNR, que a diferencia del CEN, en el que eran mayoría los callistas, estaba muy dividido. Ahí se aprobó la renuncia del general Matías Ramos: aunque los callistas habían querido evitar el relevo del presidente del CEN, el CDN accedió a la petición presidencial y renovó todo el CEN. El nuevo presidente del partido fue Emilio Portes Gil, con el cardenista Ignacio García Téllez como secretario general.

El 16 de junio, el general Calles anunció por enésima vez su retiro de la vida política, y tres días después se fue a los Estados Unidos. Durante esos días el presidente ajustó los tornillos que faltaban: el 18 de junio el público conoció la conformación del nuevo gabinete.³⁵ Los generales con mando de tropa de dudosa lealtad (o mejor dicho, de segura lealtad callista) fueron removidos. Los diputados, senadores y gobernadores, antes de la crisis mayoritariamente callistas, se declararon cardenistas de pro salvo una minoría que permaneció leal al hombre de Guaymas.³⁶

En los siguientes días Cárdenas insistiría ante multitudes que le lanzan vivas a él y mueras a Calles que el elemento directivo y orientador de la República Mexicana es y debe ser el Presidente con mayúscula. Cárdenas remachó que el Presidente en México asume la función de "ser el único responsable de la marcha política y social de la nación". Por encima del Presidente no podía estar ningún Jefe Máximo ni partido alguno. A partir de entonces el Presidente de la República sería de facto, ya no sólo de jure, el patriarca sexenal.³⁷

³³ El destacado papel que en esta coyuntura jugaron las organizaciones de masas será analizado en el siguiente apartado de este capítulo.

³⁴ El Universal, 14 de junio de 1935; Historia documental, v. 3, pp. 301-302.

³⁵ El nuevo gabinete quedó así: Lic. Silvano Barba González en la Secretaría de Gobernación; Lic. Eduardo Suárez en Hacienda —excelente decisión—; Gral. Andrés Figueroa en Guerra, Gral. Saturnino Cedillo en Agricultura, Gral. Rafael Sánchez Tapia en Economía, Gral. Francisco J. Múgica en Comunicaciones, Lic. Gonzalo Vázquez Vela en Educación, Cosme Hinojosa en el Departamento Central, Dr. José Siurob en Salubridad, Lic. Gabino Vázquez en el departamento de Trabajo, Ing. Miguel Angel de Quevedo en el Forestal. El Lic. José Angel Ceniceros quedó como encargado del despacho de Relaciones, hasta noviembre, cuando el Gral. Eduardo Hay fue nombrado secretario.

³⁶ Para la crisis política de junio de 1935 véanse las versiones complementarias de González, Los días del presidente Cárdenas, (Op. cit.), pp. 37-47; Medin, Ideología y praxis política..., (Op. cit.), pp. 63-73; y Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 183-187.

³⁷ González, Los días del presidente Cárdenas, (Op. cit.), pp. 44.

d) El cardenismo.

La última batalla por el presidencialismo empezó en diciembre de 1935: los callistas, no escarmentados por la derrota sufrida en junio, siguieron conspirando mientras el presidente de la República imprimía un ritmo vertiginoso a la reforma agraria y anunciaba que el partido iniciaría un proceso profundo de transformación para darle cabal cabida a las organizaciones sindicales y agraristas, y el licenciado Eduardo Suárez iniciaba la adecuación de los sistemas fiscal y hacendario que permitieron el financiamiento de los programas sociales y de desarrollo económico esbozados en el Plan Sexenal.³⁸

El 13 de diciembre, cuando los callistas creían que la situación estaba lista para dar un golpe de Estado con el apoyo de amplios sectores del Ejército, de los empresarios y de los terratenientes, el general Calles regresó a México. El gobierno, como en junio, reaccionó rápidamente, apoyado por el Comité Nacional de Defensa Proletaria (CNDP, formado durante la crisis de junio por la CGOCM y la CSUM) y la CCM. El día 14 fueron desaforados cinco senadores, cesados los generales más adictos a Calles (entre ellos Joaquín Amaro, "el reformador del Ejército", y Manuel Madinaveytia Esquivel, que tenía en su haber el nada despreciable mérito de haber sido jefe de Estado Mayor de la afamada División del Norte en 1914-1915); y el general José María Tapia, que había tratado de promover una asonada contra el presidente, fue sometido a proceso. El 17, el Senado de la República desconoció los poderes de

³⁸ Eduardo Suárez, que como ya se dijo sustituyó en junio a Narciso Bassols en la Secretaría de Hacienda, ocupó ese cargo hasta el fin del gobierno de Manuel Avila Camacho. Su gestión al frente de las finanzas nacionales fue por demás decidida y brillante, permitiendo que se sentaran las bases del desarrollo industrial de México y se fortaleciera su sistema financiero. Para sus labores como secretario en este período véanse sus memorias, Suárez, Comentarios y recuerdos (1926-1946), (Op. cit.), pp. XXXI-XLI y 100 y ss.

Guanajuato, Durango, Sonora y Sinaloa,³⁹ terminando así con la amenaza de golpe de Estado.

Calles respondió convocando a la creación de un partido de oposición, por lo que el 18 de diciembre fue expulsado del PNR junto con Luis León, Melchor Ortega, Bartolomé Vargas Lugo, Fernando Torreblanca, José María Tapia, Manuel Riva Palacio y otros prominentes callistas. El epílogo del combate por el presidencialismo fue uno de los gestos más simbólicos de las memorias políticas de México: el 11 de abril de 1936, dando cumplimiento a un decreto presidencial, Plutarco Elías Calles, Luis N. Morones, Luis L. León y Melchor Ortega fueron expulsados del país.⁴⁰

Luis González y González divide el sexenio de Lázaro Cárdenas en cuatro periodos de año y medio. La primera etapa se cumplió con la expulsión de Calles. Esas "Jornadas presidencialistas" arrojaron como resultado la construcción de un instrumento esencial del sistema político mexicano: el presidencialismo. En año y medio, sin matar a nadie, rompiendo la tradición de poner al enemigo frente al paredón y de arreglarlo todo a balazos, Cárdenas afirmó el poder presidencial, colocó a los secretarios de Estado bajo sus inmediatas órdenes, eliminó los restos de los cacicazgos estatales, disciplinó a los gobernadores a las políticas del centro y consiguió la estrecha colaboración del poder Legislativo con el Ejecutivo.⁴¹

¿Para qué el presidencialismo? Para dar cumplimiento al Plan Sexenal, no sólo porque era el paso natural que tenía que darse para acabar con la dispersión del poder nacida de la Revolución y culminar así, aun a costa de su iniciador, la labor institucionalizadora del general Calles. Reunido el poder en sus manos, el de Jiquilpan

³⁹ Los gobernadores depuestos eran Carlos Real, de Durango; Jesús Yáñez, de Guanajuato; Manuel Páez, de Sinaloa; y Ramón Ramos, de Sonora, prominentes callistas e impulsores del golpe de Estado. El agudo observador Federico Gamboa anotó ese día en su diario: "El gobierno ha comenzado a obrar, sin aspavientos ni retóricas, pero con puño masculino y prontitud defensiva", citado por González, *Los días del presidente Cárdenas*, (Op. cit.), pp. 266.

⁴⁰ Garrido, *El partido de la Revolución...*, (Op. cit.), pp. 196-201; y González, *Los días del presidente Cárdenas*, (Op. cit.), pp. 53-83.

se dio a la tarea de cumplir la principal de sus promesas de campaña, lanzándose de lleno a las “Jornadas agraristas”.

La reforma agraria cardenista se basaba en una concepción muy distinta de la que hasta entonces habían sostenido los revolucionarios en el poder que, no en vano norteños, entendían las dotaciones y las restituciones “como una etapa de transición que debía acabar en la conversión de los ejidatarios en pequeños propietarios (...) Para Cárdenas, el ejido debía convertirse en una institución permanente, transformándose en el eje de la economía agraria”; en palabras del presidente, el ejido no sólo debía liberar “al trabajador del campo de la explotación de que fue objeto”, también debía, “como sistema de producción agrícola”, asumir “la responsabilidad de proveer la alimentación del país”.⁴²

Bajo la égida del gobierno, con el Departamento Agrario y el Banco de Crédito Ejidal como pilares, se proyectaba transformar radicalmente la vida rural del país: no sólo se trataba de dotar de tierras a los pueblos, sino de refaccionarlos, construir obras de irrigación y vías de comunicación, fortalecer el mercado interno, darles escuelas, en fin, hacer de los pueblos los paraísos campiranos que empezaban a mostrar las películas de Fernando de Fuentes y sus congéneres.

A mediados de 1936 empezó el reparto en gran escala, que debía durar casi dos años. Los saltos más espectaculares serían el reparto de las haciendas algodoneras de la Comarca Lagunera, empezado en noviembre de 1936; y el de las haciendas henequeneras de Yucatán, que arrancó en agosto de 1937.⁴³

⁴¹ González, *Los días del presidente Cárdenas*, (Op. cit.), pp. 83-85.

⁴² Córdova, *La política de masas del cardenismo*, (Op. cit.), pp. 97-102.

⁴³ Los datos del reparto no dejan de ser impresionantes: si entre 1915 y 1934 se repartieron siete millones y medio de hectáreas a poco menos de ochocientos mil jefes de familia, durante el sexenio cardenista – mayoritariamente entre septiembre de 1936 y agosto de 1937- se repartieron más de dieciocho millones de hectáreas a un millón de jefes de familia.

En los lugares en que el reparto fue más espectacular, es decir, en La Laguna y Yucatán en primer lugar, pero también en el valle del Yaqui, en el Soconusco, en la región jitomatera de Sinaloa y en Lombardía y Nueva Italia, Michoacán, el Estado cardenista privilegió la creación de ejidos colectivos, sector formado por un 10% de los beneficiarios de la reforma. Los resultados fueron muy contradictorios: en La Laguna no se creó el paraíso ideado por Cárdenas, pero sí se demostró que los ejidatarios no tenían por que dejar caer la producción (como argumentaban los críticos de la reforma) y que su nivel de vida podía subir mucho (a pesar del burocratismo y del verticalismo de los funcionarios responsables, sobre todo los del Banco Ejidal); en cambio en Yucatán, los resultados, a mediano plazo, fueron punto menos que catastróficos.⁴⁴

Otros aspectos en que los cardenistas desarrollaron su programa fueron la política financiera, que arriba comentamos someramente; la política indigenista, que con todos sus errores e insuficiencias fue la primera en ocuparse decididamente del problema indígena;⁴⁵ la política exterior, en la que se defendió inclaudicablemente, en una situación internacional muy adversa, el principio de autoderminación de los pueblos y de no intervención;⁴⁶ la política de desarrollo e industrialización, que sentó las bases de los éxitos que en esa materia se alcanzarían durante el sexenio de Avila Camacho;⁴⁷

⁴⁴ No es este el lugar para hacer una historia ni un balance de la política agraria del cardenismo, que junto con la labor de la CNC fue, durante décadas, la garantía de la paz priista en el campo mexicano. De los muy numerosos estudios del agrarismo cardenista, pueden verse, dentro de las historias del cardenismo, González, Los días del presidente Cárdenas, (Op. cit.), pp. 95-107 y 139-163; y Anatol Shulgovski, México en la encrucijada de su historia, México, Ediciones de Cultura Popular, 1968, pp. 113-264. Como botones de muestra sobre la reforma agraria, Jesús Silva Herzog, El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica, México, FCE, 1959, pp. 405-451; y para las estadísticas, Seis años de gobierno al servicio de México, México, El Nacional, 1940, pp. 111-156 y 325-350.

⁴⁵ Dice Luis González: "Ningún gobierno anterior al de Cárdenas, en los ciento quince años de vida independiente, se había preocupado por la redención de los cobrizos", González, Los días del presidente Cárdenas, (Op. cit.), p. 121.

⁴⁶ La defensa de Abisinia, el refugio ofrecido a los republicanos españoles, el asilo de León Trotsky y la ayuda al gobierno legítimo de España, en la medida de las posibilidades de México, siguen siendo justificado motivo de orgullo de la política exterior mexicana.

⁴⁷ Eduardo Suárez dice en sus memorias, con gran lucidez, que si bien normalmente se considera que 1940 marca el inicio del proceso de industrialización, "Hay que tener presente que para industrializar al país fue necesario un largo periodo de preparación, en el que se constituyeron los elementos requeridos para emprenderla y para formar los capitales de que tiene necesidad". Los cimientos institucionales de ese proceso fueron echados durante la presidencia del general Calles, y durante el de Cárdenas se sentaron las

y, por supuesto, el nacionalismo económico que condujo a la expropiación petrolera, punto culminante, no sólo simbólicamente, del sexenio cardenista.

Si bien es cierto que la expropiación petrolera no era parte integral del programa de gobierno, el nacionalismo económico sí lo era. En materia petrolera, el Plan Sexenal estipulaba que se limitaría y regularía a las empresas extranjeras, buscando defender los intereses de la nación y de los trabajadores, y se alentaría la industria nacional.⁴⁸

La expropiación como tal, no era, pues, una idea preconcebida, pero cuando las compañías petroleras, reacias a permitir cualquier regulación que redundara en el beneficio de México, se negaron a aceptar un fallo adverso de la Suprema Corte de Justicia –después de una larga huelga del Sindicato Petrolero–, y rechazaron todos los intentos de mediación del gobierno, el presidente vio claro, y en la noche del 9 de marzo de 1938, de regreso de Zacatepec (a donde había ido a inaugurar el primer gran ingenio construido por el Estado, bajo la responsabilidad del eficiente ministro de Hacienda, don Eduardo Suárez) se detuvo en la entrada de su finca Palmira, y llamó a su lado al general Francisco J. Múgica, su ministro de mayor confianza y experiencia. Caminando juntos, ambos generales llegaron a una decisión trascendental, que el presidente consignó esa misma noche en su diario:

(...) le hice conocer (a Múgica) mi decisión de decretar la expropiación de los bienes de las compañías petroleras si éstas se negaban a obedecer el fallo de la Suprema Corte de Justicia.

Hablamos de que difícilmente se presentará oportunidad tan propicia como la actual, para reintegrar a la nación su riqueza petrolera. No hacerlo por temor a consecuencias económicas o a las posibles exigencias diplomáticas de Inglaterra o de Estados Unidos, sería antipatriótico y de graves responsabilidades que con justicia el pueblo nos señalaría.⁴⁹

Todavía en los días siguientes, el presidente trató de negociar con las poderosas compañías, para que no quedara ninguna duda de que la razón y el derecho le asistían

bases de la infraestructura de comunicaciones, energética y de producción agrícola que la industrialización necesitaba. Suárez, *Comentarios y recuerdos (1926-1946)*, (Op. cit.), pp. 119-134.

⁴⁸ *Historia documental*, (Op. cit.), v. 3, pp. 354-355.

cuando el 18 de marzo leyó el Decreto de Expropiación, que por órdenes suyas había redactado el general Múgica.⁵⁰

Con este acto, audaz y decidido, de trascendentales consecuencias, el cardenismo llegó a su punto más alto; durante el resto del sexenio, el presidente pareció dar marcha atrás a su política revolucionaria. No era así: las tareas esenciales entonces fueron consolidar los avances obtenidos, evitar que la hostilidad de los intereses extranjeros se agudizara, y enfrentar un muy difícil proceso de sucesión, pero esa historia es materia del próximo capítulo, lo mismo que la de la transformación del PNR, inmediatamente posterior a la Expropiación Petrolera.

⁴⁹ Cárdenas, *Apuntes*, (Op. cit.), t I, p. 388.

⁵⁰ Todas las historias del cardenismo dedican un apartado amplio y particular a la Expropiación. Entre las obras dedicadas al problema petrolero, la de Silva Herzog, que jugó un papel destacado en el proceso, ha alcanzado merecido reconocimiento: Jesús Silva Herzog, *Petróleo mexicano*, México, FCE, 1941. Una obra más reciente, que "es una reconstrucción histórica, paso a paso, del conflicto y las controversias en torno a la expropiación del petróleo mexicano"; al mismo tiempo que un "estudio sobre los antecedentes históricos, los procesos sociales, el clima intelectual y las trayectorias individuales que convergieron y se entrelazaron en la decisión mexicana de expropiar el petróleo"; y una reflexión sobre la concepción jurídica y la visión cultural de México y Estados Unidos en dicho conflicto y un análisis sobre las ideas sociales y políticas de Cárdenas y Múgica, es el libro de Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, (Op. cit.).

2. LA ORGANIZACION DE LAS MASAS.

a) Hacia la transformación del partido.

Mientras duró la lucha política e ideológica entre callistas y cardenistas desarrollada en el seno del PNR, éste tuvo un papel preponderante en la vida política nacional, pero una vez derrotado Calles, fue pasando a segundo término. Era natural, pues la fórmula que Cárdenas encontró para sacudirse la tutela del Jefe Máximo fue la superposición del gobierno sobre el partido y la creación del presidencialismo.

Pero la hegemonía de la investidura presidencial en el ámbito político nacional no bastaba, por sí sola, para llevar adelante las transformaciones sociales y económicas propugnadas por los revolucionarios; para alcanzarlas había que dotar de legitimidad al Estado de la Revolución, y eso sólo se podía lograr a través de la legitimidad del Estado alcanzada mediante el consenso social.

En la época moderna, la legitimidad del Estado depende de un factor esencial: "Se trata de justificar, ante todo, la procedencia social del Estado y su representatividad también social. Admitido que ni la divinidad ni la naturaleza tienen ya nada que hacer como rectoras de la vida social, la justificación del poder político hay que buscarla en el seno mismo de la sociedad y a través de ella demostrar que se constituye como una potencia a la par necesaria y querida por la propia sociedad". Ese requisito de legitimación social que necesita todo Estado moderno, iba a coronarse en México entre 1933 y 1938 por medio de la política de masas.⁵¹

Si bien el partido era el instrumento ideal para obtener el apoyo de las masas y para subordinarlas a los objetivos del Estado revolucionario, hacia 1934 las principales organizaciones desconfiaban demasiado del partido, pues lo veían como el instrumento

⁵¹ Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), p. 161.

del general Calles para imponerse al gobierno. La CCM, aunque aliada al cardenismo, defendía su autonomía frente al partido, mientras los principales dirigentes de la CGOCM, la CSUM y la LNCUG, no sólo se mantenían aparte, sino que criticaban su línea y su estructura. Harían falta cuatro años para que el partido pudiera ganarse el apoyo y la confianza de las organizaciones de masas y las incorporara a su estructura, recuperando así el lugar primordial en la vida política nacional que había perdido en junio de 1935.

Cuando Cárdenas subió al poder la disolución de los partidos estatales ordenada en la II Convención había fortalecido la estructura del PNR, pero había reducido aún más la participación de la base en la toma de decisiones. El partido era un reducto de poder del grupo callista y un núcleo de resistencia contra la política cardenista. En el CEN, dominado por los callistas, entre los que destacaba el presidente, general Matías Ramos Santos, sólo había dos cardenistas declarados, el secretario general, Antonio Villalobos —que perdió el cargo en abril de 1935, presionado por los callistas-, y el director de El Nacional, Froylán C. Manjarrez. Era natural que las organizaciones obreras y campesinas, a pesar de su gradual acercamiento al gobierno, siguieran desconfiando del PNR y negándose a incorporarse a su estructura.

El PNR salió muy debilitado de la crisis de junio de 1935 —en la que rodaron las cabezas de los miembros del CEN y del grupo que había fundado el partido-, y su propia existencia quedó en duda. Mucho se especuló sobre su posible desaparición, pero el presidente y sus aliados y colaboradores decidieron conservar su fuerza y su estructura —que ya era nacional-, dándole el giro que le hacía falta para convertirse en el verdadero gestor de las demandas de las masas y en el aparato de control de sus organizaciones y canalización de sus demandas.

Esa fue la tarea encomendada al CEN que entró en funciones el 15 de junio de 1935, con Emilio Portes Gil como presidente, hombre de capacidad negociadora reconocida y con gran poder de convocatoria, acompañado de un secretario general de toda la confianza del presidente: Ignacio García Téllez. El partido, en su nueva concepción, tendría como misión "secundar la política del presidente" (según declaración de Portes Gil), y trabajar para convertirse en organizador de masas y gestor de sus demandas: es decir, el PNR empezó a trabajar para adquirir dos de las características esenciales que ha tenido el Partido de la Revolución.

En la concepción que el presidente tenía del partido, éste no sólo debía apoyar la política de transformación, sino ser él mismo, agente de esa transformación. Así, a lo largo del segundo semestre de 1935, el partido fue convirtiéndose en un importante apoyo de la política social del presidente, y a colaborar activamente en los trabajos de organización campesina, mientras alentaba, desde fuera, los trabajos de unificación obrera (como veremos en sus respectivos incisos).

El partido también empezó a adquirir el papel de aparato ideológico del Estado de la Revolución. Durante esos meses se instalaron oficinas de gestión social del PNR en muchos pueblos, El Nacional aumentó su tiraje adquiriendo un carácter mucho más popular que el que hasta entonces había tenido;⁵² la estación de radio del Partido, la XEFO empezó a transmitir; bajo la vigilancia del CEN se empezaron a editar folletos dirigidos a los obreros y a los campesinos;⁵³ y se reformó y fortaleció el Instituto de Estudios Sociales, Políticos y Económicos (IESPE), adjunto al CEN y puesto bajo la dirección de un brillante intelectual de izquierda, don Lucio Mendieta y Núñez. Por

⁵² Entre sus novedades, El Nacional incluyó ediciones murales extraordinarias de gran tiraje. El primer número mural, editado el 29 de febrero de 1936, explicaba la política obrera del presidente en términos claros y sencillos.

⁵³ Los principales de estos folletos fueron La unificación campesina, que recogía el decreto presidencial que llamaba a constituir la CNC, y del que se tiraron 200,000 ejemplares; La escuela y el campesino (210,000 ejemplares), y otros parecidos, que generalmente, contenían enseñanzas para que los

cierto, si la edición de folletos de propaganda fue exitosa y si el nuevo IESPE logró granjearle al partido el apoyo de amplios sectores de la intelectualidad revolucionaria, ni El Nacional ni la XEFO lograron competir con los medios privados, Excelsior y El Universal y la XEW de Emilio Azcárraga.⁵⁴

No todo fue miel sobre hojuelas, ni la transformación fue nada sencilla. Tras los primeros meses, empezaron dentro del partido los conflictos internos entre los partidarios de Portes Gil, los cardenistas de García Téllez, y los seguidores del general Francisco J. Múgica, cuya influencia en ascenso era representada dentro del CEN por el inquietísimo secretario de Organización y Fomento Agrícola, el senador y coronel Ernesto Soto Reyes.

Los debates más ásperos, iniciados en los primeros meses de 1936, se centraban en la participación de los líderes obreros y campesinos en la dirección del partido, en la selección de candidatos a puestos de elección popular y en la categoría militante de los miembros de la CCM —en vías de aparición de la CNC- y la CTM. En abril, las elecciones internas del PNR demostraron que se mantenían muchos de los vicios del pasado, pues a pesar de haber abierto las puertas a las organizaciones de masas, el CEN controló, efectivamente, los comicios, con lo que los dirigentes populares refrendaron su desconfianza hacia el partido.

Detrás de estos conflictos estaba la oposición de Portes Gil al aumento de la importancia de los líderes obreros y campesinos en la toma de decisiones, y a lo que él y su grupo empezaron a ver como excesos de radicalismo de la CTM y de la reforma agraria. El grupo de Múgica, encabezado en el partido y el senado por Soto Reyes, el de Lombardo Toledano y el de Graciano Sánchez arreciaron sus críticas contra el CEN, y

campesinos y los obreros empezaran a poner en práctica, por cuenta propia, los principios revolucionarios.

⁵⁴ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 187-191.

cuando Cárdenas y García Téllez le retiraron su apoyo a Portes Gil, en agosto de 1936, su situación se hizo insostenible y renunció a la presidencia del partido.⁵⁵

El 25 de agosto, el Consejo Directivo Nacional (CDN) eligió un nuevo CEN, presidido por Silvano Barba González, que había ocupado la cartera de Gobernación desde junio de 1935, y era uno de los más confiables y adictos colaboradores del presidente. A los pocos días de instalada, la nueva dirección nacional dio a conocer cuales serían sus principales líneas de trabajo en un "Manifiesto a las clases proletarias de México".

El Manifiesto anunciaba que el partido iniciaría una profunda transformación formal cuyo fin era ampliar la participación política de los obreros y los campesinos, y que de hecho transformaba al partido en un frente revolucionario de masas. Se trataba, en fin, de consolidar al PNR como organizador de masas. Los miembros de la CTM y de la CNC en ciernes –los trabajos de construcción de la gran central campesina iban muy adelantados- podrían, en adelante, participar sin restricciones en las actividades del PNR y considerarse militantes del partido con plenos derechos. El Manifiesto fue seguido de una intensa campaña publicitaria cuyo fin era deslindar definitivamente al partido de su pasado callista, identificándolo plenamente con la política del presidente Cárdenas.⁵⁶

Para los dirigentes del partido, la publicación del manifiesto fue la culminación del proceso de acercamiento a las masas iniciado a principios de 1935, pero los sindicalistas reaccionaron con mesura: la "nueva democracia" partidista de que hablaba el Manifiesto no especificaba nada sobre los procesos internos, fuera de que se buscarían candidaturas de "unidad", pero correspondería al CEN instrumentar los mecanismos por los que estas se alcanzarían. El llamado a la democracia del Manifiesto,

⁵⁵ Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 206-211.

⁵⁶ *El Nacional*, 4 de septiembre de 1936; e *Historia documental*, (Op. cit.), v. 3, pp. 351-357.

cuando el país seguía careciendo de tradiciones democráticas, fue visto como un llamado para democratizar las bases del PNR, incorporando a las masas organizadas, pero no la vida interna ni los órganos de dirección del partido, y los dirigentes de la CCM y las ligas estatales precursoras de la CNC actuaron en consecuencia, incorporándose a los órganos de dirección del PNR, sin contribuir a la democratización de las estructuras partidistas. Por su parte, los dirigentes de la CTM mantuvieron la posición que tenían desde junio de 1935, de simpatía y cercanía con la política del gobierno, pero manteniendo su independencia orgánica frente al PNR. Para ganarse a la central obrera, el PNR, a principios de 1937, tuvo que empezar a radicalizar sus postulados, presentándose como una organización popular cuyo fin era la transformación social del país.⁵⁷

El nuevo radicalismo declarativo del partido causó inquietud entre los capitalistas, que comenzaron a organizarse para oponerse al gobierno, con lo que de paso obstaculizaban una de las políticas rectoras del periodo, la creación del Estado fuerte. Cárdenas, en lugar de combatir la organización de los capitalistas, decidió alentarla y darle curso legal, favoreciendo la creación de la CONCANACOMIN, que reunía las cámaras industriales y comerciales creadas durante el gobierno de Carranza en un solo organismo que si bien fue un foco anticardenista, lo fue por vías legales y abiertas.

Por su parte, el CEN presidido por Barba González dedicó sus mayores esfuerzos a la construcción de la gran central campesina: entre diciembre de 1936 y marzo de 1938 se realizaron las convenciones unificadoras en casi todos los estados del país. El partido pudo conducir esos trabajos y obtener éxito en ellos gracias a su nueva orientación, y, sobre todo, a la legitimidad que el presidente, con su política agrarista, le daba al partido ante las masas.

⁵⁷ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 212-214.

Tras la salida de Portes Gil, los principales líderes obreros fueron dando fin a sus críticas al PNR. Lombardo Toledano y su grupo fueron acercándose al partido, y el 13 de noviembre de 1936, la CTM envió sendos comunicados al PNR, a la CCM, al Comité Organizador de la CNC y al PCM, para crear un Frente Popular Mexicano, cuya misión sería detener el avance del fascismo y unificar a los grupos nacionalistas y populares.

La idea del frente popular era una línea de la Internacional Comunista (COMINTERN) y, naturalmente, los comunistas lo habían tratado de impulsar a lo largo de 1936, mientras sus críticas al régimen se reducían hasta desaparecer casi por completo. Por lo tanto, es natural que los dirigentes del PCM hayan colaborado de inmediato con Lombardo, cuando éste hizo suya su idea.⁵⁸ También la CCM y la CNC en ciernes aceptaron inmediatamente la invitación, pero Barba y Esteban García de Alba, secretario general del PNR, tuvieron que cabildear intensamente con las cúpulas del partido, antes de poder expresarle a la CTM su aceptación, el 20 de enero de 1937.

De esta manera, el 21 de febrero, el PNR, la CTM, la CCM, el Comité Organizador de la CNC y el PCM dieron a conocer la creación del Frente Popular Mexicano, que arreció la campaña a favor del gobierno republicano español, y seleccionó candidatos únicos para las elecciones locales de Coahuila y el Distrito Federal. Los primeros conflictos se dieron en torno al asilo político concedido a León Trotsky (quien desembarcó en Tampico el 9 de enero de 1937), duramente criticado por las direcciones del PCM y la CTM, estrechamente vinculados a la COMINTERN (es decir, a Moscú), y si bien Lombardo aceptó no efectuar actos públicos contra Trotsky,

⁵⁸ La política frentepopulista y su derivado, la "Unidad a toda costa", llevaron al Partido Comunista a un verdadero desastre organizativo. La primera de estas políticas fue inpuesta por los resolutiveos de la Internacional impulsados por Jorge Dimitrov, véase su arranque en la carta enviada al PCM por los delegados mexicanos al VII Congreso de la COMINTERN, en Guadalupe Pacheco Méndez, Arturo Anguiano Orozco y Rogelio Vizcaino A., Cárdenas y la izquierda mexicana. Ensayo, testimonios, documentos, México, Juan Pablos Editor, 1975, pp 271-296.

los comunistas se quejaron con especial virulencia. Por su parte, el gobierno de Cárdenas, con el asilo ofrecido al creador del Ejército Rojo, además de ser fiel a los lineamientos de su política exterior, les daba un sonoro mentís a los empresarios y todos aquellos opositores que lo acusaban de desarrollar una política prosoviética.⁵⁹

Importantes sectores del PNR, así como las cúpulas empresariales, vieron con inquietud el acercamiento del partido con los comunistas, por lo que el 15 de marzo, cuando Barba llamó a las elecciones internas para la selección de candidatos a diputados, excluyó al PCM de ellas, pues la participación de un partido “con estatutos, ideología y tendencias muy diferentes” a las del PNR, sería una traición al partido.⁶⁰

La exclusión de los comunistas permitió que en las elecciones internas del 4 y el 11 de abril de 1937, los candidatos del CEN se impusieran, en general, sobre los de la CTM. En la exclusión de los comunistas y la derrota de los candidatos de Lombardo jugó un papel destacado, como aliado del CEN del PNR, el secretario de Organización de la CTM, Fidel Velázquez, lo que se reflejó en la rebeldía de los sindicatos filocomunistas de la CTM expresada en el IV Consejo Nacional de la central (26-28 de abril), que terminó con la salida de los comunistas.

La salida del PCM del frente popular y de los sindicatos comunistas de la CTM, se quedó en un berrinche cuando Ernesto Soto Reyes fue comisionado especialmente por el presidente para negociar con el Comité Central comunista, y la COMINTERN envió urgentemente al dirigente comunista norteamericano Earl Browder, quien preconizó la política de “unidad a toda costa”, cuyo resultado efectivo fue la

⁵⁹ En la magnífica biografía de Trotsky de Deutscher se explica la situación del viejo revolucionario al momento de recibir el asilo en México, y su posición y la del gobierno cardenista al respecto, Issac Deutscher, *Trotsky, el profeta desterrado*, México, Ediciones Era, 1969, pp. 319-329.

⁶⁰ *El Nacional*, 15 de marzo de 1937.

subordinación del PCM al PNR y de los sindicatos comunistas a la dirección de la CTM, personificada por la mancuerna Lombardo-Velázquez.⁶¹

No sólo los comunistas quedaron descontentos con los resultados de las elecciones internas: los lombardistas acusaron al CEN de antidemocrático, y Graciano Sánchez y su grupo guardaron un hostil silencio frente al CEN. Las alas izquierdas de las dos Cámaras llamaron a la “disolución del partido de Calles”, y las alas derechas se agruparon sólidamente en torno a Barba y García de Alba.

Con todo y ello, las elecciones internas de la primavera de 1937 mostraron la nueva fuerza del partido, pues en ellas participaron más de tres millones de trabajadores organizados: ningún otro partido tenía nada que hacer frente a esto: el PCM, el de mayor membresía, llegaba apenas a los 20,000 militantes. Más que al principio, y sin quererlo, el PNR seguía siendo un partido único. Pero si quería seguir agrupando en torno suyo a las organizaciones de masas, tenía que reformarse y cambiar sus tácticas y su estructuras; y esa fue la tarea que se pusieron los hombres del presidente una vez pasadas las elecciones de 1937.⁶²

b) Los obreros.

Cuando Cárdenas tomó posesión de la presidencia de la República, el movimiento obrero estaba dividido en cuatro grandes centrales y numerosos sindicatos independientes. De las cuatro centrales, la CGOCM –la más importante por fuerza y número-, dirigida por Lombardo Toledano y Fidel Velázquez, y la CSUM, brazo sindical del PCM, dirigida por Miguel Angel Velasco y Valentín Campa, habían

⁶¹ Véase el documento “¡Unidad a toda costa!”, resolución adoptada por el pleno del Comité Central del PCM el 30 de julio de 1937, en la que se acordaba que las prioridades del PCM eran la unidad de la CTM y del Frente Popular, y se hacía una fuerte autocrítica a trabajos “divisionistas y sectarios” que hasta entonces habían desarrollado, en Pacheco Méndez, *et. al.*, *Cárdenas y la izquierda mexicana*, (Op. cit.), pp. 297-307.

⁶² Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 219-227.

manifestado su actitud crítica contra el Estado mexicano, contra el Plan Sexenal, contra la jefatura de Calles y contra la hegemonía del PNR, y se adherían al sindicalismo revolucionario, independiente y “apolítico” (ya explicamos antes qué entendían los seguidores de Lombardo por eso, en 1933).⁶³

Las otras centrales, la CROM y la Confederación General de Trabajadores (CGT), estaban en una profunda crisis, y durante los primeros años del cardenismo vivirían los últimos capítulos de su prolongado proceso de descomposición, que se sellaría cuando los dirigentes de ambas centrales apoyaran al general Calles durante la crisis política de junio de 1935.

Si tomamos en cuenta que las centrales con fuerza real eran la CGOCM y la CSUM, los primeros contactos entre las organizaciones obreras y el cardenismo no fueron nada cordiales: a principios de 1934 la CGOCM publicó un folleto escrito por Lombardo, en el que se criticaba el Plan Sexenal como un mero proyecto para la correcta administración pública, lleno de contradicciones y que se quedaba en puras declaraciones abstractas. Para Lombardo, toda economía planificada que respetara la propiedad privada era fascista, y el Plan Sexenal era un plan fascista. Los dirigentes de la CSUM no se quedaban atrás, pues la línea del PCM, obligado a vivir en la semiclandestinidad, era la misma: para los comunistas mexicanos en 1933-34, el Estado de la Revolución era un Estado fascista, y Cárdenas el candidato del fascismo.⁶⁴

Durante la campaña electoral de Cárdenas, los dirigentes de ambas centrales pusieron oídos sordos a los constantes llamados del candidato del PNR a la unidad obrera, y cuando el de Jiquilpan tomó posesión del poder, lo recibieron con una ola de

⁶³ Los postulados básicos de la CGOCM son glosados y comentados por Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. Cit.), pp. 68-70.

⁶⁴ Lombardo Toledano, con la agudeza intelectual que le era propia, había descubierto y explotado todos los flancos débiles y las contradicciones y aspectos nebulosos del Plan Sexenal, y su crítica era aguda, certera y convincente. Véase González Navarro, La Confederación Nacional Campesina..., (Op. cit.), p. 62; y Samuel León e Ignacio Marván, La clase obrera en la historia de México. En el cardenismo, 1934-1940, México, Siglo XXI Editores, 1985, pp. 30-32.

huelgas sólo equiparables a las de 1922-1923. Sólo cuando el nuevo presidente, ya en el poder, siguió convocando a la unidad obrera y diciendo que las huelgas eran un arma legítima del proletariado, en vez de responder a la efervescencia social con la represión violenta —como hubiera sucedido en los gobiernos anteriores—, los sindicatos empezaron a tomar en serio las declaraciones obreristas del presidente y a cambiar de actitud frente a su gobierno.

Pero fue hasta la crisis de junio de 1935 que la nueva corriente de simpatía entre el gobierno y las organizaciones obreras tuvo manifestaciones concretas. Ya vimos que el presidente respondió a las declaraciones del general Calles publicadas el 12 de junio, manifestando su apoyo a las organizaciones populares y defendiendo el derecho de huelga. El mismo día que apareció la respuesta de Cárdenas, y merced a un previo llamado de la CGOCM, nació el Comité Nacional de Defensa Proletaria, que reunió en torno a la central de Lombardo a la CSUM y a los sindicatos de tranviarios, ferrocarrileros, minero-metalúrgicos y electricistas. La primera tarea de la nueva agrupación fue apoyar irrestrictamente a Cárdenas en su lucha contra el callismo.

Cuando Calles se retiró momentáneamente de la escena, el CNDP empezó a desarrollar sus actividades propias: desde entonces y hasta el nacimiento de la CTM, impulsaría cerca de 650 huelgas, e iría atrayéndose a los sindicatos que aún se mantenían independientes o adictos a la CROM —en diciembre hubo una desbandada de sindicatos de la CROM a la CGOCM en Orizaba, el último bastión importante de los moronistas.

Las organizaciones obreras y campesinas, agrupadas en torno al CNDP y el Comité Organizador de la CCM tenían una gran fuerza y eran un arma muy poderosa en manos del gobierno cuando Calles tuvo la mala idea de regresar, el 13 de diciembre de 1935. La decidida respuesta del gobierno tuvo como complemento la de los

trabajadores, cuyo clímax se alcanzó en la multitudinaria marcha de repudio a Calles del 22 de diciembre. En la descubierta iban Lombardo, Fidel, Valentín Campa y Fernando Amilpa, los máximos líderes del momento.

En la lucha final contra Calles, las organizaciones obreras jugaron un papel importantísimo. Mientras Lombardo lanzaba los más agudos y certeros dardos contra el ex-Jefe Máximo y sus amigos, la creación de la CTM se cocinaba dentro del CNDP. En febrero de 1936, la gran central obrera, nuevecita, lanzó una ofensiva feroz contra la burguesía regiomontana, que permitió a Cárdenas hacer explícitos los principales postulados de su política obrera.⁶⁵

El último capítulo de la lucha contra Calles empezó cuando el 25 de marzo y el 7 de abril de 1936 sendos trenes fueron volados con dinamita, matando a los maquinistas y a una veintena de pasajeros cada vez. La CTM acusó a la reacción y a los callistas (que en las declaraciones de Lombardo ya eran la misma cosa) de la voladura de los trenes, y al día siguiente Ernesto Soto Reyes acusó al de Guaymas de traición a la patria. El día del aniversario de la muerte de Emiliano Zapata, Cárdenas firmó el decreto de expulsión de Calles y sus socios.

Mientras, como ya se dijo, había nacido la CTM. A convocatoria del CNDP, del 21 al 24 de febrero se reunió el Congreso Unitario de Trabajadores, en el que las organizaciones adscritas al CNDP, y otros sindicatos, dieron vida a la central.⁶⁶

⁶⁵ El PNR publicó "Los catorce puntos de la política obrera presidencial", que parten de la base de que el Estado "es el árbitro y el regulador de la vida social", y que el gobierno y los sectores obrero y patronal debían cooperar para resolver permanentemente los conflictos sociales; para que eso fuera posible había que construir una central unitaria de trabajadores —recuérdese que la CTM estaba naciendo en ese mismo momento— que defendiera sin pugnas intergremiales las "aspiraciones y necesidades justas de las masas trabajadoras"; Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), pp. 87-89. Véase su texto, y el de las declaraciones presidenciales precedentes, en CTM 1936-1941, México, CTM, 1941, pp. 21-28. Esta magnífica recopilación documental "contiene la mayor parte de los documentos relativos a los primeros cinco años" de vida de la central obrera, es decir, el periodo en que la dirigió Vicente Lombardo Toledano. No es la historia de la CTM, pero es un material documental fundamental para escribirla.

⁶⁶ Véanse los documentos fundadores y los principales discursos pronunciados en el Congreso en CTM 1936-1941, (Op. cit.), pp. 29-80.

En el Congreso participaron los representantes de 200,000 trabajadores organizados. Juan Gutiérrez, del sindicato ferrocarrilero, lo presidió. Cuatro tendencias distintas confluyeron en la unificación: la de Lombardo Toledano (la más numerosa, en la que destacaban los sindicatos de azucareros, cinematografistas, artes gráficas y maestros); la comunista de la CSUM (dirigida por Campa y Velasco, con mucha fuerza entre los textiles, los sindicatos agrarios y la incipiente agroindustria, y los trabajadores portuarios); la muy sólida y combativa de los sindicatos nacionales de industria (ferrocarrileros, electricistas, petroleros y minero-metalúrgicos); y la de los sindicatos de empresa, los más inmediatistas y menos politizados de todos –y al mismo tiempo, los que más necesitaban de la unidad, porque eran los más débiles por separado (cuyos líderes eran Fidel y los “lobitos”. Esta tendencia agrupaba a numerosos sindicatos pequeños y a heterogéneas agrupaciones regionales).

En el primer Comité Nacional quedaron bien representadas las cuatro tendencias, con Lombardo Toledano como secretario general, Fidel Velázquez como secretario de Organización, Juan Gutiérrez como secretario de Trabajo y Conflictos y Miguel Angel (“el Ratón”) Velasco como secretario de Educación y Problemas Culturales. (El Comité se completaba con Carlos Samaniego y Pedro Morales en áreas eminentemente técnicas).

La declaración programática de la CTM recogía las tendencias de la CGOCM y el CNDP, es decir, la acción directa, entendida como la supresión de intermediarios en la lucha social, y la práctica de la huelga, el boicot y otras acciones frontales, como táctica; la búsqueda de la mejora de las condiciones económicas y la seguridad social de los trabajadores como estrategia de corto alcance; la solidaridad proletaria internacional (cuyos mejores y más ejemplares frutos fueron los apoyos económicos y morales a España); y la lucha por una sociedad sin clases como estrategia de largo alcance. ¿Cómo

se entendía, en la práctica, esta lucha –así fuera a largo alcance- “por el socialismo”? En el apoyo al Estado mexicano, que estaba llevando adelante la etapa “nacional-liberadora” de la Revolución, pues según Lombardo, en los países atrasados, el socialismo y el nacionalismo “son dos aspectos de la misma lucha”. La central se estructuró en sindicatos nacionales de industria, y en sindicatos de empresa agrupados en federaciones estatales.

La fuerza de la CTM se manifestó en las insurgenias ferrocarrilera (mayo de 1936) y electricista (julio), y su influencia creció merced a su alianza con el ala izquierda del régimen, personificada por el general Múgica en el gabinete y el coronel Soto Reyes en el Congreso de la Unión. En agosto de 1936, la acción de la CTM y la gente de Múgica se tradujo en la salida de Portes Gil del CEN del PNR, y la reorientación de la política del partido que eso trajo consigo. Para cuando terminó 1936, el primer año de vida de la gran central obrera, sus 200,000 afiliados originales se habían duplicado.

En febrero de 1937, y por iniciativa de la CTM, empezó a funcionar el Frente Popular Mexicano. Contra la idea de los comunistas, Lombardo, apoyado por Fidel, logró que el Frente fuera una alianza de organizaciones e instituciones en defensa del gobierno nacional, y no un elemento aglutinador de la movilización y la agitación.

En mayo de 1937, empezaron los primeros conflictos internos de la central: Miguel Angel Velasco, Pedro Morales y Juan Gutiérrez, al frente de varias organizaciones, se retiraron del IV Consejo Nacional, acusando a Fidel Velázquez de antidemocrático y sectario. Fidel, desde la secretaría de organización, había avanzado mucho en la consolidación de la estructura de la central, pero promoviendo a sus partidarios y tratando, a toda costa, de excluir a los comunistas. En el V Consejo Nacional (celebrado en julio de 1937), y merced a la mediación de Earl Browder y

Ernesto Soto Reyes (como ya vimos), los comunistas regresaron a la central, en aras de mantener la unidad.⁶⁷

Con el triunfo de la tendencia de Fidel –apoyado por Lombardo- se decidió el carácter de la CTM en el cardenismo: la central obrera sería la fuerza motriz fundamental de las reformas progresistas y del programa social del gobierno, pero subordinada al Estado. En ambos sentidos, los resultados comenzaron a verse muy pronto: fue la insurgencia sindical de los trabajadores petroleros, miembros de la CTM, lo que dio el impulso y la razón que necesitaba el gobierno para dar el importantísimo paso de la expropiación petrolera; y casi al mismo tiempo, la CTM, ya plenamente identificada con el Estado de la Revolución, se convirtió en el sector obrero del partido, transformado en Partido de la Revolución Mexicana (PRM).⁶⁸

c) Los campesinos.

La CCM, nacida oficialmente en mayo de 1933, bajo la dirección de Graciano Sánchez, León García, Enrique Flores Magón, José O. Martínez, Trinidad García y Nabor Ojeda, y con el respaldo de Cedillo, Portes Gil, Marte Gómez y otros prominentes políticos, apoyó desde el principio la candidatura de Cárdenas. De hecho, el apoyo decidido de las organizaciones campesinas fue una de las cartas más fuertes del general michoacano en su lucha contra la candidatura rival de Manuel Pérez Treviño.

De manera que cuando Cárdenas tomó el poder, contaba con la alianza de una de las dos centrales campesinas más importantes; la otra, la LNCUG, mantenía su independencia orgánica, en una actitud menos crítica que la de la CGOCM y la CSUM.

⁶⁷ Véase el discurso de Lombardo en el IV Consejo, "La CTM mantiene su unidad y su disciplina frente a la actitud en contrario de los elementos del Partido Comunista de México", en CTM 1936-1941, (Op. cit.), pp. 257-267.

⁶⁸ Arturo Anguiano, El Estado y la política obrera del cardenismo, México, Ediciones Era, 1975; y León, La clase obrera, (Op. cit.), han escrito la historia del movimiento obrero durante el cardenismo. Para otras interpretaciones importantes véanse Shulgovski, México en la encrucijada de su historia, (Op. cit.); y Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.)

Durante los primeros meses del sexenio, las organizaciones campesinas contribuyeron al clima de agitación social y tensión política que atravesó el país: en diversos estados hubo numerosas invasiones de tierras, enfrentamientos entre agraristas armados y guardias blancas, demandas, mítines y movilizaciones. Como en el caso de los obreros, Cárdenas no descalificó la agitación campesina, antes la observó y la justificó.

Durante la crisis política de junio de 1935, las organizaciones campesinas apoyaron decididamente al general Cárdenas, y fueron un factor importante en el triunfo del presidente. Aprovechando el entusiasmo unitario de esas movilizaciones, el 9 de julio de 1935 se dio a conocer un decreto presidencial por medio del cual se llamaba a los ejidatarios a construir una gran central campesina bajo la tutela del PNR, que se encargaría de convocar a congresos campesinos estatales que constituyeran, en cada entidad, una sola Liga de Comunidades Agrarias, y una vez constituidas estas, el mismo CEN del PNR convocaría a una Gran Convención que diera vida a la Confederación Campesina.⁶⁹

Los principales objetivos de la nueva central serían acabar con la debilidad y desunión de las organizaciones campesinas y con la lentitud e insuficiencia de la reforma agraria.⁷⁰

En consecuencia, el 20 de julio se formó el Comité Organizador de la Unificación Campesina (que pronto pasó a llamarse Comité Organizador de la CNC), presidido por Emilio Portes Gil, en su carácter de presidente del CEN del PNR; con Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario, como vicepresidente; y como vocales y secretarios Ignacio García Téllez, secretario general del CEN del PNR; Efraín

⁶⁹ "Acuerdo del C. Presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, para constituir la Confederación Nacional Campesina. México, D.F., julio 9 de 1935", en Historia documental de la Confederación Nacional Campesina, 1938-1942, México, PRI-ICAP, 1981, pp. 43-45.

⁷⁰ Véase en Gómez Jara, El movimiento campesino en México. (Op. cit.), pp. 117-119.

Gutiérrez; Graciano Sánchez, jefe del Departamento Indígena; Vicente Salgado Pérez; y Ernesto Soto Reyes, secretario de Acción Agraria del CEN.⁷¹

El inicio de los trabajos del Comité coincidió con el arranque de la reforma agraria cardenista. Esta decidida acción del gobierno, así como el empeño de los principales dirigentes de la CCM, acalló las voces críticas que argumentaban que la construcción de la CNC entrañaba el peligro de que el Estado controlara al movimiento campesino y lo subordinara a sus propios fines.

El 7 y 8 de septiembre se reunió la I Convención de la Liga de Comunidades Agrarias del Distrito Federal, en la que el presidente Cárdenas declaró que se iba a respetar la independencia de las ligas y que el gobierno y el PNR sólo intervendrían en las convenciones distritales, estatales y nacional, para facilitar los aspectos logísticos, pero de ninguna manera “para intervenir en la designación de los directivos de las ligas (ni) en su funcionamiento interior”. El gobierno y el partido –siguió Cárdenas– querían que las organizaciones campesinas disfrutasen “de una verdadera autonomía” para que pudieran “tener absoluta confianza en las administraciones revolucionarias”.⁷²

El Comité Organizador presentó a la Convención del D.F., para que lo hiciera suyo, el proyecto de declaración de principios de la CNC, según el cual, la finalidad de la central sería defender los intereses de los campesinos, y se consideraba al ejido como el eje de la vida rural del país, retomando los postulados que Cárdenas sostenía en ese aspecto (que ya hemos comentado). En cambio, se iba más allá del decreto presidencial al concebirse a la CNC como un frente que unificara no sólo a los ejidatarios, sino también a las organizaciones de jornaleros agrícolas, pequeños propietarios y peones.

La Convención del Distrito Federal, que sentó las bases de la discusión, fue seguida, entre octubre y diciembre de 1935, por las de Morelos, Zacatecas, San Luis

⁷¹ El Nacional, 4 de agosto de 1935.

Potosí, Tamaulipas, Nuevo León y Chihuahua; y en los tres primeros meses de 1936 por las de Durango, Coahuila, Jalisco, Colima y Querétaro. El presidente Cárdenas, que presidió las convenciones de Querétaro y Jalisco, declaró en ésta última que el gobierno no pretendía la unificación de los campesinos “más que para servirlos mejor”.⁷³

Durante esos meses se fueron venciendo las principales resistencias a la construcción de la central. La reconciliación del coronel Adalberto Tejeda con el general Cárdenas, y su designación para un importante puesto diplomático que en los meses inmediatamente posteriores le permitirían brindar un apreciable apoyo a la República Española, acabó con la resistencia de los líderes de la LNCUG más adictos al viejo luchador agrarista veracruzano, ganándolos para la causa de la CNC. Por otro lado, los delegados del PCM al VII Congreso de la COMINTERN, regresaron de Moscú con la línea de impulsar la creación de un Frente Popular Antifascista, y las bases campesinas comunistas aceptaron colaborar en la construcción de la CNC. Por su parte, la CTM, no sin trabajos, terminaría por aceptar las directrices de Cárdenas, renunciando a organizar a los campesinos por su cuenta, dejando esa labor en manos del Comité Organizador de la CNC.

Durante los trabajos de organización de la nueva central, un aire democratizador penetró las estructuras del PNR, pues los campesinos pudieron expresar libremente sus opiniones y criticar lo mismo a los funcionarios venales y a los latifundistas, que a los líderes corruptos o autoritarios, y sus quejas, la mayor parte de las veces, obtuvieron pronta satisfacción.

En esos trabajos, el aparato del partido llegó a confundirse con el del gobierno y el de la organización campesina, pues a ella dedicaban sus mayores esfuerzos lo mismo funcionarios públicos de alto nivel, como Gabino Vázquez y Graciano Sánchez, que los

⁷³ Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), p. 193. Véase el discurso de Cárdenas en *Historia documental de la Confederación Nacional Campesina*, (Op. cit.), pp. 51-52.

dirigentes del PNR (primero Portes Gil, García Téllez y Soto Reyes; y luego del cambio de CEN en agosto de 1936, Silvano Barba, Esteban García de Alba y Antonio Mayés) y los líderes campesinos.

El CEN presidido por Barba González continuó los trabajos del de Portes Gil, al organizar las convenciones de Hidalgo, Sinaloa, Sonora, Veracruz, Guanajuato, Estado de México, Nayarit y Michoacán, entre diciembre de 1936 y enero de 1938. Un mes antes de la transformación del partido quedaban pendientes diez convenciones estatales, así que en marzo de 1938 se realizaron, a todo vapor, las de Guerrero, Puebla, Territorio de Baja California Sur, Campeche, Territorio de Baja California y Chiapas. La difícil coyuntura nacional creada por la Expropiación Petrolera impidió la realización de las últimas cuatro convenciones estatales y de la gran Convención Nacional, de manera que el PRM fue creado antes de que terminaran formalmente los trabajos de la unificación campesina. De cualquier manera, la CNC en ciernes (cinco meses más vieja que el PRM), fue considerada, desde el principio, como el sector campesino del nuevo partido.⁷⁴

Así pues, la entrada de la primavera de 1938 encontró a México listo no sólo para explorar su capacidad de explotación de una industria tan compleja como la petrolera; también estaba listo para hacer del partido de la Revolución el partido de los trabajadores organizados y no nada más, como durante el maximato, el partido del gobierno.

⁷³ Historia documental de la Confederación Nacional Campesina, (Op. cit.), p. 56.

⁷⁴ Véanse los trabajos de organización previos a la construcción de la CNC, en Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 91-218; González Navarro, La Confederación Nacional Campesina..., (Op. cit.), pp. 75-88; y Gómez Jara, El movimiento campesino..., (Op. cit.), pp. 117-127. Los documentos, en la Historia documental de la Confederación Nacional Campesina, (Op. cit.), pp. 43-74.

CAPITULO III

LOS ACABADOS

(1938-1945)

I. UNIDAD NACIONAL Y CONCILIACION DE CLASES.

Es casi un lugar común afirmar que el ascenso al poder del general Manuel Avila Camacho marcó un giro definitivo a la derecha en la vida política de México y en la construcción del sistema político mexicano. Quienes piensan esto ven en el cardenismo (y concretamente en 1938) la cúspide del proceso revolucionario, y en el régimen siguiente, una traición al proyecto de la Revolución o, cuando menos, un proceso de rectificación. Así, por ejemplo, Jesús Silva Herzog, en su estudio sobre la reforma agraria, dice que durante el gobierno de Avila Camacho se “redujo considerablemente el número de hectáreas distribuidas entre los campesinos, así como también el número de familias beneficiadas”, y tras hacer una somera comparación de las estadísticas del reparto agrario durante ambos regímenes, añade:

Sea de ello lo que fuere, la comparación anterior ratifica nuestro juicio en el sentido de que fue en el periodo cardenista, y precisamente en el año de 1938, cuando la Revolución Mexicana llegó a su plenitud. Después comenzó su descenso como resultado de un lógico desarrollo histórico, ajeno a la voluntad de los personajes que entonces se movían y después se han movido en el escenario político de la nación.¹

Por su parte, Daniel Cosío Villegas, entrevistado por Enrique Krauze, dijo:

Mi decepción llegó, no en el periodo de Cárdenas, sino en la sucesión de Cárdenas. Cuando yo me di cuenta que Cárdenas apoyaba a Avila Camacho, que era indiscutiblemente de temperamento y de tendencia conservadora, supe que la Revolución mexicana iba a dar vuelta... Cárdenas podía haber inventado a un hombre que hubiera proseguido su obra, no frenado. Pero el giro hacia Avila Camacho representó un cambio de rumbo.²

Basta con las citas de dos de los más brillantes intelectuales mexicanos de la época (del siglo), agudos observadores del régimen de Cárdenas tanto como del de Avila Camacho. Seguir citando sería hacer llover sobre mojado.

¹ Silva Herzog, El agrarismo mexicano y la reforma agraria, (Op. cit.), p. 452.

Sin embargo, como de costumbre, las cosas son más complicadas: en 1978 Luis Medina --como veremos detenidamente más adelante- matizó cuidadosamente esa versión, llamando al rumbo político del sexenio "la conciliación rectificadora", y advirtiendo que las circunstancias nacionales e internacionales obligaron al grupo gobernante a dar ese presunto golpe de timón.³ Hay, además, un elemento de primera importancia que hay que tomar en cuenta. El giro a la derecha, si lo hubo, se dio ya durante el mandato de Cárdenas.⁴

Si creemos que en ambos casos se trataba de construir un Estado fuerte, capaz de impulsar el desarrollo del capitalismo sin soslayar un marco mínimo de justicia social, no hay duda de que el cambio fue mucho más de forma que de fondo, y si fue un cambio de formas, fue porque durante el sexenio de Avila Camacho, el sistema político adquirió sus características más definidas y duraderas, construidas sobre los avances alcanzados durante el periodo anterior (1917-1940).

a) La Transformación formal del partido.

Como vimos en el capítulo anterior, hacia finales de 1937 la estructura real del partido había dejado de corresponder con su estructura formal. Las nuevas funciones del partido como organizador de masas y sus lazos con las dos grandes centrales (la Confederación de Trabajadores de México, CTM; y la Confederación Nacional Campesina, CNC, que se constituiría formalmente hasta agosto de 1938, pero cuyas ligas estatales ya estaban funcionando en su mayoría), no se correspondían ya con la anatomía y la fisiología del partido: tal como estaba, no parecía tener la fuerza necesaria para contrarrestar la de la creciente oposición, ni la posibilidad real de dirigir a las organizaciones de masas.

² Enrique Krauze, La presidencia imperial, México, Tusquets Editores, 1997, p. 33.

³ Luis Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 18), 1978.

⁴ Véase en Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), p. 76.

En esa situación, los cardenistas vieron en la transformación de la estructura y funcionamiento del partido la posibilidad de fortalecerlo y convertirlo, de una vez por todas, en el instrumento político de organización de las masas y canalización de sus demandas, apoyo al gobierno y aparato político-ideológico del grupo en el poder.⁵

Así, tras largas negociaciones y acuerdos con los líderes del partido, los de la CTM y la CNC, y sus principales colaboradores, el 18 de diciembre el presidente Cárdenas pronunció un manifiesto a la nación que, sin distinguirse por su claridad, daba el banderazo de salida a los trabajos para la transformación del partido, de modo que los sectores sociales que gracias a las reformas revolucionarias habían alcanzado “vida fecunda, personalidad definida y tal afinidad con la doctrina de nuestra lucha” (concretamente convocaba “a los campesinos, a los obreros manuales, a los empleados públicos y a los miembros del Ejército nacional”) pudieran ser efectivamente incorporados al partido.⁶

La clase política y los dirigentes de las organizaciones de masas expresaron, en general, su satisfacción por la convocatoria, lo que no quiere decir que existiera un consenso general. En el Senado de la República, algunos legisladores manifestaron su preocupación ante la perspectiva de que el nuevo partido fuera una calca del Frente Popular, lo que quería decir que incorporaría a los comunistas; sin embargo, la desconfianza se esfumó cuando el senador Ernesto Soto Reyes, vocero reconocido de la izquierda oficial, declaró en la tribuna que los comunistas no serían admitidos en el partido (22 de diciembre).⁷

⁵ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), p. 236.

⁶ “Manifiesto del presidente de la República sobre la transformación del Partido Nacional Revolucionario”, en El Nacional, 19 de diciembre de 1937. Véase también en Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 371-374.

⁷ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 237-238; e Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 377-378.

Mayor oposición se registró en el seno de la CTM, cuando algunos destacados dirigentes de la central obrera (como Celestino Gasca de Guanajuato y Vidal Díaz Muñoz de Veracruz) se manifestaron en contra de la incorporación de ésta al partido, considerando que ese acto sometería definitivamente a los sindicatos al aparato estatal. Sin embargo, Vicente Lombardo Toledano y Fidel Velázquez, que apoyaron decididamente la composición sectorial del nuevo partido y la inclusión de la CTM como pilar fundamental del sector obrero, lograron convencer a la mayoría de los consejeros nacionales de la central, reunidos en Consejo Extraordinario el 7 de enero de 1938, e hicieron aprobar un Dictamen por el que la CTM se declaraba por su inclusión en el partido de la Revolución, en el que la central conservaría “su autonomía y su libertad de acción para el cumplimiento de sus fines específicos”. En consecuencia, el Consejo Nacional autorizaba al Comité Nacional a preparar su incorporación y a hacer valer la voz de la central obrera en los trabajos de construcción del nuevo partido.⁸

La parte más controvertida del proyecto de transformación fue la de la inclusión de los militares. La idea de Cárdenas era muy clara: si se trataba de fortalecer al Estado consolidando al partido, había que contar con los militares. No se trataba de meter a los militares en la política (estos, de mucho tiempo atrás, ya estaban adentro), sino de reducir su influencia a un solo voto, y al mismo tiempo, crear dentro del partido un contrapeso real y efectivo al poderoso sector obrero. Y aunque la mayor parte de los jefes con mando de tropas apoyaron la idea del presidente, muchos se opusieron, y el general Manuel Avila Camacho (subsecretario encargado del despacho de Guerra y Marina, y secretario de la Defensa Nacional desde el 31 de diciembre de 1937) recogió sus opiniones y declaró que el Ejército debía limitarse a la defensa nacional, y que en vez de un sector militar de masas podría constituirse “un cuerpo que tuviese ciertas funciones de consulta”. Entonces, Cárdenas y Avila Camacho trabajaron en la

⁸ *Historia documental...*, (Op. cit.), v. 3, pp. 378-379.

redefinición del sector militar, resolviendo que los soldados y oficiales del Ejército podían integrarse al cuarto sector del partido a título personal y en su calidad de ciudadanos, y que el Ejército como institución se mantendría al margen de la política activa.⁹

Mientras tanto, había empezado a funcionar la comisión encargada de preparar los documentos básicos del nuevo partido. La Comisión estaba presidida por Luis I. Rodríguez, ex-secretario particular de Cárdenas, y la integraban Esteban García de Alba, secretario general del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del Partido Nacional Revolucionario (PNR), en representación del sector popular; Alfonso Sánchez Madariaga del sector obrero; León García del sector campesino; y el general Edmundo M. Sánchez Cano del sector militar. La comisión trabajó con las propuestas presentadas por Cárdenas y por la CTM (cuya participación en la redacción de los documentos fue fundamental, recuérdese que en ese momento era, con mucho, la mayor y más sólida y combativa organización de masas), y escuchó a los diversos grupos que le hicieron llegar sus voces, y a principios de marzo tenía listos los proyectos de los nuevos documentos.

Por su parte, el 19 de enero el CEN había publicado la "Convocatoria para la Asamblea Constituyente del Nuevo Partido", que sería la III Convención Nacional Ordinaria del PNR. Los objetivos de la transformación serían hacer del Partido de la Revolución un verdadero partido popular, que alentara la participación de las masas organizadas en el orden público e hiciera del partido un vasto frente de defensa del gobierno de la Revolución.¹⁰

⁹ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 242-245. Las negociaciones en el seno del Ejército fueron las que se llevaron más tiempo. El informe sobre la participación de los militares en el partido, redactado por Avila Camacho de acuerdo con Cárdenas, se dio a conocer hasta el 3 de marzo de 1938, mes y medio después de la publicación de la convocatoria para constituir el PRM. Mientras tanto, los generales cardenistas Heriberto Jara y Juan José Ríos, apoyados por Avila Camacho, habían dado cuerpo a la delegación del sector militar que acudiría a la Asamblea.

¹⁰ El texto de la Convocatoria en Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 401-410.

En la Convocatoria se definió quiénes serían los delegados de los cuatro sectores:

1. Sector obrero. Representado por la CTM, la Confederación Regional de Obreros de México (CROM) y el Sindicato Minero-Metalúrgico. Con posterioridad, tras las negociaciones de rigor, se agregaron la Confederación General de Trabajadores (CGT) y el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME). Estaría representado por 96 delegados en equitativa proporción, según las reglas que a su tiempo fijaría el CEN, más un representante de la dirección de cada organización.

2. Sector campesino. Representado por los tres secretarios en funciones de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos de cada entidad federativa. En los estados donde no se hubiese constituido la Liga antes del 20 de marzo, la dirección de la Confederación Campesina Mexicana (CCM) en colaboración con el CEN, vigilaría la elección de los tres delegados respectivos.

3. Sector militar (que luego fue el cuarto sector, convirtiéndose el popular en el tercero). Representado por los delegados de las distintas corporaciones militares y de las dependencias superiores de la Secretaría de Guerra. (La Convocatoria se publicó antes de las negociaciones en el seno del Ejército atrás explicadas, en las que se acordó que los delegados del sector militar no serían representantes de las corporaciones, sino militantes del partido a título personal y en tanto ciudadanos).

4. Sector popular. Comprendería "a los miembros actuales del Partido Nacional Revolucionario que no estén incorporados en alguno de los otros sectores ennumerados, así como a todas las agrupaciones femeninas, juveniles, de profesionistas, comerciantes en pequeño y obreras que no pertenezcan a las centrales que se mencionaron". Poco después se constituiría la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del

Estado (FSTSE), que sería el pilar del sector hasta la constitución de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP).

Tras las convenciones estatales, a realizarse el 29 de febrero, la Asamblea se reuniría el 30 de marzo de 1938.

A menos de dos semanas de que se celebrara la Asamblea, un hecho espectacular distrajo la atención pública de ella, permitió que se reforzara la unidad popular en torno al presidente de la República e hizo más fácil la reforma del partido: la expropiación de los bienes de las compañías petroleras (18 de marzo). Gracias a esa importantísima decisión, que reafirmaba la soberanía nacional y el apoyo de las masas organizadas al gobierno (y con ello, la legitimidad del Estado), la Asamblea se realizó en un ambiente de movilización y euforia populares, como una manifestación de la fuerza del Estado mexicano.

El 30 de marzo de 1938 Silvano Barba González, presidente del CEN del PNR, inauguró la Asamblea Constitutiva del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), cuya mesa se integró con el propio Barba González como presidente, Heriberto Jara como vicepresidente, y como secretarios por los sectores, Alfonso Corona del Rosal (sector militar), Alfonso Sánchez Madariaga (sector obrero), Luis Padilla (sector agrario) y Esteban García de Alba (sector popular). Se habían aprobado las credenciales de 100 delegados por el sector obrero, 96 por el campesino, 96 por el popular y 101 por el militar.¹¹

En el discurso de inauguración, Barba González expresó que la dirección del PNR se retiraba “con la satisfacción profunda de haber colaborado honesta, consciente y honradamente con el régimen cardenista, genuino representante de los intereses y de las aspiraciones del pueblo mexicano”.¹²

¹¹ Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), p. 246.

¹² *Historia documental...*, (Op. cit.), v. 3, pp. 452-454.

Lombardo, a nombre del sector obrero, espetó un largo discurso lleno de ambiciosas pero discutibles interpretaciones del desarrollo del capitalismo y del proceso histórico mexicano, y aterrizó señalando que el nuevo partido, nacido en circunstancias trascendentales para la vida de México, creado por la Revolución (“alma de la patria mexicana”), nacido “de la tierra, desde abajo, para servir al pueblo”, era, debía ser desde la perspectiva de los obreros organizados, “la alianza de los sectores revolucionarios de México” y tenía la responsabilidad de garantizar tanto “el respeto verdadero al sufragio de los sectores organizados” como “el respeto al voto del pueblo de México”.¹³

Finalmente, tras los discursos de rigor, se firmó el Pacto Constitutivo del PRM, por el cual los cuatro sectores se comprometían “a no ejecutar acto alguno de naturaleza político-electoral, si no por medio del PRM y con estricta sujeción a los estatutos, reglamentos y acuerdos emanados de los órganos superiores correspondientes”. Cada una de las organizaciones constitutivas se gobernaría por sus propios estatutos y conservarían “su autonomía y la dirección y disciplina de sus afiliados, en cuanto al desarrollo de su acción social y realización de sus finalidades específicas”.¹⁴

Los documentos básicos del partido, aprobados prácticamente sin discusión, habían sido redactados por una comisión ad hoc, integrada por Carlos A. Madrazo (sector popular), Vicente Lombardo Toledano (sector obrero), Manuel del Castillo (sector agrario), Edmundo M. Sánchez Cano (sector militar) y Refugio García (grupos femeninos).

La Declaración de Principios y Programa empezaba haciendo profesión de fe democrática; se hacía del partido un partido de trabajadores, reconociendo la existencia de la lucha de clases y aspirando a la emancipación del proletariado. Además, el PRM se proponía impulsar el cooperativismo y el ejido colectivo, luchar por ampliar y

¹³ Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 454-464.

¹⁴ Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 475-476.

mejorar la cobertura de los servicios de educación y salud, alentar la participación del Estado en la economía, y en el terreno internacional, apoyar a las democracias y luchar contra el fascismo.¹⁵

Más significativos que estos buenos propósitos eran los Estatutos, en los que quedaba claro el carácter del nuevo partido. El PRM tendría una doble estructura, una directa, territorial, y otra indirecta, basada en los sectores (los artículos 2 a 5 reproducían la composición de los sectores y las condiciones del Pacto Constitutivo que atrás hemos citado, y se añadía que para ser miembro del partido se requería, en primer lugar, “pertenecer a cualquiera de los sectores que lo constituyen”, artículo 6), y esta predominaba claramente sobre aquella.

Los órganos superiores del partido serían el Consejo Nacional (CN) y el Comité Central Ejecutivo (CCE). Este último estaría integrado por seis miembros: un presidente y una secretaria de acción femenil elegidos por la Asamblea Nacional, y un secretario por cada sector, elegidos por el sector respectivo. El CCE era el órgano ejecutivo del Consejo Nacional y de la Asamblea, y estaba encargado de dirigir los trabajos del partido. (En la práctica, la secretaria de acción femenil nunca existió, y su puesto en el CCE y en el CN sería ocupado por el secretario general, cargo cuya designación, como la del secretario tesorero, era facultad del CN).

El Consejo Nacional estaba formado por los seis miembros del CCE, seis representantes de cada sector, y un representante de cada uno de los bloques del partido en las dos cámaras. Sus funciones eran interpretar los estatutos, orientar al CCE y convocar a la Asamblea Nacional. A nivel estatal y municipal se repetía el esquema: un Comité Ejecutivo Regional que era el órgano ejecutivo del Consejo Regional.¹⁶

¹⁵ Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 476-485.

¹⁶ Historia documental..., (Op. cit.), v. 3, pp. 489-524. Véase también Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 248-251.

El 1º de abril la Asamblea terminó sus trabajos, habiendo consumado el parto del PRM. El día 5 tomó posesión como presidente del CCE Luis I. Rodríguez.¹⁷ Los otros miembros del CCE eran Esteban García de Alba, secretario general; Alfonso Sánchez Madariaga, secretario de acción obrera; León García, secretario de acción agraria; Leopoldo Hernández, secretario de acción popular y cultural; y Edmundo M. Sánchez Cano, secretario de acción militar. Los puestos adjuntos los ocuparon Elías Miranda, secretario tesorero; Alejandro Carrillo, director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES); y Carlos A. Madrazo, secretario particular del presidente del partido. La designación de secretaria de acción femenil se pospuso para las calendadas griegas.

De esta manera quedaron concluidos, en sus líneas generales, los trabajos de organización de las masas: con la transformación del partido “se ligaba muy estrechamente a las masas trabajadoras al Estado de la Revolución, organizándolas como una fuerza política en cuyo nombre se iba a gobernar en adelante”.¹⁸

Las unidades base del nuevo partido eran las organizaciones, no los individuos (aunque la fracción VI del artículo 6 permitía afiliarse individualmente a través del sector popular). Es decir, los trabajadores entraban al partido en tanto trabajadores organizados, no como ciudadanos: las organizaciones de masas canalizarían la vida política en tanto tales, y serían pilar del Estado, como bien ha apuntado Arnaldo Córdova:

Quando en marzo de 1938 el PNR se convirtió en PRM se contaba ya con todos los elementos para que sus nuevas funciones fueran un éxito completo. Las organizaciones básicas, hegemónicas en cada sector social, un espíritu corporativo que informaba toda la política mexicana y cierto lustre popular del

¹⁷ Luis I. Rodríguez (Silao, Gto, 1905), era licenciado en derecho por el Colegio del Estado de Guanajuato (1929). Había sido diputado local, secretario de Gobierno del Territorio de Baja California Sur y secretario particular del general Francisco J. Múgica, cuando en 1934 fue electo diputado federal. De 1935 a 1937 fue secretario particular del presidente Cárdenas, cargo que dejó para presidir la comisión que prepararía el proceso de transformación del PNR. Se le consideraba incondicional del presidente Cárdenas y muy amigo del general Múgica, miembro destacado del ala izquierda del grupo gobernante.

¹⁸ Córdova, *La política de masas del cardenismo*, (Op. cit.), p. 146.

partido, habrían de garantizar la definitiva institucionalización del régimen de la Revolución. La política individualista pasó a segundo plano, precisamente como elemento de la política corporativista. Los sectores devenían los verdaderos sujetos del juego político; los individuos que los representaban y las instituciones y los órganos del Estado, de golpe, se convertían en criaturas de los sectores mismos.¹⁹

Por supuesto, habría que hacer reformas substanciales (con el tiempo, se advertiría que había que rescatar el papel del ciudadano y reforzar la estructura directa del partido: eso llevaría al nacimiento del Partido Revolucionario Institucional), pero el esfuerzo del grupo gobernante por legitimar socialmente al Estado había, por fin, alcanzado el éxito, aunque paradójicamente, eso empezó a dar ímpetu a una oposición creciente que haría muy difíciles los últimos años del sexenio.

Además, la misma estructura corporativa –indirecta– del partido, tenía sus propios problemas: la autonomía que el Pacto Constitutivo y los Estatutos le daban a las organizaciones de masas, favorecían el aislamiento al limitar el contacto entre las organizaciones a los órganos dirigentes del partido (Pacto Constitutivo, cláusula 7), y serían estos mismos los que fijarían el radio de acción de las organizaciones, y la cooperación que debían prestarse. Este esquema tendió a reproducirse en los propios sectores, como veremos con mayor detalle cuando nos ocupemos de la estructura y funciones de la CNC. En la base estaba la disposición estatutaria de que los sectores no harían política sino a través de los órganos directivos del partido: su labor se limitaba a promover los intereses profesionales y corporativos que los definían como sectores.

Sin embargo, aunque pareció que esto significaba la total despolitización de las organizaciones de masas, ese no fue el resultado, al menos en lo inmediato: la CTM y la CNC fueron los pilares del discutido triunfo electoral del PRM en 1940, y durante el sexenio de Avila Camacho, la lucha política, restringida en el seno del partido por los

¹⁹ Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), p. 160.

estatutos, se dio vigorosamente en el recinto del Congreso de la Unión, en el que los legisladores de los distintos sectores eran voceros efectivos de sus organizaciones.

Finalmente, como sucedió en 1929, los sectores sociales que se oponían al programa del nuevo partido, los grupos lastimados por las reformas revolucionarias del gobierno de Cárdenas, algunos ciudadanos no organizados que se sintieron excluidos de la vida política, empezaron a dar cuerpo a una formidable oposición. La revuelta armada de Saturnino Cedillo, como tal, fue aún más ridícula que la rebelión escobarista –y no tiene caso volver a mencionarla; pero la insurgencia civil almazanista fue, si cabe, más potente que la vasconcelista. Pero antes, el recién nacido PRM tenía por delante la nada sencilla tarea de elegir a su candidato para los comicios del 7 de julio de 1940.

b) La falsa disyuntiva (¿Avila Camacho o Múgica?)

Durante 1938, el CCE presidido por Luis I. Rodríguez transformó al partido de acuerdo a los lineamientos de la Asamblea: se concluyeron los trabajos de unificación campesina, y se alentó la formación de organizaciones femeniles y juveniles, así como del sector popular. Para fines de 1938, el partido ya era, efectivamente, un partido de masas: sus dirigentes calculaban que tenía 4,305,000 miembros, de los que 2,500,000 eran del sector campesino, 1,250,000 del obrero, 500,000 del popular y 55,000 del militar.²⁰

Ese trabajo, necesario y riguroso, pasó casi desapercibido (salvo la fundación de la CNC): la atención del partido y sus miembros estaba puesta en la sucesión presidencial de 1940, en medio de un contexto político nacional e internacional cada vez más complicado. Porque si el PRM había nacido en circunstancias internas muy favorables, el clima político se fue enrareciendo conforme avanzaba 1938 y crecían la oposición moderada y los grupos fascistas. Simultáneamente, las condiciones externas

también se volvían amenazadoras: a la postura irreductible de las compañías petroleras y la intensificación del boicot contra el petróleo mexicano (los rumores sobre el apoyo brindado por las compañías a la asonada cedillista habían sido precedidos por el rompimiento de las relaciones diplomáticas entre México y Londres), se añadían el irremisible hundimiento de la República Española, el crecimiento de la soberbia de Hitler y Mussolini, y la proximidad de una guerra que adivinaba todo el mundo menos Chamberlain y Daladier.

En ese delicado contexto, la nominación del candidato del PRM a la presidencia de la República implicaba mucho más que elegir a un hombre, para convertirse en un problema de sobrevivencia política para el grupo revolucionario. En esta coyuntura el nuevo partido revelaría su fuerza, pero también todas sus debilidades y la fragilidad de su alianza; y los nuevos hombres fuertes regionales se harían presentes.²¹ Una mala decisión hubiera implicado el rompimiento del delicado equilibrio político alcanzado entre los revolucionarios, y hubiera hecho imposible la derrota de una oposición de fuerza y agresividad crecientes.

Como es usual, la carrera por la nominación empezó desde muchos meses antes de las elecciones, de tal manera que en su IV Informe (1º de septiembre de 1938), el general Cárdenas condenó las actividades preelectorales que, por supuesto, no hicieron sino crecer en las semanas siguientes. Ya en octubre, habiendo naufragado las escasas posibilidades (internas, se entiende) de Juan Andrew Almazán, Gildardo Magaña, Francisco Castillo Nájera, Joaquín Amaro y Román Yocupicio, se afirmaban las precandidaturas del general Manuel Avila Camacho, secretario de la Defensa Nacional;

²⁰ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), p. 257.

²¹ Las fracturas de los cuatro sectores del partido, que empezaron a hacerse evidentes conforme avanzaba la lucha interna, han sido someramente explicadas por Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 48-49, y Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 262-264

y del general Francisco J. Múgica, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. Muy por debajo de ellos, el general Manuel Sánchez Tapia conservaba algunas esperanzas.

Frente al impresionante currículo revolucionario de Múgica,²² Avila Camacho, aparentemente, tenía poco que ofrecer. Nacido en Teziutlán, Puebla, en 1886, su hoja de servicios carecía de brillo (su hermano, Maximino, gobernador de Puebla en ese momento, tenía un historial militar mucho más importante). De 1919 a 1924 había sido jefe de Estado Mayor de Lázaro Cárdenas,²³ y de 1926 a 1929 fue jefe de una columna que operó contra los cristeros en Michoacán y Jalisco, y fue aquí, con su primer mando propio, donde salieron a la superficie algunas de sus principales características personales: frente al salvajismo con que solía hacerse esa guerra, Avila Camacho actuó con desusual moderación y suavidad; sus principales armas eran la persuasión y la conciliación, aunque no rehuía los combates cuando eran necesarios. Como resultado, en 1929 fue de los principales gestores de la paz. En premio, fue designado jefe militar de Tabasco: en la política de contrapesos del maximato, nadie mejor para equilibrar a Tomás Garrido Canabal. Cuando su jefe y amigo Cárdenas subió a la presidencia, su carrera conoció éxitos espectaculares: fue oficial mayor y subsecretario encargado del

²² Es difícil encontrar una buena biografía del general Múgica. Pueden verse los intentos de Magdalena Mondragón, *Cuando la Revolución se cortó las alas*, México, Costa Amic, 1966; Abel Camacho Guerrero, *Francisco J. Múgica, combatiente incorruptible*, México, PRI, 1993; y sobre todo Armando de María y Campos, *Múgica, crónica biográfica*, México, Ediciones Populares, 1939. Hay, también, una tesis sobre el personaje, de Ana Rivera Carbó, de la que me hablaron muy bien pero que la desafortada huelga de la Universidad me impidió consultar. Entre tanto ¿qué decir de Múgica en cinco renglones? Revolucionario de 1910, signatario del Plan de Guadalupe, iniciador “formal”, con Lucio Blanco, del reparto agrario constitucionalista; constituyente de 1917, donde fue una de las cabezas del ala radical y uno de los impulsores de las versiones definitivas de los artículos 27 y 123; gobernador agrarista –cacique radical– de Tabasco y Michoacán, etcétera.

²³ Como en el caso de Múgica, una larga amistad unía a Avila Camacho con Cárdenas: durante el tiempo que fue su jefe de Estado Mayor era el hombre de confianza del de Jiqualpan. En diciembre de 1923, cuando el general delahuertista Rafael Buena hizo polvo la columna federal que mandaba Lázaro Cárdenas, y éste fue herido de gravedad, su jefe de Estado Mayor, el coronel Avila Camacho, decidió correr la suerte del general. Cosas, creo, que no se olvidan.

despacho de Guerra y Marina, y desde diciembre de 1937, secretario de la Defensa Nacional.²⁴

Múgica era considerado un radical; era la cabeza visible del ala izquierda del grupo gobernante. Para la mayoría de los observadores no sólo continuaría la política del presidente Cárdenas, sino que sería aún más radical en materia social. Más aún, ya en 1938, lo veían como el candidato no sólo de Cárdenas, también de Lombardo Toledano y Graciano Sánchez, cabezas de la CTM y la CNC. Frente a eso, y tomando en cuenta la difícil situación internacional y el enrarecido ambiente político interno; considerando las heridas que a importantes grupos sociales se habían causado durante el cardenismo, muchos políticos preferían a un personaje de carácter indudablemente moderado y conciliador, y desde muy pronto vieron en el secretario de la Defensa su candidato.

A finales de 1938, parecía claro que las simpatías del presidente estaban con Múgica. Fue por eso que el primer paso (público) en la carrera por la sucesión lo dieron los partidarios de Avila Camacho: el 17 de noviembre se constituyó en el Senado el bloque avilacamachista.²⁵

Ahora bien, si los senadores se habían atrevido a dar ese importante paso fue porque una serie de fuerzas aún más importantes ya estaban comprometidas con Avila Camacho: durante los meses anteriores, numerosos gobernadores con fuerza política propia, hombres fuertes de sus respectivos estados (aunque ya no como los caciques de la década de los veinte), se habían ido agrupando secretamente en torno a la candidatura de Avila Camacho. En ese proceso fueron fundamentales los gobernadores de Veracruz,

²⁴ Krauze, La presidencia imperial, (Op. cit.), pp. 34-41. De las obras que sobre él se escribieron una vez que fue elegido candidato a la presidencia de la República, vale la pena la de José Altamirano, La personalidad del general Manuel Avila Camacho, México, s.p.i., 1940.

²⁵ Entre los senadores del bloque, que creció rápidamente hasta hacerse mayoritario, destacaban Gonzalo N. Santos, Leobardo Reynoso, Cándido Aguilar, José María Dávila, Gilberto Flores Muñoz, Nazario Ortiz Garza y Julián Garza Tijerina.

Miguel Alemán; Estado de México, Wenceslao Labra; y Tamaulipas, Marte R. Gómez. (Este último era para entonces el lugarteniente político de Portes Gil, a cuyo grupo pertenecían muchos de los gobernadores que se declararon por Avila Camacho). Finalmente, ya comprometido un número importante de gobernadores, el 16 de noviembre los senadores que al día siguiente constituirían el bloque avilacamachista, se reunieron en una finca del gobernador de Puebla, Maximino Avila Camacho, para ultimar detalles.

La lucha interna que terminó con el triunfo de Avila Camacho duró menos de cuatro meses, pues el poblano llevaba cartas marcadas: frente a la simpatía de Cárdenas, que se había propuesto intervenir lo menos posible en el proceso de sucesión, la amistad del presidente del partido, Luis I. Rodríguez, y los desesperados trabajos de Soto Reyes y algunos amigos más, que conforme pasaba el tiempo veían decrecer las posibilidades de Múgica, el tren avilacamachista fue cobrando una fuerza incontestable. Ya en los primeros meses de 1939 estaban con Avila Camacho todos los gobernadores salvo los de Yucatán, Campeche, Zacatecas y Michoacán; los bloques mayoritarios de las dos Cámaras; numerosos grupos de profesionistas y oficiales del Ejército; y en general, el grueso de la clase política.

Finalmente, los días 22 y 23 de febrero de 1939, los líderes de la CTM y la CNC, ya comprometidos con el equipo de Avila Camacho, lo proclamaron su candidato. Múgica mantuvo su precandidatura unos meses más, y en agosto pidió regresar al servicio activo del Ejército, aceptando su derrota sin salirse del partido.²⁶

La victoria de Avila Camacho sobre Múgica parece sencilla, y sin embargo, quienes hablan del giro a la derecha ven su inicio precisamente aquí (recuérdese la cita

²⁶ La crónica de la lucha interna, decidida entre noviembre de 1938 y febrero de 1939, en Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 264-271; Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 49-71; y Ariel José Contreras, México 1940: Industrialización y crisis política, México, Siglo XXI, 1977, pp. 13-57.

de don Daniel Cosío Villegas con la que abrimos el capítulo). De manera que hay un montón de preguntas que responder, entre ellas ¿por qué la clase política y los líderes del movimiento obrero y campesino optaron, sin que mediara ningún auténtico debate político-ideológico, por un hombre que no tenía tres años en la primera fila de la vida nacional, que casi no había tomado ninguna posición política, del que se ignoraban sus principales propuestas, que era casi desconocido? ¿Por qué Cárdenas y los “radicales” que estaban en primera fila, como Luis I. Rodríguez, Vicente Lombardo Toledano y Graciano Sánchez, no quisieron o no pudieron impedir la candidatura de un hombre al que se suponía conservador? La disyuntiva Avila Camacho-Múgica, ¿era realmente una disyuntiva entre dos formas distintas de concebir la política y la economía mexicanas?

Si se piensa que la decisión fue de Cárdenas, las respuestas hay que buscarlas en Cárdenas, y si este, en 1939, sentía que había llevado hasta sus últimas consecuencias el programa social de la Revolución, y había forjado un partido revolucionario que encuadraba a poderosas organizaciones de obreros y campesinos, pero al mismo tiempo notaba “que no podía estirar más la cuerda de las reformas, a riesgo de romperla y sumir al país en una nueva guerra civil”, debía concluir que se necesitaba un paréntesis de conciliación, que ya los revolucionarios organizados se encargarían de que sólo fuera eso.²⁷

Pero Cárdenas, que había declarado desde su IV Informe que había que retardar la decisión, fue rebasado por la rapidez con que se armó la aplanadora avilacamachista: ya para enero de 1939 le hubiera sido muy difícil tratar de voltear la balanza a favor de su paisano. La rápida agrupación en torno a Avila Camacho de los sectores de la burguesía nacionalista que habían apoyado a Cárdenas en 1933, con los hombres fuertes

²⁷ Krauze, *La presidencia imperial*, (Op. cit.), pp. 33-34.

de los Estados y los jefes de más peso dentro del Ejército,²⁸ había deteriorado la capacidad de decisión de Cárdenas, que efectivamente, había pensado en Múgica para sucederlo. La posibilidad de elegir a Múgica se agotó cuando ni siquiera los radicales de mayor importancia política –Lombardo y Graciano Sánchez- lo apoyaron.²⁹

Tiempo después, Lombardo Toledano diría que sus razones para apoyar a Avila Camacho las dictó el temor –bien real, por cierto- a un golpe de Estado desde la derecha, que un candidato moderado podría evitar, mientras un candidato radical haría inminente. Para Lombardo, la difícil situación interna hacía necesario un candidato moderado, y Avila Camacho, un militar apreciado por sus colegas y capaz de mantener unido al Ejército, sin antecedentes antisindicalistas ni antiagrarristas, leal a Cárdenas y conocido por preferir la conciliación al enfrentamiento, era el mejor. Lombardo parecía estar seguro de que había que ceder un poco para consolidar lo obtenido durante el cardenismo y evitar la división en las filas oficiales y la guerra civil.³⁰

Por otro lado, tanto los lombardistas como el grupo de Graciano Sánchez y León García –cuyas razones para apoyar a Avila Camacho fueron muy parecidas a las de aquellos- pensaban que impondrían sus condiciones en la redacción del II Plan Sexenal.

Finalmente, hay que decir que aunque los muguquistas se presentaron siempre como los continuadores de la política de Cárdenas, se cuidaron muy bien de expresar opiniones demasiado radicales.³¹

²⁸ J. M. Corro Viña, citado por Contreras, dice que ningún precandidato se había tomado tantos trabajos para amarrar la decisión a su favor, ni con tanto tiempo de anticipación, como Avila Camacho, de manera que para fines de 1938 todos los jefes de zona militar (excepto Almazán) eran abiertos y decididos partidarios del secretario de la Defensa. Contreras, México 1940: Industrialización y crisis política, (Op. cit.), p. 52.

²⁹ Contreras, México 1940: Industrialización y crisis política, (Op. cit.), pp. 41-46.

³⁰ Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 63-67; y Contreras, México 1940: Industrialización y crisis política, (Op. cit.), p. 50-53.

³¹ La derrota de Múgica tampoco fue incruenta: numerosas comunidades muguquistas en estados como Michoacán, Zacatecas, Durango y Morelos, fueron expulsadas de la CNC; y entre los argumentos empleados para expulsar a Hernán Laborde y Valentín Campa del Partido Comunista –que oficialmente apoyó a Avila Camacho- estaba el de que había impulsado la candidatura de Múgica.

A fin de cuentas ¿qué hubiera sido distinto? Quizá únicamente, el acento puesto en el ejido colectivo, materia en la que podemos suponer que Múgica no hubiera dado marcha atrás. Durante el cardenismo la industria manufacturera creció a grandes pasos y muchos de los grandes magnates nacionales, empezaron a construir las bases de su poder durante ese sexenio, entre ellos Azcárraga (radiocomunicaciones), O'Farril (industria automotriz), Steele y Ruiz Galindo (equipo de oficina), Vallina (banca comercial) y otros. Paralelamente, considerando el papel que se le atribuía al Estado en la economía, durante el sexenio se invirtieron grandes sumas en hacer productivo el campo (y no sólo el sector ejidal), se fortaleció la Nacional Financiera, reafirmando su misión de refaccionar a plazos cómodos a los pequeños y medianos industriales; se creó la Comisión Federal de Electricidad; se impulsó la industria azucarera, construyéndose ingenios estatales y fomentando la construcción de ingenios privados; se impulsaron las industrias de la artesela y la celulosa, etcétera.³²

El proyecto era hacer de México un país capitalista moderno, adoptando los postulados del Estado social. Francisco J. Múgica, lo mismo que Manuel Avila Camacho, era partidario de ese proyecto. ¿Qué hubiera sido distinto? Quizá las formas... suponiendo que con un candidato con las características personales de Múgica –radical, intransigente, violento-, el almanismo no hubiera terminado en la formidable guerra civil que el temperamento moderado y conciliador de Avila Camacho contribuyó a evitar.

c) La campaña electoral de 1940.

Derrotado definitivamente Múgica en febrero de 1939, cuando la CTM y la CNC proclamaron como su candidato a Avila Camacho, éste y sus colaboradores dedicaron

³² Córdova, La política de masas del cardenismo, (Op. cit.), pp. 177-201; Contreras, México 1940: Industrialización y crisis política, (Op. cit.), pp. 21-25, y sobre todo Suárez, Comentarios y recuerdos,

los meses siguientes a poner sus filas en orden ante el crecimiento de la oposición externa y las tendencias centrífugas que dentro del partido representaban Múgica y dos candidatos menores, Rafael Sánchez Tapia y Gildardo Magaña.

Frente a la CTM, la CNC y la CGT, los grupos que habían apoyado originalmente a Avila Camacho quedaban en riesgo de ser rebasados, por lo que el grupo legislativo, encabezado por el coronel Gabriel Leyva Velázquez; los gobernadores encabezados por Miguel Alemán; y los jefes militares coordinados por el general Donato Bravo Izquierdo, dieron vida al Comité Directivo Nacional de la Campaña Pro-Avila Camacho, dirigido por Alemán, con Leyva Velázquez como segundo, y donde ocupaban cargos destacados, entre otros, el diputado Adolfo Ruiz Cortines y el senador Gonzalo N. Santos.

Uno de los primeros resultados de la consolidación del grupo avilacamachista fue la caída de Luis I. Rodríguez de la presidencia del CCE. Los partidarios del poblano lo consideraban ajeno, demasiado leal a Cárdenas, capaz, en connivencia con el presidente, de dar un golpe de timón a favor de Múgica, por lo que empezaron a protestar con fuerza contra su permanencia en el cargo, hasta obligarlo a renunciar el 28 de mayo. Ocupó su puesto el general Heriberto Jara.³³

El nuevo presidente del partido entró llamando a la unidad, a cerrar filas en torno al presidente y al candidato, y se dedicó a consolidar al partido, que no había salido muy bien parado de la lucha interna. Además, estatutariamente, el CCE por él dirigido (sólo hubo un cambio respecto al anterior: César Martino sustituyó a León García) tenía la responsabilidad de redactar el II Plan Sexenal y de convocar a la I Asamblea Nacional Ordinaria del PRM.

(Op. cit.), pp. 104-131

³³ El general de división Heriberto Jara Corona nació en Nogales, Ver., en 1884. Dirigente de la huelga de Río Blanco (1906), revolucionario maderista, diputado a la XXVI Legislatura (1911-13), diputado

El 1º de julio de 1939 se convocó a la Asamblea, que se celebraría del 1º al 3 de noviembre.³⁴ Los llamados a la unidad encontraron rápido eco en la izquierda del partido: temerosos del crecimiento de la oposición de derecha, los muguistas se disciplinaron, y el propio general renunció a sus aspiraciones el 14 de julio, siendo readmitido en el servicio activo del Ejército. Sin embargo, en la derecha del partido, empezaron las escisiones que no tendrían otro resultado que fortalecer al almanismo.

Por su parte, los dirigentes de la CTM también se habían dedicado a curar las heridas causadas por la lucha interna (Múgica tenía muchas simpatías en la central obrera). Lombardo y Fidel recorrieron todo el país, sustituyeron los comités de dudosa lealtad y restablecieron la disciplina. El 20 de noviembre, la CTM haría una demostración de fuerzas: 17,000 obreros militarizados marcharon por la ciudad, y aunque de momento no estaban armados, fueron un claro mensaje de advertencia tanto a las veleidades golpistas del almanismo como a los jefes militares que, simpatizando con Almazán, sintieran tentaciones de levantarse en armas. De esos obreros militarizados saldrían los grupos de choque que el 7 de julio de 1940 frenarían la “ola verde” almanista.

De esa manera, cuando se inauguró la Asamblea (1º de noviembre), con una Europa ya en guerra, el PRM había cerrado filas, disciplinadamente, en torno a Avila Camacho, y se preparaba para una contienda electoral nada sencilla.³⁵

La I Asamblea del PRM tenía dos tareas por delante, discutir y aprobar el Plan Sexenal preparado por el CCE, y aprobar oficialmente la candidatura de Avila Camacho. El proyecto de Plan Sexenal se aprobó casi sin discusión: a diferencia de lo

constituyente (1916-17), senador (1920-24), gobernador de Veracruz (1924-28) y jefe de varias regiones militares, era un revolucionario de mucho prestigio y capacidad política reconocida.

³⁴ *Historia documental*, (Op. cit.), v. 4, pp. 247-261

³⁵ La crónica de estos trabajos unitarios en Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*. (Op. cit.), pp. 77-85; y Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 274-280.

hecho en 1933, el CCE, para redactarlo, había tomado en cuenta las opiniones de los principales grupos del partido, por lo que no hubo que rehacerlo durante la Asamblea.³⁶

El II Plan Sexenal reflejaba ya el espíritu de unidad nacional y conciliación de clases que sería la piedra de toque del sexenio de Avila Camacho. Los redactores se habían esforzado por presentar un programa que, sin abandonar la línea del partido, fuera conciliador. Así, en los debates sobre el Plan, los dirigentes del partido habían convencido a los de la CTM de retirar sus propuestas sobre el ejido colectivo, la escala móvil de salarios, el control de inversiones y otras demandas de la central.

El Plan aprobado en la Convención hacía profesión de fe democrática, reconociendo, sin embargo, que para alcanzar esa forma de gobierno se requerían una serie de condiciones económicas, políticas y sociales que debería impulsar el Estado, única entidad capaz de equilibrar fuerzas, suprimir injusticias y sentar las condiciones mínimas para la democracia real. El propósito del Plan era construir una patria fuerte, rica e independiente.

Como los derechos de los trabajadores ya estaban garantizados, según el Plan, la iniciativa privada debía estimularse y fomentarse sin más trabas que la que impusiera la ley. En materia agraria se pronunciaba contra el latifundismo y a favor de la parcelación individual y la titulación de las tierras ejidales. En materia obrera se postulaba como objetivo la búsqueda de una justa distribución de la riqueza, permitiendo que el capital tuviera márgenes de ganancia atractivos, que fomentaran la inversión; una serie de medidas como el salario mínimo, la creación del seguro social, la construcción de viviendas para trabajadores, y otras similares, soportaban la propuesta fundamental,

³⁶ Véase el texto del Plan en Historia documental, (Op. cit.), v. 4, pp.305-328.

cuyo fin buscado era la sustitución de la lucha de clases por los derechos sociales estatalmente tutelados.³⁷

Mientras el PRM cerraba filas, la oposición tomaba cuerpo. Desde 1938 algunos veteranos de la Revolución, que habían sido carrancistas o callistas, habían dado vida a grupos anticardenistas, algunos con simpatías con el fascismo. Jorge Prieto Laurens, Bernardino Mena Brito, Ramón F. Iturbe, Manuel Pérez Treviño, Gilberto Valenzuela, Rafael Cal y Mayor, Jacinto B. Treviño y otros “cartuchos quemados” (como los llamó Lombardo Toledano), fueron construyendo organizaciones cuyo común denominador eran los ataques al cardenismo. Estas tendencias se vieron reforzadas en 1939 cuando tres precandidatos de las filas oficiales, salieron del PRM y trataron de mantener por fuera sus campañas: Joaquín Amaro, Gildardo Magaña y Rafael Sánchez Tapia.

Paralelamente fueron naciendo organizaciones de derecha, anticardenistas, sin vínculos con grupos de exrevolucionarios. Los más importantes fueron la Unión Nacional Sinarquista (UNS), organización con fuerza entre los pequeños propietarios del Bajío, justo en las regiones donde había tenido gran fuerza la guerra cristera, y que se oponía al reparto agrario cardenista, a la educación socialista y a otras reformas del régimen; la UNS no ocultaba su profundo catolicismo y sus simpatías por el falangismo. Los “Camisas Doradas”, grupo fascista de choque dirigido por Nicolás Rodríguez, que se preciaba de haber sido villista, aunque nunca ocupó cargos importantes en la División del Norte. Y sobre todo, por haber presentado un proyecto a largo plazo y haberse fincado en hondas raíces políticas que iban más allá de la mera reacción contra el cardenismo, ofreciendo una alternativa para quienes buscaban una tercera vía entre el liberalismo individualista y el colectivismo, el Partido Acción Nacional, fundado en

³⁷ Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 94-97; y Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 280-286.

septiembre de 1939 bajo la dirección de Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna.³⁸

Entre todos esos grupos, se fue abriendo paso la candidatura a la presidencia del general Juan Andrew Almazán, revolucionario enriquecido, industrial, carismático y prestigiado jefe militar, capaz de unificar en torno a su figura a los enemigos del cardenismo:

Los sectores de la clase media que habían apoyado a Vasconcelos en 1929, volvieron a levantar la bandera de la oposición al partido de la Revolución, pero ahora contaban con aliados importantes, de que habían carecido durante las jornadas vasconcelistas. Buena parte de la burguesía industrial del norte, sobre todo la regiomontana; algunos círculos de la burguesía liberal que se habían mantenido fuera de la lucha política, y que encontraron un líder carismático en Emilio Madero, hermano del presidente Madero; muchos militares exrevolucionarios en retiro –y algunos en activo; y grupos numerosos de rancheros y pequeños propietarios del centro y el norte, empezaron a sumarse al almanismo.

Almazán empezó oficialmente su campaña el 27 de agosto de 1939, en un mitin multitudinario, y en los meses siguientes empezaron a nacer y crecer como los hongos numerosas organizaciones, representantes de los sectores sociales atrás enlistados, que se sumaban alegremente, al ritmo de las “Cuatro milpas”, a la campaña electoral del guerrerense.

A fines de 1939, cuando renunciaron a sus candidaturas Amaro, Magaña y Sánchez Tapia, el almanismo parecía consolidado, pero en realidad, carecía de una estructura organizativa y de un programa de gobierno; y Almazán se negó a construir ambos, lo primero, porque no quería ser candidato de un partido, sino llegar al poder

³⁸ Veanse las raíces del PAN, su fundación y su participación –prudente y moderada– en la coyuntura de 1939-40, en el reciente libro de Soledad Loaeza, El Partido Acción Nacional: La larga marcha, 1939-

con los menos compromisos explícitos posibles (y sin embargo, se construyó el Partido Revolucionario de Unificación Nacional, PRUN, que fue lo más parecido a un órgano centralizador del almazanismo); y lo segundo, porque no había forma de darle cuerpo a un programa sin hacer peligrar la amplia alianza social que daba vida al movimiento, en la que confluían desde el liberalismo clásico hasta el nazifascismo más intolerante.³⁹

¿Qué le oponía el PRM a este amplio movimiento? La fuerza del Estado y la de los ejidatarios y los obreros organizados. Estos últimos sobre todo, fueron la punta de lanza del avilacamachismo en las ciudades, mientras que en el campo, los agraristas del PRM eran un claro dique a cualquier antojo de revuelta armada: era claro que como en la delahuertista, como en la cristada, como en la escobarista, los agraristas pelearían del lado del gobierno.

Por su parte, tanto el presidente Cárdenas como el candidato Avila Camacho tendieron puentes hacia los sectores que mostraban preferencias por Almazán. El crecimiento de la oposición, aunado al recrudecimiento de la Segunda Guerra Mundial (no se olvide que en la primavera de 1940 arrancó la sorprendente ofensiva alemana que dejó al Ejército Francés fuera de combate en poco tiempo) obligó al presidente a moderar las tesis reformistas de su gobierno. A su vez, Avila Camacho, en sus discursos de campaña, se mostraba cada vez más moderado y conciliador. En el curso de 1940 comenzó a apelar a los valores tradicionales de la sociedad.⁴⁰

1994... México, FCE, 1999, pp. 105-181

³⁹ La interpretación más ambiciosa de la coyuntura de 1940 es la de Contreras, México 1940: Industrialización y crisis política, (Op. cit.). Véase también la de Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 98-122. Dos versiones de los almazanistas en Juan Andreu Almazán Memorias del Gral. J. Andreu Almazán. Informe y documentos sobre la campaña política de 1940, México, E. Quintanar, 1941; y Bernardino Mena Brito, Almazán, el PRUN y el desastre final, México, Ediciones Botas, 1941.

⁴⁰ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 286-292. Entre los discursos del candidato en el sentido indicado destacan los pronunciados en Guadalajara, donde prometió que no habría persecución religiosa y que se garantizaría la pequeña propiedad; en Colima, donde apeló a los valores familiares; en La Barca, Jal., donde postuló la necesidad de parcelar individualmente los ejidos y reiteró "Habrá respeto absoluto para la pequeña propiedad"; en Morelia, donde presentó la defensa de la paz y la justicia social como principios básicos de su gobierno; en Xalapa, donde defendió los valores morales del pueblo y reiteró que el hogar sería respetado y la familia se consideraría pilar esencial de la sociedad; en

Ante una sociedad dividida, el momento del vuelco en la campaña fue el pacto gestionado por Miguel Alemán, coordinador de la campaña de Avila Camacho, con la burguesía industrial regiomontana. Con ese pacto se rompió la alianza social almanista y se le quitó al guerrereño uno de sus principales apoyos, al mismo tiempo que se daba el paso más significativo en la lucha por atraerse a los sectores descontentos con el cardenismo, como paso previo para un gobierno en el que el imperativo sería la unidad nacional.

Conforme los discursos de Avila Camacho lo mostraban como un hombre “ponderado, sereno, verídico, sensato y moral”,⁴¹ y según iba tendiendo lazos a los círculos de la burguesía nacionalista (sobre todo durante su estancia en Monterrey, en septiembre de 1939), los capitanes de industria empezaron a ponderar su participación (y financiamiento) en las filas almanistas, máxime cuando la campaña de este crecía en popularidad y su dirección política iba pasando a manos de los intelectuales “pequeñoburgueses” y los militares exrevolucionarios.⁴² Frente al almanismo, que de todos modos era una carta arriesgada y amenazaba destruir los equilibrios tan difícilmente contruidos en las dos décadas precedentes, los jerarcas del Grupo Monterrey tomaron en sus manos la dirección de sus asuntos y empezaron a negociar con Avila Camacho, al mismo tiempo que impulsaban el nacimiento del PAN, un partido de derecha moderada y conciliadora, ajeno a los radicalismos, las confusiones y las veleidades de los almanistas. Finalmente, ya iniciado 1940, el Grupo Monterrey

el Puerto de Veracruz recaló la necesidad de la titulación individual de la parcela; en Mérida, donde apeló a los “altos valores espirituales” del pueblo y volvió a defender la familia y la titulación de las parcelas; en Puebla, donde presentó a la paz y el orden como anhelos de su gobierno, etcétera, etcétera. Véase en *Historia documental*, (Op. cit.), v. 4, pp. 345-441.

⁴¹ Según escribió el 14 de septiembre de 1939 en *La Reacción* Aquiles Elorduy, vocero oficial del Grupo Monterrey. En esa revista escribían los intelectuales ligados al Grupo, como Nemesio García Naranjo, Luis Cabrera y Juan Sánchez Navarro. Citado por Contreras, *México 1940: Industrialización y crisis política*, (Op. cit.) p. 157.

⁴² Conforme se acercaba el final de 1939 Aquiles Elorduy, Luis Cabrera, Rubén Salazar Mayén y Nemesio García Naranjo dejaron de ser jilgueros del almanismo para empezar a atacar, cada vez con mayor fuerza. Contreras, *México 1940: Industrialización y crisis política*, (Op. cit.), p. 158.

firmó un pacto secreto con Miguel Alemán, por medio del cual le retiró todo su apoyo a Almazán para empezar a apoyar a Avila Camacho.⁴³

Este pacto, como ya se dijo, fue un primer paso, muy importante, en la búsqueda de la unidad nacional, un acuerdo con los sectores de la iniciativa privada capaces de asumir, con el Estado, la tarea del desarrollo industrial de México; y fue también una muestra de la fuerza que durante el cardenismo había adquirido la burguesía industrial, que por primera vez participaba abierta y decididamente en la política nacional. Tras el Grupo Monterrey, que tenía sus bases en la industria metalúrgica, la vidriera y la cervecera, otros sectores de la burguesía industrial y financiera empezaron a acercarse al gobierno.⁴⁴

El cambio de rumbo de los principales capitanes de industria fue un golpe del que el almazanismo no pudo recuperarse. Conforme se acercaban las elecciones el panorama se tornaba sombrío, y el 7 de julio hubo de todo, desde robo de urnas hasta enfrentamientos armados entre los obreros de la CTM y las brigadas de choque almazanistas. La sangre corrió en algunas ciudades del país, y tras los resultados oficiales, que le dieron el triunfo por amplio margen a Avila camacho, los almazanistas clamaron “¡fraude!” Se llamó a la revuelta armada, pero el Ejército permaneció sólidamente unido en torno a las instituciones y la cosa no pasó de algunos combates sin importancia en Chihuahua. Almazán abandonó el país el 17 de julio, dejando a sus partidarios a su suerte, y finalmente, transigió con el gobierno.

Los últimos meses del gobierno de Cárdenas fueron aparentemente tranquilos: el presidente frenó por completo las reformas sociales y la virulencia de sus manifiestos; el

⁴³ Soledad Loeza presenta de una manera mucho más compleja e interesante el problema del nacimiento del PAN. La capacidad de sus fundadores para no dejarse llevar por el remolino almazanista, sin dejar de ofrecerle un moderado apoyo al divisionario de Olinolá, le permitió al novel partido preservar su identidad y sus banderas, sin jugar la arriesgada carta de un militar voluble y corrupto, que no tardó en abandonar a sus partidarios. Loeza, *El Partido Acción Nacional...*, (Op. cit.), pp. 146-178

⁴⁴ “El Pacto”, Contreras, *México 1940. Industrialización y crisis política*, (Op. cit.), pp. 153-174.

PRM diluía sus postulados ideológicos y programáticos; la CTM resentía el desprestigio causado por la participación de sus grupos de choque en las elecciones, y acentuado por el asesinato de Trotsky el 20 de agosto, asunto en el que los líderes cetemistas no tuvieron nada que ver, pero sus constantes ataques contra el creador del Ejército Rojo los hacían aparecer como moralmente corresponsables ante la opinión pública. En fin, el régimen había entrado a un pantano del que sólo lo sacó la toma de posesión del general Avila Camacho.⁴⁵

d) Estabilidad y desarrollo. (El gobierno de Avila Camacho).

El nuevo presidente subió al poder con la idea de que no había ganado las elecciones, idea compartida por un amplio sector de la opinión pública, y esa especie de “pecado original” señalaría al sexenio, acentuando los rasgos conciliadores y moderados que ya habían marcado la pauta de la campaña.⁴⁶ Las dos tesis que guiarían la práctica política durante los seis años del presidente Avila Camacho, serían las de “unidad nacional y conciliación de clases”, señaladas al principio de este capítulo. Añádase que cuando el poblano tomó posesión de la presidencia, Francia estaba vencida, la batalla de Inglaterra amenazaba inclinarse del lado alemán, y en el Pacífico la ofensiva japonesa parecía incontenible.

Una de las características del gobierno sería tratar de equilibrar a los diversos grupos del partido (también se seguiría el viejo apotema de Catalina de Médicis, “dividir para reinar”, pues, como veremos, el presidente y sus partidarios aparecerían como el fiel de la balanza entre la izquierda y la derecha oficiales), y la integración del gabinete sería una muestra de ello: los cardenistas obtuvieron las carteras de Trabajo,

⁴⁵ Sobre el asesinato de Trotsky y los hechos que le antecedieron (como el atentado dirigido por el “coronelazo” Siqueiros), véase Deutscher, *Trotsky, el profeta desterrado*, (Op. cit.), pp. 436-457; y la obra del jefe de la policía secreta mexicana, el coronel Leandro A. Sánchez Salazar, *Así asesinaron a Trotsky*, México, Populibros “La Prensa”, 1943.

Comunicaciones y Educación, encargadas a Luis Sánchez Pontón, Jesús M. de la Garza e Ignacio García Téllez (más adelante, cuando México entró formalmente a la Guerra, se incluyó al propio general Cárdenas en la cartera de Defensa). El grupo de Portes Gil, que tan importante había sido en la consolidación del avilacamachismo, estuvo representado por Ezequiel Padilla, secretario de Relaciones Exteriores; y por Marte R. Gómez, secretario de Agricultura. Francisco Javier Gaxiola, hombre cercano al ex-presidente Abelardo Rodríguez, y representante de la burguesía nacionalista del norte, fue nombrado secretario de Economía.

No eran designaciones gratuitas: Sánchez Pontón y García Téllez serían los garantes del respeto a dos de los logros más caros para los cardenistas, la educación socialista y las garantías laborales. Marte Gómez era un viejo agrarista, pero de la corriente inclinada al impulso de la pequeña propiedad y de la titulación individual de las parcelas ejidales; es decir, un partidario natural de la política agraria esbozada por Avila Camacho en sus discursos de campaña. Ezequiel Padilla llegaba a la cancillería cuando la Guerra Mundial hacía necesaria la cooperación con los Estados Unidos. Gaxiola iba a Economía a garantizar el pacto firmado con la burguesía industrial, a impulsar y fomentar la iniciativa privada. Finalmente, estaban los secretarios de Estado propiamente avilacamachistas, sobre todo, el hombre que recibiría el difícil encargo de mantener a toda costa la estabilidad política, a través de los llamados a la unidad nacional: el secretario de Gobernación, Miguel Alemán Valdés.

La política de "conciliación rectificadora" respondía "al afán de conciliar fuerzas políticas disímiles y hasta contradictorias", para que no hubiese "una parte de la sociedad alejada del gobierno y descontenta con sus decisiones", en un contexto internacional verdaderamente complicado, en el que no sólo había que enfrentar (así fuera lateralmente) a las potencias del Eje, sino también evitar que nuestros incómodos

⁴⁶ Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, (Op. cit.), pp. 133-136.

aliados norteamericanos adquirieran demasiado peso en la vida interna de México. Esta política puso énfasis en tres de los aspectos más conflictivos heredados del cardenismo: el problema agrario, las relaciones entre el capital y el trabajo y la educación socialista.⁴⁷

Otra de las ideas conductoras del sexenio fue la de elevar cuanto fuera posible la productividad agrícola e industrial, y en materia agraria, esa idea confluyó con la de conciliación, para definir una nueva política que relegaba al ejido (en la base estaba la idea de que el ejido era menos productivo que la pequeña propiedad) y favorecía la propiedad privada y el capitalismo en el campo. Este cambio respondía a una concepción más general de la política económica, cuyo perfil principal era la búsqueda de un rápido desarrollo industrial, que requería un crecimiento satisfactorio de la agricultura, sector que debía alimentar a los nuevos obreros, proporcionar materias primas y captar divisas frescas vía exportación; y como tales objetivos eran inalcanzables ante los clamores de “inseguridad en el campo”, el presidente determinó asignar un lugar primordial al sector privado en el agro. De esta manera, se reorientó por completo la política agraria, eliminando todo vestigio de “tendencias comunistas o socializantes”, privilegiando a la propiedad privada y descuidando al ejido, favoreciendo en su seno la corriente individualista.

Siendo la conciliación, la productividad y el crecimiento económico objetivos prioritarios para el Estado mexicano en ese momento de su desarrollo, una de las tareas políticas fundamentales era la limitación gradual de las reivindicaciones obreras y la beligerancia y combatividad de la CTM. Una serie de medidas legales marcarían la nueva política obrera: en 1941 se reformó la Ley Federal del Trabajo y se creó la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, reforzando el papel arbitral del Estado en los

⁴⁷ Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, (Op. cit.), pp. 229-230. En los dos párrafos que siguen no hago sino glossar y resumir a Luis Medina, cuyo trabajo sigue siendo la mejor explicación de los motores

conflictos laborales, y limitando rígidamente el derecho de huelga; como contrapartida conciliadora, empezaron los estudios para echar a andar el Seguro Social, añeja demanda sindicalista. Al mismo tiempo, el gobierno debilitó el frente patronal que se había opuesto al cardenismo, al reformar la ley de cámaras, obligando a las cámaras industriales a separarse de las de comercio, allanando así el camino para el fomento gubernamental a la industria. El resultado final que se buscaba era la unidad nacional en el espinoso terreno de los factores del capital, instalando una Comisión Nacional Tripartita que, con representación de obreros, patronos y gobierno, fuera capaz de resolver sin mayor desgaste los conflictos laborales. La vía seguida para llegar a la meta fue la limitación de la beligerancia sindical y la reducción del conflicto, respetando, sin embargo, los derechos laborales ya conquistados y enriqueciéndolos con una nueva labor benefactora del Estado que se traduciría en la instauración del Seguro Social. Los resultados fueron palpables: en 1942 se constituyó el Consejo Obrero Nacional (CON), que unía a la CTM con la CROM, la CGT, la Confederación Nacional Proletaria y la Confederación Obrera y Campesina Mexicana; y en 1945, el CON y la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (CNIT), firmaron el pacto obrero-industrial, que se proponía el desarrollo económico de México en un marco de justicia social. De esta manera (y lo veremos también cuando hablemos del sector obrero del PRM), a fines del sexenio, después de largas pugnas, se había reorientado la política obrera del Estado mexicano: la lucha de clases sería sustituida por la conciliación de clases, y en lugar de aspirar a una futura y difusa socialización de los medios de producción, se aspiraría al desarrollo económico y la "justicia social".

Las reformas a la ley de Cámaras, que permitió la autonomía de los industriales a través de la creación de la Confederación de Cámaras de Industria (CONCAMIN) y de la CNIC, y la de la Ley de Industrias de Transformación, que exentaba a las industrias

nuevas durante cinco años de impuestos de importación y exportación, renta, utilidades, timbre, y contribución federal; la supresión del Impuesto al Superprovecho; y la creación de la cláusula de Empresa Más Favorecida (reformas todas instrumentadas en 1941), beneficiaban a las industrias nuevas y a las "necesarias". Complemento indispensable de esta política industrializadora fueron las nuevas políticas de fomento, que fortalecieron la labor de la Nacional Financiera (reformada en 1940) como impulsora de la industria nacional e intermediara entre los industriales y los particulares que buscaban ahorrar o invertir a largo plazo.⁴⁸

Finalmente, una circunstancia que resultó extremadamente favorable para la política de industrialización y desarrollo, lo mismo que para la de la unidad nacional, fue el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Las industrias tradicionales (las ya desarrolladas, como la textil), recibieron un fuerte estímulo de la demanda externa, especialmente norteamericana; y las nuevas industrias de la transformación (la rama más fomentada) se beneficiaron con las favorables políticas de exención de impuestos, de protección arancelaria y de sustitución de importaciones que el contexto internacional hacía posible.⁴⁹

El Estado no abandonó su papel activo en la economía: el control de industrias estratégicas, la construcción de infraestructura, las políticas proteccionistas y de fomento, la subordinación del crecimiento agrícola al desarrollo industrial, y otras medidas gubernamentales, dieron el impulso necesario a la industrialización. El resultado fue palpable, pero el crecimiento desequilibrado redundó en una creciente dependencia de los vaivenes del mercado internacional. De cualquier manera, a fines del

⁴⁸ Martha Rivero, "La política económica durante la guerra", en Rafael Loyola, (coordinador), Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40, México, CONACULTA, 1990, pp. 24-27. Véase también Blanca Torres Ramírez, México en la segunda guerra mundial, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 20), 1978

⁴⁹ Martha Rivero en Loyola Entre la guerra y la estabilidad política, (Op. cit.), pp. 46-47.

sexenio, se consideraba que la razón de ser del Estado mexicano, eran el impulso del crecimiento económico y el desarrollo de México.

2. LA CONSOLIDACION DE LAS INSTITUCIONES POLITICAS.

a) El Partido de la Revolución Mexicana.

Tras la legitimación del Estado y la centralización del poder alcanzadas durante el cardenismo, el sistema político mexicano adquiriría sus rasgos más señalados durante los años de Manuel Avila Camacho.

Durante el sexenio de la unidad nacional, el partido propiamente dicho pasó al segundo plano de la vida política, salvo en lo referente a sus funciones electorales. La imagen del partido en 1940 era un obstáculo para las tesis esenciales del sexenio (unidad nacional, conciliación de clases, desarrollo económico, industrialización) y había que remozar esa imagen, cambiando varios aspectos de su estructura y postulados, y antes de poder hacerlo formalmente (a principios de 1946, con la última transformación formal del partido), había que convencer a los militantes y dirigentes, e irlo transformando en la práctica poco a poco.

El 2 de diciembre de 1940, Antonio Villalobos se hizo cargo de la presidencia del PRM en sustitución de Heriberto Jara.⁵⁰ Lo acompañaban Florencio Padilla en la secretaría general, Sacramento Joffre en acción agraria, Maximino Molina en acción obrera, Alfonso Corona del Rosal en acción militar y Eduardo Vidal Cruz en acción popular. (En enero de 1941 el mayor José Escudero sustituiría a Vidal Cruz, para a su vez ser relevado en diciembre por el mayor Antonio Nava Castillo).

La primera labor importante del nuevo CCE fue la eliminación del sector militar, concretada en diciembre de 1940 y enero de 1941. Un decreto presidencial firmado el 10 de diciembre, que recordaba los argumentos con los que los jefes militares se habían opuesto a la formación del cuarto sector en 1938, retiraba a los militares del PRM. Se

argumentaba que la participación activa del Ejército en la política amenazaba la cohesión y disciplina de las fuerzas armadas y su carácter de baluarte de las instituciones. El 16 de diciembre el CCE declaró suprimido el sector militar. Los mandos militares apoyaron unánimemente la decisión del presidente, quien declaró que en adelante, los militares que como ciudadanos quisieran participar en política, podrían hacerlo a través de cualquier otro de los sectores. La rapidez y facilidad con que se ejecutó este acto demostró que ya no había marcha atrás en la consolidación del presidencialismo: Manuel Avila Camacho lo había heredado intacto de manos de Lázaro Cárdenas, y con él, la fuerza y la autoridad que desde entonces serían inherentes a la investidura presidencial.⁵¹

La segunda misión del equipo de Villalobos fue sacar al PRM del centro del debate político nacional, como parte de la política unitaria y conciliadora del presidente. Así, en enero de 1941 un decreto presidencial le quitó al partido la propiedad de El Nacional, para hacerlo un órgano del ejecutivo; también perdió el CCE la facultad de designar a la Comisión Permanente del Congreso y sus funciones disciplinarias en el bloque perremista de éste, funciones ambas que pasaron a la Secretaría de Gobernación; la retórica del partido cambio, dejando sus dirigentes de presentarlo como parte del aparato del Estado. Finalmente, el CCE declaró que entre los periodos electorales, el PRM entraría en receso político, para dedicarse unicamente a la acción social, y se anunció la reestructuración del partido.⁵²

De esta manera, el PRM se mantuvo casi al margen de la vida política. Casi, dije, porque durante 1942, conforme se hacía inminente la entrada de México en la Guerra y una vez que se entró (a raíz del hundimiento, presuntamente por submarinos

⁵⁰ Villalobos nació en la ciudad de México en 1894. Fue revolucionario constitucionalista, diputado federal (1918-20 y 1934-37), secretario particular de Lázaro Cárdenas (1930-31) y secretario general del CEN del PNR (1934-35). Había sido electo senador para el sexenio 1940-46.

⁵¹ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp 303-307

alemanes, de los buques petroleros mexicanos "Potrero del Llano" y "Faja de Oro", el 15 y 20 de mayo), el PRM organizó manifestaciones masivas en apoyo al presidente, y jugó un papel importante como soporte del gobierno.⁵³ Al año siguiente, el CCE coordinó las actividades electorales de los tres sectores, permitiendo que la lucha interna se diera en un marco general de disciplina y unidad, aunque no faltaron los problemas (ya lo veremos). Finalmente, tanto dejó de hacer en materia política, que en el verano de 1944 entró en una profunda crisis de la que solo saldría reasumiéndose como partido político y llamando, por fin, a la tan postpuesta transformación.

La verdadera vida interna y la lucha política e ideológica, casi apagada en la fantasmal estructura directa del partido, se dio con altura y virulencia en los tres sectores, cuya caja de resonancia, la arena donde se debatía y polemizaba, era el Congreso de la Unión, donde todos los grupos del PRM estaban representados. Ahí se analizaba el papel del partido, ahí se enfrentaba la izquierda contra la derecha, ahí era donde los distintos intereses se manifestaban.⁵⁴

Muy pronto quedaron definidas las reglas del juego: la derecha oficial dominaba la Cámara de Senadores y la izquierda la de Diputados, aunque en ambas había importantes y ruidosos grupos minoritarios. Los contendientes tratarían de que los conflictos no rebasaran el ámbito legislativo, y cuando la lucha interna se recrudecía, respondían a los llamados presidenciales a la unidad nacional, pues ambos grupos

⁵² Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 306-314.

⁵³ Véase en Historia Documental, (Op. cit.), v. 4, pp. 459-464.

⁵⁴ Luis Medina, que dedica la segunda parte de su libro a los conflictos políticos dentro de la familia revolucionaria durante el gobierno de Avila Camacho, apunta en una nota a pie de página un hecho muy importante, que da cuenta de por qué para muchos observadores e historiadores pasaron desapercibidos los debates político-ideológicos del sexenio, que se verificaron en el seno del Congreso de la Unión: "Salvo excepción, los diarios de debates de las cámaras de diputados y senadores resultan fuentes de escasa utilidad para conocer a fondo estos enfrentamientos porque los legisladores, cuando surgía una discusión que implicaba una disputa interna, se declaraban en 'sesión secreta' (que no consignaban en las minutas) o clausuraban la sesión y se constituían en sesión de 'bloqueo'." Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), p. 140

aceptaron, también desde el principio, el papel del presidente como árbitro supremo, aunque discreto, en la lucha interna.⁵⁵

Durante 1941 las pugnas más importantes se dieron en torno al papel de los sindicatos y la izquierda oficial. Para importantes sectores de la derecha, de los que fueron voceros Abelardo L. Rodríguez y Maximino Avila Camacho, la agitación sindical y la preminencia de líderes “demagogos y oportunistas” como Lombardo Toledano, eran un freno para los propósitos de desarrollo económico del gobierno. La mayoría del senado, dirigida por Esteban García de Alba, Alfonso Gutiérrez Gurria y Gilberto Flores Muñoz, y un grupo minoritario de la Cámara de Diputados en el que destacaban Alfonso Corona del Rosal, Antonio Nava Castillo, Enrique Carrola Antuna y Fernando López Arias, protagonizaron la lucha contra la izquierda oficial que tuvo varios episodios a lo largo del año, y que buscaba debilitarla tanto en el Congreso como en el gabinete. La mayoría de la Cámara baja, dirigida por Leobardo Reynoso y Alejandro Carrillo, y una beligerante minoría del senado encabezada por los cetemistas Vidal Díaz Muñoz, Fernando Amilpa y Celestino Gasca, defendió las posiciones de la izquierda oficial y del sector obrero. El resultado fue el fortalecimiento de la mayoría izquierdista en la Cámara de Diputados y de la posición política de Lombardo Toledano, y en contrapartida, la caída (en septiembre) de los secretarios de Comunicaciones y Educación, Jesús M. de la Garza y Luis Sánchez Pontón, dos de los tres cardenistas del gabinete (el otro era García Téllez, secretario de Trabajo), sustituidos por el avilacamachista Octavio Véjar Vázquez y el ambicioso y atrabiliario hermano del presidente, Maximino Avila Camacho, que acababa de dejar el gobierno de Puebla.

⁵⁵ Véase la excelente crónica de la lucha interna en Medina, Del cardenismo al avilacamachismo. (Op. cit.), pp. 133-226.

Para equilibrar, la lucha interna en 1942 cuestionó el papel de la derecha no oficial (el PAN, la UNS y el clero político), que según Silvano Barba González, ex-secretario de Gobernación, ex-presidente del PNR, gobernador de Jalisco, y connotado cardenista, amenazaba la unidad nacional y los compromisos internacionales del gobierno al comportarse como aliada de las potencias del Eje y la España franquista. El verdadero objetivo de los ataques contra la derecha no oficial (que pronto encontraron eco en los gobernadores de Michoacán y Sinaloa, Félix Ireta y Rodolfo Loaiza, y en los diputados de la izquierda) no era esta, sino la derecha oficial, concretamente los secretarios de Comunicaciones, Educación y Economía, Maximino Avila Camacho, Octavio Véjar y Francisco Javier Gaxiola. A este último, la izquierda comenzaba a presentarlo como el culpable de la inflación y la escasez de productos básicos que empezaba a sufrirse en las ciudades.

El año de 1943 era de elecciones federales (el año se abrió con la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado, lo que aflojó la presión sobre los partidarios de los aliados y permitió al gobierno mexicano empezar a relajarse) para renovar el Congreso, cuya Cámara Baja había sido dominada por la izquierda oficial, hecho no muy grato para el presidente, quien decidió, de cara a las elecciones, no darle una mayoría clara ni a la izquierda ni a la derecha, sino equilibrarlas y fortalecer su posición arbitral. Para esto, contaría con la nuevecita central del sector popular, la CNOP. Por supuesto, una vez más, la coartada para fortalecer su propia posición y los llamados a la unidad, era la Guerra, en la que México ya participaba formalmente.

En diciembre de 1942 el presidente había logrado que el Congreso aprobara una reducción de los tiempos electorales, con lo que aplazó la lucha por las curules hasta abril. En las asambleas de los sectores se impuso la línea del CCE de no presentar candidatos demasiado radicales y de darle la mayoría a la recién nacida CNOP.

Finalmente, el PRM presentó candidatos en 144 distritos; 56 candidatos eran de la CNOP, 43 de la CNC, 21 de la CTM y 24 de otros grupos. En la CNC se oyeron voces contra la falta de experiencia parlamentaria y de vínculos con las organizaciones obreras y campesinas de la mayoría de los candidatos, y se produjo una escisión de cierta importancia (76 dirigentes medios de la central fueron expulsados), y un hecho escandaloso: el cenecista Jorge Meixueiro, a quien se le había arrebatado el triunfo por el 2º distrito de Oaxaca, se suicidó en la tribuna de la Cámara el 16 de agosto. Finalmente, aunque la posición del presidente quedó fortalecida, los diputados de la CTM y la CNC formaron un bloque que controlaba precariamente la Cámara, y eligieron como líder al guanajuatense Federico Medrano, cenecista.

Pasadas las elecciones, la escasez de bienes de consumo y la consiguiente inflación, mezcladas con el creciente futurismo, volvieron a amarrar las navajas de la lucha interna. La Guerra Mundial, las grandes exportaciones de granos, la entrada de capital fresco que ampliaba la base crediticia, la especulación y las dificultades de transporte habían hecho que el costo de la vida se disparara, de manera que en 1943, el índice de precios fuera de más del doble que el de antes de la Guerra.

El gobierno se confesaba impotente para detener la espiral inflacionaria, alegando que un control efectivo de precios requeriría complicadas medidas que suponían “la intervención del Estado en todos los fenómenos económicos, sin lo cual ningún control podría funcionar en beneficio del país”.⁵⁶ Las medidas tomadas por el gobierno fueron infructuosas (“por no decir ridículas”, añade Luis Medina), y no se veía salida a la situación.

Todo esto colocaba a la izquierda oficial (sobre todo a la CTM) en una posición difícil, pues si por un lado se había comprometido con el esfuerzo de guerra (unidad

⁵⁶ De un informe de la Secretaría de Economía, citado por Medina, Del cardenismo al avilacatanachismo, (Op. cit.), pp. 213.

nacional y productividad), por el otro, tenía ineludibles obligaciones con las masas organizadas. La política de unidad nacional, defendida por Vicente Lombardo Toledano y Fidel Velázquez suponía una tregua social (la CTM se obligó a no recurrir a la huelga durante la Guerra), pero el alza del costo de la vida, que favorecía a algunos comerciantes e industriales especuladores, causaba profundo malestar en el pueblo.

A mediados de 1943 la situación ya había alcanzado niveles graves, y los líderes cetemistas encontraron que la única manera de mantener sus compromisos y al mismo tiempo, su legitimidad frente a las masas, era hacer del problema económico un problema político: empezaron a denunciar la corrupción y la especulación y a buscar un chivo expiatorio, pronto encontrado en el titular de la Secretaría de Economía, dependencia encargada del control de las exportaciones e importaciones y la vigilancia de los precios. En agosto y septiembre los ataques contra el secretario, Francisco Javier Gaxiola, fueron pan cotidiano, y ante una situación que se agravaba, el presidente dictó en septiembre y noviembre una serie de decretos que reforzaban el control estatal de los precios y que buscaban compensar los salarios insuficientes de los trabajadores. Estas medidas se revelaron como meros paliativos, y en junio de 1944 Gaxiola renunció, siendo sustituido por el empresario minero Gustavo Serrano, de quien se decía que era el intermediario entre el sector privado y la CTM, es decir, un industrial con puentes tendidos hacia la dirigencia obrera.

Tras la caída de Gaxiola, en septiembre de 1944 un grupo de legisladores de la izquierda, encabezados por Carlos A. Madrazo (CNOF), Sacramento Joffre (CNC), Pedro Téllez Vargas, Jesús Yurén y Fernando Amilpa (CTM), se rebelaron contra el líder de la Cámara baja, Federico Medrano por defender al diputado Herminio Ahumada, quien en su respuesta al 4º Informe, criticó los "excesos" de la izquierda oficial. Los diputados arreglaron finalmente el problema, pero el presidente decidió

castigar a los rebeldes, y en diciembre de 1944, Madrazo, Joffre y Téllez Vargas fueron acusados de traficar con las tarjetas que permitían a los trabajadores emplearse legalmente como braceros en Estados Unidos. En febrero de 1945 los tres diputados fueron encarcelados.

La respuesta de la izquierda oficial no se hizo esperar: mientras la dirección de la CTM defendía a los tres legisladores, la Secretaría de la Defensa (cuyo titular era el general Cárdenas) decidió enjuiciar al gobernador de Sinaloa, general Pablo Macías Valenzuela, por la autoría intelectual del asesinato del anterior gobernador, Rodolfo T. Loaiza. Macías, excusado es decirlo, era amigo y partidario ferviente de Avila Camacho.

Los dos procesos se mezclaron y enfrentaron bajo el agua al general Cárdenas y la CTM con el secretario de Gobernación y el Procurador General de la República, José Aguilar y Maya. Finalmente, en septiembre, la Suprema Corte de Justicia exoneró lo mismo al general Macías que a los diputados Madrazo, Joffre y Téllez Vargas.

La solución de este conflicto dio el banderazo de salida a los dos problemas políticos que consumirían el final del sexenio: la transformación del partido y la sucesión presidencial, que enfrentaría principalmente a Miguel Alemán, secretario de Gobernación; Ezequiel Padilla, secretario de Relaciones Exteriores; y Javier Rojo Gómez, jefe del Departamento del Distrito Federal.

b) La Confederación Nacional Campesina.

Como presidente del PRM, Luis I. Rodríguez puso particular interés en terminar los trabajos de unificación campesina realizados durante los periodos de Portes Gil y Barba González al frente del PNR. En agosto de 1938 se realizaron los cuatro congresos estatales pendientes (Tabasco, Yucatán, Quintana Roo y Oaxaca), con lo que quedaron

constituidas las 32 Ligas de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos (13 creadas durante el periodo de Portes Gil, 15 durante el de Barba y 4 durante el de Rodríguez). De esa manera, y luego de tres años de trabajos, el 28 de agosto de 1938 se inauguraron los trabajos de la Asamblea Constituyente de la CNC.⁵⁷

No había sido fácil: los dirigentes del partido y los promotores de la CNC (sobre todo los líderes de la CCM, Graciano Sánchez y León García) tuvieron que vencer no pocas resistencias, tanto de la derecha, que veía en la nueva central un instrumento de agitación e inseguridad en el campo, como de la izquierda, para la que la unificación redundaría en una sujeción del movimiento campesino al aparato del Estado.

Finalmente, a la Asamblea concurren 300 representantes de las 32 Ligas, que llevaban la voz de casi dos millones y medio de campesinos. La Asamblea empezó con sendos discursos de Lázaro Cárdenas y Luis I. Rodríguez, a los que siguió un largo informe de Graciano Sánchez, en el que se reseñaron los trabajos de unificación campesina coordinados por la dirección del partido y de la CCM, y se señaló la ruta de la nueva central.⁵⁸

Los documentos básicos señalaban que los principales objetivos de la CNC eran la lucha por la culminación del reparto agrario y la resolución de los problemas del campo. Se sostenía que la tierra y sus frutos pertenecían a quienes los trabajan y que el ejido era la base fundamental de la política agrícola de México.⁵⁹

El Programa de Acción detallaba la manera en que la central pugnaría por alcanzar los anteriores objetivos, sobre todo la culminación del reparto agrario; y preveía también la exigencia de políticas crediticias, de irrigación y comunicaciones que permitieran la extensión y desarrollo del ejido. El artículo 2º pugnaba por la extensión

⁵⁷ Garrido. El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 254 y 258-262.

⁵⁸ Historia documental de la CNC, (Op. cit.), v. I, pp. 93-127.

⁵⁹ "Declaración de principios, programa de acción y estatutos de la Confederación Nacional Campesina", en Historia documental de la CNC, (Op. cit.), v. I, pp. 128-155.

de los servicios educativos a todas las comunidades agrarias, por la erradicación del analfabetismo y por la creación de escuelas agrícolas técnicas y superiores. Asimismo, en lo referente al problema indígena, la CNC defendería los idiomas nacionales y la educación indígena.

Finalmente, los estatutos preveían que las Ligas estarían formadas por los ejidatarios, los sindicatos de trabajadores del campo y los pequeños propietarios. La estructura que se dio la CNC en los estatutos de 1938 permaneció casi sin alteraciones por varias décadas, y organizaba a la central en cuatro jerarquías: local, regional, estatal y nacional.

La unidad básica de la CNC es el ejido, dirigido por un comisariado ejidal y un consejo de vigilancia elegidos cada dos años. Puesto que el artículo 27 y el Código Agrario de 1934 exigían la creación de un comisariado ejidal en cada centro de población que poseyera ejidos, las raíces de la CNC son las mismas que las de la organización ejidal prevista en la Carta Magna de la nación.

El comisariado ejidal es, a la vez, representante legal del gobierno y del comité ejecutivo del ejido. El comisariado representa al ejido ante las autoridades administrativas y judiciales, dirige los trabajos en las propiedades comunales, hace cumplir las resoluciones adoptadas en las asambleas de ejidatarios, etcétera. El consejo de vigilancia simplemente vigila que el comisariado cumpla sus obligaciones.

Cada tres años se eligen los comités regionales campesinos por los representantes de los ejidos de cada región, generalmente, el presidente y el secretario de cada comisariado ejidal. El número de comités regionales varía en cada estado, aunque suelen ser entre diez y veinte. No existe un criterio determinado para su formación; en cada caso intervienen factores históricos, políticos y geográficos. Cada Comité Regional Campesino es dirigido por un secretario general.

Los comités regionales campesinos se reúnen cada tres años en las capitales estatales para elegir a los cinco miembros directivos de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del estado en cuestión. Igual que en el nivel regional, estos directivos son un secretario general, un secretario de organización, un director de acción juvenil, una directora de acción femenil y un tesorero. Como estructura paralela están los sindicatos campesinos, cuyo número de miembros es muy corto, en comparación con el de los ejidatarios.

El órgano supremo de la central es la Convención Nacional de la CNC, formada por los 160 miembros que ocupan los cargos directivos de las 32 Ligas. La Convención designa al órgano ejecutivo, el CEN de la CNC, compuesto originalmente por nueve secretarios (luego llegaron a ser catorce), de los que el más importante es el secretario general.⁶⁰

La Asamblea terminó con la elección del primer CEN, integrado por el profesor Graciano Sánchez como secretario general, con León García como suplente; Agustín Olvera, secretario de acción agraria y sindical; Magdaleno Aguilar, secretario de acción económica y asuntos agrícolas; Pablo Rangel, secretario de acción educativa, salubridad y servicios sociales; Edmundo Arellano, secretario de actas, organización y estadística; José María Rosales, secretario de prensa y propaganda; Josefina Vicens, secretaria de acción femenil; Sacramento Joffre, tesorero; José O. Martínez, oficial mayor.

Desde su fundación, la CNC fue un pilar del Estado mexicano, y su burocracia se confundió rápidamente con la burocracia estatal, tanto por la incorporación de dirigentes campesinos surgidos de la CNC al aparato gubernamental, como porque la central fue impulsada y sostenida por el Estado.

⁶⁰ Véanse los estatutos y el magnífico análisis de Gómez Jara, El movimiento campesino en México, (Op. cit.), pp. 185-187.

Durante sus dos primeros años de vida, la CNC apoyó la candidatura y la campaña presidencial de Avila Camacho, y una vez que éste subió al poder y empezó la rectificación agraria, los dirigentes de la central empezaron a contener la movilización agraria en aras de la conciliación y la unidad nacional. Por otro lado, si bien es cierto que la política agraria de Avila Camacho privilegiaba a la pequeña propiedad, no olvidó por completo al sector ejidal. Cuando las reformas a la legislación agraria hicieron cada vez más complicados los mecanismos de dotación y restitución de tierras, los campesinos no tuvieron otra vía para tramitarlos que la CNC, cuya burocracia, naturalmente, creció mucho, financiada por el Estado.

Finalmente, en la I Convención Nacional Ordinaria de la CNC, celebrada en diciembre de 1942, el equipo de Graciano Sánchez y León García fue sustituido por el del coronel Gabriel Leyva Velázquez, militar incondicional de Avila Camacho, sin antecedentes como dirigente campesino.

El periodo de Leyva Velazquez marca la consolidación de los rasgos esenciales de la CNC como aparato de control del movimiento campesino, mediación entre el gobierno y los ejidatarios, y gestión de las demandas agrarias. Esto fue tan efectivo que desde 1938 hasta 1952, cuando empezaron a surgir organizaciones campesinas disidentes, la CNC mantuvo el monopolio del movimiento campesino.

El papel de la CNC en el mantenimiento de la estabilidad política en el campo ha sido determinante. Los dirigentes medios de la central, surgidos realmente de la masa campesina, son un factor esencial de equilibrio, pues en cierto sentido representan realmente las aspiraciones y demandas de sus comunidades y son un contrapeso de la burocracia agraria gubernamental. Al mismo tiempo, la estructura de la CNC permite coptar a los campesinos rebeldes o mejor dotados intelectualmente, ofreciéndoles tanto una vía real de ascenso social personal, como un mecanismo institucional de gestión y

solución de las demandas campesinas. Estos hombres son también la correa de transmisión entre las esferas políticas y las comunidades agrarias, así, la estructura de la CNC facilita la movilidad y la intercomunicación social en el campo.⁶¹

c) La Confederación de Trabajadores de México.

Si Vicente Lombardo Toledano había sido fundamental en la fundación de la CTM, en su estructuración y fundamentación, y en su actuación política durante el cardenismo, los cambios que definirían las características definitivas de la central obrera tendrían como actor principal a Fidel Velázquez.

Durante los cinco años en los que Lombardo dirigió la central (1936-41), la actividad desplegada por Fidel Velázquez desde la secretaría de organización hacía que esta cartera fuera más importante que la secretaría general para todas las cuestiones internas. Desde ahí, Fidel estaba en contacto permanente con los líderes de las federaciones y sindicatos, para quienes empezó a ser más importante crear lazos sólidos con Fidel que con Lombardo. De esta manera, insensiblemente, el secretario general había ido perdiendo fuerza dentro de la central, en tanto la ganaba el secretario de organización. Mientras Lombardo hacía política hacia fuera, Fidel era el encargado de arreglar los conflictos internos, de hacer política hacia adentro, y desde muchos meses antes del relevo formal, los líderes y los cuadros medios del sindicalismo nacional buscaban en primer término a Fidel para que resolviera sus problemas.⁶²

El propio Lombardo Toledano había jugado un papel nada desdeñable en el aumento de la influencia de Fidel y los "lobitos": durante 1937 y 1938 el prestigioso secretario general se había aliado con el grupo del secretario de organización en la lucha

⁶¹ Dos excelentes análisis sociológicos sobre la estructura y funciones de la CNC son los de Gómez Jara, El movimiento campesino en México, (Op. cit.), y González Navarro, La Confederación Nacional campesina..., (Op. cit.)

interna contra los líderes comunistas de la central, que había terminado con la neutralización efectiva de los tres comunistas con mayor peso dentro de la CTM, Miguel Angel Velasco, Valentín Campa y Juan Gutiérrez. De esa manera, a la sombra y con la tolerancia de Lombardo, Fidel y los suyos se habían hecho de los puestos clave de la central y dominaban su estructura.

La selección de Avila Camacho como candidato a la presidencia de la República, debilitó aún más la posición de Lombardo, y dentro de la CTM empezaron a oírse voces que exigían la remoción de Lombardo y la salida de la CTM de los lombardistas y los comunistas. Para el grupo de Avila Camacho, las tesis cardenistas sobre el movimiento obrero eran un obstáculo tanto para la unidad y la conciliación (al postular la lucha de clases y el advenimiento futuro del socialismo) como para la política de desarrollo, así que tenían que revisarse las bases de la alianza entre el Estado y la CTM.

Durante el tránsito del cardenismo al avilacamachismo, las cúpulas sindicales se consolidaron como legítimas intermediarias entre el Estado y los trabajadores, lo que las hacía necesarias para el gobierno, sobre todo, dada la estructura indirecta del PRM y los sacrificios que, en el marco de la Guerra, iban a exigirse a las clases trabajadoras. Durante esa coyuntura se fue produciendo una importante reorientación ideológica de la CTM: ya no se trataba de construir en un futuro remoto una sociedad sin clases, sino de contribuir con el gobierno y la burguesía nacionalista a desarrollar la industria y "liquidar el feudalismo", convirtiendo a México en un país independiente en materia económica.⁶³

Muestra del inicio de esta nueva orientación fue el discurso pronunciado por Vicente Lombardo Toledano en la inauguración del Congreso Económico de la CTM, el

⁶² Jorge Basurto, La clase obrera en la historia de México. Del avilacamachismo al alemanismo. 1940-1952, México, Siglo XXI Editores, 1984, pp. 22-24.

29 de enero de 1941. En esa ocasión Lombardo esbozó lo que llamaba el “feudalismo mexicano”, basado en la concentración de la tierra en pocas manos y en el tipo de explotación sobre los peones, y señaló el carácter predominantemente agrícola del país, todavía en 1930. De ahí que la gran lucha por la tierra que fue la Revolución mexicana, fuera una lucha de carácter liberal, contra “la posesión de la tierra laborable en manos de los señores (...) y el régimen servil”. Sin embargo, para Lombardo, la burguesía mexicana “miope, ignorante, mal conducida”, en vez de haber colaborado con el pueblo en la liquidación del feudalismo, indispensable para su propio desarrollo, luchó contra la Revolución tratando de apuntalar “el régimen feudal carcomido”. De esa manera, Lombardo argumentaba que el papel de las organizaciones obreras y campesinas revolucionarias era colaborar con el Estado de la Revolución y con la burguesía nacionalista que empezaba a darse cuenta de cuales eran sus verdaderas necesidades, para cumplir cabalmente la etapa “antifeudal democrático-burguesa” de la Revolución.⁶⁴

No tenía tres meses el gobierno de Avila Camacho, cuando se celebró el II Congreso Nacional de la CTM (25-28 de febrero de 1941). En el largo informe rendido por la dirección nacional saliente, que fue a la vez una buena crónica de los primeros cinco años de vida de la gran central obrera, y en el discurso de despedida de Lombardo como secretario general, se refrendó la nueva orientación política de la central, nueva, porque la etapa histórica y los problemas de México eran distintos, según dijo Lombardo⁶⁵

⁶³ Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 314-319.

⁶⁴ *CTM 1936-1941*, (Op. cit.), pp. 1065-1073. El sentido de glosar aquí este discurso es mostrar cómo la reorientación de la CTM no se debió solamente al grupo de Fidel Velázquez, también el de Lombardo Toledano tuvo que ver en eso; esto, y el proceso atrás explicado mediante el que Fidel se fue haciendo del poder efectivo en la CTM, desmienten el papel de “traidor” con el que los lombardistas motejaron siempre a Fidel Velázquez; en todo caso, no se refleja otra cosa que la torpeza política de uno de los políticos más agudos de la época, es decir, Lombardo.

⁶⁵ *CTM 1936-1941*, (Op. cit.), pp. 1098-1146. Lombardo alardeó que en 1936 habían confluído en la central numerosas organizaciones que antes habían sido enemigas, y que ahora se entregaba una CTM solidamente unida y disciplinada, con 1,300,000 miembros. Véase en las páginas 1105-1110 la lista de

A continuación, el presidente de la República se dirigió a los congresistas, para comunicarles sus ideas sobre el papel de las organizaciones obreras. Definió la democracia "como el encausamiento de la lucha de clases en el seno de las libertades y las leyes"; y el papel del gobierno en los conflictos entre el capital y el trabajo, como encargado de "cuidar que la contienda de los intereses particulares se concilie con los postulados de la justicia". Afirmó que su gobierno seguía la ruta trazada por los anteriores gobiernos revolucionarios, pero llamaba a un cambio de estrategia, pidiendo a los obreros organizados que dadas las difíciles circunstancias, emprendieran "desapasionadamente, patrióticamente (...) una atenta revisión de métodos, procedimientos y objetivos", aumentando su "espíritu de sacrificio y unión" para, en compañía del gobierno y los empresarios, emprender decididamente el trabajo de aumentar la riqueza de una nación, como la nuestra, pobre. Para eso, implícitamente les pedía el sacrificio de su militancia en aras de la unidad nacional y el aumento de la productividad, les pedía que por el camino de la moderación coadyuvaran al crecimiento económico de México.⁶⁶

Finalmente, se procedió al relevo del secretario general. Naturalmente, la candidatura más fuerte fue la de Fidel Velázquez, aunque la del senador Vidal Díaz Muñoz, líder de los cañeros y de la CTM veracruzana, contaba con fuerza considerable. Los opositores a la elección de Fidel argumentaban que éste, "protegido de Lombardo Toledano", seguiría la línea política trazada por el poblano, lo que significaba mantener los lazos con la Internacional Comunista. Sin embargo, con el respaldo de Lombardo Toledano y Avila Camacho, y el apoyo de la gran mayoría de los delegados, Fidel

los 16 sindicatos nacionales, las 32 federaciones estatales y las numerosas federaciones regionales que para 1941 constituían la poderosa Confederación de Trabajadores de México.

⁶⁶ CTM 1936-1941, (Op. cit.), pp. 1145-1151. Tanto Lombardo en su respuesta al discurso del presidente, como Fidel en su discurso de toma de posesión como nuevo secretario general, apoyaron totalmente los conceptos vertidos por Avila Camacho. Véanse ambos discursos en CTM 1936-1941, (Op. cit.), pp. 1152-1153 y 1171-1175.

Velázquez fue elegido secretario general de la CTM, con Fernando Amilpa como secretario de organización.

Durante los cuatro años siguientes, la CTM dirigida por el grupo de Fidel Velázquez, adaptó sus tesis y su práctica política a los lineamientos adoptados durante los primeros meses de 1941. Esta situación se hizo más evidente a partir de la entrada de México en la Guerra (junio de 1942), cuando la CTM, respondiendo a los llamados a la unidad y la conciliación, suspendió sus ataques a la derecha oficial (tregua que duraría hasta 1945 con una única excepción: el ataque frontal contra Francisco Javier Gaxiola, secretario de la Economía Nacional), y buscó reconciliarse con los otros grupos obreros. El 25 de mayo de 1942, a diez días del hundimiento del "Potrero del Llano", el Comité Nacional de la CTM prometió que mientras durara la Guerra, sus agremiados no recurrirían a la huelga, buscando la solución de los conflictos laborales mediante procedimientos de arbitraje o conciliación.⁶⁷

Poco después empezó una confrontación en torno a la permanencia de Fidel al frente de la central: los estatutos dictaban que el comité nacional debía ser electo cada dos años, y prohibían expresamente la reelección de sus miembros, pero con el pretexto de la guerra, connotados fidelistas empezaron a promover la prórroga del periodo del comité de dos a cuatro años.⁶⁸

En el XX Consejo Nacional, celebrado del 22 al 25 de octubre de 1942, se propuso formalmente la prórroga, con lo que también se despertó la oposición de grupos importantes de la central, dirigidos por el guanajuatense Celestino Gasca y el veracruzano Vidal Díaz Muñoz, quienes se reclamaron lombardistas y apelaron a la democracia sindical y a la independencia del movimiento obrero.

⁶⁷ Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, (Op. cit.), pp. 173-174.

⁶⁸ Quienes más se movieron en ese sentido fueron Blas Chumacero, secretario general de la Federación de Trabajadores del Distrito federal, Fernando Anúlpa, secretario de organización del Comité Nacional; y los diputados cetemistas Jesús Yurén y Salvador Carrillo.

Finalmente, en el III Congreso Nacional de la central (marzo de 1943), se impuso la prórroga del comité fidelista. Quien inclinó la balanza a favor del fidelismo fue el propio Lombardo Toledano, que desde la Confederación de Trabajadores de América Latina, mantenía puesta la vista sobre la CTM, y continuaba apoyando la política sindical impulsada por Avila Camacho y Fidel Velázquez. Lombardo, en un encendido discurso, llamó a la unidad, a la disolución de las facciones “fidelista” y “lombardista”, al respaldo disciplinado al comité dirigido por Fidel Velázquez, y al apoyo a la política de unidad nacional y desarrollo económico del presidente de la República. Naturalmente, se eligió un comité encabezado por Fidel, con Blas Chumacero como secretario de organización, y Alejandro Carrillo, Francisco J. Macín y Rafael Simoneen en las otras carteras.⁶⁹

Durante los meses siguientes, se darían los últimos toques en la definición de la CTM. La función de la central obrera sería asegurar el control estatal del movimiento obrero y su canalización dentro de la estructura del partido.⁷⁰ Sus fines serían colaborar en el desarrollo económico de México, sin abandonar la defensa de las conquistas laborales.⁷¹

d) La Confederación Nacional de Organizaciones Populares.

Cuando se creó el sector popular, durante los trabajos de transformación del partido, en 1938, éste no pasaba de ser un membrete, por lo que una de las tareas de Luis I.

⁶⁹ Véase la glosa del discurso de Lombardo en Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 178-184

⁷⁰ Véanse estas conclusiones en Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 318-319; y Basurto, La clase obrera..., (Op. cit.), pp. 51-76.

⁷¹ Entre 1941 y 1945, sin recurrir a la huelga, la CTM tuvo serios enfrentamientos políticos con gobernadores estatales que intentaban poner al movimiento obrero bajo su férula y dar marcha atrás en las conquistas laborales cuya defensa la CTM no estaba dispuesta a abandonar. Los más graves de estos conflictos enfrentaron al Comité Nacional de la CTM con Jorge Cerdán, gobernador de Veracruz y protegido de Miguel Alemán; y con el general Marcelino García Barragán, sucesor de Silvano Barba en el gobierno de Jalisco. Conflictos menores enfrentaron a la central obrera con los gobernadores de

Rodríguez fue incorporar al partido a organizaciones representantes de los grupos sociales en los que se había pensado a la hora de instituir el tercer sector. Formaban estos grupos los artesanos, los trabajadores del Estado, los profesionistas e intelectuales, los empleados, los trabajadores especializados, los pequeños industriales, los pequeños comerciantes y los pequeños propietarios agrícolas. Sin embargo, durante los dos primeros años, estos trabajos, coordinados por Esteban García de Alba, tuvieron poco éxito, sobre todo, porque era precisamente entre esos sectores sociales donde mayor fuerza tenía el almazanismo.

Ya en el poder Avila Camacho, la organización del sector popular fue el aspecto central del proyecto de transformación de los principios, estructura y composición del PRM, para hacerlo un firme sostén de la política de unidad nacional y conciliación de clases. Se trataba de atraerse a esas capas medias que habían apoyado a Almazán y que, justamente, podían ser susceptibles a los llamados a la unidad y la conciliación, y a los discursos moderados que estaban sustituyendo a la retórica radical del partido. Entonces, el CCE de Villalobos recibió la tarea de acercarse a esos grupos medios y procurar su organización e incorporación.⁷²

Durante 1941 se estructuró y fortaleció la FSTSE, y a fines de año, un grupo de jóvenes políticos radicales (Carlos A. Madrazo, Lauro Ortega, Ramón G. Bonfil y César Cervantes) dio vida a la Comisión Coordinadora de las Organizaciones Populares, que agrupó rápidamente a organizaciones estudiantiles, de artesanos y de profesionistas. Sin embargo, el CCE, que se había arrogado la organización del tercer sector, redujo a esta comisión a ser la Federación de Organizaciones Populares del Distrito Federal.⁷³

Tamaulipas, Guerrero, Morelos, Oaxaca, Coahuila, Aguascalientes y Guanajuato. Vease Basurto, *La clase obrera...*, (Op. cit.), pp 29-35.

⁷² Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 319-322.

⁷³ Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada*, (Op. cit.), pp. 323-327; y Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, (Op. cit.), pp 159-162

El 30 de enero de 1942 se constituyó el Comité Nacional Organizador del Sector Popular, en una reunión con los representantes estatales del sector, presidida por Antonio Villalobos, Florencio Padilla y Antonio Nava Castillo, presidente, secretario general y secretario de acción popular del CCE, respectivamente.⁷⁴

A lo largo de 1942, y bajo la dirección de la comisión, cuyo presidente era Nava Castillo, se construyeron órganos del sector popular a lo largo de todo el territorio nacional, de manera que el 28 de enero de 1943, se pudo convocar a la Asamblea Constitutiva de la Confederación de Organizaciones Populares.⁷⁵

La Asamblea Constitutiva de la CNOP se reunió en Guadalajara del 26 al 28 de febrero de 1943. Antonio Villalobos, en el discurso inaugural, presentó la creación de la nueva central como el punto final del proceso de organización del partido, y dijo que la creación del tercer sector respondía a la necesidad de colocar a los grupos populares y a las capas medias de la población al lado de los campesinos y los obreros organizados, con lo que se formaba finalmente “el triángulo equilátero base indestructible de la nacionalidad y símbolo de tres fortalezas inexpugnables”.⁷⁶

La nueva central sería el pilar de la política de unidad nacional, como lo recalcaron en sendos discursos Miguel Alemán, en representación del presidente de la República, y Fidel Velázquez y Gabriel Leyva en nombre de la CTM y la CNC.

Los estatutos de la nueva central estipulaban que esta tendría una doble composición, política y territorial. Sus miembros se agrupaban en diez ramas de acuerdo a su categoría social y profesional: trabajadores del Estado, cooperativistas, agricultores (pequeños propietarios), industriales en pequeño, pequeños comerciantes, profesionistas e intelectuales, jóvenes, mujeres, artesanos y trabajadores no asalariados. La declaración

⁷⁴ Historia documental, (Op. cit.), v. 4, pp. 467-569.

⁷⁵ Historia documental, (Op. cit.), v. 4, pp. 469-473; Garrido, Ej. partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 331-332.

⁷⁶ Historia documental, (Op. cit.), v. 4, pp. 489-490.

de principios, aunque difusa, indicaba los objetivos de la nueva central, como impulsora de la unidad nacional y la conciliación de clases.⁷⁷

Finalmente, se eligió al primer comité nacional, integrado de la siguiente manera: mayor y Dip. Antonio Nava Castillo, secretario general; Dip. Juan Gil Preciado, secretario de organización y estadística; Dip. Ernesto Bayardo, secretario de prensa y propaganda; Dip. Mariano Samayoa, secretario de asuntos técnicos; Dip. Aurelio Pámanes Escobedo, secretario de finanzas; Dip. Luis Márquez Ricaño, secretario de asuntos políticos; Andrés Menig, secretario de previsión social; Sen. Fernando Soto Magro, secretario de promoción legislativa; Dip. Fernando López Arias, secretario de actas y acuerdos; Antonio Salinas, secretario de acción cooperativa; Teófilo R. Borunda, secretario de acción educativa; coronel Narciso Medina Estrada, secretario de acción deportiva y premilitar; Dip. Francisco López Serrano, secretario de conflictos; Rafael Suárez Ocañas, secretario de relaciones; Gustavo Gallardo, secretario de acción juvenil; y María Guadalupe Ramírez, secretaria de acción femenil. Los cargos principales estaban ocupados por los diputados "renovadores", la minoría avilacamachista de la Cámara Baja.

Los objetivos de la nueva central empezaron a cumplirse desde el principio: a dos meses de la Asamblea de Guadalajara, vino la lucha interna por la renovación de la Cámara Baja, y la CNOP obtuvo casi tantas curules como la CTM y la CNC juntas. La nueva Cámara reflejaría mucho más que la anterior, tan rebelde, el espíritu de unidad y conciliación del sexenio ("la unidad en la cúspide, la calma en el Congreso", señala acertadamente Luis Medina). La CNOP había sido creada para separar a la clase política de las organizaciones de masas (desde entonces, la mayoría de los puestos de elección popular fueron para la CNOP), para darle al gobierno y al presidente un margen de maniobra frente a las organizaciones obreras y campesinas, para consolidar la política

⁷⁷ *Historia documental*, (Op. cit.), v. 4, pp. 490-493.

de unidad nacional, y para ampliar la base social del partido, empezando a concebirlo como el partido de la sociedad mexicana y no sólo de los trabajadores.⁷⁸

e) **Hacia la sucesión de 1946.**

A mediados de 1944, pasaba lo mismo que en 1937: la estructura formal del partido había dejado de corresponderse con sus nuevas formas y funciones. La debilidad de la estructura directa, el corporativismo como mecanismo político privilegiado, la fuerza de los sectores frente a la debilidad de los órganos centrales del partido, habían hecho crisis con el alejamiento del partido de la vida política nacional. Entonces, empezó a hablarse de transformar al partido. La derecha oficial habría preferido refundarlo, pero la vigorosa oposición de los jefes cetemistas, fidelistas y lombardistas por igual, hizo necesaria la búsqueda de una reforma, no una refundación.⁷⁹

Así las cosas, el CCE convocó para septiembre de 1944 a una Asamblea Nacional de los Sectores Revolucionarios de México. La Asamblea estuvo integrada por 197 delegados del sector popular, 260 del sector obrero y 160 de la CNC, y la presidieron Antonio Villalobos, Fidel Velázquez, Gabriel Leyva y Antonio Nava Castillo.

Respondiendo a las inquietudes de la CTM, la Asamblea aprobó un documento que era una clara advertencia a las fuerzas conservadoras que pugnaban por hacer desaparecer al PRM. Los principales oradores, y en especial Fidel Velázquez y Vicente Lombardo Toledano, condenaron toda tentativa que pretendiera separar a las masas

⁷⁸ Véanse las interpretaciones del nacimiento de la CNOP en Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 332-334; y Medina, Del cardenismo al avilacamachismo, (Op. cit.), pp. 189-193.

⁷⁹ Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 345-347. Véase el documento de la CTM, firmado por Fidel Velázquez y Fernando Amilpa el 16 de agosto de 1944, "Mejorar, no demoler el Partido de la Revolución Mexicana", en Historia documental, (Op. cit.), v. 4, pp. 594-604.

organizadas del partido. El presidente, que había apoyado discretamente a los que pretendían la refundación, entendió el mensaje y abandonó la idea.⁸⁰

Sin embargo, aunque se había mostrado la vitalidad del partido, y que el poder del presidente sobre el instituto político tenía claros límites que no podían rebasarse, también habían quedado expuestas sus debilidades: la estructura corporativa hacía que el partido sólo debatiese a convocatoria de sus jefes, de manera que se entró en 1945 con la idea de reformar la vida interna y fortalecer la estructura directa del partido, sin afectar su estructura sectorial ni su vinculación con las masas.

La asamblea de los sectores puso fin a la crisis de identidad del partido, y limpió el panorama para la resolución del problema político que para entonces estaba ocupando las primeras planas de los periódicos: la sucesión de Avila Camacho. Es cierto que desde 1943 Miguel Alemán, Ezequiel Padilla y Maximino Avila Camacho estaban en el centro del futurismo, pero fue hasta el segundo semestre de 1944 que empezaron a sonar efectivamente los nombres de los posibles: Alemán, Padilla, Rojo Gómez, Marte R. Gómez, Miguel Henríquez Guzmán, Jesús Agustín Castro, Gustavo Baz, Enrique Calderón y Francisco Castillo Nájera. Sin embargo, sólo dos de ellos parecían tener posibilidades reales: Alemán y Padilla; fue quizá eso y la necesidad de equilibrar, lo que obligó a incluir a un tercer candidato con vínculos con la izquierda oficial, que al principio pareció ser el general Henríquez, pero que al final fue el jefe del DDF, Javier Rojo Gómez.

Avila Camacho percibió que se necesitaba un candidato que no pusiera en riesgo la unidad nacional y los equilibrios alcanzados; alguien que siguiera por el camino de la industrialización; en fin, un civil, tanto porque ya no había militares que aunaran la juventud con los méritos revolucionarios suficientes, como porque para 1943-44 el proceso de institucionalización estaba casi terminado: ya estaban ahí el partido, las

⁸⁰ Véase la Asamblea en Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 347-348.

centrales de masas, las cámaras de industria y comercio, las asociaciones de banqueros, un ejército profesional y a punto de volverse apolítico, etcétera. Así pues, y visto desde hoy, saltaba a la vista que el candidato de Avila Camacho tenía que ser Alemán. El problema era la manera de sacar adelante su candidatura sin desgastarlo.⁸¹

El 10 de diciembre de 1944, el presidente pidió a los políticos y a los dirigentes de masas que aplazaran un año la agitación preelectoral, para permitirle coronar su programa; y el CCE anunció entonces que a lo largo de 1945 el PRM no realizaría ninguna actividad política. Villalobos, lo mismo que Luis I. Rodríguez seis años antes, llamaría a la calma en enero, en febrero, en marzo...

En vano (y ahí se ven los límites del poder del presidente): la lucha interna, ya desatada, no se frenó, sino creció durante los primeros meses de 1945. Padilla contaba con el apoyo del gobierno norteamericano y de poderosos círculos financieros, y cabildeaba para atraerse el favor de los industriales y grandes comerciantes. Rojo Gómez tenía el apoyo de las fuerzas cardenistas, y fuerte simpatía dentro de la CTM y la CNC. Alemán se colocaba en el centro, como continuador de la política de unidad nacional y conciliación de clases.⁸²

Maximino Avila Camacho, que detestaba a Alemán, intentó impedir su candidatura, de manera que su muerte, en febrero de 1945, aclaró el panorama para el secretario de Gobernación. En marzo, las tesis demasiado derechistas y proyanquis de Padilla lo dejaron fuera (el canciller intentaría repetir el juego de Almazán, pero nunca logró reunir la fuerza de aquel: no en vano, terminaba un sexenio conciliador, y no uno que había dividido profundamente a los mexicanos), y frente a Alemán, sólo quedó Rojo Gómez.

⁸¹ Luis Medina, Civilismo y modernización del autoritarismo, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución mexicana, 20), 1979, pp. 5-11.

⁸² La candidatura de Alemán en Medina, Civilismo y modernización del autoritarismo, (Op. cit.), pp. 11-43; y Garrido, El partido de la Revolución institucionalizada, (Op. cit.), pp. 349-356.

Pero la candidatura de Rojo se había presentado solamente para darle su lugar a la izquierda. El presidente, en dos reuniones privadas con el general Cárdenas y el licenciado Lombardo, logró que ambos, jefes reales de la izquierda oficial, aceptaran que no se postulara a un candidato cardenista, con la condición de que tampoco se presentara a uno de la derecha oficial. De ahí que Padilla y Rojo Gómez, en las negociaciones entre la cúpula del poder, que a fin de cuentas fue la que decidió, fueron hechos a un lado por eliminación de contrarios.

Y naturalmente, al inicio de la primavera parecía casi decidida la candidatura de Alemán. Su equipo se encargó entonces de convencer a los gobernadores para reforzar el control político que desde la secretaría de Gobernación había desarrollado;⁸³ y sobre todo, de remontar la cuesta de la enemistad norteamericana, creada por el intransigente y poco hábil embajador que había sustituido al muy capaz Josephus Daniels: George Messersmith, quien desconfiaba por sistema de todo aquel que no se hubiera mostrado incondicional de los Estados Unidos durante la Guerra, y Alemán era de esos.

A mediados de abril, la embajada norteamericana declaró que no intervendría en la sucesión y levantó su veto virtual sobre Alemán. El día 23, el veracruzano se entrevistó con el general Cárdenas, de quien obtuvo la promesa de que no apoyaría ni a Rojo Gómez ni a Henríquez Guzmán. El 5 de mayo, renunció a la cartera de Gobernación para dedicarse de lleno a las actividades proselitistas. El 20 de mayo, Alemán y Avila Camacho conferenciaron en secreto en la finca del primero en Martínez de la Torre, Veracruz. Por esos días, Lombardo tuvo sendas entrevistas con el presidente

⁸³ Eso no costó mayor trabajo: con seis excepciones, los gobernadores eran avilacamachistas y partidarios de Alemán, y los seis cardenistas fueron rápidamente convencidos. Estos eran Juan Felipe Rico, de Baja California, Fernando Foglio Miramontes, de Chihuahua; Benecio Lopez, de Coahuila; Jesús Castillo López, de Morelos; Edmundo Sánchez Cano, de Oaxaca y José María Mendoza, de Michoacán. Dos cardenistas prominentes, de fuerte personalidad, estaban relegados como jefes políticos de los dos extremos y desiertos territorios federales: Francisco J. Múgica, en Baja California Sur, y Margarito Ramírez, en Quintana Roo. Medina, Civilismo y modernización del autoritarismo. (Op. cit.), p. 20.

y el precandidato, y saliendo de ellas convocó a los más importantes líderes de la CTM, la CNC y la FSTSE, y los convenció de apoyar a Alemán.

En los primeros días de junio, Alemán aseguró la candidatura: contaba con el apoyo explícito de 22 gobernadores, y con la CTM, la FSTSE y la dirección de la CNC. En la CNOP Antonio Nava y Alfonso Corona del Rosal intentaron frenar el tren alemanista, pero Ruffo Figueroa, líder de la FSTSE, y los dirigentes de la CNOP en el DF, Lauro Ortega y César Cervantes, lo impidieron. En la CNC el grupo de Graciano Sánchez y León García intentó desconocer a Leyva y lanzar la candidatura de Rojo Gómez, pero la dirección de la central consiguió que se dieran largas al asunto hasta que la candidatura de Alemán fuera incontenible. El 10 de junio, Henríquez Guzmán y Rojo Gómez renunciaron a sus precandidaturas, y ya fue imparable la cargada alemanista.

Elegido el candidato, aunque no se oficializara su nominación sino hasta la Asamblea Nacional (febrero de 1946), la cúpula del partido se dedicó de lleno a preparar la transformación. Luego de medio año de trabajo, se estuvo listo para darle al partido de la Revolución su forma acabada y su nombre definitivo: Partido Revolucionario Institucional. Con el PRI y Alemán el sistema político mexicano, cuya formación y consolidación arrancó con el Constituyente de 1917 y terminó durante el sexenio avilacamachista, entraría en su era dorada, en las décadas de su dominio incontestable.

CONCLUSIONES:

Para cumplir con el requisito académico de las conclusiones, he reducido a un puñado de párrafos crípticos, que sin embargo serán redundantes y repetitivos, algunas de las lecciones que aprendí en esta indagación sobre los orígenes del partido oficial.

1. Aunque la necesidad de construir un partido político nacional que unificara a los revolucionarios y permitiera el tránsito a la institucionalización de la vida política nacional era una idea añeja, fue la crisis causada por el asesinato del general Obregón la que abrió la posibilidad real de construirlo.
2. El Partido Nacional Revolucionario tendría como funciones la unificación de los revolucionarios, la solución civilizada de las luchas por el poder, y el tránsito hacia una vida política institucional. En ese sentido, la construcción del partido y la paralela centralización del poder en torno a la figura presidencial fueron la clave que permitió erradicar la dispersión del poder y el personalismo caudillista, y transitar hacia la institucionalización de la vida política. Al mismo tiempo, se dio el curioso caso de un partido único no totalitario; un partido antidemocrático con vocación democrática.
3. La construcción del PNR no respondió a un deseo del general Calles de perpetuarse en el poder, gobernando a través del partido ya que no podía devenir en caudillo, sino al deseo auténtico de institucionalizar la vida política nacional, es decir, en términos de Weber, transitar de una dominación carismática a una dominación legal, o en términos de Calles, de un país de caudillos a un país de instituciones. La incapacidad de la clase política para entender y hacer suya la propuesta y la debilidad e incapacidad del presidente Ortiz Rubio, que obligaron a Calles a retomar las riendas del poder, y el consecuente sentimiento alentado en éste de que su presencia y dominio eran necesarios, fueron los orígenes del maximato, entendido como el dominio del jefe máximo a través del partido. No obstante, fue durante los primeros años del PNR que se dio el golpe de muerte a la tradición caudillista y caciquil.

4. El partido planeado por los fundadores cumplió desde el principio el papel de unificador de los revolucionarios, pero nació como una estructura hueca, como una confederación de caciques. Sólo al final del maximato, conforme se desarrollaba la lucha interna de cara a las elecciones de 1934, el partido empezó a conocer un auténtico debate ideológico y a buscar la legitimación social a través del apoyo organizado de las masas.

5. Durante el maximato, el general Calles no era el déspota absoluto que sus enemigos han pintado, sino la voz unificadora de los revolucionarios, el árbitro entre los grupos; de ahí la facilidad aparente con la que Cárdenas acabó con su influencia. El michoacano, por su parte, tampoco fue nunca una especie de “caballo de Troya” revolucionario incrustado en las filas del callismo: fue un callista leal mientras Calles fue un árbitro necesario, y dejó de serlo cuando el de Guaymas se convirtió en jefe de uno de los grupos revolucionarios.

6. Para dar fin a la labor institucionalizadora de los sonorenses, el general Cárdenas contó con dos herramientas, el presidencialismo y la política de masas, a través de la cual, el partido se convirtió en un partido corporativo, de control y gestión de las demandas de las masas. Esta misma política de masas y las avanzadas medidas realizadas durante el cardenismo (reforma agraria, expropiación petrolera), le dieron al Estado la legitimación social de que carecía. Así pues, durante el cardenismo, el partido adquirió dos de sus principales características: ser un firme soporte del presidente y un defensor de su política, y ser organizador de masas y gestor de sus demandas.

7. El Estado mexicano, que se consolidó durante los cuatro primeros años del cardenismo, recibió sus últimos toques, su equilibrio, durante el sexenio de Avila Camacho, sin cambiar, en lo esencial, de rumbo: desde 1917, de lo que se trataba era de hacer del Estado mexicano un Estado fuerte, capaz de impulsar el desarrollo del capitalismo sin soslayar un marco mínimo de “justicia social”, de modo que sería durante el avilacamachismo, con sus postulados de “unidad nacional y conciliación de clases” que se alcanzarían las características más definitivas y duraderas del sistema político mexicano. (Y no deja de ser sorprendente la similitud con los títulos, al menos, de las tesis de Nikita Jrushev en el XX Congreso del Partido

Comunista de la Unión Soviética, de “Estado de todo el pueblo” y “Partido de todo el pueblo”, perdonando lo descabellado de la comparación).

8. Tras la fundación de la Confederación Nacional Campesina menguó significativamente la lucha agraria: la nueva central nació como el único órgano aceptado y válido de mediación entre el gobierno y los campesinos y de gestoría de las demandas de las masas rurales. Estas características de la CNC como aparato de control del movimiento campesino, mediación entre el gobierno y los ejidatarios y gestoría de las demandas agrarias se consolidaron durante el sexenio de Avila Camacho; desde entonces, la CNC ha sido un pilar del Estado mexicano y un factor esencial de equilibrio en el campo, pues en cierto sentido representa realmente las aspiraciones de los campesinos, contrapesa a la burocracia gubernamental (si es que puede distinguirse de ella) y sirve como mecanismo de cooptación de los campesinos rebeldes o mejor dotados intelectualmente. Como en el caso de las otras dos centrales de masas, la CNC renunció a la participación política como no fuera en el rígido marco de la estructura del partido.
9. La constitución de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares significó el triunfo del grupo gobernante (avilacamachista) en presentar al Partido de la Revolución Mexicana como el partido de todos los mexicanos y ya no más como un partido de clase. Pronto la nueva central dominaría la política interna del partido y empezaría a obtener la mayoría de los cargos de elección popular. Con su creación, se separaba por fin a la clase política de las organizaciones de masas y del Ejército, se consolidaba la política de unidad nacional y conciliación de clases y se ampliaba la base social del partido.
10. A diferencia de la CNC y la CNOP, la Confederación de Trabajadores de México no nació por decreto gubernamental, sino siguiendo los ritmos y tiempos propios del movimiento obrero, e independiente (y crítica) del gobierno y el partido. Sin embargo, durante el cardenismo se identificó plenamente con el sector oficial hasta integrarse al Partido de la Revolución Mexicana como pilar fundamental del sector obrero. Desde entonces (y no desde el avilacamachismo y la elección de Fidel como secretario general, sino desde tiempos de Cárdenas y Lombardo), la CTM definió su papel como coadyuvante, con el Estado y los empresarios nacionalistas, de impulsar

el desarrollo de México, no sin defender las conquistas salariales, laborales y de seguridad social que le parecían mínimas indispensables, no sólo para los obreros sino para el correcto desarrollo económico del país; de tal manera que el cambio de lenguaje ocurrido durante los sexenios de Avila Camacho y Alemán, no hizo sino darle correspondencia al discurso con la práctica. Su respaldo al gobierno, que se fue haciendo incondicional al paso de los años, y la falta de democracia interna fueron esclerosando a la central hasta convertirla en lo que nosotros conocimos directamente. (De tal manera que aquí tampoco hay un cambio sustancial, sino solo de formas, entre el cardenismo y lo que vino después: claro que el joven Fidel y el brillante Lombardo sí eran muy distintos de la aterradora gerontocracia de la central que ha llegado a su degeneración máxima con Leonardo Rodríguez Alcaine).

11. Con todo esto, cuando se eligió a Miguel Alemán como candidato a la presidencia de la República y el partido se convirtió en Revolucionario Institucional, el sistema político mexicano había alcanzado su forma más acabada y entraría en su era dorada, en la época de su dominio político incontestable, el milagro, la paz priísta y todo lo demás. Las masas habían sido convertidas en el firme soporte de un régimen en el que no tenían ninguna capacidad de decisión, y de un sistema político autoritario, eficaz y disciplinado.

SIGLAS.

CCE Comité Central Ejecutivo del PRM.
CCM Confederación Campesina Mexicana.
CDN Comité Directivo Nacional del PNR.
CEN Comité Ejecutivo Nacional del PNR.
CGOCM Confederación General de Obreros y Campesinos de México.
CGT Confederación General de Trabajadores.
COMINTERN Internacional Comunista (o III Internacional).
CNC Confederación Nacional Campesina.
CNDP Comité Nacional de Defensa Proletaria.
CNIC Cámara Nacional de la Industria de la Transformación.
CNOP Confederación Nacional de Organizaciones Populares.
CNTRM Cámara Nacional de Trabajo de la República Mexicana.
CPRG Confederación de Partidos Revolucionarios Guanajuatenses.
CPSO Confederación de Partidos Socialistas de Oaxaca.
CROM Confederación Regional de Obreros de México.
CRMT Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo.
CSUM Confederación Sindical Unitaria de México.
CTAL Confederación de Trabajadores de América Latina.
CTM Confederación de Trabajadores de México.
FSTSE Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado.
IESPE Instituto de Estudios Sociales, Políticos y Económicos (adjunto al CEN del PNR).
LNC Liga Nacional Campesina.
LNCUG Liga Nacional Campesina "Ursulo Galván".
PAN Partido Acción Nacional.
PCM Partido Comunista Mexicano.
PLC Partido Liberal Constitucionalista.
PLI Partido Laborista Independiente.
PLM Partido Laborista Mexicano.
PNA Partido Nacional Agrario.
PNAr Partido Nacional Antirreeleccionista.
PNC Partido Nacional Cooperatista.
PNR Partido Nacional Revolucionario.
POA Partido Obrero de Acapulco.
PRAC Partido Revolucionario Anticomunista Mexicano.
PRUN Partido Revolucionario de Unificación Nacional.
PRM Partido de la Revolución Mexicana.
PRI Partido Revolucionario Institucional.
PSAC Partido Socialista Agrario de Campeche.
PSCh Partido Socialista Chiapaneco.
PSF Partido Socialista de la Frontera.
PSRT Partido Socialista Radical de Tabasco.
PSS Partido Socialista del Sureste.
SME Sindicato Mexicano de Electricistas.
UNS Unión Nacional Sinarquista.
UNVR Unión Nacional de Veteranos de la Revolución.

OBRAS CITADAS.

1. AGUILAR CAMIN, Héctor, Saldos de la Revolución, México, Editorial Oceano, 1984.
2. ALESSIO ROBLES, Vito, Mis andanzas con nuestro Ulises, México, Editorial Botas, 1938.
3. ALMAZAN, Juan Andreu, Memorias del Gral. J. Andreu Almazán. Informe y documentos sobre la campaña política de 1940, México, E. Quintanar, 1941
4. ALTAMIRANO, José, La personalidad del general Manuel Avila Camacho, México, s.p.i., 1940.
5. ALVARADO, Salvador, Mi actuación revolucionaria en Yucatán, México, INEHRM, 1985.
6. ALVARADO MENDOZA, Arturo, El portesgilismo en Tamaulipas. Estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario, México, El Colegio de México, 1992.
7. AMAYA, Juan Gualberto, Los gobiernos de Obregón, Calles, y regímenes peeles derivados del callismo, México, Edición del autor, 1947.
8. ANGUIANO, Arturo, El Estado y la política obrera del cardenismo, México, Ediciones Era, 1975.
9. ARAIZA, Luis, Historia del movimiento obrero mexicano, México, Editorial Cuauhtémoc, 1964, 4 v.
10. BASURTO ROMERO, Jorge, La clase obrera en la historia de México. Del avilacamachismo al alemanismo. 1940-1952, México, Siglo XXI Editores, 1984.
11. BENITEZ, Fernando, Ki: El drama de un pueblo y una planta, México, FCE, 1973.
12. BENITEZ, Fernando, Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, México, FCE (Biblioteca Joven), 1984, III t.
13. BENJAMIN, Thomas Luis, El camino a Leviatán. Chiapas y el Estado mexicano, 1891-1947, México, CONACULTA (Regiones), 1990.
14. BENJAMIN, Thomas y Mark Wasserman (Coordinadores), Historia regional de la Revolución mexicana. La provincia entre 1910-1929, México, CONACULTA (Regiones), 1992.
15. BLANCO, José Joaquín, Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica, México, FCE, 1977.

16. CABRERA, Luis, Un ensayo comunista en México, México, Editorial Polis, 1938.
17. CABRERA, Luis, La revolución de entonces (y la de ahora), México, Editorial Polis, 1937.
18. CABRERA, Luis, Veinte años después, México, Editorial Botas, 1937.
19. CAMACHO GUERRERO, Abel, Francisco J. Múgica, combatiente incorruptible, México, PRI, 1993.
20. CARDENAS, Lázaro, Apuntes, México, UNAM, 1972, 4 v.
21. CARDENAS, Lázaro, Ideario político, México, Ediciones Era, 1972.
22. CLARK, Marjorie Ruth, La organización obrera en México, México, Ediciones Era, 1979.
23. COLLINGWOOD, Robin George, Autobiografía, México, FCE, 1953.
24. COLLINGWOOD, Robin George, Ensayos sobre la filosofía de la historia, Barcelona, Barral Editores, 1970.
25. COLLINGWOOD, Robin George, Idea de la historia, México, FCE, 1965.
26. CONTRERAS, Ariel José, México 1940: Industrialización y crisis política, México, Siglo XXI, 1977.
27. CORDOVA, Arnaldo, La clase obrera en la historia de México. En una época de crisis. 1928-1934, México, Siglo XXI, 1980.
28. CORDOVA, Arnaldo, "La historia, maestra de la política", en Carlos Pereyra, et al., Historia ¿para qué?, México, Siglo XXI, 1980, pp. 131-143.
29. CORDOVA, Arnaldo, La ideología de la Revolución mexicana. La formación del nuevo régimen, México, Ediciones Era, 1973.
30. CORDOVA, Arnaldo, La política de masas del cardenismo, México, Ediciones Era, 1974.
31. CORDOVA, Arnaldo, La Revolución en crisis: la aventura del maximato, México, Cal y Arena, 1995.
32. CORREA, Eduardo J., El balance del cardenismo, México, 1941.
33. COSIO VILLEGAS, Daniel, El sistema político mexicano, México, Joaquín Mortiz, 1972.
34. CTM, 1936-1941, México, CTM, 1941.
35. DEUTSCHER, Issac, Trotsky, el profeta desterrado, México, Ediciones Era, 1969.

36. DIAZ DIAZ, Fernando, Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez, México, El Colegio de México, 1972.
37. FALCON, Romana, El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935), México, El Colegio de México, 1977.
38. FALCON, Romana, Revolución y caciquismo en San Luis Potosí, 1910-1938, México, El Colegio de México, 1984.
39. FALCON, Romana y Soledad García, La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz, 1883-1960, México, El Colegio de México, 1986.
40. FELL, Claude, José Vasconcelos. Los años del águila. México, UNAM, 1989.
41. GARCIA DE LEON, Antonio, Resistencia y utopía, México, Ediciones Era, 1985, 2 v.
42. GARCADIAGO DANTAN, Javier, "Revolución constitucionalista y contrarrevolución: Movimientos reaccionarios en México, 1914-1920", México, El Colegio de México, Tesis de doctorado en historia, 1981.
43. GARRIDO, Luis Javier, El partido de la Revolución institucionalizada: La formación del nuevo Estado en México, México, Siglo XXI Editores, 1982.
44. GILLY, Adolfo, El cardenismo, una utopía mexicana, México, Cal y Arena, 1994.
45. GOMEZ-JARA, Francisco, El movimiento campesino en México, México, Secretaría de la Reforma Agraria, 1981.
46. GOMEZ MORÍN, Manuel, La nación y el régimen, México, PAN, 1940.
47. GONZÁLEZ, Luis, Los artífices del cardenismo, (Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940, 14), México, El Colegio de México, 1979.
48. GONZÁLEZ, Luis, Los días del presidente Cárdenas, (Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940, 15), México, El Colegio de México, 1982.
49. GONZALEZ CASANOVA, Pablo, La democracia en México, México, Ediciones Era, 1967.
50. GONZALEZ NAVARRO, Moisés, La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana, México, Costa Amic, 1968.
51. GONZALEZ NAVARRO, Moisés, La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana, México, UNAM, 1977.
52. GREENE, Graham, El poder y la gloria, México, Alianza Editorial, 1991.
53. GUZMAN, Martín Luis, La sombra del caudillo, México, Editorial Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos), 1984.

54. Historia documental de la Confederación Nacional Campesina, 1938-1942, México, PRI, 1981, v. I.
55. Historia documental del Partido de la Revolución, México, PRI-ICAP, 1986, v. I a 4.
56. IBARGÜENGOITIA, Jorge, Los relámpagos de agosto, México, Joaquín Mortiz, 1994.
57. JACOBS, Ian, La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros, México, Ediciones Era, 1982.
58. JOSEPH, Gilbert M., Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924, México, FCE, 1992.
59. KRAUZE, Enrique, La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996), México, Tusquets Editores, 1997.
60. LAJOUS, Alejandra, Los orígenes del partido único en México, México, UNAM, 1979.
61. LAJOUS, Alejandra, Los partidos políticos en México, Puebla, Premia, 1985.
62. LEON, Samuel e Ignacio Marván, La clase obrera en la historia de México. En el cardenismo, 1934-1940, México, Siglo XXI Editores, 1980.
63. LEON, Luis L., Crónica del poder en los recuerdos de un político en el México revolucionario, México, FCE, 1987.
64. LOAEZA, Soledad, El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta, México, FCE, 1999.
65. LOYO CAMACHO, Martha Beatriz, "Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército 1917-1931", México, FFyL UNAM, (tesis de doctorado en historia), 1998.
66. LOYOLA, Rafael (coordinador), Entre la guerra y la estabilidad política: El México de los 40, México, CONACULTA, 1990.
67. MACIAS, Carlos, (editor), Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal. 1919-1945, México, FCE, 1991-1993, II t.
68. MANJARREZ, Froylán C., La jornada institucional, México, Diario Oficial, 1930.
69. MARIA Y CAMPOS, Armando de, Música, crónica biográfica, México, Ediciones Populares, 1939.
70. MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, El laboratorio de la Revolución: el Tabasco garridista, México, Siglo XXI, 1979.

71. MARTINEZ ASSAD, Carlos, Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el Estado cardenista, México, FCE, 1988.
72. MARTÍNEZ VÁSQUEZ, Víctor Raúl (coordinador), La Revolución en Oaxaca, 1900-1930, México, CONACULTA (Regiones), 1993.
73. MARTINEZ VERDUGO, Arnoldo (editor), Historia del comunismo en México, México, Editorial Grijalbo, 1985.
74. MATUTE, Alvaro, Las dificultades del nuevo estado, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 7), 1995.
75. MATUTE, Alvaro, "La encrucijada de 1929: Caudillismo versus institucionalización", en Jaime E. Rodríguez (Edited by), The Evolution of the Mexican Political System, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Inc., 1993, pp. 187-202.
76. MATUTE, Alvaro, "La historia como ideología", en Boletín de Enlaces y Difusión de la Coordinación de Humanidades, Año III, núm. 22 (México, junio de 1997), pp. 12-17.
77. MATUTE, Alvaro, "Historia política", en Horacio Crespo, et. al., El historiador frente a la historia, México, UNAM, 1992, pp. 69-78
78. MEDIN, Tzvi, Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas, México, Siglo XXI, 1972.
79. MEDIN, Tzvi, El minimato presidencial: Historia política del maximato, 1928-1935, México, Ediciones Era, 1982.
80. MEDINA, Luis, Civilismo y modernización del autoritarismo, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 20), 1978.
81. MEDINA, Luis, Del cardenismo al avilacamachismo, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 18), 1978.
82. MEDINA PEÑA, Luis, Hacia el nuevo Estado, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
83. MENA BRITO, Bernardino, Almazán, el PRUN y el desastre final, México, Ediciones Botas, 1941.
84. MEYER, Jean, Estado y sociedad con Calles, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 11), 1977.
85. MEYER, Jean, La cristiada, México, Siglo XXI, 1976, 3 v.
86. MEYER, Jean, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, La reconstrucción económica, (Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928, 10), México, El Colegio de México, 1977.

87. MEYER, Lorenzo, El conflicto social y los gobiernos del maximato, (Historia de la Revolución Mexicana, 1928-1934, 13), México, El Colegio de México, 1978.
88. MONDRAGON, Magdalena, Cuando la Revolución se cortó las alas. (Intento de una biografía del general Francisco J. Múgica), México, Costa Amic, 1966.
89. MOLINA POSADAS, Carlos Andrés, "Imagen de un fraude. Caricatura y propaganda política hacia las elecciones presidenciales del 17 de noviembre de 1929...", México, UNAM (tesis de licenciatura en historia), 1998.
90. NAVA NAVA, Carmen, Ideología del Partido de la Revolución Mexicana, México, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", 1984.
91. OSORIO MARBAN, Miguel, El Partido de la Revolución Mexicana. Ensayo, México, Impresora del Centro, 1970.
92. PACHECO MENDEZ, Guadalupe, Arturo Anguiano Orozco y Rogelio Vizcaíno A., Cárdenas y la izquierda mexicana. Ensayo, testimonios, documentos, México, Juan Pablos Editor, 1975.
93. PAOLI, Francisco J. y Enrique Montalvo, El socialismo olvidado de Yucatán, México, Siglo XXI Editores, 1977.
94. Partido Nacional Revolucionario, Partido de la Revolución Mexicana, Partido Revolucionario Institucional: Actas constitutivas. Documentos básicos, México, PRI, 1991.
95. PLASENCIA DE LA PARRA, Enrique, Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista 1923-1924, México, IIH UNAM-Miguel Angel Porrúa, 1998.
96. PORTES GIL, Emilio, Quince años de política mexicana, México, Ediciones Botas, 1941.
97. PORTES GIL, Emilio, Raigambre de la Revolución en Tamaulipas, México, Ediciones Lito, 1972.
98. PRIETO LAURENS, Jorge, Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas, México, Editorial Mexicana de Periódicos, Libros y Revistas, 1968.
99. PUIG CASAURANC, José Manuel, Galetea rebelde a varios Pigmalionés. De Obregón a Cárdenas, México, Impresores Unidos, 1938.
100. SALAMINI, Heather Fowler, Movilización campesina en Veracruz (1920-1938), México, Siglo XXI Editores, 1977.
101. SALAZAR, Rosendo, Historia de las luchas proletarias de México (1923-1936), México, Editorial Avante, 1938.

102. SANCHEZ SALAZAR, Leandro A., Así asesinaron a Trotsky, México, Populibros "La Prensa", 1943.
103. SANTOS, Gonzalo N., Memorias, México, Grijalbo, 1984.
104. Seis años de gobierno al servicio de México, México, El Nacional, 1940.
105. SERRANO ALVAREZ, Pablo, "Basilio Vadillo: Revolucionario, político, intelectual y diplomático del occidente mexicano, 1885-1935", México, UNAM (tesis de doctorado en historia), 1996.
106. SHULGOVSKI, Anatol, México en la encrucijada de su historia, México, Ediciones de Cultura Popular, 1968.
107. SILVA HERZOG, Jesús, El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica, México, FCE, 1959.
108. SILVA HERZOG, Jesús, Petróleo mexicano, México, FCE, 1941.
109. SPENSER, Daniela, El Partido Socialista Chiapaneco, México, Ediciones de la Casa Chata, 1988.
110. SUAREZ, Eduardo, Comentarios y recuerdos (1926-1946), México, Editorial Porrúa, 1974.
111. TAIBO II, Paco Ignacio, Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX, México, Planeta, 1998.
112. TAIBO II, Paco Ignacio, Bolshhevikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925), México, Joaquín Mortiz, 1986.
113. TORRES RAMIREZ, Blanca, México en la segunda guerra, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana 20), 1978.
114. VASCONCELOS, José, Obras completas, México, Libreros Mexicanos, 1947-1961, IV t.
115. WEBER, Max, Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva, México, FCE, 1964.

INDICE:

Introducción	1
Capítulo I. Los cimientos (1928-1933)	11
1. La posibilidad del partido o la crisis política de 1928	12
a) La desaparición del caudillo	12
b) Los actores políticos, 1917-1928	14
c) La solución de la crisis	24
d) La reconstitución del poder	28
e) La idea del partido	31
2. El nacimiento del partido	36
a) Laboristas y agraristas	36
b) Los caciques y los partidos regionales	47
c) El pacto fundador	64
3. La dotación de sentido	70
a) El nuevo partido	70
b) "La encrucijada de 1929"	72
c) La organización de las masas	76
d) La centralización del poder y la lucha política	84
Capítulo II. La obra negra (1933-1938)	97
1. El presidencialismo	98
a) El camino de Cárdenas	98
b) La Convención y el Plan Sexenal	106
c) El fin del maximato	115
d) El cardenismo	123
2. La organización de las masas	129
a) Hacia la transformación del partido	129
b) Los obreros	137
c) Los campesinos	143

Capítulo III. Los acabados (1938-1945)	148
1. Unidad nacional y conciliación de clases	149
a) La transformación formal del partido	150
b) La falsa disyuntiva (¿Avila Camacho o Múgica?)	160
c) La campaña electoral de 1940	167
d) Estabilidad y desarrollo. (El gobierno de Avila Camacho)	176
2. La consolidación de las instituciones políticas	182
a) El Partido de la Revolución Mexicana	182
b) La Confederación Nacional Campesina	189
c) La Confederación de Trabajadores de México	194
d) La Confederación Nacional de Organizaciones Populares	199
e) Hacia la sucesión de 1946	203
Conclusiones	208
Siglas	212
Obras citadas	219